¿Y si te vuelvo a ver?



VERÓNICA RASPEÑO

¿Y si te vuelvo a ver?

Verónica Raspeño

¿Y si te vuelvo a ver?

© 2025 Verónica Raspeño

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa de la autora.

Publicado de forma independiente

Primera edición: 2025

Diseño de portada: Verónica Raspeño

Maquetación interior: Verónica Raspeño

Impreso por Amazon KDP

A Álex, por cogerme de la mano y
decirme ¡vamos! Eres mi mejor elección.
A Emma, Noa y Zoe, por decirme todos
los días lo mucho que me quieren, aunque
no sea la madre perfecta.

CONTENIDO

LA VIGÉSIMA QUINTA
REPETIMOS, ¿POR QUÉ NO?
¿POR QUÉ?
EL REENCUENTRO
VAMOS DESPACIO
VUELTA A CASA
LA CASA EN MAYÚSCULAS
¿Y SI SOMOS AMIGOS?
LA ENCERRONA
POR FIN
AMIGOS DE OTROS, ¿PARA QUÉ LOS QUIERO?
TENEMOS UN PROBLEMA
VUELTA A CASA
TARDE BUENA
LA MUDANZA
¿Y SI SOMOS FOLLA-AMIGOS?
Y LLEGARON LOS VEINTISIETE
RESACA POST CUMPLEAÑOS
NOCHEVIEJA
SE NOS TAMBALEA EL MUNDO
VUELTA A LA RUTINA
Y TODO SE DESMORONÓ
MADRID SIEMPRE ESTÁ AHÍ
PARA, QUE ME ENAMORO
¿Y SI TE VUELVO A VER?
EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

1

LA VIGÉSIMA QUINTA

Corría como si Gandalf me hubiera llamado insensata. Corría tanto que me estaba empezando a sudar la cara y el pelo se me estaba alborotando. Empezaba a temer por mi integridad física, por si a mi corazón le daba por salirse por la boca, mientras me lamentaba por no sacar tiempo para ir a ese gimnasio que pagaba para nada.

Odiaba llegar tarde, pero el reloj y yo teníamos una relación tóxica en la que él hacía y deshacía a su antojo, mientras de mí solo dependía correr a todos los sitios y llegar con el pelo pegado a mi frente. Cada vez que llegaba tarde, me arrepentía del bonito flequillo que llevaba, era una de esas chicas que se había dejado llevar por la moda y el corte *boho*, acompañado de un flequillo que pretendía ser poco poblado. Pero, en fin, ya sabemos que el concepto "poco poblado" poco dura si no vas con frecuencia a la peluquería. Y, si no tenía tiempo para malgastar mi tiempo en el gimnasio, tampoco lo tenía para ir a la peluquería, así que optaba por cortármelo yo antes que me tapara los ojos, como buenamente podía.

El caso es que iba al encuentro de mi vigésima quinta cita por una de estas aplicaciones para encontrar el amor, sí, las contaba, con la esperanza de que alguna fuera la definitiva y pudiéramos reírnos diciendo "sí, fuiste la décima cita y te encontré". Desgraciadamente, desde la décima cita ya habían pasado unas

cuantas y la frustración y la desgana se iban apoderando poco a poco de mi buena voluntad.

Debo reconocer que este chico pintaba bien: veterinario, barba de tres días, alto, ojos claros, guapete, en fin, una perita en dulce que esperaba comerme enterita, y no penséis mal, por favor. Así que era fundamental llegar a la hora o, al menos, cinco minutos tarde como mucho.

Habíamos quedado el viernes, confiando en que acabara bien la cosa y pudiera acostarme tarde sin remordimientos. Él había propuesto una de estas terrazas de Gran Vía, que están tan de moda, donde tomar una copa a precio de oro y disfrutar de unas bonitas vistas arropados con una mantita. Era mediados de septiembre y ya se notaba que el otoño había venido para quedarse.

Subí como una loca por Gran Vía, maldita cuesta llena de turistas que no sabían ni a donde iban, me choqué de frente con una cola eterna de gente que esperaba a entrar en uno de los grandes musicales de Madrid y, por fin, solo me quedaban cinco minutos. Aproveché para ir andando de forma acelerada, para ver si con el aire frío se me secaba el sudor y dejaba de tener un tomate en vez de mi bonita cara. Mis piernas no acompañaban, ya que, aunque era de complexión delgada, vamos, que no abultaba nada como decía mi madre, medía uno sesenta, así que los pasos que podía dar eran los que eran.

Por fin llegué a mi destino y no tuve duda, las fotos del veterinario no mentían, así que le di un golpecito en el hombro y allí que fui:

—Hola, perdona, soy Lúa, ¿qué tal? Creo que habíamos quedado.

—¡Anda! ¡Lúa! ¡Me sigue sonando raro ese nombre, tía! ¡A ti te estaba esperando yo! Soy Óscar, encantado. —Y procedió a darme los dos besos de rigor—. ¿Vamos subiendo? Tenemos la reserva justo ahora.

—Sí, vamos, claro.

Subimos un tramo de cinco escaleras y llamamos al ascensor, no tuvimos que esperar porque allí estaba, esperándonos cauteloso. Me dejó pasar a mí primero, decidí no cuestionarlo ni pensar en el patriarcado, para no prejuzgarle. Durante los segundos que duró la subida del ascensor, hubo un pequeño silencio incómodo, pero no pasaba nada, ya era mi vigésima quinta cita, no me pillaba de nuevas el romper el hielo:

—Nunca había estado en este sitio, ¿tú lo conoces?

—Traigo a todas mis citas la primera vez, ¡ja, ja, ja! —como vio mi cara perpleja, corrigió enseguida—. Era broma, me lo recomendó una compañera de trabajo, que había estado el otro día y me apeteció probarlo contigo.

Justo en ese momento, las puertas del ascensor se abrieron y decidimos salir, cómo no, las señoras delante, no vaya a ser que nos espantemos.

Nos recibió una terraza preciosa, había pequeños sofás distribuidos, todos tenían vistas preciosas de la capital. Había líneas de lucecitas instaladas por una estructura metálica en el techo, que le daba un toque muy romántico. Los sofás tenían todos mantitas y cojines y una pequeña mesa para apoyar la bebida, así que, sin duda, era un buen plan.

Buscamos un sitio donde se viera el atardecer y nos sentamos. Enseguida vinieron a atendernos:

—Yo pediré un gin-tonic. —Dije con voz cantarina.

—Venga, yo otro. —Se animó el susodicho.

Ahí comenzaba mi interrogatorio, tenía que ser cauta, porque tampoco me gustaba avasallar a la gente o que se pudiera sentir incómodo, pero, de verdad, era mi vigésima quinta cita, no estaba, ni mucho menos, para perder el tiempo:

—Así que veterinario, ¿no? ¿Trabajas en una clínica?

—Siendo sincero, trabajo en una clínica de animales exóticos, nada de perritos adorables o gatos con ojos grandes y monos, todo son serpientes y animales de ese tipo. Animales que se empeña la gente en tener en casa, aunque sea una mala idea, ya sabes.

—Suena interesante. —Puf, esperaba que no le diera mucho por hablar del trabajo, ya se me estaba haciendo bola.

—Tú eras ingeniera informática, ¿no? ¿Eso no es de chicos gordos con gafas?

—¡Oh, Dios mío! —Grité como si de Janice, de *Friends*, se tratara—. ¿Hemos viajado al pasado y no me había dado cuenta?

—Tía, no te sigo.

—Ja, ja, ja, nada, era broma, obviamente, no todos los ingenieros tienen gafas y son gordos, como puedes comprobar en mí misma.

La conversación siguió fluyendo, pero a partir de ese comentario, perdí totalmente el interés, lo reconozco. El sitio era bonito, pero sin duda, la compañía no era la que yo hubiera elegido. Aun así, me propuso ir a tomar unas hamburguesas a una cadena de comida rápida y, en fin, no me juzguéis, pero me animé. Al final, igualmente tenía que cenar, me encantaban las hamburguesas y así me iba cenada, al menos.

Fuimos juntos a pedir y luego, con nuestra comida en una bandeja, buscamos sitio en la planta de arriba. Había unas vistas bonitas a la animada Gran Vía, tuvimos suerte y encontramos un sitio al lado de la ventana.

—Háblame un poco más de ti, Lúa, ¿buscas algo serio?

—Reconozco que me gustaría compartir mi vida con alguien, así que entiendo que sí, busco al serio.

—Entonces quieres el pack completo, ¿no? Adosado en las afueras, perro y dos niños a los que vestirás combinados, pero no

iguales. —En el fondo, no descartaría que ese plan me valdría, aunque dicho por él perdió un poquito de magia.

—Bueno, podría ser una opción, aunque me gusta vivir en el centro, está todo a mano y podría también ser un buen lugar para criar a hijos, si finalmente los tuviera. —Dije con sinceridad.

—Ya, te entiendo, la verdad es que vivir en las afueras es un poco deprimente, jejeje. —Se rio y se pudo apreciar un poco de lechuga en el diente.

—Tienes algo en el diente.

—¿Quieres quitármelo tú? —La pregunta me descolocó un poco, no me importaría tener un rollo con él, pero quitarle la comida de su diente… En fin, si quería una madre, no era yo a quien buscaba.

—De momento no, gracias.

Se hizo un silencio incómodo que retomé contando una anécdota del trabajo, él siguió explicándome cómo una vez le mordió una serpiente y se tuvo que ir a urgencias a ponerse unas cuantas vacunas y, por fin, noté que la cita fluía un poquito más.

Salimos de la hamburguesería y llegamos al siguiente y más típico momento tenso: la despedida. En estos casos, suelo ser directa y clara, creo que es la mejor forma de salir del paso indemne. La verdad es que había habido momentos divertidos, era un poco machirulo, pero para una noche me podría valer.

—¿Te apetece coger un *Uber* y tomarnos la última en casa? —Obviamente, la excusa de la copa estaba muy manida, pero en el mundo de las citas todos usábamos la misma jerga.

—Vale, venga, hoy voy a tener suerte y todo, ¡jejeje! —A ver, cielo, que no me arrepienta.

Tramité el *Uber* en la aplicación y enseguida nos recogió. Llegamos en 20 minutos, sin duda, vivir cerca del centro de Madrid me encantaba. Había tenido muchísima suerte con mi casa, la compré a muy buen precio, es verdad que aún la estaba pagando,

pero la baja hipoteca que luché me permitía poder darme mis caprichos sin apretarme el cinturón. Vivía en un edificio sin ascensor, antiguo, en un segundo, me animaba diciéndome que hacía ejercicio cada vez que tenía que subir a casa. El piso era una cucada y lo había decorado a la perfección, plasmaba mi personalidad en cuanto entrabas. Al acceder era todo diáfano, se reunía la cocina, el salón y el comedor en una sola estancia, la cocina tenía una pequeña barra que hacía L y se unificaba con los electrodomésticos. El salón tenía un precioso sofá de color azul cielo, con cojines de colores y un pequeño mueble vintage donde se posaba la televisión. Tenía dos habitaciones, una era mi despacho, ya que solía teletrabajar muchos días de la semana y otra era mi habitación, donde dormía y me relajaba. Sin duda, lo que más me gustaba era que mi habitación daba a un pequeño balcón, donde había puesto un sofá y me encantaba sentarme a leer en los días soleados.

Por fin llegamos y subimos las escaleras en silencio. Tranquila, busqué las llaves y accedimos a mi piso. Nos quitamos las chaquetas y le pregunté si le apetecía tomar algo, sin embargo, no me dio ni tiempo a pensar. Se acercó a mí despacio y dejó un pequeño espacio para que yo tomara la decisión de si quería algo más.

—Estás muy guapa con ese pintalabios rojo. —Me susurró—. Llevo toda la noche pensando si se correrá por toda tu cara al besarte.

—Bueno, creo que es momento de probarlo.

En ese instante nos acercamos y empezamos a darnos un beso tranquilo que pronto se convirtió en apasionado. Era un buen morreo, de los que yo necesitaba, demasiada saliva por todas partes, pero era tolerable. Besaba con energía y pasión, no sé quién de los dos estaba más necesitado.

Mientras nos besábamos, puse mis manos sobre su nuca y él aprovechó para meterme la mano por debajo de la falda. Llevaba unas medias finas y sufrí por ellas, vale, tengo hipoteca cómoda y me daba mis caprichos, pero no quería unas medias rotas otra vez.

Me había puesto unas bragas tipo faja, de esas que aprietan, como diría mi madre "como Dios manda", encima de las medias para que no se me bajaran y no me apetecía que se encontrara con ellas. No es nada de lo que deba avergonzarme, pero aquí habíamos venido a lo que habíamos venido y algunas intimidades me las quería guardar.

—Voy un momento al baño, ¿me esperas en la habitación? Es la segunda puerta a la izquierda.

—Claro, nena. —Venga, que está bueno, el 'nena' puedo tolerarlo.

Fui rápido al baño, aproveché para hacer pis, quitarme las bragas faja extra y las medias, así quedaban intactas. Salí del baño preparada y me fui directa a la habitación. Allí estaba mi acompañante, tumbado en mi cama, totalmente desnudo, como si de la Venus del espejo de Velázquez se tratara, menudo personaje. Por lo menos, estaba bien dotado.

—Ya veo que estás bien preparado.

—Preparado es poco, tengo unas ganas de follarte que no me aguanto.

Me acerqué y me tumbé a horcajadas encima de él, nos seguimos besando un rato. Sacó su lengua a pasear y me resultó bastante agradable, después empezó a darme besos por el cuello. Me hizo un poco de cosquillas al principio con su barba incipiente, pero aguanté la risa para no interrumpir el momento.

Seguimos besándonos y tocándonos, teníamos muchas ganas los dos. Yo hacía como 3 meses que mi único acompañante tenía pilas, así que me apetecía un montón.

Nos dimos la vuelta y se puso encima de mí, empezó a lamerme los pezones, bajó por el vientre hasta el ombligo. Comenzó a darme besos en los muslos de las piernas e intuí lo que venía después. Me encanta el sexo oral, no me malinterpretéis, pero era una práctica que no solía hacer en el primer encuentro y, menos, con un

prácticamente desconocido, me parecía algo muy íntimo, llámame antigua, pero era algo personal. Así que le distraje hablándole:

—Tengo condones en la mesilla, ¿te apetece que follemos?

—Claro, tía, estoy súper cachondo.

Saqué un condón, lo abrí y se lo entregué para que se lo pusiera, la protección es lo primero. Una vez puesto, empezó a tocarme el clítoris con un masajeo circular muy agradable. Se puso encima de mí y empezó a besarme mientras tanto. Aproveché a sacar una mano por donde pude y agarré al vuelo su miembro, que andaba pavoneándose por allí. Tras ello, decidió que ya era el momento y aprovechó para metérmela, ya que estaba bastante cachonda, así que estaba preparada. El chaval era enérgico y se esforzaba en acariciarme y que yo también me corriera. La verdad es que fue satisfactorio, pero tal cual como llegué al clímax, tenía ganas de que se fuera o que, al menos, se alejara de mí.

—Ha estado bien. –Dije invitándole a marcharse.

—Sí, tía, la verdad es que sí, tenía muchas ganas. ¿Te apetece que nos tumbemos un rato en la cama o que nos duchemos?

—Si te soy sincera, creo que podríamos despedirnos aquí.

—¿Nos vemos otro día?

—Bueno, vamos viendo. —Reculé poco convencida.

Empezó a vestirse y cuando terminó, se acercó y me dio un beso en la mejilla:

—Tienes mi número. Espero verte otro día.

—Qué descanses.

Se dio la vuelta y se marchó, no le acompañé a la puerta, tampoco vivía en un palacio. Me duché, cambié las sábanas y me metí en la cama, en ese momento me sonó el móvil, aproveché para mirar la hora, ya era de madrugada. Al ver el mensaje de Mimi, no pude evitar sonreír, era mi mejor amiga, daba igual lo que pasara, siempre nos contestábamos al momento, estuviéramos con quien

fuera. Mimi vivía en Galicia, en nuestro pueblecito natal, mientras yo me había venido a la capital a estudiar a los diecisiete años, ella había decidido echar raíces allí, esto no había impedido que nuestra relación continuara, hablábamos todos los días, ella bajaba a Madrid cuando podía y yo la veía cuando subía a ver a la familia. Mimi había estudiado magisterio, pero mientras seguía intentando las oposiciones, que yo creo que había dado por imposibles con resignación, trabajaba en la escuela infantil del pueblo:

[WhatsApp]

Mimi: ¿Qué tal ha ido? Estoy expectante, eres mi único entretenimiento.

Lúa: Jajaja, ya será menos, el pueblo tiene muchas opciones.

Mimi: Ya, pero de baja y poco a poco convirtiéndome en una bola humana, como que no tengo muchas posibilidades. Esto de que me den la baja tan pronto por tener que coger peso en mi trabajo, es un rollo.

Lúa: ¡Ay, sí! ¿Qué tal está mi futura ahijada? ¿Sigue dándote patadas de futbolista?

Mimi: Céntrate, que aquí hemos venido a cotillear, ¿qué tal la cita?

Lúa: Te mando un audio.

Mimi: Uy, se pone interesante.

Mimi estaba casada con el amor de su vida, como decía ella, Iago, desde que tenía veintitrés años. El último día que Mimi pisó la universidad, él estaba esperándola con un ramo de flores enorme y un anillo precioso, con un montón de florecitas esculpidas. Le pidió allí mismo matrimonio y, desde entonces, vivían juntos, les encantaban las mismas cosas y eran tal para cual, uno empezaba una frase y la terminaba el otro. Eran odiosos y adorables a partes iguales. Después de dos años, Mimi se había quedado embarazada, no era algo que buscaran, pero tampoco ponían mucho impedimento, así que les había hecho muchísima ilusión. Los primeros meses, Mimi había estado muy estresada, se preocupaba

por todo y todo le agobiaba, había sido difícil, sobre todo para Iago, que estaba a su lado. Sin embargo, ahora estaba en el segundo trimestre, estaba mucho más tranquila y parecía estar disfrutando de su embarazo.

Ahí iba mi audio: "la verdad es que el chaval era un poco machirulo, pero estaba bueno. Es veterinario de animales exóticos y ha hecho un par de comentarios fuera de lugar, pero en esencia, bien. Te voy dando notas: conversación – 5, aspecto – 9, besos – 7, sexo – 8. Hemos ido a una azotea de Madrid bastante chula, después unas hamburguesas y hemos acabado en mi casa follando". Desde que había empezado en serio con las citas, habíamos establecido una lista de puntuaciones, para que fuera todo muy ágil, en fin, eran ya muchas citas a mis espaldas.

[WhatsApp]

Mimi: Wow, follando y todo, eso es que te gustaba o muchas ganas tenías.

Lúa: Venga, me voy a dormir, mañana hablamos, cuida a mi ahijada.

Mimi: Ya sabes que no la voy a bautizar y en casa me desheredarán, ¡buenas noches!

Lúa: Descansad.

2

REPETIMOS, ¿POR QUÉ NO?

El fin de semana transcurrió con normalidad, llegó el temido lunes y encima me tocó ir a la oficina; había una reunión importante y era presencial, faltaría más. Salía tan tranquila a las siete de la tarde, esa maldita oficina era como en la consulta del médico, se conocía bien cuándo se entraba, pero no cuándo se salía, iba lamentándome por no ir otra vez al gimnasio, cuando me vibró el móvil. Llamaba el veterinario, sí, chicas, el del ocho en la cama, que seguro que solo os acordabais de eso:

—¿Sí?

—Hola, tía, soy Óscar, ¿te acuerdas de mí?

—¡Cómo olvidarme! ¿De qué siglo sales? ¿Por qué llamas por teléfono?

—¡Ja, ja, ja! Me parece más personal llamar.

—Bueno, cuéntame, ¿en qué puedo ayudarte?

—He visto una exposición en Madrid que creo que puede ser interesante.

—No sé, Óscar... Pensé que lo nuestro era algo ocasional, no tenía previsto queda. —La sinceridad es fundamental en estos casos, Óscar era majo, pero un cinco en conversación lo convertía en algo puntual.

—Vaya, si habías dicho que querías el pack completo, pues ese soy yo, venga, vamos a quedar, si total, eso no te compromete a nada. —El tío insistía.

—Bueno, vale, pero hoy no, que es muy seguido, ¿te parece el jueves? —El jueves era buena opción, si no me convencía, pondría la excusa de que al día siguiente trabajaba.

—Venga, vale, saco las entradas y quedamos en Matadero a las seis de la tarde, ¿te cuadra?

—Me parece bien, venga, hasta el jueves.

—Hasta luego, tía.

Pues nada, ya tenía plan para el jueves con el zagal y no era algo que estuviera buscando, pero iba a confiar en los planes del destino y dejarme un poco llevar, que me solía costar. Tenía que reconocer que había entrado en la dinámica de ser muy organizada y recta, no me daba mucha opción a improvisar o dejarme fluir, así que creí que empezaba a ser el momento.

Me había pasado muchos años de mi vida haciendo lo que tocaba. ¿Mis sueños eran otros? Puede ser, reconocía que antes me consideraba una persona más bien artística y soñadora, pero al final la vida me llevó por otros derroteros. Mis padres insistieron encarecidamente en que estudiara una carrera 'que tuviera salidas' (hay que leerlo con la voz repelente de mi madre), que saliera del pueblo y viviera la experiencia de estar en una gran ciudad. Al final, era buena estudiante, no me costó mucho sacar buena nota en selectividad y elegir 'algo que tuviera salidas', vaya, Ingeniería en Informática, así que mi futuro pasó a ser el Metro de Madrid, sí, eso es, 'con muchas salidas'.

Llegué con diecisiete años a una ciudad que ni yo misma entendía. ¿Qué le vamos a hacer? Soy de diciembre, apenas había salido del pueblo antes, así que fue un impacto cultural considerable. Vinimos los tres, mis padres y yo, en el coche de mi padre y me acomodé en una residencia, la despedida fue dura, al igual que la adaptación. Lo bueno fue que el ser humano se adaptaba a todo y

poco a poco fui conociendo compañeros, me amoldé al ritmo de la ciudad, de la carrera y de vivir en una residencia. Con el tiempo, me dio la impresión de que este era mi lugar, alquilé una habitación en un piso compartido, empecé a trabajar y lo demás es historia. Ahora, era una urbanita más, absorbida por la locura del sonido, la gente, las luces y las tiendas abiertas los domingos. Ya formaba parte de Madrid y no me veía volviendo a vivir en el pueblo.

Decidí llamar a mi madre, ya veréis su voz repelente, os va a impactar, para ver qué se contaba:

—Hola, mamá, ¿qué tal estás?

—Ay, hija, por fin llamas, que siempre hay que estar detrás de ti.

—Ya sabes que tengo mucho lío en el trabajo, mira, acabo de salir a estas horas.

—Vaya, si es que te tienen explotada, a ver si pides que te suban el sueldo, que para lo que haces, cobras una miseria.

—Sí, un día te doy el teléfono de mi jefe y se lo comentas. —Solo era una broma, pero mi señora madre era muy literal.

—Anda, pues sí, estaría bien conocerle y ver si puedo conseguirte un ascenso. ¿Tienes su teléfono? Que ahora los jóvenes no llamáis nunca.

—Bueno, otro día, ¿qué tal papá? ¿Cómo lleva la pierna? —Mi padre había tenido un pequeño accidente con la moto yendo a trabajar y tenía la pierna escayolada.

—Ay, hija, cada día más insoportable, piensa que soy su esclava, ¿lo ves normal? Yo también tengo trabajo y ahora tengo que mantener la casa limpia yo sola. —Mi madre era secretaria en una pequeña gestoría del pueblo, aunque realmente ella era conocedora de todas las ciencias, tenía cátedra de todas las carreras, era un ser supremo— Bueno, ¿qué has comido?

—Lo que sea, mamá, ¿qué más da eso? ¿Has salido hoy o solo para el trabajo?

—Pues con tu padre así no se puede hacer nada, así que aquí estamos encerrados, a ver si vienes y nos animas un poco.

—Ya, está complicado de momento, para el siguiente puente había pensado sacar unos billetes de tren, ¿crees que podrías recogerme?

—Claro, ¿cómo no? Pero tendrá que ser por la tarde, si es fin de semana, cuando necesites, avísame a qué hora llegarás con tiempo, que luego me lo dices el mismo día y yo me tengo que organizar e ir a comprar comida y todo eso.

—Vale, no te preocupes, en cuanto los compre, te aviso.

—Y recuerda coger los de Navidad, que luego siempre hay problemas con eso y este año te toca venir.

—Sí, no te preocupes. Bueno, te voy dejando, que ya llego a casa.

—Venga, hija, descansa, dame un toque cuando llegues, que te puede pasar cualquier cosa.

—Anda, anda, ya será menos, un beso, te quiero.

Yo también te quiero, hija, mañana te llama tu padre.

En cuanto llegué a casa, me duché, me puse el pijama y me calenté uno de esos tristes envases preparados. No me juzguéis demasiado, estaba cansada, el día había sido una locura y mi madre me quitaba la energía. Le escribí un *WhatsApp* a mi madre diciendo que ya estaba sana y salva y que no me habían secuestrado. Después, tocaba el reporte a Mimi:

[WhatsApp]

Lúa: Señora, el jueves he quedado con el veterinario.

Mimi: Qué dices, si es un cinco en conversación, aunque el ocho en sexo…

Lúa: Yo qué sé, me ha liado.

Mimi: ¿Y cómo puede ser? Lúa, la chica prodigio, de repente se deja liar por un señoro.

Lúa: A ver, tampoco es un señoro, vale, un poquitín, pero ¿quién no tiene micromachismos hoy en día? El caso es que me ha propuesto ir a una exposición, así que me he animado.

Mimi: Vale, tú verás, ya me contarás qué tal. Todavía terminas con el veterinario y llenáis vuestra casa de perritos cuquis.

Lúa: Peores cosas se han visto, ya te digo.

Mimi: Fíjate, podríais tener un hijo y se llevaría un par de años con la mía, serían como hermanitos.

Lúa: No vueles tan alto.

Mimi: ¡Ay! Es que me encantaría que me dieras un sobrinito.

Lúa: De momento vamos a empezar con tu criatura y ya vemos qué tal se nos da, ija, ja, ja!

Dejé a Mimi divagando, me puse una serie mientras comía mi triste cena de soltera (si lo viera mi madre…). Tenía ganas de ver cómo transcurrían mis citas con Óscar y si había alguna posibilidad de que la cosa avanzara a buen puerto. Me apetecía sentar la cabeza con alguien, tener pareja y poder ir de la mano con alguien por la calle, en el fondo, era una romántica y no lo podía evitar. No solo era romántica, también echaba de menos encontrar casa en alguien y follar siempre que me apeteciera con la misma persona, obviamente me daba mis placeres, pero me empezaban a dar pereza los encuentros esporádicos, donde cada uno tenía sus gustos y su forma de hacerlo. Tenía el fuerte convencimiento de que me merecía algo mejor de lo que vivía ahora y quería compartir mi vida con alguien y dejar de sentirme tan sola, ya de paso.

Cuando ya se me empezaron a cerrar los ojos, me fui a la cama. Me acosté con el firme pensamiento de que algo bueno estaba a punto de pasarme y eso me aportó cierta esperanza.

3

¿POR QUÉ?

Me levanté enérgica, con una buena sensación en mi interior, llena de entusiasmo, algo me hacía estar contenta, quizá era por la cita con el veterinario. Al menos, la novedad de tener una segunda cita me hacía cierta ilusión. Era jueves, el día C (de cita, claro) había llegado, la semana en el trabajo estaba siendo tranquila y había podido ir dos días al gimnasio, todo estaba marchando como tocaba.

Estuve trabajando en casa, comí enfrente del ordenador para poder salir antes y a las cinco de la tarde ya tenía todo terminado. No podía pensar que era perfecto, tenía media hora para prepararme (de sobra) y otra media para llegar a Matadero (viable totalmente). En este caso, el reloj estaba siendo mi amigo y, de momento, no decidía liármela. Me vibró el móvil, pero pasé de él, porque si no llegaría tarde, seguramente era mi madre para decirme que me iban a secuestrar o Mimi para contarme alguna cosa, igualmente, contestaría en el transporte público yendo de camino a mi cita.

Decidí dejarme el pelo suelto, maquillarme de forma ligera, un poco de colorete, algo de máscara de pestañas y una sombra de color rosa palo, como mis labios. De ropa elegí una blusa a rayas blancas y negras que era larguita, unos vaqueros oscuros pitillos y unas manoletinas de terciopelo rosa. Me miré al espejo y me vi guapa, empoderada y con ganas de salir a pasármelo bien, ya me tocaba.

Cuando estuve lista, volvió a vibrar el móvil insistentemente, corrí a cogerlo, ya era imposible que llegara tarde:

—Hola, mamá, lo siento, voy con prisa, he quedado.

—Hija, ha pasado algo, tienes que venir inmediatamente.

Me dio un vuelco el corazón, no podía ser, me repetía constantemente. Las lágrimas empezaron a recorrer mi cara y se me encogió el corazón como si ya no existiera. No entendía nada, no podía ser, no podía haber pasado, todo estaba bien hacía cinco minutos y, de repente, todo se había roto en mil pedazos. Miré para todos los lados, intentando buscar la razón por la que esto había pasado, pero no encontré respuesta, no había solución posible, solo el silencio de mi casa.

Tenía que actuar y moverme rápido, pedí un *Uber* apresurada mientras buscaba compulsivamente un billete de tren que me llevara a Galicia cuanto antes, tenía que llegar como fuese a casa y tenía que ser hoy. Encontré uno que salía a las diez de la noche, era nocturno y llegaría al día siguiente, me tendría que conformar, no quedaba otra.

El coche tardó poco, pero se me hizo eterna la espera. No sabía dónde meter mis manos, así que me puse como loca a recoger la casa sin ton ni son, no era capaz de pensar con claridad, así que hacía cosas totalmente sin sentido. Por fin me avisó la aplicación de que había llegado el coche, bajé corriendo como una loca para montarme cuanto antes, tenía el corazón roto, no podía ser, no sé cómo había podido pasar, pero tenía que verlo con mis propios ojos. Llamé una vez más a mi madre:

—Ya tengo transporte, llego a las siete de la mañana, ¿crees que podrías recogerme?

—Claro, hija, lo que necesites.

—Vale, mamá, te cuelgo, te quiero.

—Ve con cuidado.

Estaba desesperada, no llevaba nada encima, ni ropa, ni cargador del móvil, ni nada, iba, literalmente, con lo puesto. Allí en casa de mis padres tenía algo de ropa y todo lo necesario, ya me apañaría. Esperé impacientemente en la estación hasta que, por fin, salió mi esperado tren. Entre tanto, me había llamado un par de veces Óscar, pero no tuve cuerpo de contestarle, ya hablaría con él y le explicaría.

No pude dormir absolutamente nada en el tren, no paraba de darle vueltas, no me creía lo que había pasado, era imposible. Todo estaba bien ayer y, de repente, todo había cambiado, necesitaba llegar cuanto antes y estar con Mimi. Mimi era mi persona y tenía que estar con ella, ahora más que nunca.

Me compré un sándwich en una de las máquinas expendedoras del tren, por comer algo, llevaba desde las dos de la tarde sin probar bocado, así que ya me rugía la tripa. No tenía buen aspecto, el maquillaje había desaparecido, estaba despeinada y seguramente mi cara estaba desencajada, me encontraba mareada, quizá de no dormir y notaba como todo el cansancio se acumulaba en mi espalda.

Según volvía a mi asiento, vi a una chica con un bebé en brazos, ambos dormidos y exploté. Me fui corriendo a refugiarme en mi asiento y escondí mi cara llena de lágrimas entre mis manos. No podía ser, me estaba desmoronando y me encontraba tan perdida que no sabía qué hacer.

Antes de llegar escribí a mi jefe diciéndole que, por motivos personales, no me quedaba otra que cogerme el día de vacaciones. No puso mucha pega, la semana estaba siendo tranquila en el trabajo y llevaba todo lo pendiente muy adelantado.

Durante el trayecto, desde el tren avisaron por megafonía que iba con retraso por un problema técnico, la ansiedad me pudo y empecé a agobiarme. ¿No había nada que saliera bien? Avisaban de que llegaría a mi destino una hora más tarde, es decir, las ocho de la mañana en vez de las siete. Suspiré con resignación, para soltar un

poco de presión en mi pecho y avisé por *WhatsApp* a mi madre de que llegaría una hora tarde.

En cuanto el tren se detuvo en la estación, puntualmente a las ocho de la mañana, salí corriendo y vi a mi madre a lo lejos. No creo que tuviera mejor cara que yo. Me dio un abrazo y nos fuimos en silencio al coche. No hablamos durante el camino, todo era demasiado duro, prefería hablar directamente con Mimi y que me contara todo ella, si le apetecía hablarme.

Condujo durante una hora, era lo que separaba la estación de nuestro pueblo y, después, aparcó en la puerta de la casa de Mimi, sin preguntarme ni siquiera. Noté cómo estaba cansada, seguramente habría dormido parecido a lo que había dormido yo, al final mi madre conocía a Mimi desde que éramos pequeñas y, para ella, era prácticamente una hija más. Habíamos estado tantas veces en casa de mi madre jugando y, después, eligiendo ropa y maquillándonos, que muchas veces mis padres decían que parecía que habían tenido gemelas. Lo mismo pasaba con la madre de Mimi, si no estábamos en una casa, estábamos en otra. Mi madre me sacó de mi ensimismamiento:

—¿Quieres que pase contigo? Puedo llamar al trabajo.

—No te preocupes, mamá, estaré bien, solo quiero ver a Mimi, luego te cuento, ¿vale?

—Vale, hija, no te preocupes.

Le di un beso y salí del coche sin mirar atrás. Mi pueblo, mi Galicia, me había recibido con una lluvia ligera y fina, de esta que parece que no te va a mojar, pero te cala. Corrí para no mojarme y llamé al timbre, hacía un frío de muerte, húmedo como él solo. Iago y Mimi vivían en una casita baja muy mona, aunque un poco pequeña, fue lo único que se pudieron permitir cuando decidieron comprarse una casa hace un año. La compraron prácticamente destartalada, pero se habían esforzado mucho por hacerla su hogar. Me encantaba estar allí, el olor a canela e incienso que usaba Mimi que siempre rodeaba la casa, la mantita del sofá y la chimenea.

Llamé a la puerta con los nudillos, no quería molestar, no sabía qué hacer, esta situación me estaba viniendo excesivamente grande. Me abrió la puerta Iago, estaba muy serio, totalmente demacrado, parecía que llevaba días sin dormir.

Iago era un tío enorme, de metro noventa de alto y muy fornido, quizá su brazo era casi como mi cabeza. Llevaba el pelo corto y recto, de color negro, además tenía una mirada muy profunda, cuando te miraba, te transmitía que tú eras lo más importante. Vamos, como diría mi madre, era "un hombre hecho y derecho".

Le abracé en cuanto le vi, intentando recomponer lo que estaba roto, buscando arreglar lo que estaba destrozado, buscando devolver lo que habían perdido en el camino.

—¿Dónde está Mimi?

—Está fuera, en el porche. —Mimi siempre decía que su parte favorita de la casa era el porche, había puesto un balancín precioso con cojines de colores y una mesita de madera, solía decir a Iago riéndose que limpiara el cristal de la ventana por fuera, mientras ella lo limpiaba por dentro, como si de la película de *Up* se tratara.

—Hace frío. –Seguramente a Mimi lo que menos le interesara era el frío que hacía.

—Ya sabes que estar allí la reconforta. Te está esperando, sabe que ibas a venir. No ha dormido apenas.

Se hizo a un lado y me dejó pasar. Atravesé rápidamente la casa y abrí la puerta que daba al porche. Vi a Mimi acurrucada en una manta, meciéndose con la mirada perdida:

—Hola, cariño, soy Lúa. —Me miró con los ojos vidriosos, me dio mucha pena. Me acerqué a ella, me puse a su lado, le pasé la mano por encima de sus hombros y la abracé.

—Estaba aquí, estaba aquí.

—Ya, lo sé, lo sé.

—Es que no sé qué ha podido pasar, si he hecho algo mal, está siendo un infierno. Le había notado moverse, de verdad y, de repente, vamos tan tranquilos a una revisión y me dicen que no hay latido, que se le ha parado el corazón… Estaba de veinticinco semanas, con esas semanas hay bebés que nacen y sobreviven… — No pudo continuar y empezó a sollozar.

—Puf, ha debido de ser muy duro, ¿te han dicho algo más en el médico?

—Me provocaron el parto y, en fin, ya no está, estoy vacía, estaba y, de repente, ya no está. No he podido verle, no me he visto con energía, simplemente, ya no está. Encima estaba en la planta de maternidad, no era el mejor lugar para mí, se oían bebés llorando por todos los lados, por eso ya me han mandado a casa. Perdóname, no puedo dejar de llorar.

—Has hecho lo que has podido, está siendo muy duro, date tiempo, llórale todo lo que necesites.

Nos quedamos en silencio, abrazadas y enrolladas en una manta, como tantas veces habíamos hecho de pequeñas, contándonos nuestros secretos. Ahora, los problemas y las preocupaciones nos habían caído como un chorro de agua fría y ya no éramos aquellas dos niñas despreocupadas que correteaban por el jardín.

Cuando me llamó mi madre, solo podía pensar en este momento, en estar con Mimi y poder abrazarla. No sé cómo superaríamos esto, posiblemente estas cosas te cambian y te desdibujas, dejas de ser quien eras y pasas a ser otra persona, porque ya tienes otra mochila a cuestas, y tu espalda y sentimientos se curvan del peso. Solo me preguntaba por qué, estaba en un estado de shock del que me estaba resultando difícil salir y así, no era gran ayuda para Mimi.

No sé cuánto tiempo pasó, pero vimos cómo se iba yendo el día poco a poco. Le propuse a Mimi pasar a casa y comer algo, pero no

tenía ganas de moverse. Al rato, apareció Iago, se puso de rodillas frente a Mimi y dijo:

—Cariño, me tengo que ir a trabajar, ¿te parece que Lúa se quede a dormir contigo? –Mimi asintió despacio mientras le miraba. Iago le acarició la mejilla, le dio un beso en la frente y se marchó.

Iago trabajaba en una fábrica en el pueblo de al lado. Siempre fue mal estudiante y, en cuanto tuvo oportunidad de dejarlo, se puso a trabajar. Le buscó su padre el trabajo a través de un vecino y el resto era historia. Llevaba ahí trabajando desde entonces, él decía que no necesitaba más, que le gustaba el trabajo y sabía hacerlo, siempre decía que su mayor ambición fue Mimi y no un mejor puesto de trabajo o el dinero que eso le pudiera reportar. Hacía un año se había cambiado al turno de noche, donde cobraba algo más y decía que le gustaba, era más tranquilo, menos gente, dormía por la mañana, mientras Mimi trabajaba y luego tenían toda la tarde libre. Eran una pareja perfecta, no se merecían lo que les estaba pasando.

Cuando Iago se marchó, me decidí a que hiciéramos algo productivo, como ducharnos o cenar algo:

—¿Te apetece cenar o ducharte? –Pregunté a una Mimi totalmente ausente.

—No, no quiero nada.

—Vale, ¿te parece que nos vayamos a la cama y nos echemos un rato?

—Bueno.

Nos levantamos y nos fuimos directas a su habitación. Era una de las habitaciones más hogareñas que había visto en mi vida y me encantaba entrar allí de vez en cuando. Las paredes tenían un papel pintado de color crema que le daba calidez a la estancia, había una cama enorme con una colcha mullida y preciosa que le había cosido su abuela y que Mimi cuidaba con meticulosidad. Las mesillas eran rústicas, de madera, con unas lámparas colgadas a la pared que le daban un toque moderno.

Abrí el cajón donde Mimi guardaba los pijamas y le saqué uno, mientras yo me cogí otro. Nos cambiamos en silencio y nos metimos en la cama. Apagué la luz y encendí la lámpara de la mesilla, para no quedarnos totalmente a oscuras.

—No sé si volveré a ser yo, no sé si me entiendes.

—Claro que te entiendo. Estás viviendo algo muy duro.

—Nunca pensé que podría pasar algo así…

—Nunca se piensa, al final las preocupaciones no sirven para nada.

—Ay, Lúa… Qué ascazo.

—Ni que lo digas.

Se puso de lado y aproveché para hacer la cucharita y abrazarla. Estaba agotada, había sido complicado el viaje en tren hasta aquí, todo el estrés y la preocupación, el cansancio me vino como una losa. Me quedé dormida al instante, noté como Mimi hacía lo mismo, debía de estar igual de agotada que yo.

4

EL REENCUENTRO

Decidí quedarme el fin de semana para estar con Iago y Mimi, saqué un billete de tren el domingo por la tarde, para llegar por la noche a casa y poder empezar algo descansada el trabajo el lunes. No podía pedir más vacaciones en el trabajo en esta época del año ni pedir más favores a mi jefe, así que no me quedaba otra. Al menos estaría con ellos el fin de semana y les ayudaría en lo que necesitaran.

Ya era domingo y decidí sacar a Mimi a dar una vuelta, mientras Iago guardaba en el trastero todo lo que habían comprado al bebé. Mimi nos manifestó que le dolía verlo por ahí en medio y prefería que lo quitaran de su vista, respetamos su decisión y Iago, simplemente, ejecutó sus deseos. Al final pienso que el duelo es algo personal y propio y cada uno lo lleva como puede, no creo que nadie sepamos cómo reaccionaremos ante este tipo de adversidades y el mayor apoyo, sin duda, era respetar sus decisiones.

Iago optó por meter sus sentimientos en una cajita bien cerrada y oscura y guardarla en lo más profundo de su corazón. Apoyaba a Mimi e intentaba ayudarla en lo que ella pidiera o necesitara, pero estaba totalmente opaco. Me dio mucha pena verle así, pero tampoco podía juzgarle, posiblemente sería lo más duro a lo que se enfrentaría en mucho tiempo y tenía derecho a gestionarlo como pudiera o supiera.

Íbamos agarradas como dos viejecitas, mientras dábamos un paseo y divagábamos.

—No sé cómo voy a seguir o avanzar, no sé continuar con mi vida como si tal cosa.

—Ya, lo sé, te ha pasado algo muy difícil, nadie se piensa que le puede pasar.

—Yo creo que es algo que no piensas ni que exista, ¿cómo se va a morir una personita que ni ha tenido la oportunidad de nacer? —Mimi lanzó aquella pregunta al aire, porque yo no sabía la respuesta.

—Vamos a ir paso a paso, date tiempo, luego ya iremos viendo.

—He pensado que quiero volver a trabajar cuanto antes, no creo que sea bueno para mí retroalimentar mis desdichas en casa.

—Quizá es demasiado pronto.

—Me daré esta semana y ya veré, no quiero estancarme, pensar lo que pudo pasar y no pasó. Le quería un montón, ese bebé venía para iluminar todo y ahora… —Contuvo un sollozo y yo le froté la espalda, intentando transmitirle mi apoyo.

Cuando volvimos a casa de Mimi después del paseo, vi que había un coche nuevo aparcado en la puerta de su casa y me puse nerviosa, me sonaba ligeramente ese coche y la vida empezaba a darme mucha pereza. ¿Podía ser verdad que él estuviera en casa de Iago y Mimi? Lo que me faltaba…

Mimi sacó las llaves y abrió la puerta, pasamos en orden y fuimos hacia la zona de la cocina. Allí estaba Iago preparando café en una cafetera semiautomática retro de la cual estaba muy orgulloso. Siempre se empeñaba en decirme que el mejor café del mundo era el que hacía él en esa cafetera, yo siempre me metía con él hablándole del café del Starbucks y de sus bondades. Me giré y de repente le vi, Iago no estaba solo, allí estaba, míster Perfecto, alto, musculoso, con una camiseta blanca que se le ajustaba a la perfección a los brazos, su moreno natural y una barba de tres días

perfectamente recortada. Era perfecto, parecía esculpido por los mismísimos dioses, era tan guapo que mareaba, era injusto que alguien pudiera ser así. Además, estaba mucho más fuerte de lo que le recordaba y parecía más alto incluso, imponía muchísimo.

Se giró y su mirada se paró justo en mí, me analizó de arriba abajo y se levantó. Fue a abrazar a Mimi y le dijo en bajito que estaba para lo que necesitara, qué pedante era. El susodicho se llamaba Roi, había sido mi "primer amor", aunque de amor había habido poco, la verdad y, obviamente, le odiábamos.

Para remontarnos a cuándo apareció Roi en mi vida tenemos que viajar unos años, cuando Mimi y yo teníamos dieciséis exactamente. Era verano y nos fuimos al pueblo de al lado a las típicas fiestas, había unas casetas, unas atracciones y algunos entretenimientos más, ideal para la aburrida vida del pueblo en el que vivíamos. Allí conocimos a Iago y a Roi, de casualidad, eran un año mayores que nosotras y andaban haciendo el tonto, Iago se quedó embelesado de mi amiga, ya os digo que normal, porque es una chica muy especial. Empezó a decirle tonterías y así comenzamos a hablar, pasamos toda la noche con ellos, casi sin darnos cuenta. Mimi comenzó a salir con Iago casi al día siguiente, él iba todos los días al pueblo a verla y se hicieron inseparables, recordaba verlos siempre juntos o a Mimi diciendo que había quedado con Iago.

A Roi y a mí nos costó más, pero finalmente también nos liamos un día que habíamos quedado los cuatro y Iago se puso malo. No sé si fue una encerrona, pero curiosamente Mimi se quedó en casa con Iago acompañándole, dejándome tirada y me avisó justo a la hora que habíamos quedado, no antes. Ese día fuimos al cine, ya que teníamos las entradas compradas con anterioridad, y, finalmente, acabamos besándonos. Típico, ¿verdad? Pues tan típico como que cuando decidí irme a la universidad a Madrid y él sabía que no me iba a tener disponible diariamente, se lio con otra, así que me fui a la capital con mis maletas, mis penas y unos cuernos enormes. Fue muy duro y es algo que jamás le perdonaría.

Desde ese momento, no había vuelto a verle apenas, él vivía en otro pueblo y entiendo que Roi tenía tantas ganas de verme como yo a él, así que el destino o evitarnos adrede había conseguido no tener que dirigirnos la palabra. Es verdad que alguna vez le había visto de refilón o habíamos coincidido en algún evento del pueblo, pero desde que me fui a vivir a Madrid, no habíamos intercambiado palabra y, si soy sincera, me daba muchísimo alivio. Hacía como dos años que no habíamos coincidido y lo agradecía encarecidamente, en esos dos años, sin duda se había puesto más fuerte y, por desgracia para mí, más guapo.

Sin embargo, sabía de ciencia cierta que Iago y Mimi habían continuado la relación y se veían a menudo. Al final Iago y Roi habían sido amigos desde siempre, tenían amigos en común y se movían en los mismos círculos, así que era fácil, aun así, Mimi siempre había intentado que no coincidiéramos y, hasta ahora, lo había conseguido.

Después de abrazar a Mimi, se me quedó mirando y se acercó con naturalidad a darme dos besos, su presencia era embriagadora y su cuerpo imponente, además, olía a castañas y a césped recién cortado, puto Roi, ¿ahora era leñador o qué? Qué bien olía el asqueroso:

—Hola.

—Hola. –Musité. No tenía ni pizca de ganas de hablar con esta persona.

Me separé en cuanto pude, qué pesadilla de persona, no me apetecía nada verle y menos en un momento así, cuando me sentía tan triste y vulnerable por la situación. Iago de repente se dio cuenta y se le vio apurado, intentó normalizar la situación:

—Venga, chicos, el mejor café del mundo está a punto de salir, Lúa, ¿tú con canela y leche desnatada?

—Sí, muchas gracias.

—Hay cosas que nunca cambian. —Expresó Roi como si nada, ¿este chaval de qué iba? ¿Acaso me conocía? No estaba yo para indirectas estúpidas.

—¿A qué te refieres? –Pregunté, no estaba el horno para bollos y más dada la situación.

—Nada, nada. –Se acercó a Mimi y le habló despacito–. Hemos guardado todo como nos pediste, ya está todo como querías, lo hemos embalado con mucho cuidado, por si alguna vez lo quisieras, ¿vale? No te preocupes que te vamos a ayudar en lo que necesites.

—Muchas gracias, Roi, eres un cielo–. Le dio un apretón en el hombro para infundirle fuerzas.

Iago sirvió el café en tazas con flores dibujadas y con platitos a juego, en serio, esa casa era un auténtico sueño. Puso unas pastas en medio para acompañar el café y se sentó a nuestro lado.

—Por fa, ¿podemos hablar de otra cosa? Tengo la cabeza que me va a explotar–. Manifestó Mimi, no sé cómo íbamos a superar esto, pero seguro que juntas.

—He pasado antes por el pueblo y he visto que ya han puesto los farolillos, seguro que este año me paso, tengo muchas ganas–. explicó Roi.

Los farolillos era una tradición de nuestro pequeño pueblo, que coincidía con el inicio de las fiestas. Se llenaba toda la plaza del pueblo de farolillos, que se conectaban entre ellos, el día que comenzaban las fiestas, el alcalde montaba un tinglado de los buenos y hacía el "encendido oficial de los farolillos". La plaza se llenaba hasta arriba para ver el encendido y, después, los farolillos se encendían todas las noches hasta que terminaban las fiestas. Era un momento especial y único y de pequeña me encantaba. Cuando era pequeña, iba de la mano de mis padres, no faltábamos ningún año, luego, cuando fui adolescente, siempre iba con Mimi y después Iago y Roi nos acompañaron también, hasta que me fui a la universidad y dejé de ir a ver el encendido. Desde que Roi me falló, también estropeó eso, ya que, con el miedo de encontrarle, había

reducido mucho mis visitas al pueblo. También había evitado la fiesta de los farolillos, porque estaba segura de que me lo encontraría, era su fiesta favorita y lo sabía de sobra.

—¿Os acordáis de aquel día…? –Preguntó Iago.

—Puf, ni lo menciones–. Dijo Mimi mientras se le escapaba una sonrisilla.

De lo que hablaban era de la última vez que vi los farolillos, lo recuerdo como si fuera ayer. Los cuatro dijimos de ir a ver el espectáculo, pero en el último momento a Iago se le ocurrió que fuéramos antes a tener un momento íntimo cada pareja, ya que, con tanta gente, los padres y los vecinos, era complicado que nos pudiéramos enrollar tranquilamente sin todos los ojos puestos en nosotros. A Mimi no se le ocurrió otra cosa que subirnos detrás del escenario, según ella, nadie nos vería y sería genial e íntimo, además de muy romántico. Allí que fuimos y empezamos a liarnos sin piedad, Mimi con Iago y yo, obviamente, con el susodicho, en esa época me parecía la mejor persona del mundo, qué equivocada estaba, tonta de mí.

De repente, se escuchó la cuenta atrás, anunciando que encenderían los farolillos, pero nosotros seguimos a lo nuestro porque creíamos estar muy bien escondidos. Sin embargo, no fue tan buen plan y, como si de Hugh Grant en *Love Actually* se tratara, quitaron la sábana que nos separaba de la parte del escenario que veía todo el público y todo el pueblo vio lo que estábamos haciendo. Parece ser que ese año el alcalde tenía montado una sorpresa y habían creado un mural con fotos de años pasados de las fiestas, que estaba en la parte trasera del escenario, justo donde Mimi pensó que sería un buen lugar escondernos.

Mis padres y los de Mimi se enfadaron un poco, no concebían que sus preciosas e inocentes hijas fueran enrollándose con dos chicos de otro pueblo y, encima, delante de todo el mundo. Con el tiempo se quedó, como todo, en una anécdota divertida y, después, simplemente pasó a doler y la metí en una cajita muy muy pequeña

dentro de mis recuerdos. Qué bien vendría a veces un pensadero a lo Dumbledore, para dejar ahí lo que nos pesaba y nos dolía y vagar sin esta mochila por la vida.

—Vaya idea la tuya, Mimi, te dieron un premio al mejor escondite del mundo. –Se rio Roi.

—Será que no lo disfrutasteis, espabilados, que sois unos espabilados, engañando a unas pobres jovencitas menores de edad.

—Hasta que nos descubrieron, sí, lo disfrutamos mucho. –Reconocí.

Los tres se me quedaron mirando por mi intervención y, de repente, los cuatro empezamos a reírnos, como viejos amigos, como si no hubiera pasado el tiempo y, sobre todo, la vida, como si no tuviéramos problemas, como si nada pesase, como si Roi fuera el chico del que me enamoré, el chico perfecto que cumplía mis deseos, el chico que me llevaba a escondidas a ver las constelaciones al bosque.

De repente sonó mi móvil, lo había dejado encima de la mesa, así que todos pudieron ver que me llamaba Óscar.

—Ese es el veterinario, ¿no? –Preguntó Mimi, como si no lo supiera. De verdad, esta chica cómo era. No sé qué necesidad tenía de que Roi se enterara de mi vida sentimental, si se podía llamar así a una llamada de Óscar.

—Ajá.

—¿No lo vas a coger?

—Bueno, le dejé plantado por venir aquí corriendo como una loca, así que prefiero llamarle cuando esté en Madrid.

—Ajá. —Me imitó Mimi, maldita, qué perspicaz era, tanto como adorable, cómo me conocía.

Bueno, creo que debería irme, tengo que ir a comer donde mis padres antes de volverme a Madrid.

—¿Huyendo? —Ahora era Roi, ¿este tío de qué iba? ¿Se pensaba que me conocía de algo? Yo había evolucionado, me había ido sola a un sitio desconocido a los diecisiete años y era feliz, había construido mi vida sin él, ¿ahora estaba celoso o qué?

—No, vuelvo a mi hogar, donde vivo y tengo una vida totalmente placentera, parece que no sepas que me fui a Madrid.

—Pocas cosas sé de ti ahora mismo. —Se levantó mientras lo decía, recogiendo las tazas. Con lo grande que era, verle coger la tacita tan pequeñita y mona me hizo sonreír por dentro, pero se me quedó mirando como si no entendiera mi cara, estaba claro que era más transparente que un cristal recién limpiado por mi madre y yo no quería mostrarle nada de mí.

—Bueno, será porque era lo que querías. —Puso cara de póquer, como si no entendiera lo que le decía, en fin, necios había en todo el mundo y tenía uno delante, eso estaba clarísimo, desgraciadamente.

—Me voy a ir yendo, chicos, aquí ya no hago nada y se me echa el tiempo encima.

Di un abrazo a Mimi y después a Iago, le dije que me llamara si necesitaba hablar, que estaba para eso, no me llamaría, estaba convencida. Prometí volver pronto y le animé a Mimi a que se viniera unos días a Madrid si le apetecía:

—Piénsalo, te puedo comprar esos bollitos tan ricos que te gustan.

—No me tientes.

Recogí mis cosas, di un último achuchón a Mimi y me fui, sin despedirme de Roi y sin mirar atrás, esperaba no volvérmelo a encontrar en mucho tiempo. Encima, aún me quedaba la maravillosa comida con mis padres. Sería un drama, porque mi madre siempre tendía a hacer de los problemas de los demás los suyos, preocupándose en exceso y haciendo muchas preguntas. Era una persona bastante agobiante, aunque le quería igual, qué remedio.

Después de la comida maravillosa con mis padres, donde mi progenitora se lamentó de la pierna lesionada de mi padre y de lo que le había pasado a Mimi y a Iago, me fui al tren, volvía una vez más a mi vida, después de este parón tan abrupto. Había sido un fin de semana duro y nos quedaba mucho tiempo para verlo desde la lejanía y que no doliera tanto. Confiaba en que juntos, Iago y Mimi, superarían todo esto, ya no volverían a ser los mismos, pero al menos recuperarían el brillo en los ojos que les caracterizaba.

Decidí escribir un *WhatsApp* a Óscar mientras me aburría en el tren de vuelta, era un poco pesado, pero le había dejado tirado y me había llamado unas cuantas veces, no tenía excusa para seguir haciéndole *ghosting* (bendito término anglosajón que tan bien venía).

[WhatsApp]

Lúa: Hola, majo, ¿cómo vas?

Óscar: Anda, la desaparecida, ya era hora que te dignaras a contestarme.

Lúa: Del uno al diez, ¿cuánto estás de enfadado?

Óscar: Once por lo menos. Te llamo, odio esto del *WhatsApp* y los mensajitos.

Podía llegar a ser muy viejoven, pero me dio ternura y agradecí que me hubiera contestado tan rápido. Enseguida llegó una notificación al móvil, no parecía que estuviera muy dolido cuando a la mínima me llamaba, al menos eso pensaba yo, que era "doña odio las llamadas":

—Hola, desaparecida.

—Perdona, Óscar, pasó algo y fue una locura.

—¿Alguna explicación un poco más detallada? Sinceramente, que pasara "algo" se me queda un poco cojo.

—Mi amiga perdió al bebé del que estaba embarazada y me fui corriendo al pueblo. Estaba en el segundo trimestre del embarazo,

era algo grave, ha sido muy duro. Ya lo siento, pero dejé todo en segundo plano y no me veía capaz de contestar a nadie.

—Vaya, no me esperaba eso.

—¿Sigues enfadado? —Pregunté con esperanza, Óscar era una alternativa para evadirme y no quería renunciar a él, aunque tuviera sus cosillas.

—Bueno, saqué las entradas para la exposición y me quedé con cara de tonto allí esperando una hora, mientras te llamaba, contando que durante todo el fin de semana podrías haberme escrito o algo. No sé, tía, entiendo la situación, no pienses que soy una persona insensible o que no empatizo con tu amiga, pero joder, ¿qué te costaba un mensaje rápido?

—Llevas toda la razón, ahora ya no puedo hacer nada para remediarlo. En ese momento me bloqueé y no pude hacer nada, estaba como en shock, ¿te hace que vayamos otro día a la exposición? Invito yo, claro está.

—Puf, venga, vale, estás muy buena, solo por eso, ¡jejeje! —El humor rancio era difícil de superar, pero hice de tripas corazón, me sentía sola, era la realidad y tener a alguien que le gustara me animaba.

—Vale, pues nos vemos el jueves de la semana que viene, quedamos a las seis de la tarde en Matadero, ¿te parece?

—Claro, tía, me lo apunto ahora mismo en la agenda del móvil, ¡jejeje! —Menudo chiste, colega, o lo que fuera eso.

Nos despedimos prometiendo no fallar esta vez a la cita o, en caso contrario, juré y perjuré que le avisaría. Más me valía ser fiel a mi palabra o estaba claro que de esta, me mandaba a la mierda, y no le faltaba razón, un segundo plantón era imposible de superar.

5

VAMOS DESPACIO

Pasó la semana sin pena ni gloria. No os había hablado mucho de mi trabajo porque me resultaba tan aburrido que ni yo lo aguantaba. Era un trabajo insulso que, a veces, te quitaba las ganas de vivir. Era un trabajo donde te vendían el concepto de horario flexible, que realmente significaba "trabajarás día y noche". Estaba lleno de mentiras ocultas, que intentaban captarte cual secta, para que trabajaras más y más. Aun así, era un trabajo con buena remuneración, que me permitía teletrabajar casi todos los días desde casa y poder ir a casa de mis padres de vez en cuando, sin necesidad de pedir vacaciones. También tenía que reconocer que trabajaba de lo que estudié y, desgraciadamente, no todo el mundo podía decir lo mismo hoy en día.

El jueves salí de trabajar pronto, llevábamos una semana intensa, echando más horas que el reloj y mi jefe me había dicho que podía salir antes. Habíamos tenido que ir por la mañana a presentar el proyecto al cliente, ya os digo, me entraban ganas de dormir solo de contarlo, qué aburrimiento. Salíamos a la vez Carmen, una compañera, y yo, ya que las dos estábamos igual de explotadas:

—Vaya semanita, quién nos lo iba a decir el lunes, cuando el sol brillaba y nadie nos gritaba. –Me dijo Carmen.

—Puf, ya te digo, qué necesidad, de verdad. Tanto trabajo nos va a matar, tienen que incorporar a alguien más al equipo, no es

normal que echemos tantas horas. Si hubiera alguien más, podríamos repartirnos mejor el trabajo.

—Buah, ya puedes esperar sentada, mientras cumplamos con los plazos y saquemos el trabajo como sea, no creo que vayan a gastar dinero en meter a alguien nuevo –Carmen era una total revolucionaria, pertenecía al comité de empresa y siempre estaba intentando buscar resquicios para mejorar las cosas. Aun así, no confiaba nada en la empresa ni en el sistema, por lo que a la mínima criticaba todo. Era algo más mayor que yo, tenía treinta años, era muy delgada y siempre llevaba ropa de muchos colores que le quedaba enorme. Llevaba en la empresa cinco años y en el comité dos años, me encantaba juntarme con ella y criticar a todo el mundo que podíamos.

—Por lo menos hoy salimos pronto.

—El miércoles ya escribí a Javier para comentarle que se le estaba yendo el horario y que tuviera cuidado. –Javier era nuestro jefe, el típico estirado que el traje es su segunda piel, pero sin corbata, para parecer cercano y moderno, obviamente, nadie se lo creía.

—Madre mía, vas a conseguir que te haga la vida imposible.

—De momento solo me tiene miedo, sabe que no nos puede tener de esclavas en este trabajo de mierda. Bueno, ¿algún plan para esta tarde soleada?

—Sí, he quedado con un chico que conocí hace un par de semanas, a ver qué tal se da.

—¿Repitiendo? Eso pinta bien.

—¡Ja, ja, ja! Qué remedio, alguno se tiene que quedar.

—¿Vas para el metro?

—Sí, me voy a pasar por casa para cambiarme de ropa.

Nos fuimos juntas, vivíamos a una parada de metro de distancia, así que, si salíamos a la misma hora, siempre

aprovechábamos y nos hacíamos compañía en el trayecto. Fuimos comentando la semana, hasta que Carmen me dijo:

—¿Sabes que Javier está liado con Mamen? –Mamen era la secretaria de dirección, siempre vestía muy elegante, como si fuera de boda, con unos zapatos de tacón de aguja imposibles. Solía llevar falda de tubo y unas medias transparentes que daba frío solo con verlas. Era muy atractiva, le gustaba pintarse sus labios carnosos y perfectos de color rojo. Vaya, era una auténtica fantasía.

—No puede ser, si Javier es un viejuno. —Javier tendría unos cuarenta y pico años o casi cincuenta si te despistabas. No estaba mal, pero los años y las horas eternas en la oficina le iban pasando factura. Ya peinaba canas y tenía cierta tripilla cervecera nada atractiva.

—Pues les vi el otro día en la cafetería de dirección muy cercanos y él tenía la mano en la espalda de ella, demasiado baja.

—Pero si Javier está casado.

—Eso no debe de ser ningún impedimento para saltarse las normas.

—Malditos señoros.

—Ya, qué ascazo, estate atenta cuando vayas a la oficina, a ver si te enteras de algo más, toda la información es poder.

—Sin duda, ¡ja, ja, ja!

—Por cierto, ¿sabes que la chica que vivía conmigo en casa se va? —Carmen tenía un piso y siempre tenía una habitación alquilada, eso le ayudaba a pagar la hipoteca y, lo mejor, como decía ella, estaba acompañada, odiaba vivir sola.

—No me digas, ¿y eso?

—Yo qué sé, no ha encontrado trabajo en Madrid, pero me la ha liado pero bien, era muy maja y ahora encontrar a alguien va a ser una agonía lenta y dolorosa y me viene de lujo el dinero extra y vivir con alguien es más agradable que estar sola.

—Jo, a ver si encuentras pronto alguien de confianza.

—Pues sí, me encontraba muy cómoda con esta chica y me gustaba tenerla en casa. Es verdad que me podría permitir vivir sola, pero ya me he acostumbrado a tener a alguien en casa. Y bueno, el extra me viene de lujo.

—Si me entero de alguien, te aviso.

—Muchas gracias. —Me sonrió mientras lo decía.

Llegó la parada de Carmen y nos despedimos, posiblemente volveríamos a coincidir en un par de semanas por la oficina. Me fui directa a casa, esta vez no quería que ningún contratiempo estropeara la cita con Óscar, iba con todo y eso se tenía que notar. Me duché rápidamente y, mientras me maquillaba y me alisaba el pelo con la plancha, llamé a Mimi:

—Hola, señora, ¿cómo vas?

—Hola, Lúa, aquí voy, la semana que viene voy a volver al trabajo, ya lo tengo decidido.

—Quizá te viene bien, ¿te ves con energía?

—Sí, sí, quiero volver a mi vida, pasar página, no sé, ser la de antes.

—Ha sido duro lo que te ha pasado, date tiempo.

—Ya, eso dice todo el mundo, incluido Roi.

—¿Qué pasa ahora con Roi? —Me ponía de los nervios escuchar hablar de él, llevaba años evitándole, no tenía necesidad de que volviera a mi vida como si nada, con esa facilidad que le caracterizaba.

—Ha estado ayudándome esta semana, he hablado mucho con él.

—¿No tiene trabajo o qué?

—¿Es que no sabes nada de Roi? Entiendo que estos años hayas evitado el tema, pero pensaba que por el pueblo te habías

enterado.

—No sé nada de él y, de verdad, no quiero saberlo. Es una persona que me hizo mucho daño y cuando me enteré de todo, me prometí no volver a saber de él jamás.

—Ya, pero hay cosas que no sabes, que lo mismo pueden interesarte.

—De verdad, Mimi, no es no, por favor, respétame.

—Vale, vale, cuéntame qué te vas a poner hoy en la cita, anda.

Le describí con todo lujo de detalle qué iba a ponerme: unos pantalones pitillo de color negro con una línea blanca a los lados, una blusa *oversize* transparente blanca y un sujetador de encaje negro, aquí habíamos venido a ganar. Decidí ponerme unos zapatos cerrados negros de plataforma, que me resultaban muy cómodos.

—Pinta muy bien.

—Esa es la idea. Bueno, no cambies de tema, quiero que te cuides, pienses en ti y, si crees que tienes que volver al trabajo porque puede ayudarte, adelante.

—Sí, necesito hacer algo, llevo toda la semana agobiada, dándole vueltas y ya no tiene solución lo que pasó. Tengo que curarme, eso está claro, pero trabajar me ayudará a pensar en otra cosa.

—Te entiendo, Mimi, posiblemente te viene bien volver a la rutina.

Me despedí de Mimi y fui directa a mi cita, no quería que nada se me complicara, al chaval le había menospreciado, dando por hecho que solo quería follar y a otra cosa, mariposa. Pero el caso es que se había esforzado, ante mi ausencia sin avisar, me había escrito y llamado varias veces, se merecía, al menos, que llegara puntual (y pagara las entradas de la exposición esa que tanto quería ver).

Esta vez don Reloj estuvo a la altura, siempre me lo imaginaba como la señorita Minutos, la mascota de la Autoridad de Variación

Temporal de la serie de Loki (no me lo tengáis en cuenta, soy así de friki), y llegué totalmente puntual.

Allí estaba Óscar esperándome, me acerqué y nos dimos dos besos:

—Vas a alucinar, pero hoy están todas las entradas vendidas.

—¿Qué dices? Menuda mala suerte.

—Pensemos que es buena suerte, demos un paseo y ya vamos viendo.

Me pareció bien, el día era soleado, ya se notaba el avance de septiembre y la llegada del otoño, los días eran cada vez más cortos y hacía cierta brisa. Fuimos andando por Matadero, hasta que llegamos a Madrid Rio, me encantaba esta zona de Madrid, con tanta luz, encanto y zonas verdes.

Óscar me fue contando que era de Carabanchel de toda la vida, era hijo único y sus padres se murieron en un accidente de coche cuando tenía veintitrés años, un loco iba en dirección contraria y sus padres tuvieron la mala suerte de encontrarse en el lugar y en el momento inadecuado. Acababa de terminar la carrera y tuvo que gestionar la muerte de sus padres, la búsqueda de trabajo y el paso de estudiante a trabajador. Me dio pena pensar en él y en lo que le había pasado, me quejaba de mi madre, pero la tenía ahí para lo que necesitara, incluso para decirme tonterías a cualquier hora.

Ahora Óscar tenía veintiocho años, tres más que yo, y seguía viviendo en la casa que heredó, estaba contento en su trabajo y, en fin, buscaba algo serio.

—No sé, tía, quiero sentar la cabeza, cuando murieron mis viejos salía mucho, me refugié en las relaciones sin compromiso y en el sexo para olvidar, pero ya uno va teniendo una edad.

—Sí, te entiendo, a mí me gustaría también sentar la cabeza en algún momento.

—Sí, sí, recuerdo que quieres el pack complejo, ¡jeje! –Reconozco que me empezó a parecer entrañable que tuviera la manía de reírse siempre de sus chistes malos.

—En fin, no tengo prácticamente a nadie, solo una tía que vive en Zamora y poco más, el pack completo cada vez suena mejor también para mí.

Me pasó el brazo por encima de mis hombros y fuimos andando un rato así. No se me hizo desagradable, aun cuando me daban pereza las típicas parejas que siempre estaban pegadas y eran empalagosas.

—Bueno, ¿y tu colega cómo está?

—¿Te refieres a Mimi?

—¿Se llama Mimi? ¿Eso no es nombre de dibujo animado? ¡Je, je, je! —No lo estropees, campeón, que hoy íbamos bien con tu historia lacrimógena y el pack completo.

—Se llama Miriam, pero de pequeña no sabía decirlo bien y siempre decía que se llamaba Mimi cuando le preguntaban. Ya sabes, cosas de los pueblos, una vez que alguien tiene un apodo, ya no tienes opción, te quedas con ese toda la vida. La verdad es que todos la llamamos Mimi, incluso los peques de la escuela infantil.

—¿Es profe?

—Pues estudió magisterio y está preparándose las oposiciones, pero mientras empezó a trabajar en la escuela infantil y tiene pinta de que está dejando de lado las oposiciones, pero bueno, ella dice que está a tope con ellas.

—¿Y qué tal lleva lo que le pasó?

—Va poco a poco, iba a empezar a trabajar ya, para seguir con la rutina.

—Hace bien, para este tipo de pérdidas, lo mejor es la rutina.

—¿Y tú no tienes apodo?

—Qué va.

—¿Y eso?

—Supongo que sería porque como mi nombre ya es corto de por sí, no había necesidad. –Sonreí mientras lo decía.

Fuimos en silencio caminando hasta que llegamos a un puesto tipo cafetería dentro de Madrid Rio:

—¿Te apetece tomar algo? —Le pregunté.

—Vale, tía, pero invitas tú, ¿eh? Que me he quedado sin exposición.

Fui a la barra a pedir dos refrescos y unas patatas bravas y nos sentamos en la terraza, aunque hacía fresco, hacía bastante sol, así que se estaba bien fuera. La verdad es que la compañía y el lugar eran ideales, Óscar podría pulir algunas cosas, como lo de llamarme tía o los comentarios machirulos, pero se le veía buena persona y estaba empezando a caerme bastante bien.

Nos pusimos a hablar y se pasó el tiempo muy rápido, estuvimos hablando de la infancia, de cuando me mude a Madrid, de por qué eligió estudiar la carrera de veterinaria y de la vida universitaria. Nos animamos a pedir más bebida y raciones y terminamos dándonos por cenados.

—¿Te apetece venir a mi casa? —Le pregunté cuando nos levantábamos de la terraza.

—Pues tía, creo que deberíamos hacerlo bien e ir despacio, va a parecer antiguo, pero soy un tío clásico y me gustaría dejar atrás la vida de "aquí te pillo, aquí te mato".

—Vaya, me siento rechazada.

Se acercó lentamente, me cogió la cara con las dos manos y me dio un señor beso. Un beso de los que quitan la respiración, un beso que empieza despacio, pero que se desborda al final, un beso que transmite comprensión, cariño y cercanía, un beso entre dos personas que se estaban conociendo, un beso que guardaba

promesas, futuro y esperanza. Vaya, que se me pusieron las bragas del revés.

—No creo que te esté rechazando, sino todo lo contrario. Lo fácil sería terminar follando en tu casa y no veas lo que me apetece, pero quiero hacer las cosas bien por una vez en mi vida, me gustas y creo que deberíamos ir despacio.

—Suena convincente. –Tenía la cabeza en otra parte de mi cuerpo, vamos, que estaba cachonda. Yo venía con la idea de repetir y echarle de casa antes de que se quedara a dormir, no la opción del tío bucólico y romántico que decía no a un buen polvo, la madre que le parió.

—Venga, te acompaño a casa.

Nos fuimos dando un paseo, desde Matadero a mi casa era como media hora andando y así me bajaba el calentón. Cuando llegamos a mi portal, insistí:

—¿Seguro que no quieres subir? Se puede follar e ir despacio, todo es compatible.

—Vamos a ver qué tal va la tercera cita y ya vemos, ¡jejeje!

—Jo, eres duro de roer.

—Ya te he dicho que me gustas de verdad, me iré a casa a hacerme una paja para desahogarme.

—Vaya tela, tendré que hacer algo parecido, no me va a quedar otra.

Nos despedimos con un casto beso y me subí a casa resignada con mi querido *satisfyer*, que él no me decía nunca que no, se ve que había dado con el personaje más honrado de la ciudad, y eso, lamentablemente, me llamaba mucho la atención.

6

VUELTA A CASA

Otra vez montada en el tren, me disponía a volver al pueblo que me vio nacer. Mimi me había convencido para que volviera, habían pasado dos meses desde que perdió el bebé. Desde entonces, no nos habíamos visto y ya la echaba de menos, así que tampoco me costó mucho decidirme a sacar unos billetes, aunque estábamos a mediados de noviembre y teníamos la Navidad a la vuelta de la esquina y, de nuevo, volvería a casa.

Mimi había empezado a trabajar y le había venido muy bien la rutina, encontraba una vía de escape poder pensar en otras cosas y centrarse en una actividad en concreto. Sin embargo, estaba preocupada porque su relación con Iago se había deteriorado ligeramente y notaba que había menos comunicación, aunque yo confiaba en que fuera algo transitorio.

Durante estas semanas, había tenido que trabajar como una loca para sacar a flote un drama que teníamos en el trabajo, vamos, nada nuevo por la oficina, así que ni siquiera había podido pasarme por la oficina algún día para cotillear y pasar un rato con Carmen. Aun así, llevaba varios fines de semana quedando con Óscar, el cual se resistía a subir a casa, pero habíamos hecho otras tantas cosas interesantes el último día que nos habíamos visto. Las primeras citas consistieron en pasear, ir al cine, a cenar y demás, seguíamos hablando, conociéndonos, vale, también había besos interesantes. Es verdad que el último día habíamos avanzado y nos habíamos

metido mano en su coche, pero sin llegar a palabras mayores, así que estaba bastante cachonda, aunque lo amortiguaba en casa con mi maravilloso Toby. Sí, ¿qué pasa? Como diría la rubia más famosa, todas tenemos una amiga que le ha puesto nombre a su *satisfyer* y si no, querida, eres tú. Mi querido Toby andaba con la lengua fuera el pobre, de lo que le hacía trabajar últimamente.

Casi todos los días hablábamos por *WhatsApp* o nos llamábamos para contarnos qué tal el día. El chaval era majo y me gustaba pasar tiempo con él y, tenía que reconocer que antes de empezar a quedar con él, me había sentido sola en muchas ocasiones. Tenía el grupo de los compañeros de trabajo, con el que quedaba de vez en cuando, también el grupo que habíamos montado los de la universidad, pero no era lo mismo que tener a alguien seguro.

El viernes había salido temprano del trabajo para coger el tren, mi jefe no puso pegas por el sobreesfuerzo de estas últimas semanas y ya tenía confirmado con él que me quedaría toda la semana siguiente. Tenía vacaciones del verano pasado que no había gastado, así que no había problema, en el fondo era una pringada y eso lo tenía asimilado ya. Era noviembre y me esperaban unos días pasados por agua, así que botas de agua y paraguas, no quedaba otra.

Iba leyendo un libro de crimen que estaba muy interesante, no podía despegar la mirada de él, cuando me vibró el móvil, así que lo miré sin dudar:

[WhatsApp]

Mimi: Habrás cogido el tren, ¿no?

¡Ah, bueno! Era mi amiga, la obsesa, no sé por qué estaba tan insistente en que fuera, pero se lo perdonaba todo:

[WhatsApp]

Lúa: No, al final me han liado en el trabajo y lo he perdido.

Mimi: No seas idiota, puedo ver tu localización en el iPhone y vas en el tren, no me engañes, asquerosa.

Lúa: ¿Entonces para que preguntas?

Puso un emoji de cara despistada y luego otro de risa, esta chica era un auténtico caso.

Después de varias horas, por fin llegué a mi destino, era ya de noche y no había cenado aún, esperaba que mi madre me tuviera preparado algo rico de comer, cocinaba de lujo. Como no, vino a buscarme, ya que mi padre seguía recuperándose de la pierna, aunque cada vez iba mejor y con la rehabilitación había hecho muchos avances:

—Anda, dame un abrazo, que tienes olvidada a tu madre.

Le abracé fuerte y nos fuimos al coche.

—¿Cómo va papá?

—El otro día fuimos al médico y le dijeron que iba bien, pronto recuperaremos la normalidad, qué ganas tengo, de verdad.

—Ten paciencia, anda, que también él lo estará pasando mal.

—Sí, seguro, ahí tan tranquilo, sin trabajar, viendo programa tras programa en la televisión y saliendo un rato a la rehabilitación, seguro que se lamenta mucho de que le hagan todo.

No pude evitar sonreír, mi madre era un auténtico personaje, aun así, obviamente, me había preparado un filete bien rico con patatas fritas bien grasientas, de las que me gustaban a mí, su comida estaba brutal.

Estaba cansada de todo el día, así que me fui directamente a dormir, mañana había quedado con Mimi en una cafetería que nos gustaba mucho para desayunar juntas, así que me tocaba madrugar.

Al día siguiente, me levanté con mucha energía, tenía ganas de estar una semana sin preocupaciones del trabajo, disfrutando de los amigos y de la familia, olvidándome de la vida ajetreada de Madrid.

Me vestí rápidamente, me puse unos vaqueros pitillo ajustados que me hacían un culo maravilloso, lo siento, chicas, pero si no me lo digo yo, ¿quién me lo va a decir? Lo combiné con una camiseta lisa blanca y una chaqueta tipo *bomber* de imitación de cuero negro.

—Papá, ¿me dejas tu coche?

—Claro, están las llaves colgadas en la entrada.

—Genial, me voy a desayunar con Mimi, ¡luego nos vemos!

Les di dos besos a cada uno y me marché. Tener el coche de mi padre me daba la libertad suficiente para no depender de nadie y, sobre todo, volverme a casa cuando me apeteciera. Conduje hasta la cafetería, la verdad es que en Madrid diríamos que estaba "al lado", pero aquí veinte minutos andando era lejos, encima lloviznaba ligeramente y no me apetecía que mi pelo se volviera salvaje con esta humedad, como solía hacer.

Encontré a Mimi sentada en nuestra mesa de siempre. Me encantaba ir a los sitios donde podíamos decir que pedíamos "lo de siempre" o que nos sentábamos en "nuestra mesa", como si fuéramos Rachel, Mónica y compañía en *Friends*. En Madrid había tantas opciones, que era difícil estar arraigado al mismo sitio, teniendo la necesidad de probar algo nuevo o de conocer ese "nuevo local que era viral" cada vez que se salía a algún sitio.

Mimi llevaba una sudadera de los Lakers y unas mallas ajustadas de color gris, por encima se había puesto unos calcetines largos con rayas, como si fueran de baloncesto, estaba muy guapa.

Se levantó en cuanto me vio y me dio un abrazo.

—¿Qué tal el viaje?

—Bueno, un poco pesado, se hace largo, pero tengo una sorpresa.

—¿Cuál? Pensaba que era yo la de las sorpresas.

—He pedido la semana de vacaciones, así que me quedo hasta el próximo domingo.

—¡No me digas! ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Como tenías tantas ganas de que viniera, pensé que te gustaría la sorpresa.

—¡Claro! Me encanta, aunque el viernes que viene tenemos plan, puedes venirte igual, seguro que no le importará a Roi. —Lo dijo como si Roi fuera un amigo del pueblo sin más, como si no lleváramos años prácticamente sin dirigirnos la palabra, como si no me hubiera roto por dentro.

—Bueno, ya veremos, ya sabes que no me interesa nada de esa persona, ¿qué plan es?

—Nos ha invitado a unos cuantos a su casa nueva, es así como una fiesta de inauguración.

—¿Se ha comprado una casa?

—¿No era que no querías saber nada de Roi? –Preguntó maliciosa.

No tuve que responder, porque vino el camarero a atendernos, así que salvada por la campana:

—¿Qué vais a tomar?

—Yo quiero una tostada de aguacate, un muffin de chocolate y un capuchino descafeinado.

—Venga, yo lo mismo, pero el capuchino normal. —Me animé a pedir lo mismo.

—¡Marchando!

El camarero se fue a prepararlo, mientras aproveché para preguntar a Mimi:

—¿Ahora tomas descafeinado?

—Qué perspicaz eres, ya sabes que en el embarazo tomaba descafeinado.

—Pero no estás embarazada ahora, ¿no?

—Bueno… Pensábamos decírtelo Iago y yo juntos, pero no me aguanto. No sé cómo ha pasado, la cosa es que estaba bastante triste con la pérdida del bebé y en el médico me dijeron que estuviera un tiempo sin intentarlo, pero una cosa llevó a la otra. No pensábamos que me fuera a quedar a la primera, reconozco que no estábamos usando protección.

—¿Estás embarazada? —Ahora elevé la voz de una forma aguda, se me quedaron mirando de una de las mesas ocupadas.

—Calla, te van a oír y nadie lo sabe. Me hice la prueba de embarazo la semana pasada y me salió positivo, tengo miedo e ilusión a partes iguales. Pensábamos hacernos unas pruebas genéticas o yo qué sé, asegurarnos de que no volviera a pasar, pero si ha venido así, tiene que significar algo. Estoy de muy poco, de cuatro semanas o así debe de ser. –Lo dijo todo de carrerilla, como si mentalmente se lo hubiera dicho muchas más veces, me pareció tan adorable que solo me salió darle un abrazo.

En ese momento vino el camarero con nuestra comida y dimos buena cuenta de ello:

—Es complicado, pero voy a intentar ir paso a paso, disfrutar del momento, no agobiarme, no sé. No quiero olvidarme del primer bebé y siempre estará en mi corazón, pero no quiero quitarle nada a esta nueva ilusión.

—Te entiendo, debe de ser muy difícil la situación, pero llevas razón, este nuevo pequeño se merece todo. ¿Con Iago van bien las cosas?

—No estoy segura, la verdad, está muy… Hermético, habla poco, no sé si de verdad le ha hecho ilusión este nuevo bebé, pero lo mismo son imaginaciones mías.

—¿Has hablado con él?

—Sí, le he preguntado, pero no dice mucho.

—Dale tiempo, ya sabes que él es de rumiar sus pensamientos hasta desgranarlos. —Animé a Mimi como pude.

—Bueno, ¿no quieres que te cuente nada de Roi o qué? Llevas años sin saber de él, ¿no tienes curiosidad, al menos, por saber por qué se ha comprado una casa nueva en nuestro pueblo?

—Sabes que irme del pueblo fue una de las cosas más difíciles que hice y me costó mucho adaptarme. Me fui sola y sin su apoyo, fue todo muy duro. Ya he pasado página, pero creo que no le he perdonado lo que me hizo y lo que me prometió.

—Ya han pasado seis largos años, has estado evitándolo todo este tiempo y él también ha estado alejado de ti. ¿Sabes que me pregunta siempre por ti? ¿Sabes que me pregunta cuándo vienes para no pasarse por el pueblo, porque entiende que no quieras verle?

Me quedé pensativa, nunca me había hablado de Roi y no sabía por qué lo hacía ahora. Cuando me fui, les hice prometer a ella y a Iago que nunca me hablarían de él, que haríamos como si no existiera. Fue una decisión un poco tonta porque en ocasiones me había muerto de curiosidad por saber qué era de él, incluso había intentado buscarle por redes sociales sin éxito. Parecía que nuestro encuentro en casa de Mimi había sido un punto de inflexión y, sinceramente, no estaba preparada para tener cambios bruscos en mi vida, me gustaba la estabilidad y la monotonía. Los años en Madrid me habían hecho muy cuadriculada, me gustaba tener todo controlado y saber qué iba a suceder en cada momento, era feliz teniendo mi vida estructurada, como una receta de cocina.

—A ver, Mimi, me parece bien que él pregunte lo que quiera, pero yo no tengo interés en esta persona y más con el daño que me hizo. Tomé una decisión hace seis años, de la cual no me arrepiento y soy feliz con la vida que llevo. Además, ya sabes que estoy conociendo a Óscar y estoy ilusionada.

—Lo que tú digas. —Puso un mohín mientras lo decía.

—Está muy buena esta tostada, así con queso y aguacate.

—Cómo te encanta cambiar de tema. —La miré impasible, sin mostrar reacción.

Nos fuimos a dar un paseo, para bajar el contundente desayuno, Mimi comía por los codos y me costaba seguirle el ritmo. En el pueblo no había gran entretenimiento, pero de vez en cuando, me gustaba disfrutar de la tranquilidad que eso aportaba, del concepto de no tener nada que hacer. Sin duda, relajarme me venía muy bien, había estado muy estresada con el trabajo y la vida en Madrid.

Mimi me contó que estaba muy ilusionada con el bebé, no quería que el miedo le borrara esta experiencia y quería tomárselo con filosofía. Obviamente, dolía mucho aun lo que le había pasado y lo tenía muy reciente, pero tenía que seguir adelante. Estaba un poco preocupada por Iago, que estaba muy cerrado en sí mismo y le costaba verlo con toda la ilusión que ella esperaba. Al final era complicado gestionar tantas emociones y Iago era una persona de masticar y procesar lento.

De repente, nos encontramos con Susana, era la chica con la que Roi se había liado cuando me traicionó vilmente, a poco de irme a la universidad, así que, no la culpaba, obviamente, sororidad ante todo, hermanas, pero comprenderéis que era una persona que me daba bastante pereza. Tenía la suerte de no verla muy a menudo, ya que yo no iba mucho al pueblo y ella trabajaba en horario partido en la tienda de ultramarinos, además, nunca habíamos sido amigas, así que la relación se basaba en darnos los buenos días y casi ni eso. Sin embargo, mi amiga era la persona más sociable del mundo y se llevaba bien con todos en el pueblo, así que, allí que se tuvo que parar a charlar con nosotras:

—Hola, Susana, ¿cómo vas? ¿Hoy no trabajas?

—Hola, chicas, sí, pero hoy abrimos más tarde el supermercado, que tienen que arreglar no sé qué de la luz, ha ido Pablo a estar con el técnico. —Pablo era su hermano, la tienda había sido de sus padres, que ya se habían jubilado, así que ahora la llevaban los dos solos.

—Anda, vaya, lo tengo en cuenta, que quería pasarme a comprar fruta.

—Sí, en un rato seguro que está abierta la tienda, no te preocupes. Bueno, Lúa, ¿cómo que tú por aquí? ¿Ya te has cansado de la gran capital? ¿O es que vienes a la gran inauguración?

—He venido a ver a mis padres y demás, ya sabes, ¿de qué inauguración hablas?

—Ya sabes, la de Roi y su casa, nos ha invitado a unos cuantos a que la veamos, deberías venir, seguro que no le importa.

—Ya veré, gracias por avisar, ¿nos vamos ya, Mimi? –Me repateaba que Susana me invitara a la casa de Roi como si fuera suya, ¿ahora eran pareja o qué? ¿Por qué la invitaba a su casa? ¿Seguían teniendo una relación? ¿El beso había sido el comienzo de algo bonito? Mierda, no quería saber nada de Roi y menos preocuparme con quién se acostaba, no quería que me importara ni sentir ningún tipo de sentimiento que no fuera la indiferencia.

Mimi me lanzó una mirada fulminante, ella siempre era muy agradable y simpática y no quería quedar mal con nadie, tampoco con Susana. Aun así, me quería mucho, qué remedio tenía, así que se despidió rápidamente y seguimos paseando.

—Mira que eres borde.

—No me apetece hablar con esa chica. —Contesté.

—Ya, pero yo la veo a menudo por aquí y voy mucho a comprar a su tienda, la próxima, te portas bien. —Me guiño un ojo tan adorable ella, iba a ser una madre excepcional, no me cabía duda.

El día transcurrió de forma tranquila, ya no hubo más reencuentros desagradables, ni tampoco Roi se paseó por mi pensamiento, terminé en casa viendo una película con mis padres mientras comíamos palomitas. Me quejaba mucho de mis padres, pero en el fondo les echaba mucho de menos, notaba como en Madrid me sentía sola y me producía un cierto regusto desagradable que no sabía gestionar.

Ese día me acosté con una nostalgia que no recordaba, con esa sensación de sentirme siempre en casa que no tenía, con el sentimiento de sentirme arropada y ver que tenía una red que me cogería si me caía. Sin duda, en Madrid no tenía eso ni parecido y me entristeció.

7

LA CASA EN MAYÚSCULAS

La semana pasó muy rápido, por las mañanas salía a correr, me duchaba y pasaba un rato con mi padre. Le ayudé a configurar la tablet para que pudiera ver las series que a mi madre no le gustaban y no le dejaba poner en la televisión si estaba ella, vamos, que le hice el hombre más feliz del mundo.

Por las tardes hice planes con Mimi y con Iago, se habían reservado todo el tiempo para mí y estaba encantada, se agradecía pasar tiempo con ellos en persona y no por mensajes o audios. Pudimos ir a los sitios que más nos gustaban cuando éramos adolescentes, como el puesto de perritos o tomar unos churros en la churrería. De esta semana salía rodando, lo tenía claro.

Ya era viernes y quedaba poco para volverme a casa, con ello, la rutina y el trabajo, puf, qué pereza, notaba como la nostalgia se iba apoderando de mí según pasaban los días. Era por la mañana y había ido a visitar a mis primas, hacía muchísimo que no las veía. De pequeñas hacíamos infinidad de planes juntas, pero cuando fuimos creciendo, cada una tomó su camino y nos distanciamos, aun así, me gustaba quedar con ellas de vez en cuando. Dos de mis primas seguían viviendo en el pueblo y siempre que podíamos, aprovechábamos para pasar el rato juntas.

—Bueno, ¿y qué tal de amores? –Esa era mi prima Trini, que se llamaba así por mi difunta abuela, era la más mayor de las tres, tenía treinta años. Siempre me preguntaba ese tipo de preguntas

viejunas que sobraban tantísimo, se podría decir que era parte de su encanto.

—Amor propio tengo mucho, así que ideal.

—Anda, no seas idiota. –Me contestó su hermana María, que era totalmente diferente a Trini, tanto en aspecto como en personalidad, tenía un año más que yo y vivía en un piso sola que sus padres habían heredado cuando murieron sus abuelos paternos.

—Estoy conociendo a un chico, pero nada serio.

—¿Cómo le has conocido? —Esta vez era María la que preguntaba.

—Por una aplicación de citas, hicimos match y todo es historia.

—Puf, a mí no me convencen nada ese tipo de aplicaciones, puede ser cualquier loco. —Para Trini era fácil, llevaba con el mismo chico desde que era joven, había encontrado el amor a la primera y le iba genial, tenían dos niños de dos y tres años que eran unos auténticos torbellinos.

—Ya, no sé, es complicado conocer a gente nueva, cada vez se teletrabaja más y se ve a menos gente. —Me lamenté.

—Ya, en eso estoy contigo, aun así, tengo que contaros algo. —Cuchicheó María—. He conocido a una chica, lleva viviendo en el pueblo apenas un año y no me había fijado en ella, pero estuvimos hablando el otro día y hemos quedado un par de veces.

—¿Quién es? —Ya con la gente del pueblo me liaba, no iba tanto como para conocerme a los nuevos.

—Sí, es una administrativa del ayuntamiento, le asignaron esa plaza y lleva como un año trabajando, es muy discreta, vive sola en un piso al lado de la iglesia. —Explicó Trini.

—Jo, María, pues eso es genial, a ver si te sale bien esta vez y ¡nos vamos de boda! —María se puso roja, le había costado mucho aceptar que era lesbiana y sus padres no lo habían llevado muy bien,

pero gracias a la ayuda de Trini, mis tíos lo habían aceptado y los cuatro tenían una relación envidiable.

—Bueno, ya se verá, quiero ir despacio, pero yo creo que puede salir bien.

Estuvimos charlando un rato más y me fui para casa. Esa noche era la gran inauguración de la casa de Roi y Mimi me había insistido para que fuera. Tenía que reconocer que me moría de ganas de ir a cotillear, no porque me importara Roi, que ni por asomo, sino porque tenía mucha curiosidad por ver esa impresionante casa de la que todo el mundo hablaba. Al final habían sido muchas horas de mi vida dedicadas a las reformas que hacían los famosos hermanos Scott en el programa "La casa de mis sueños" y eso tenía que salir por algún sitio.

[WhatsApp]

Lúa: A ver, señora, ¿seguro que puedo ir contigo esta tarde?

Mimi: ¿No me digas que vas a venir? ¡Ay, qué bien!

Mimi estaba deseando que fuera, pero no por mí, era porque Iago llegaría tarde y no quería ir sola. Iago tenía que ir a ayudar a sus padres en casa porque se les había roto el desagüe y tenían una muy buena montada, iría después de levantarse, tras trabajar de noche y seguro que se le hacía tarde.

[WhatsApp]

Lúa: No te pongas tan contenta, es solo por mera investigación de campo, me debo a mis años fiel a los hermanos Scott. ¿Seguro que a Roi no le importa? Mi encuentro con él en tu casa fue un poco hostil.

Mimi: Por eso no te preocupes, ya está todo hablado.

Miedo me daba, pero, en fin, me podía la curiosidad. No me había traído mucha ropa, aunque había seguido un vídeo en una red social que había visto recientemente sobre "cómo preparar tu maleta y no llevar equipaje de más", así que había traído un modelito para

cada día, que combinaban entre ellos por si un día me sentía más creativa y quería cambiar. En este caso opté por unos vaqueros *skinny* que tenían motas de brillantina, nada ostentoso, solo era un toque y por arriba una camiseta de los *Guns N´ Roses* corta, vaya, que, si levantaba los brazos, se me veía el ombligo. Encima de la camiseta me puse una chaquetita fina, hoy hacía un tiempo sospechosamente bueno, después de todos los días que habíamos tenido de lluvia, y el sol brillaba con fuerza, parecía primavera, aunque estábamos ya en otoño. Elegí un pintalabios rojo pasión, aunque de pasión poca, que llevaba a dos velas desde que me había acostado con Óscar en la primera cita. En la vida tenía pocas cosas claras, pero una de ellas es que una camiseta de los *Guns N´ Roses* solo se puede combinar con un pintalabios rojo, eso era incuestionable.

Le dije a Mimi que iría a buscarla en mi coche, así luego se podría volver con Iago y yo tendría autonomía para irme cuando me apeteciera, si la cosa se ponía desagradable. Estaba bastante nerviosa, durante los años pasados había estado evitando a Roi al máximo, intentando no encontrarme con él y me había funcionado bastante bien, así que darme de bruces con él en la fiesta de su casa no era justo lo que tenía en mente. Algo me decía que era muy mala idea, aunque ya era inevitable que fuera, estaba vestida y la curiosidad, ya sabéis, mató al gato.

Llegué a casa de Mimi y le mandé un *WhatsApp* avisándola, Mimi tenía muchas virtudes, pero estar preparada a la hora acordada no era una de ellas, supongo que también tenía una relación tóxica con el reloj, como una que yo me sabía. Si me metía en su casa, nos eternizaríamos y llegaríamos tarde, y yo tenía un objetivo: no llegar ni pronto ni tarde, a lo Gandalf. No quería llegar pronto, por si había poca gente y me tocaba entablar una conversación demasiado larga con Roi y no quería llegar tarde y que todos los invitados posaran sus ojos en la forastera, que era yo. En mi pueblo era así, una vez te ibas a vivir a otro sitio, pasabas a ser la forastera o la que "se fue a Madrid pensando que era mejor vivir allí". Aunque Roi había sido del pueblo de al lado, cuando estábamos juntos pasaba tanto tiempo en

el mío, que se había hecho muchos amigos allí, entiendo que había mantenido la relación con la gente, tanto como para comprarse una casa en mi pueblo y no en el suyo. Vamos, que hasta eso me había quitado, él ya era más de mi pueblo que yo misma. Me daba exactamente igual, no era nada para mí y formaba parte de un pasado ya olvidado.

Por fin la señora apareció, iba muy guapa, como siempre, llevaba un vestido marrón vaporoso, unas medias moradas y unas botas de caña alta color camel. llevaba colgado del hombro un bonito bolso morado, del mismo color exacto de las medias.

—Qué guapa vas.

—Lo mismo digo, Lúa. —Y me guiñó el ojo. Puso la dirección en el GPS del coche y allí que fuimos.

La casa estaba en dirección al monte, aunque muy cerca de la vida del pueblo. Habíamos ido en coche, pero perfectamente podríamos haber ido dando un paseo agradable, ya que estaría de casa de Mimi a unos treinta minutos andando si ibas tranquila, si ibas como las locas como yo, en veinte minutos estabas sin duda.

Desde la carretera no se apreciaba que allí hubiera una casa, ya que había un montón de árboles de diferentes alturas. Según fuimos avanzando con el coche, apareció una casa preciosa delante de nosotras, cuando ya empezaba a pensar que no existía tal casa. Era una casa de ensueño sin duda, tenía una valla de piedra que la rodeaba con un terreno gigante, una zona de huerto y otra, se intuía, era la piscina, con varias tumbonas y un par de sombrillas. Al fondo, además, se intuía una especie de cobertizo, aunque parecía un espacio bastante grande, no sabía qué guardaría ahí dentro.

La casa era de piedra, con ventanas de color antracita y el tejado a juego. Para acceder desde la verja, había un caminito de losa color gris claro, con plantas combinadas con luces empotradas en el suelo. Maldito seas, Roi, me encantaba tu casa.

La reja estaba abierta, así que entramos con el coche en la propiedad y aparcamos en una zona donde había más coches, serían

del resto de invitados. Nos bajamos del auto y fuimos avanzando hasta la puerta, Mimi había hecho una empanada de atún y yo llevaba una botella de vino que me había dado mi padre de casa. Éramos las invitadas perfectas, menos por el pequeño detalle de que odiaba al anfitrión.

Mimi se adelantó y llamó al timbre, enseguida nos abrieron:

—¡Bienvenidas! —Gritó una desagradable voz demasiado conocida para mí.

—¡Hola, Susana! ¿Qué tal? Aquí estamos las invitadas más importantes, ¡ja, ja, ja! —Bromeó Mimi.

—Claro que sí, pasad, ya estamos unos cuantos.

Cuando pasé, me quedé embelesada. No sé cómo podría describirlo siendo fiel a la realidad, era una casa espectacular. Había una escalera preciosa de cristal con peldaños volados que me enamoró, era la joya de la corona. Según entrabas, accedías a un concepto totalmente abierto, con una cocina espectacular de diseño y un salón muy hogareño. La cocina combinaba el blanco con la madera, que enlazaba con el salón, donde reinaba una preciosa chimenea de ladrillos desgastados. El salón tenía toques de madera, que combinaba con verdes, daban ganas de acurrucarse en el sofá tapados con la mantita a cuadros que reposaba doblada en el brazo del sofá.

Cuando me di cuenta, tenía a un enorme perro *border collie* intentando chuparme la cara. Le acaricié la cara todo lo que pude, ¡me encantaba este perro! Hasta que alguien dijo:

—Vamos, baja, déjala tranquila. —Esa voz tan masculina y grave solo podía ser de una persona—. Bienvenidas, chicas, estamos fuera, ya que hoy hace buen tiempo, si luego refresca, podemos pasarnos dentro.

—¡Gracias, Roi! ¡La casa es espectacular! Te ha quedado genial, ¿vas a venirte a vivir al final aquí?

—Sí, yo creo que sí, es hora de un cambio de aires y creo que la casa así lo merece, además, más cerca del trabajo, imposible. —Roi estaba especialmente guapo hoy, llevaba una camisa negra remangada en los brazos, que le ajustaba a la perfección, unos vaqueros ligeramente anchos y desenfadados y unas zapatillas blancas, así de básico, así de bueno estaba.

—Totalmente.

—Es muy bonita, enhorabuena. —Musité. Él simplemente asintió con la cabeza, solo le faltó ponerse un sombrero, agarrarse a él y hacer una mini reverencia, como si de un cowboy se tratara.

Antes de avanzar, dimos a Roi la botella de vino y la empanada y nos desentendimos, nos dio las gracias muy amablemente. Pasamos al jardín, que era enorme, había colocado dos mesas llenas de comida y la gente estaba la mayoría de pie conversando, con vasos en las manos. El jardín era una parte de suelo de madera y otra de césped natural, desde ahí se veía perfectamente la piscina, que tenía dentro un jacuzzi pequeño, qué fantasía.

—Bueno, Roi, luego tendremos que bañarnos, ¿no? —Gritó alguien, me sonaba de vista de verle por el pueblo, pero no ubicaba quién era.

—Pero seguro que estará helada. —Dijo Susana.

—Qué va, ha instalado unas resistencias y está siempre a la misma temperatura, es muy agradable. —Me vino a la mente Roi y yo metidos en esa agua calentita y me insulté a mí misma por mi mente pervertida, ¿en serio, con Roi? Necesitaba volver a follar con Óscar urgentemente.

Mimi se acercó con dos vasos y me tendió uno, lo probé y puf, estaba fuerte:

—¿Qué mierda es esto? ¡Está cargadísimo!

—Lo vas a necesitar, que nos conocemos, además, yo no puedo beber, te vigilaré por si la lías.

La quise al momento, seguramente entendía que esta casa hubiera sido mi sueño de haber seguido con Roi. Mi idea siempre fue estudiar e intentar volver al pueblo de alguna forma, para asentarme aquí y hacernos viejos los dos. Eran, obviamente, sueños rotos que nunca se cumplirían, así que había tenido que recomponerme y buscar otros objetivos. Ahora mi sueño era quedarme en Madrid y echar raíces allí, donde podía ser una más, sin que nadie me reconociera ni me juzgara, sin que fuera la forastera que un día se fue del pueblo para no volver, aunque cada vez, sin darme cuenta, se me hacía más cuesta arriba.

Saludé a unos cuantos compañeros de instituto que habían venido a la fiesta, éramos como veinte personas, pero el espacio era muy amplio y había mucha comida, estábamos cómodos. Había otras personas que solo conocía de vista y a alguna otra que no había visto nunca, suponía que serían amigos de Roi con los que yo no había coincidido en el tiempo que estuvimos juntos.

Fui con Mimi a asaltar la mesa de la comida, había un montón de canapés, embutido, empanada, una tabla enorme de diferentes quesos y minihamburguesas. Luego había una zona de dulces, con donuts de chocolate blanco y negro, unos vasitos con mini tartas de galleta y queso con mermelada, unos pinchos de fruta y unos boles con chucherías. Había dos cubos con hielo donde se podía coger la bebida y fuera botellas de alcohol, que era precisamente lo que yo estaba consumiendo y solo eran las cinco de la tarde.

Esto lo había contratado, estaba claro, se ve que al chaval le iba bien económicamente, cada vez tenía más curiosidad por saber a qué se había dedicado estos años. Cuando nos conocimos, él andaba un poco perdido, estaba estudiando el bachillerato por presión de sus padres y había repetido el último curso, lo hacía por inercia. Terminó el instituto, seguramente en eso coincidiría conmigo, gracias a mi apoyo y mi insistencia. Era muy listo y no tenía necesidad de pasarse horas y horas estudiando como me sucedía a mí, pero sacaba notas pasables que le permitieron finalizar sin muchos sobresaltos. Según él, había repetido porque pasaba del

tema, no le interesaba nada de lo que le enseñaban en clase. Cuando terminamos, yo tenía claro que quería ir a la universidad y seguir estudiando, pero mi idea era irme a una de Galicia, donde pudiera ir todos los fines de semana a casa o, incluso, ir y volver todos los días en transporte público. Sin embargo, mis padres me insistieron para que también echara solicitud en Madrid, solo por si acaso y, finalmente, cuando vi su traición, decidí irme, ya sabéis, sin mirar atrás.

Recuerdo esa época muy confusa y traumática, los amigos de Roi habían montado una fiesta en un local que les prestaban en mi pueblo y me insistió para que fuera, se enfadó porque, siendo tan cerca, no entendía por qué me acercaba un rato. Recuerdo perfectamente su ropa, llevaba una sudadera de un concierto que habíamos ido, fue amor a primera vista, pero me dijo que no tenía dinero, cuando se fue al baño, corrí a comprársela y, desde entonces, se la ponía mucho. Ese día tenía dolores muy fuertes de regla y le dije que se fuera él, que yo me quedaba en casa. No le sentó nada bien, decía que con la universidad nos veríamos menos y quería aprovechar el máximo tiempo conmigo, pero como me vio bastante pocha, me dio un beso en la mejilla y se marchó. Me puse una bolsa de calor en la tripa y me tomé una pastilla, así que, a la hora de haberse ido, me encontraba bastante bien, decidí vestirme e ir a darle una sorpresa. La sorpresa, sin duda, me la daría él, ya que le encontré liándose con Susana, me di la vuelta y no volví a verle.

Pensándolo en retrospectiva, seguramente tendría que haber hablado con él o le tendría que haber pedido explicaciones, quizá por eso había sido tan hosco el último día en casa de Mimi, pero me sentí tan traicionada, que no quise saber nada de él, tenía diecisiete años y era mi primer amor, dolió, dolió mucho. Esa noche, se lo conté a mis padres y me ayudaron a irme a Madrid al día siguiente, sin mirar atrás, esa noche, mi vida cambió y empecé otra totalmente diferente.

Me terminé la copa, estaba un poco mareada, así que cogí un refresco, no quería liarla. Me estaba empezando a poner muy

nostálgica, los recuerdos se agolpaban en mi pecho y me oprimían sin piedad. Miré el móvil y vi que me había escrito Óscar, no le había dicho que iba a la fiesta de mi exnovio, pero tampoco tenía que darle explicaciones, de momento solo quedábamos y no teníamos nada serio.

[WhatsApp]

Óscar: Hola, princesa, ¿cómo vas por tu reino?

Lúa: Qué viejuno eres, todo bien, estoy con unos amigos en una fiestecilla.

Óscar: Qué bien, no vayas a desfasar, jejeje.

Lúa: Nunca se sabe…

Óscar: Mira que voy.

Lúa: Corriendo vienes. ¿Tú qué vas a hacer hoy?

Óscar: Estaré llorando en casa por tu ausencia. Que no, tía, he quedado con unos colegas para ver el fútbol.

Lúa: Estaré llorando en casa por tu ausencia. Que no, tía, he quedado con unos colegas para ver el fútbol.

Óscar: Estaré llorando en casa por tu ausencia. Que no, tía, he quedado con unos colegas para ver el fútbol.

Nos despedimos, me molestaba mucho la gente que estaba con el móvil cuando estaba con otras personas, así que no quería ser una maleducada.

—Estás muy calladita.

—Solo observo, Mimi, que la información es poder.

—Como si estuviéramos en una conspiración, suena interesante. —Le miré mal—. No me mires atravesada.

—Qué pesada eres. —Y le di un beso en la mejilla.

—No bebas más, que ya te estás poniendo cariñosa.

—No seas imbécil, solo he bebido una copa de nada, tolero muchísimo más alcohol, parece que no me conoces. –Yo siempre era la última que dejaba de beber en cualquier botellón que se preciase.

—Ya, ya, pero estaba muy cargado y tú ya no tienes tanto aguante como antes. Bueno, voy a saludar por ahí, ¿crees que podrás quedarte sin mí por aquí sin liarla diez minutos? Así veo cómo te desenvuelves tú solita. —Volví a mirarle atravesada, como decía ella, así que se fue y me dejó sola.

Me quedé un poquito más cogiendo algo de comer y luego me paseé por allí incómoda, con mi refresco en la mano. Sabía que Mimi lo hacía adrede para ver si hablaba con alguien, desde que me fui del pueblo solía encontrarme incómoda con la gente que había sido mi amiga antiguamente y estaba claro que Mimi quería que me pusiera a prueba y me soltara a hablar con alguien.

—Hola, ¿qué tal vas? –De toda la gente con la que podía hablar, ahí estaba Susana.

—Bien, la casa es muy bonita, siendo honesta.

—Sí, díselo a Roi, seguro que le hace ilusión. ¿Qué tal en Madrid?

—Genial, se está de lujo con tantas cosas por hacer y tantos planes, ya sabes.

—Sí, estuve hace un año o así pasando unos días, es una ciudad ideal.

—Ya, no veas. —Quería cortar rápido, pero no había manera.

—Oye, ¿te puedo hacer una consulta?

—Claro, claro, no te quedes con ninguna en el tintero.

—¿Te pasa algo conmigo? Es verdad que nunca hemos sido cercanas, pero desde que te fuiste, me da la sensación de que me miras con desdén. —Me sorprendió que fuera tan directa y más habiéndose liado con mi novio. No le echo la culpa, ella estaba

soltera, pero vaya, que no pretendiera que fuéramos mejores amigas.

—Yo a ti no te culpo de nada, pero entiende que me dolió.

—¿De qué hablas?

—Creo que sabes perfectamente de lo que hablo o lo mismo ibas muy borracha ese día.

—Mira, primera noticia. —Su cara era de total perplejidad.

—Sinceramente, yo no quiero escarbar temas del pasado. Soy feliz en Madrid, tengo mi trabajo, mis amigos y mis cosas. No tengo intención de llevarme mal con nadie aquí y más para cuatro días mal contados que vengo.

—Pero… Espera…

—Por favor, Susana, de verdad, nos conocemos desde que éramos bebés, déjalo estar, que aquí ninguna de las dos somos tontas y no merece la pena darle vueltas a algo que pasó hace unos cuantos años. Quiero estar tranquila en la fiesta, disfrutando y poco más.

—Si esto tiene que ver con Roi, te aconsejo que tengas una conversación con él, creo que estás equivocada en lo que pienses que haya pasado.

Me di la vuelta y seguí paseándome por allí, no me apetecía seguir hablando con ella, nunca habíamos sido cercanas y no había necesidad de forzar ahora ningún tipo de relación. Aun así, me quedé pensativa, Susana siempre había tenido una característica: su cara era como un libro abierto, me sorprendía que ahora se hiciera la despistada. A lo mejor ese día en la fiesta estaba borracha, aunque era demasiado pronto cuando llegué aquel día para que ya ni se acordase o lo mismo enrollarse con Roi había sido insignificante, que me extrañaba. Ella sabía que yo llevaba un año saliendo con Roi cuando sucedió, así que tenía que acordase.

También andaba por allí Alberto, el primo de Roi, tenía la misma edad que nosotros, así que habíamos quedado muchas veces para salir de fiesta antes de irme a Madrid. Roi me había contado que de pequeños todo el mundo pensaban que eran gemelos, porque eran muy parecidos, tenían complexión y altura similar, el mismo corte de pelo y se parecían mucho en la forma de la cara y la nariz. Vino a saludarme:

—Hola, Lúa, qué bien verte por aquí.

—Hola, Alberto, ¿qué tal estás? No podía perderme el evento del año.

—Bien, bien, ¡me caso el año que viene!

—¡No me digas! ¡Enhorabuena! ¿La conozco?

—Qué va, es una chica que conocí en la universidad, pero la he engañado para venirse a vivir al pueblo.

—Ja, ja, ja, qué liante eres.

—Ya te digo, menuda suerte tengo. —Reconoció Alberto.

—Pues ya me la presentarás.

—No ha podido venir, está en casa de su hermana mayor, que acaba de ser madre y está con ella echándole una mano.

—Vaya, los próximos sois vosotros, ¿eh? —Dije yo, me daba muchísima envidia cuando alguien decía que había tenido un bebé, era un sentimiento sin sentido, me hubiera encantado ser madre joven y se me había complicado con el paso del tiempo. Me fascinaban los bebés y estaba deseando que naciera el bebé de Mimi para poder cogerlo todo el tiempo. En fin, en mi caso primero debía tener una relación estable y eso no estaba ni cerca de ello, así que de momento disfrutaría al pequeñín de Mimi.

—Esa es la idea, ¡jejeje!

—Lo tienes todo planificado.

—Ahora que tengo la definitiva, no quiero dejarla pasar y más después de mi experiencia pasada.

—Anda, no sabía que habías estado con otra chica.

—Claro, Lúa, salí varios años con Susana, pero no salió bien, ella quería otras cosas diferentes a lo que yo buscaba.

—No sabía nada, he venido poco por aquí estos años.

—Pues sí, empezamos justo al acabar el instituto, fue duro cuando lo dejamos, lo pasé bastante mal.

—Sí, las rupturas son duras. —De repente le sonó el móvil.

—Me ha encantado verte, Lúa, pero tengo que coger el teléfono, es mi futura mujer.

—Claro, claro, luego te veo.

Vaya con Susana, iba tachando de su lista a todos los chicos de la familia de Roi, menos mal que ya no había más primos buenorros que se conocieran.

Después estuve hablando con un antiguo compañero de clase, Carlos, me contó que era pescador y me dio tanto detalle que casi me dormí, era regordete, con barba demasiado larga y una frente sempiterna, vaya, que era calvo. Fui dando sorbitos de mi refresco mientras él parloteaba, qué bola de chico, maldita Mimi, maldito Roi y malditos todos.

—Ey, tío, creo que te están buscando por allí. —Aquella voz tan varonil de nuevo.

—Anda, no me había dado cuenta, bueno, venga, Lúa, luego hablamos, que te tengo que contar una cosa que me pasó el otro día que vas a flipar.

—Seguro que sí, luego te busco. –Le sonreí, era un pesado con la pesca, pero al menos me había salvado de estar sola en la fiesta.

—De nada, ¿eh?

—¿Perdona?

—Sabes como yo que se te estaba haciendo una bola tremenda.

—Estaba poniéndome al día, sin más.

—¿Te gusta la casa?

—Ya te he dicho que es preciosa, cuando he entrado, ¿no me has oído? Has invertido mucho dinero aquí.

—Lo merecía, ¿no crees? —Se quedó mirándome fijamente, como si intentara leerme el pensamiento. Esa mirada penetrante, sincera y cautivadora de la que me había enamorado ya no existía, pero no quitaba que Roi fuera excesivamente guapo.

—Sí, aunque para ti solo, es demasiado grande.

—¿Quién dice que es para mí solo? —Le miré con desdén, si intentaba que le preguntara algo sobre su vida personal, lo llevaba claro.

—Bueno, lo que sea. El perrito es súper simpático, ¿cómo se llama? ¿Es tuyo?

—Sí, lo encontré vagando por la carretera hace tres meses y lleva conmigo desde entonces. Es apenas un cachorro, por lo que es muy pesado. Se llama Laki. –Así es como se llamaba un peluche que tenía casi desde que nací y que aún conservaba, le tenía tanto cariño que cuando era pequeña mi madre tenía otro en casa comprado por si se me perdía.

Se me quedó mirando fijamente, esperando ver algo en mi rostro que no estaba expresando con palabras. Me puse un poco nerviosa, toda esta situación me estaba removiendo demasiado. Suponía que había sido casualidad que se llamara Laki, habían pasado varios años desde que lo habíamos dejado, no tenía ningún sentido, además, yo siempre había deseado un perro y mis padres nunca quisieron, era algo que me hubiera encantado y nunca tuve. Ahora en el piso tan pequeño donde vivía y con el trabajo estresante que tenía tampoco me lo replanteaba:

—Es adorable. Yo en Madrid no puedo tener perro, el piso es pequeño, pero ya sabes que me encantan los perros.

—Pues aquí no hay problema de tener perros, ya ves todo el espacio que tenemos. ¿Y qué tal la vida urbanita? ¿Te gusta el barullo y las tiendas abiertas los domingos?

—Me encanta, me gusta mucho vivir en Madrid, ya me he adaptado, es genial.

—Me alegro, es muy distinto a todo esto.

—Sí que sabes de Madrid, ¿has estado?

—Varias veces, Lúa, no soy un paleto que no sale de este pueblo. —Dijo mi nombre muy despacito, mirándome fijamente, vale, cielo, para, porque se me caen las bragas aquí mismo, por mucho que te odie, tengo mis necesidades.

—Ah, no sabía.

—Te dejo, que soy el anfitrión.

—Vale. Por cierto, gracias, es verdad que me has salvado de una charla apasionante sobre pesca. –Sonrió ligeramente, me fijé en que sus ojos estaban tristes, quizá nostálgicos, me dio pena lo que habíamos tenido y cómo lo echó todo a perder, me hubiera gustado tanto reprochárselo… Pero no le vi sentido.

La fiesta transcurrió con normalidad, recuperé a Mimi y estuvimos charlando. Casi a las nueve de la tarde vino Iago y estuvimos con él. Le notaba un poco raro, pero no quise preguntarle nada, prefería que disfrutara de la fiesta, antes de agobiarle con cosas que parecía que solo yo veía, había sufrido mucho con el aborto y se merecía estar tranquilo.

Me animé a tomarme otra copa o quizá me tomé dos, porque me notaba ligeramente mareada y con una risita tonta de la que no me caracterizaba. A lo mejor era verdad que había perdido resistencia al alcohol de no salir tanto, nos hacíamos mayores sin darnos cuenta.

Alguien puso música y empezamos a bailar, tenía que reconocer que me lo estaba pasando bastante bien, una vez había perdido los nervios iniciales. Bailé con Iago y con varios amigos de la infancia, mientras no pensaba en nada y me dejaba llevar, la fiesta estaba bastante animada.

Sobre las once se podría decir que estaba bastante borracha y no pensaba con mucha claridad, ya no sé cuánto había bebido, pero más de lo que debería y creo que me tambaleaba ligeramente al andar. Decidí ir al servicio para despejarme un poco, me vendría bien lavarme la cara y airearme del barullo. Al salir del baño, me di de bruces con una pared, ¿quién había puesto ahí una pared? Miré para arriba y allí estaba, don Perfecto con su mierda de casa perfecta y su perro perfecto, no sé si os había dicho que medía casi treinta centímetros más que yo, pero os diré que no soy bajita, estoy dentro de la media con mi 1,60 que me permite llegar casi a todos los sitios importantes, era él el desproporcionado con su 1,85:

—¿Qué quieres?

—Solo quiero pasar al servicio, ¿estás bien? –Preguntó con su voz perfecta, qué pedante era.

—¿Por qué mierdas tienes esta casa tan perfecta y yo vivo en un cuchitril?

—¿No te gusta tu casa de Madrid?

—Pues contando que solo necesito dar seis pasos, ¡SEIS! Para llegar de la entrada a la cocina y mis pasos son normales, pues imagínate Mi altura está dentro de la media, no soy bajita, mucha gente mide 1,60, ya ves tú. Lo mismo eres tú el que eres demasiado alto.

—Lo mismo es que has bebido demasiado, pero estás muy graciosa.

—Gracioso tú, ¿para qué te montas esta casa? ¿Es una broma de mal gusto?

—Esta casa la he montado porque quería venirme a vivir aquí, ¿tan malo te parece? Tengo muchos amigos aquí.

—¿Y lo del perro también es casualidad?

—No sé de qué me hablas, sabes que siempre he tenido perro y la muerte de Ben fue muy dura para mí.

—¿Ben murió? —Era el perro que tenía cuando vivía con sus padres, era apenas un cachorro cuando conocí a Roi, tampoco había pasado tanto tiempo.

—Tenía cáncer de huesos y no se pudo hacer nada por él. —Me vio la cara de tristeza enseguida e intentó suavizarlo—. Pero tuvo una vida feliz hasta que se fue.

—Perdóname, no sabía nada. –Se me encogió el corazón, Ben había sido muy especial para mí el tiempo que había podido disfrutar de él.

—Llevas mucho tiempo sin saber nada de mí, no pasa nada, ya lo tengo aceptado.

—No puedes exigirme nada, me hiciste mucho daño.

—Ya, lo sé, pero te fuiste sin mirar atrás.

Nos quedamos callados, mirándonos, su olor, su mirada, su casa, su perro… Me traía tantos recuerdos, tanta nostalgia, yo quería esto, no hubiera sido tan difícil. Seguramente nunca sabría por qué lo hizo de verdad, aunque lo habláramos, aunque le preguntara, daría igual, la respuesta sería vacía y no me serviría de nada.

No sé si fue por el alcohol, el ambiente cálido o estar cerca de él, pero me entraron muchísimas ganas de besarle. Él me miraba fijamente, con ojos tristes, como si se arrepintiera de lo que había hecho años atrás, como si lo nuestro fuera un jarrón roto en añicos que su único arreglo fuera tirarlo a la basura.

Me acerqué un poco más a él, miré su boca, me encantaban sus labios carnosos, pude recordar a la perfección los besos que nos dábamos y cómo de apasionados éramos. Cuando me fui a Madrid

sin despedirme, pasé mucho tiempo atormentándome, pensando cuál había sido nuestro último beso en la boca, cómo había sido. Aquel día, cuando me quedé en casa y él se marchó a la fiesta, me había dado un beso en la mejilla, pero nunca recordé cuál había sido nuestro último beso, nunca fui capaz de pensarlo y rememorarlo. Seguramente, si hubiera sabido que era el último, no habría sido un beso rápido o corriente, habría sido un beso legendario, que no hubiera olvidado.

—No recuerdo el último beso que nos dimos, ¿sabes? –Le solté mientras miraba su boca. El alcohol estaba haciendo estragos en mí.

—Creo que deberíamos volver a la fiesta. —Roi rompió la magia y mi hilo de pensamientos, me quedé aturullada, tenía el cerebro embotonado, no era capaz de pensar con claridad.

—Sí, seguro. —Me acerqué un poco más, esperando que él completara el poco espacio que nos separaba, pero no sucedió, se apartó ligeramente y me sonrió.

—Estás muy borracha y no quiero que mañana te arrepientas de nada, ¿has venido en coche? —Asentí con la cabeza.

—No te preocupes, volveré con Mimi y mañana vendré a tu casa a por él.

—Me parece bien, ¿te apetece que tomemos un café por la mañana? Así te enseño la casa entera y vemos cuántos pasos hay de la entrada a la cocina.

—Escuché la voz de Mimi fuera y me fui sin contestarle:

—Lúa, creo que es mejor que nos vayamos, ya no queda casi nadie. ¿Te parece que te acerquemos en nuestro coche? No te veo yo para conducir.

—Sí, mañana me paso a por el coche.

Iago y Mimi se despidieron de Roi, yo me quedé en un segundo plano y le dije adiós con la mano, no me apetecía nada volver a acercarme a él y olerle, su olor significaba casa o, al menos, lo había

significado, ahora solo era un recuerdo antiguo y doloroso que quería volver a meter en una cajita, cerrarlo y tirar la llave muy lejos.

8

¿Y SI SOMOS AMIGOS?

Me desperté en la habitación de mi infancia, con un dolor de cabeza considerable. Mi padre apareció con un plato que tenía un vaso de agua, una pastilla, un café con canela y unos bollitos, todavía cojeaba un poco, pero ya se había recuperado bastante del accidente y tenía muchas ganas de volver a trabajar.

—¿Qué tal anoche? ¿Lo pasaste bien?

—Puf… Tengo un dolor de cabeza considerable.

—Ya te veo, ¿y qué tal lo pasaste? —Volvió a preguntarme.

—Bien, todo normal, Roi tiene una casa espectacular, dan ganas de quedarse a vivir aquí.

—Fue una pena que lo dejarais. —Lo dijo con voz triste y sincera, no solíamos hablar del tema.

—La realidad es que me traicionó, no es que lo dejáramos, como si hubiese sido de mutuo acuerdo.

—Ya, hija, quizá fue lo mejor.

—Pues seguro, vivo muy bien sin que nadie me traicione. –Me miró serio, no sabía que significaba, mi padre no era nada expresivo y menos comunicativo.

—¿Y el coche? ¿Lo dejaste en su casa?

—Sí, luego me acercaré, creo que desde aquí hay una media hora o así.

—Sí, yo he tardado eso alguna vez. —Aluciné con sus palabras, ¿había ido a su casa? ¿Mantenía contacto con Roi?

—¿Acaso has estado en su casa? —Pregunté sorprendida.

—Ya sabes que Roi es un chico muy predispuesto, ha estado ayudándome desde que tuve el accidente y mientras le construían la casa me pidió opinión y fui un par de veces al terreno. Cuando se rompió el tejado de casa, fue el primero en echar una mano para reconstruirlo.

—No sabía nada.

—Ya, hija, has venido poco y te has cerrado mucho en banda. Tampoco queremos hablarte de él, para no hacerte daño. Sabemos lo que sufriste y lo duro que fue irte a Madrid. Pero mírate ahora, con una propiedad y todo.

—Bueno, es un pisito minúsculo, pero sí, es resultado de mi esfuerzo.

—Voy a irme a por el periódico dando un paseo, que me ha dicho la fisioterapeuta que tengo que caminar. Tu madre se ha ido con las amigas a tomar café, así que vendrá después, ya sabes lo que les gusta charlar. Levántate despacio a ver si te vas a marear.

—Gracias, papá, por todo.

Di buena cuenta del desayuno que me había traído mi padre, incluida la pastilla, que falta me hacía. Me duché y me vestí con algo cómodo: una camiseta de flores, unos pantalones vaqueros y una chaqueta vaquera. Me puse unas zapatillas *Converse* blancas que habían pasado épocas mejores y lista. Volvía a hacer un día prácticamente primaveral, así que no necesité ir muy abrigada.

Me cogí los auriculares y fui escuchando música, dando un paseo, fue totalmente reparador, me vino bien la brisa y el sol que relucía. Eran las doce cuando llegué a casa de Roi, no sabía a qué

hora tenía que ir, porque no habíamos concretado y no sabía si habría cambiado de número de teléfono, así que no le avisé y aparecí por sorpresa. Llamé al telefonillo y esperé respuesta, ayer estaba la verja abierta, pero hoy tenía todo cerrado.

—¿Sí?

—Soy Lúa, vengo a por el coche. —Me respondió el sonido de la apertura de la puerta.

Fui caminando de nuevo, apreciando con más detalle toda la casa, me encantaba, me parecía una casa de ensueño, tenía claro que, si la hubiera hecho yo, no habría cambiado nada, bueno, nada menos el dueño.

Recorrí el camino de piedra y me encontré con la puerta abierta, apoyado en el quicio de esta estaba Roi, llevaba unos pantalones grises tipo jogger de algodón y una camiseta blanca, iba descalzo. Gracias, Roi, por estar perfecto siempre, me ayudas muchísimo a controlar mi impulso para no tirarme a tus brazos como una loca.

—Buenos días.

—Buenos días. —Respondí.

—Pasa, luego te acompaño a por el coche. —El coche estaba dentro de su propiedad, en una zona que tenía de aparcamiento, vamos, donde lo había dejado el día anterior.

—He venido solo a coger el coche e irme, mañana me vuelvo a Madrid y tengo que hacer la maleta.

—Seguro que para un café tienes tiempo, venga, pasa, tengo canela.

Era tontería resistirse, tampoco quería ser desagradable, supongo que intentaba enterrar el hacha de guerra y tener buena relación, al final teníamos ambos a Mimi y a Iago e iban a tener un bebé, posiblemente nos encontráramos más veces en los próximos meses.

La cocina estaba presidida por una isla preciosa, de donde salía una barra con unas sillas altas. Me senté en una mientras Roi servía el café, que ya tenía previamente preparado. Me fijé en que me echó leche desnatada y me dejó la canela a un lado, puso un plato con galletas de mantequilla.

—Las ha hecho mi madre. —Cogí una y la saboreé lentamente, dejar a Roi no solo había sido terminar nuestra relación, sino perder el contacto con sus padres, que eran adorables, en concreto su madre. Era panadera y hacía unos bollos de escándalo, sobre todo las galletas, eran mi debilidad.

—¿Qué tal están? Nunca llegué a ir a su casa a que me enseñara a hacer estas galletas, qué ricas están, por favor.

—Bien, están los dos jubilados, ya sabes que eran mayores que tus padres. Están contentos, hacen deporte, salen con los amigos, de vez en cuando van de viaje, están disfrutando mucho, ya les tocaba. —Lo dijo con un tono de orgullo y satisfacción, sus padres habían trabajado de sol a sol en la panadería.

—¿Y quién lleva ahora la panadería?

—Amaya, mi hermana, fíjate, de odiar estar allí a quedarse con el negocio. Tiene dos personas contratadas y todo, vende cajas de galletas online por una web que le montó una amiga. Le va muy bien también.

—Me alegro un montón, les tengo mucho aprecio a los tres.

—Ellos a ti también, pásate cuando quieras a verlos, ¿vas a venir al pueblo pronto?

—No lo sé, por poder, podría venir a menudo, teletrabajo gran parte de los días si no hay dramas en el trabajo, pero estoy bien allí, venir aquí me trae demasiados recuerdos.

—Ya, te entiendo, Madrid está muy bien, he estado varias veces.

—¿Y a qué te dedicas? Llevo sin saber de ti todo este tiempo, desde que me fui. —No quería sacar a relucir su infidelidad y problemas del pasado, al final yo había pasado página o, al menos, eso me decía a mí misma, y volver a hablar de lo mismo no tenía sentido. Cada uno tenía su vida y, por suerte, nada nos unía.

—Hago productos artesanales, nada interesante.

—¿Qué tipo de productos?

—Un poco de todo, esculpo metales, tallo madera, cosas de esas.

—¿Y te da para pagar toda esta casa? —El terreno sería mucho más barato que en Madrid, pero en la casa se veían buenos materiales y había invertido dinero ahí sin duda.

—Se podría decir que me va bien. Pero no hablemos de mí, ¿qué tal es la vida en Madrid? ¿Sales con alguien? —A la yugular.

—La vida en Madrid es intensa, divertida, muy dinámica. No se para, se va rápido a todos los sitios y siempre hay un metro que has perdido. Me gusta, estoy cómoda, tengo amigos y sí, estoy conociendo a alguien.

—¿El famoso Óscar? —Puse cara de sorpresa, me extrañó que se acordara del nombre, solo lo había visto cuando me llamó por teléfono, el fin de semana que Mimi perdió al bebé, ya hacía tiempo.

—No sé si es famoso, pero es veterinario y muy majo, nos llevamos bien y nos estamos conociendo. Ya veremos qué tal va, es pronto.

Se quedó mirándome fijamente, parecía estar intentando escrutar qué sentía por Óscar, cuando ni yo lo sabía. Era majo y me divertía con él, pero no sentía que nuestra relación estuviera yendo a algún sitio. Intenté ocultar ese sentimiento, no quería que lo supiera, prefería que creyera que todo me iba genial.

—¿Tú sales con alguien? —Sonrió con cariño, como si hubiera dicho una tremenda estupidez, aun así, me contestó con normalidad.

—No, no salgo con nadie.

—Vaya, la vida de ermitaño entre las montañas te pega mucho.

—La casa está bastante cerca del pueblo, vi otros terrenos que estaban mucho más lejos y los descarté por eso, así que ermitaño soy de pega en todo caso.

—¿Estuviste buscando mucho tiempo el terreno y demás?

—Desde que tuve dinero para permitírmelo, empecé a buscar terreno, hará dos años o así. Luego contraté a un colega del pueblo que conozco de toda la vida para construirla, tiene una empresa de reformas y construcción, ha sido rápido.

—Me dijo mi padre que vino un par de veces.

—Qué modesto es tu padre, no sabía si te iba a sentar mal, venía con más miedo que vergüenza por si te enterabas. Me ha apoyado mucho y me ha dado buenos consejos, ha estado muy presente.

—Me alegro si te ayudó.

Me sonrió, con esa mirada nostálgica, estaba muy guapo, ahora era más fuerte que cuando salíamos juntos, más mayor, más hombre. Sin duda, posiblemente pasaba bastantes horas haciendo ejercicio, lo supuse por la dimensión de sus brazos.

No quería que nuestra tregua se volviera incómoda, así que me levanté para irme, iba a agradecerle el café, cuando me preguntó si me iba ya.

—Creo que es lo mejor, tengo que hacer la maleta y todo eso.

—¿Quieres que te enseñe bien la casa? Será rápido.

Asentí seria, no sabía si de verdad quería ver su casa, estaba dándole demasiadas vueltas al pasado y a lo nuestro. No quería irme con un regusto desagradable, ver cómo era su preciosa casa y pensar que, en algún momento, posiblemente dentro de poco, la compartiría con otra persona. Que serían él, la preciosa chica y Laki, que tendrían hijos que llenarían de sonido y juegos esta preciosa

casa y serían felices. Mientras a mí me había tocado la parte mala, me había traicionado y solo me había dedicado dos años que supieron a poco, dos años que se hicieron cortos, dos años que se esfumaron entre mis manos, dos años que se habían quedado olvidados en nuestro pasado.

Fuimos caminando, la cocina y el salón ya los había visto el día que llegué, también el baño que tenía en la planta de abajo, así que subimos la bonita escalera acristalada para ver la parte de arriba.

Allí había varias puertas, entramos primero en una que era un precioso despacho. Tenía una mesa de color blanco, con un portátil encima y una silla de diseño, parecía muy cómoda. En la pared contraria había una estantería gigante llena de libros, me encantaba leer, así que eso era un auténtico sueño, menuda fantasía. La ventana ocupaba toda la pared exterior y tenía cortinas blancas, como estaba la ventana un poco abierta, ondeaban con la brisa que entraba. Desde la ventana se veían un montón de árboles y, a lo lejos, el mar, lo que más anhelaba al vivir en Madrid. Sin duda, hubiera podido teletrabajar ahí sin problema y hubiera estado encantada.

No me vi con fuerzas para hablar, así que pasamos a la siguiente habitación. Laki iba detrás de nosotros, siguiéndonos de cerca, rellenando con el sonido de sus pisadas el silencio que nos separaba.

—Esta la tengo vacía, para lo que la pueda necesitar.

—Mira, para tus retoños. —Bromeé, medio en serio, medio en broma.

—No voy a tener hijos. —Me quedé mirándole sorprendida por su respuesta categórica, cuando salíamos juntos, no opinaba lo mismo, siempre decía que quería tener niñas, muchas niñas y yo me hacía la enfadada diciéndole que iba a dejar de quererme.

Dudé en responder, pero yo no era una cobarde, aunque en el pasado había pecado de ello.

—Antes sí querías.

—Eso era antes de que te fueras.

—Me perdiste porque tú quisiste, pero tampoco quiero hacer leña del árbol caído.

Se calló, me desesperaba que no quisiera enfrentarse a lo que hizo, pedirme perdón y dejar que me sanara. Me molestaba muchísimo que fuera tan opaco y misterioso, pero él vería, yo no quería depender de su perdón o arrepentimiento para seguir con mi vida.

Tras ello, me enseñó dos habitaciones que me dijo que eran de invitados, ¿qué invitados tendría? No me atreví a preguntárselo, así que me quedé con la duda, los cuartos eran bonitos, pero sencillos, se notaba que no los usaba. En cada uno había una cama doble, un escritorio con una silla, una televisión colgada en la pared y un armario bastante grande, además de una puerta que llevaba a un baño básico.

—Nos queda otra habitación, vente, que te la enseño.

Decidí dejarlo pasar, estaba claro que nunca mostraría arrepentimiento y bajaría las orejas, aunque fuera de chico reformado, con su casa, su perro y su vida bohemia, seguía siendo el mismo cobarde de siempre.

Accedí a la mejor habitación de la casa. La parte de abajo era preciosa, me gustaba muchísimo la decoración y los muebles, pero esta habitación era totalmente perfecta. Había instalado papel pintado en una de las paredes, de color crema, con pequeñas filigranas que lo hacían muy especial, reinaba una cama gigantesca, posiblemente era casi de dos metros de ancho, con un edredón blanco impoluto. En medio reposaban varios cojines colocados perfectamente, de un color similar al papel pintado. La ventana volvía a ser enorme, con unas vistas del mar alucinantes, sin duda, la casa estaba en una situación perfecta. Escondido detrás de la pared del cabecero estaba el vestidor, que lo tenía apenas vacío, lo

entendía, porque era enorme, aunque yo daría buena cuenta de él si tuviera uno igual.

En los dos lados de la cama había dos mesillas preciosas, de madera envejecida y canalé y encima colgaban dos lámparas de estilo vintage que quedaban perfectas.

—Qué chulas las mesillas, ¿dónde las has comprado?

—Las he hecho yo.

—¿Qué dices? Deberías venderlas, son una pasada. –Sonrío y bajó la mirada, ¿qué ocultaba? ¿Acaso así pagaba la casa? Tenía que hablar con Mimi y sacarle toda la información que pudiera, llevaba mucho tiempo sin saber nada de Roi y ahora lo quería saber todo, me podía la curiosidad.

—Ven, que te enseño el baño.

Había una puerta corredera blanca que pasaba desapercibida en la habitación, la deslizó y allí estaba el mejor baño del mundo. Había una ducha con un plato gigantesco al mismo nivel que el suelo y una bañera de patas, todo con grifería negra y azulejos efecto mármol blanco:

—Puf, qué pasada, esta bañera te ha costado un dinero.

—¡Ja, ja, ja! —Su risa sincera tenía la capacidad de llenar todo el espacio.

—Bueno, ahora sí que debo irme, ha sido un placer ver la maravillosa casa que tienes, pero el deber me llama.

—¿Cuándo vuelves?

—¿Eso importa?

—No sé, ya que ahora somos algo así como amigos, quizá podríamos vernos, si vuelves.

—Claro que volveré, pero no somos amigos. Somos expareja y no creo que pudiéramos ser amigos.

—Podríamos intentarlo, por Iago y Mimi, ya sabes que van a ser padres y me gustaría estar presente en su vida sin estar pendiente de si estás o no.

—Vendré en Navidades. —Volvió a sonreírme, se le vio bastante contento, no sé si sería mala idea que fuéramos amigos, sobre todo para mi corazón, pero quería intentarlo, llevaba razón, nuestros amigos eran importantes para ambos y podríamos tratar de hacerlo por ellos.

Fuimos andando hacia la salida y me acompañó hasta el coche de mi padre, antes de meterme dentro, se acercó para darme dos besos. El olor y la cercanía de su cuerpo me embriagaron, me costó pensar con claridad, había olvidado tanto lo que me gustaba tenerle cerca, que dolió.

Tras darme dos besos, se quedó demasiado cerca de mí, le vi dudando y, entonces, me abrazó fuerte, como si no quisiera que me fuera.

—Te he echado de menos. —Lo dijo bajito, casi dudé de si lo había dicho o me lo había imaginado.

Al principio me quedé bloqueada, pero después me apeteció devolverle el abrazo. Los dos besos habían hecho que dentro de mí explotara un sentimiento que tenía plenamente enterrado, mi cabeza empezó a gritar ¡peligro! Como una loca. Me separé, no quería llevarme su olor conmigo:

—Hasta pronto.

—Hasta pronto, Lúa, espero verte pronto.

Me subí al coche y me fui, le vi por el retrovisor allí parado, cruzado de brazos, sin moverse.

Lo que me quedó del viaje fue menos interesante que los anteriores días, hice la maleta, comí con mis padres, pasé a despedirme de mis amigos y el domingo mi madre me llevó a la estación. Prometí volver pronto, aunque ambas sabíamos que no nos veríamos hasta Navidad, ya no quedaba nada, me repetí. Las

Navidades anteriores mis padres habían bajado a Madrid y habíamos estado allí juntos, esta vez me tocaba a mí volver a casa. Me insistió en que comprara el billete pronto para que me saliera bien de precio, le prometí que así lo haría, aunque tenía la manía de no hacer caso a mi madre y así me iba, y ahí nos despedimos con un abrazo y un hasta pronto.

9

LA ENCERRONA

Volví a Madrid con pocas energías y mucha tristeza. Se me clavó en el pecho una pena que no sentía desde hacía tiempo y que no sabía gestionar, me notaba a partes iguales ansiosa y dudosa. El problema era que no supe detectar de dónde venía ese sentimiento.

El trabajo me sirvió para evadirme, suerte que había mucho, pero los días en casa cada vez me pesaban más. Óscar me llamó un par de veces para ver si quedábamos, pero aproveché el pico de trabajo para ponerle excusas. Excusas, porque en el fondo es lo que eran, mi encuentro con Roi había florecido sentimientos que tenía olvidados y lo que tenía con Óscar se me hizo insípido.

Aun así, quería intentar darle una oportunidad a esta nueva ilusión, era una relación incipiente, y antes de pasar la semana en casa de mis padres, me había sentido ilusionada con lo que estábamos comenzando. Posiblemente, mi desgana nacía de haber estado diez días sin verle y, cuando nos reencontráramos, volvería a fluir todo lo que habíamos sentido al principio.

El viernes unos cuantos del trabajo hablaron de quedar para tomar unas copas y Carmen me instó a que me apuntara. Tenía que reconocer que había sido una semana difícil y me apetecía evadirme, seguro que me venía bien.

Me preparé con esmero, vestido negro ajustado, medias negras traslúcidas con puntitos y unos *estiletos* con poco tacón. Me sentía

guapa y con ganas de disfrutar y olvidarme de todos los problemas que rondaban a mi alrededor.

Quedamos en el típico local viral que hacía poco que habían abierto, estaba hasta arriba, pero no sé qué amigo de un compañero nos había puesto en la lista, así que nos saltamos la cola y pudimos pasar directos. Teníamos reservado un espacio para dejar los bolsos y los abrigos con seguridad, así que me sentí libre y despreocupada.

Carmen y yo nos acercamos a la barra a pedir unos gin-tonics:

—Venga, a esta invito yo.

—No, Carmen, que valen un pastizal las copas en este sitio tan pijo.

—Bah, luego me invitas tú a otro y compensamos.

Nos sirvieron las copas y con ellas en la mano nos pusimos a bailar. Bailamos sin pensar en nada, sin hablar, solo escuchando la música. Cuando nuestras bebidas se terminaron, fuimos a por otras, esta vez sí que pagué yo.

—Me gusta Figueroa. —Me soltó Carmen de repente, Figueroa era uno de los veinte Danis que había en nuestro equipo, por lo que a todos ellos les llamábamos por su apellido, lo malo de estar rodeados de señores.

—¿Y has intentado algo alguna vez con él?

—Qué va, es demasiado bueno para mí. –Había que reconocer que Carmen tenía buen ojo, Figueroa era un sol, siempre dispuesto a ayudar y a colaborar en lo que se necesitara, era un compañero de diez. Además, tenía unos ojos azules que enamoraban, todo hay que decirlo.

—No hay nadie demasiado bueno para ti. —Me sonrió con pena.

—Es un amor imposible, me trata como a una amiga, no tiene solución.

—Eso es porque tú también le tratas como a un amigo, pero siempre hay opción de un acercamiento, es cuestión de plantearlo

de otra manera.

—¿Qué propones?

—Primero, tomarnos otro gin-tonic más y después, animarle a bailar contigo.

Justo cuando íbamos hacia la barra, allí estaba el susodicho:

—¿Cómo vas, Figueroa? Nosotras vamos a por una copa, ¿te animas?

—Venga, vale.

Pedimos las bebidas y nos fuimos al reservado a descansar un poco, allí la música no ensordecía y podíamos hablar y oírnos, que ya era un avance:

—Puf, vaya semanita, ¿no? Pensaba que iban a pedirnos que trabajáramos también el fin de semana.

—Calla, calla, que son capaces. —Dijo Carmen, me encantaba lo reivindicativa que era.

—Bueno, no hablemos de trabajo, ¿has venido con tu novia?

—Ja, ja, ja, qué va. Estoy más solo que la una. Hace unos meses me dejó mi novia por otro, así es la vida.

—Pues se te ve bien. –Afirmé yo, es verdad que le veía tan pancho diciéndolo.

—La relación ya andaba cada vez peor, discutíamos mucho, quizá estábamos juntos por inercia. El rollo fue que vivía en su casa, así que me he tenido que ir de alquiler y según están los alquileres en Madrid, comparto piso con unos estudiantes, pero es un horror, están todo el día de fiestas. A ver si ahorro un poco y me compro algo o yo qué sé. ¿Vosotras salís con alguien?

—Yo estoy conociendo a alguien, ¿tú, Carmen? Que estás muy callada. —Me miró mal.

—Yo no estoy saliendo con nadie.

—Sí, además, Carmen busca justo a alguien para su casa, ¿no querías alquilar la habitación que tenías para ganar un extra? Nos pagan una mierda en esta empresa.

—Emm… Sí, bueno, tenía una chica hasta hace nada, pero quería ser actriz y no ha habido suerte. Se fue hace un mes o así y no he encontrado nadie decente, tampoco quiero meter a cualquiera en mi casa.

—¿En serio, Carmen? ¿Cómo no me has dicho nada? Porfa, yo soy decente, estoy hasta… No sabes hasta donde, por favor, Carmen, sería un compañero de piso excepcional, de verdad, no doy nada de guerra y cocino muy bien.

—Emm... No sé si es buena idea mezclar trabajo y vida personal.

—Te prometo que no mezclamos nada, si casi no te vas a enterar de que estoy allí y ya te digo que te va a sorprender lo bien que cocino. Ya sabes que yo voy todos los días a la oficina.

—Venga, Carmen, di que sí, es una oportunidad muy buena y con lo sincera que tú eres, si no te convence, seguro que Figueroa puede buscarse otra cosa, por probar, no perdéis nada, ¿no? Salís los dos ganando, de hecho.

—Vale, pásate mañana por casa y preparamos un contrato, para dejarlo todo por escrito con lo que hemos comentado, que tampoco quiero tener líos. Si te parece, puedes pagarme lo mismo que pagabas en el piso de estudiantes donde tan mal lo estás pasando.

—¡Muchísimas gracias! Me salvas la vida. –Y le dio un abrazo que Carmen respondió mientras su cara se volvía roja como un tomate–. Voy a contárselo a Tomás, ¡hay que celebrarlo!

Tomás era uno de los compañeros del equipo y se llevaba genial con Figueroa, aunque eran muy diferentes. Tomás era mayor que nosotros, tenía casi cuarenta años y estaba feliz casado, tenía dos hijos de diez y ocho años que describía como torbellinos, a veces se venía con nosotros de fiesta, pero no solía quedarse hasta tarde.

Miré a Carmen, no sabía si me odiaba por haberle hecho una encerrona, pero al final seguro que podría salir algo muy bueno o malísimo de este lío. Lo mismo se daba cuenta que Figueroa no era para ella o conseguían intimar y tener un amor correspondido, el tiempo lo diría, pero, mi empujón seguro que aceleraba las cosas.

—Ya te vale.

—Venga, Carmen, seguro que sale algo positivo de esto.

—En el fondo te tendré que dar las gracias y todo. —Nos empezamos a reír sin parar, el efecto del alcohol se iba notando y sentía la cabeza pesada y embotada por la bebida.

Sin darme cuenta, me vino a la memoria la casa de Roi y, con ello, su olor, su mirada y nuestra renovada amistad. No habíamos hablado desde entonces, tampoco él disponía de mi teléfono, que lo había tenido que cambiar hace un par de años al cambiarme de operador. Sin embargo, yo sí tenía su teléfono móvil, me lo sabía de memoria, quizá era buena idea escribirle un mensaje de nada, total, éramos amigos, ¿no? Así tendría mi teléfono, por si a Mimi le volvía a pasar algo, me enteraría antes. En fin, chicas, ¿era un error? Pues soberano, pero ¿tenía la excusa de que estaba borracha? ¡Correcto!

[WhatsApp]

Lúa: Oye, te dejo por aquí mi teléfono por si pasa algo con Mimi o Iago, seguro que te enteras antes. Soy Lúa.

Roi: Hola, Lúa, menuda sorpresa. Genial, me guardo tu número.

No sé si seguiríamos hablando, me empecé a poner un poco nerviosa, no tenía que haberle escrito, no había necesidad de empezar nada que no me interesaba ¿O sí? Puf, no sabía ni lo que decía, demasiado gin-tonic.

[WhatsApp]

Roi: ¿Qué tal estás?

Lúa: Bien, estoy de fiesta. Estoy borracha, posiblemente por eso me he animado a escribirte.

Roi: ¡Jajaja! Me encantas, ¿has bebido mucho?

Lúa: Tres o cuatro gin-tonics, no sé, ya he perdido la cuenta, creo que eso.

Roi: Eso solía ser poco para ti, recuerdo que una vez te picaste en las fiestas y ganaste a Iago bebiendo cerveza.

Lúa: Estoy vieja para esas mierdas.

Escribí la famosa frase de Arma Letal porque sabía que le encantaban esas películas y, de alguna forma, quería hacerle ver que me acordaba de sus gustos, aunque lo nuestro hubiera salido mal, por cierto, gracias a él y a su infidelidad, que no se nos olvide, por muy simpático que fuera.

[WhatsApp]

Roi: Yo hoy estoy en casa vagueando, estoy molido del trabajo.

Lúa: Esa casa de ricachón que tienes no se paga sola.

Roi: La casa ya está pagada.

Cada vez tenía más curiosidad por ver qué fabricaba exactamente, me habían alucinado las mesillas y las lámparas de su casa. Estaba claro que las comercializaba y le iba bastante bien, cuando lo había dicho la primera vez pensaba que hacía cosas para gente del pueblo y se ganaba un dinerillo, pero estaba visto que no era así. Aun así, parecía que era un tema del que no quería hablar mucho, era bastante cortante cuando le insinuaba algo sobre ello.

[WhatsApp]

Roi: ¿Y estás con tu novio o con amigos?

Lúa: Yo no tengo novio, solo estoy conociendo a alguien, ya te lo dije. Hoy he quedado con los compañeros del trabajo.

Roi: Pues ese alguien tiene mucha suerte.

No le contesté y guardé el móvil. Este tipo de comentarios conseguían hacerme daño y volverme a atormentar con preguntas sin responder, ¿por qué me había hecho esto? ¿Ahora se arrepentía? ¿Por qué no había venido a buscarme a Madrid si así era? También había tenido ocasión cuando iba al pueblo y jamás se había acercado a hablarme, de hecho, siempre me había evitado, igual que yo a él. Cada vez estaba más convencida de que si hubiera venido a buscarme en los primeros meses que estaba en Madrid, le hubiera perdonado, incluso lo hubiera dejado todo y me hubiese vuelto a Galicia de su mano. Pero no, era mejor decirme, después de tantos años en silencio sepulcral, que alguien que intentaba conocerme y que, por cierto, no me había traicionado, como él, tenía suerte. Pues tenía ganas de decirle que la suerte la tenía él en la mano y se le escapó entre los dedos, como si de agua se tratase.

Me fui con Carmen a bailar; estaba nerviosa perdida pensando en su nuevo inquilino. Nos desinhibimos considerablemente, cada una intentando olvidar sus propias preocupaciones, hasta que fue una hora lo suficientemente respetable para volver a casa, ya entrada la madrugada. Nos cogimos un *Uber* conjunto, primero paró en su casa, nos dimos un abrazo, prometiéndome contar todo en los próximos días y después me dejó en la puerta de mi minúscula y solitaria casa. Me metí en la cama. El último pensamiento fue una simple pregunta: ¿volveríamos a hablar por *WhatsApp* Roi y yo?

10

POR FIN

Al día siguiente amanecí con una resaca considerable. Óscar me llamó para proponerme que fuera a cenar a su casa y acepté, por fin parecía que podríamos "pasar a la siguiente base" (siempre quise decir eso e ir a un baile de primavera con un ramillete en mi muñeca, tendría que haber sido estadounidense). Me esmeré para sobreponerme y superar el dolor de cabeza que tenía, decidí escribir a Mimi para contarle lo que había pasado con Carmen y mi conversación con Roi.

[WhatsApp]

Mimi: Es muy fuerte lo de Carmen, cómo lías todo, veremos a ver en qué queda. O te adora o te retira la palabra, así te lo digo. Y respecto a Roi, no sé, a mí me encantaría que, al menos, tuvierais una relación cordial, sabes que sois muy importantes para nosotros.

Lúa: Ya, es difícil, todavía duele.

Mimi: Han pasado muchos años y, a lo mejor, si seguís hablando, podrías preguntarle todo lo que no hablasteis en su momento.

Lúa: Él pudo ponerse en contacto conmigo y no le dio la gana, fue mejor traicionarme y a otra cosa mariposa. Como si fuera algo ocasional, como si lo nuestro no mereciera la pena.

Mimi: Te recuerdo que le quitaste la admisión y le bloqueaste de todo.

Lúa: Había otros métodos, un e-mail, decirte a ti algo y que me dieras el mensaje, no sé, si quería, podría haberle echado imaginación.

Mimi: Te recuerdo que nos dijiste a Iago, a tus padres y a mí que, si se nos ocurría nombrarle, dejarías de hablarnos y no volverías nunca al pueblo… Fuiste muy radical.

Lúa: Pensaba que cortar por lo sano y comenzar algo nuevo me permitiría pasar página y superar el dolor que sentía.

Mimi: Y el resultado fue que construiste una vida sobre una base rota e inestable.

Mimi me conocía bien y sabía la desidia que sentía, sobre todo en los últimos meses. Los primeros años en Madrid fueron una auténtica vorágine de novedades, lo que me mantuvo muy entretenida. Gente nueva, adaptarme a vivir sin mis padres y la exigencia de la carrera universitaria hicieron que avanzara por inercia. Estaba tan ocupada con tanto y nada a la vez, que pude obviar mis sentimientos y la pena que sentía si me acordaba de lo que me había hecho Roi. Tras ello, empezar la vida laboral también había sido muy estresante y me había centrado muchísimo en ser buena en lo que hacía y conseguir un trabajo bien remunerado, donde valoraran lo que hacía.

Sin embargo, ya había conseguido todo yo sola: la carrera, mi piso bien situado pero minúsculo y un trabajo bien remunerado. Ahora, mi tiempo libre había ido flotando a la superficie, despacio pero seguro y, los cimientos de la casa que me había montado se empezaban a tambalear.

Mimi se había dado cuenta mucho antes que yo, pero había sido cauta, me había dejado el espacio que necesitaba para que yo solita lo descubriera. Ahora estaba perdida, la mayoría del tiempo no sentía felicidad y me costaba encontrar motivos para sonreír.

No me sentí con fuerzas para contestar a Mimi, pero no la quería dejar así, por eso fui escueta, ella me conocía bien y sabría que necesitaba espacio para masticar mis sentimientos y desgranarlos.

[WhatsApp]

Lúa: He quedado con Óscar, me ha invitado a su casa, así que promete. Te contaré todo mañana, te quiero.

Mimi: Vale, pásalo bien, pero el problema va a seguir esperándote debajo de la alfombra, donde intentas esconderlo.

Maldita Mimi, maldita sinceridad y maldito todo lo que me conocía. No quería que la sesión de psicólogo de Mimi estropeara mi cita, así que me centré en prepararme. Me duché, estuve leyendo un rato y comí tranquilamente. Ya me encontraba mejor, la ducha y la comida me habían sentado de lujo, así que me tiré un buen rato alisando mi pelo y, después, haciéndome unas pequeñas ondas en mi corte *boho*.

Me puse una mascarilla relajante en la cara mientras veía una serie, sin darme cuenta, me quedé un rato dormida. Cuando me desperté, eran ya cerca de las siete de la tarde, así que o espabilada o llegaría tarde. Me puse unos pantalones morados ajustados, una blusa blanca con cuello bebé gigante y unos zapatos negros con un poquito de plataforma, sencillos. No quería ir excesivamente elegante, ya que iba a su casa a cenar, no a salir por ahí.

Miré la dirección que me había pasado, nunca había estado en su casa y tenía mucha curiosidad. De mi casa estaba solo a ocho paradas de metro, pero tenía que hacer transbordo, así que me llevaría media hora por lo menos. Vivía en una zona peor que la mía, más alejada del centro y con una carretera al lado muy ruidosa.

Llegué justo a la hora que habíamos quedado, al final me iba a hacer amiga del reloj endemoniado, respiré hondo y llamé. Estaba un poco nerviosa, hacía unas cuantas semanas que nos acostamos por primera vez y, después de eso, apenas había habido algún tocamiento y muchos besos. Tenía ganas de que alguien me tocase

en condiciones, me agarrara fuerte y me la metiera hasta el diafragma si hacía falta. Como veréis, estaba muy cachonda y con ganas de todo.

Me recibió con un abrazo y un beso casto en la boca, enseguida me invitó a pasar, llevaba unos vaqueros y una camisa a cuadros, además de unas zapatillas de deporte, estaba guapo:

—Hola, princesa, ¿qué tal? ¿Has llegado bien?

—Sí, sin ningún percance, solo nos separan ocho paraditas de nada. Eso sí, con transbordo, un rollete.

—¿Te apetece ver la casa? —Eso me sonaba de cuando había estado en casa de Roi, era justo la misma frase que me había dicho, pero me obligué a apartarle de mi mente, no había hueco para él y menos ahora.

Me fue enseñando la casa, si era sincera, el piso, en general, era feúcho, tenía un tamaño algo más grande que el mío, pero ni por asomo se parecía en algo más. El piso parecía congelado en el tiempo, me recordó a la antigua casa de mis abuelos. El salón era antiguo, tenía un mueble de madera oscura que ensombrecía la casa, el sofá parecía que había vivido tiempos mejores, era de un azul desteñido que tenía mal aspecto. Había una pequeña mesa de salón con forma circular y unas sillas de mimbre, que parecía que, si te sentabas en ellas, se caerían en añicos. No tenía nada de decoración en las paredes, lo que sí tenía era un gotelé horroroso que te transportaba, como poco, a los años sesenta.

Tenía dos habitaciones, en una solo un escritorio y un ordenador, el resto estaba totalmente vacío. En la otra, había una cama de matrimonio y un armario de madera oscura muy lúgubre, encima de la mesilla había como cinco o seis prendas de ropa tiradas. ¿Era desordenado? Me costaba mucho lidiar con el desorden, con lo recta y cuadriculada que era yo.

—Ya sabes, era el piso de mis padres, cuando se murieron, quité todo lo que sobraba, por los recuerdos y demás.

—Vaya, ya se ve, ¿no te has animado nunca a poner un cuadro o algo así?

—Ya, no sé, quizá puedes echarme una mano con la decoración. Lo bueno que tiene es lo cerca que me pilla del curro y que es gratis, claro.

—Algo bueno debía tener. –Sonreí incómoda.

Me daba pena porque parecía que buscaba mi aprobación, el piso no me gustaba, pero eso daba igual. No es que fuera a vivir con él y, si alguna vez sucedía, no me vendría a este piso, ya buscaríamos algo que nos gustara a los dos. En fin, ya estaba planificando y elucubrando, ni siquiera éramos novios, solo dos personas que nos estábamos conociendo y no quería adelantarme a los acontecimientos y montarme una película que no estaba sucediendo.

—Venga, vamos a cenar, a ver si eso te gusta, princesa. –Había dejado el "tía" atrás desde que me metí con él, ahora era princesa, habíamos evolucionado, si empezábamos a salir lo mismo pasaba a ser reina.

—Qué gracioso.

Había preparado pollo al horno con patatas panaderas, era un plato sencillo, pero se había esforzado en no hacer pasta o algo típico, así que se lo agradecía. Reconozco que estaba muy bueno, lo había sazonado y preparado una salsa que le daba un toque especial.

—Oye, está muy bueno.

—¿Tono de sorpresa?

—Un poco.

—Qué sincera eres.

—Me han fallado en el pasado y odio las mentiras, creo que la sinceridad, sin sincericidio, es fundamental.

—Vaya, pareces un alma dolida, no te pega.

—Al final a nadie debería pegarnos que nos fallen, ¿no crees? No creo que nadie se lo merezca.

—Sin duda, no me ha pasado nunca y menos en una relación. Ya sabes que yo he andado de flor en flor mucho tiempo y no he buscado nunca nada serio.

—¿Y ahora lo haces?

—Creo que sería interesante, me gusta pasar tiempo contigo. —Diría que, por ahora, me valía, tampoco yo quería formalizar nada y llamarnos novios ya mismo.

—¿En exclusiva?

—Otra vez esa sinceridad arrolladora. No me veo con nadie más si es lo que preguntas, pero no tenemos ningún compromiso ahora mismo.

—Si así fuera, me gustaría saberlo, entiendo que no somos novios ni nada de eso y me parece bien que quedes con otras personas si así te apetece.

—¡Je, je, je! Yo ya me he apuntado que quieres el pack completo, no se me olvida.

Le sonreí, no sé por qué había dicho eso en la primera cita, quizá era una visión idealizada que nos habían inculcado desde pequeñas, que el objetivo de la vida era conseguir una familia. Con el tiempo, había valorado y abrazado mi soledad y solo cuando me había visto preparada, había empezado a tener citas, quizá porque esa soledad había empezado a pesar o porque mi vida social se había visto reducida al terminar la universidad y comenzar la vida laboral. Quizá era por la teoría de los cimientos inestables de Mimi, no sé.

El caso es que después de tantas citas e intentos, Óscar había llamado mi atención, era guapo y su conversación era agradable. Es verdad que en la primera cita había estado un poco sobreactuado, pero después me había contado lo de sus padres y había podido

empatizar con esa fachada de machito dominante que tenía para protegerse.

Después de terminar la comida, recogimos y me animó a que fuéramos al sofá. Allí sacó unos gin-tonics y unas fresas que había bañado en chocolate blanco y negro, había que reconocer que el chaval se había esmerado.

Mientras combinábamos los gin-tonics con las fresas, empezamos a besarnos. No pude evitar acordarme del olor de Roi, que no se parecía en nada al de Óscar. Óscar olía muy bien, a recién duchado y a una colonia comercial, pero no era el maldito olor de Roi, que era el mejor olor del mundo, era el olor que tendría el cielo si existiera, era el olor que elegiría si solo pudiera oler uno en toda mi vida, era el último olor que me gustaría tener delante si mi vida acabara hoy. Maldito Roi que se había metido de nuevo debajo de mi piel para instaurarse en mi alma y buscar hueco en mi corazón, lo llevaba claro.

Intenté pensar en algo del trabajo para quitar a Roi de mi cabeza y poder centrarme en Óscar. Es una técnica un poco rara, pero siempre me funcionaba cuando me descentraba, pensaba en algo del trabajo y me evadía de todo lo demás, parecía que me estaba funcionando.

Seguimos besándonos lascivamente, nos teníamos muchas ganas, agradecía que Óscar me hubiera dado la importancia suficiente para no mantener relaciones sexuales en las primeras semanas, enfatizando el conocernos y el ir despacio, pero ya era nuestro momento. Nos empezamos a tocar, él me agarró de la cintura y yo de sus fuertes hombros, mientras no parábamos de besarnos y sacábamos nuestras lenguas a pasear.

Aproveché que paramos un momento para quitarle la camisa, fui despacio, empecé por arriba desabrochándole los botones uno a uno, para ponerle nervioso. Cuando llegué al último botón, vi que tenía el pantalón a punto de explotar, así que me sentí satisfecha, aproveché que tenía las manos por la zona para tocarle de soslayo.

Llevaba mucho tiempo esperando a que se decidiera, así que le tocaba sufrir un poquito también.

Me quitó la blusa con cuidado, pero rápido, y se paró en mis pechos, donde empezó a lamerlos entre la tela del sujetador, eso me ponía muy cachonda.

—¿Te apetece que vayamos a mi habitación?

—Vale, intentaré evadir el montón de ropa que tienes en una de las mesillas.

—¡Je, je, je! Qué graciosa eres.

Fuimos de la mano hasta su habitación y allí quitó el edredón y cogió el montón de ropa de la mesilla, que tiró de malas maneras dentro del armario:

—No sabía qué ponerme y me ha pillado el toro, por eso hay tanta ropa en la mesilla, listilla.

—Claro, seguro que solo es por eso.

Tiró de mí y nos tumbamos en su cama. Se me hacía raro estar en la cama de otra persona, pero eché a un lado ese pensamiento y tomé la iniciativa. Me quité los pantalones y tiré de los suyos para quitárselos, me puse encima de él y empecé a frotarme contra él. Óscar aprovechó para tocarme el culo y desabrocharme el sujetador con mucha facilidad, muy hábil, Óscar, un punto positivo para ti por no cortar el rollo con la torpeza de quitar el sujetador.

Empezó a acariciarme la espalda y yo me subí un poco para ponerle mi pecho a la altura de su cara. Él no dudó y comenzó a lamerme alrededor del pezón primero, después continuó succionándomelo con una fuerza que me embriagó. Me puso cachondísima y más cuando siguió con el otro pezón, incansable.

Rodamos sobre nosotros mismos y se puso encima de mí, me besó el cuello, me hizo cosquillas con la barba, pero igualmente me resultó agradable, me aguanté la risa para no cortarnos el rollo. Siguió besándome la tripa, el ombligo y paró justo cuando iba a

llegar a la parte más interesante. Posiblemente recordaba que la otra vez le paré, pero esta vez ya teníamos más confianza y me sentía más cómoda con él:

—Sigue.

—Pídemelo.

—Sigue, por favor, estoy a cien.

No necesitó más, me abrió las piernas, doblé las rodillas y apoyé los pies en la cama para estar más cómoda, empezó a lamerme despacio, primero los labios superiores. Iba lento, recreándose en cada zona, como había hecho con los pezones. Fue abriéndome, como si de una flor me tratara, poco a poco, hasta que llegó al clítoris y me pareció una auténtica maravilla.

Solo había tenido sexo oral con Roi y esto era un paso muy grande, había tenido otros encuentros sexuales en la universidad, pero ocasionales, había sido aquí te pillo, aquí te mato, yo no había querido nada serio y no había repetido con nadie. Después había salido con algunos chicos, recordad que Óscar era la cita vigésima quinta, pero solo había sido sexo esporádico y no habíamos llegado a nada más que quedar un par de veces.

Siguió chupándome insistentemente y aprovechó a meterme dos dedos y moverlos sin parar, ¡puf! Me estaba gustando muchísimo:

–Óscar, me voy a correr, estoy muy cachonda. —Dije con voz queda.

No paró y me entró un calor muy agradable que se fue transformando en un hormigueo que explotó en un orgasmo, me hizo temblar hasta las piernas. No contento con eso, no me dio tregua y siguió dándome pequeños besos por los labios superiores hasta que dijo:

—Ahora me voy a poner un condón y te la voy a meter, te tengo unas ganas.

Asentí porque me había dejado KO, pero igualmente me apetecía hacerlo y que también él se corriera y, si, me podía llevar un orgasmo más, sería ideal.

Se puso el condón sin dudarlo, se colocó encima de mí y me penetró fácilmente, la tenía muy dura y yo estaba muy receptiva después de haberme corrido. Notaba el clítoris muy hinchado, metí la mano entre nosotros dos para tocármelo y poderme correr con más facilidad, ya que estaba muy reciente.

Era muy enérgico y eso me gustaba, le agarré la espalda con una mano, mientras que con la otra seguía tocándome, sin parar. Cerré los ojos y fue totalmente un error, porque me vino a la mente la imagen de Roi, no sé por qué apareció sin más, tendría que analizar este punto después, pero no ahora, le aparté de mi mente, abrí los ojos para ver a Óscar, que era con quien estaba.

—Estoy a punto, nena, me voy a correr.

—Sí, sigue, yo también. –Sin duda, ya estaba muy lejos de correrme, pero no quería que se sintiera mal.

—Oh, sí, me corro, nena, qué bueno.

—Oh, sí, yo también. —Y así fue la primera vez que fingí un orgasmo, gracias al imbécil de Roi, hasta eso me lo iba a estropear.

Óscar no se dio cuenta, salió de mí, me dio un beso en la boca y se marchó al baño. Entiendo que haya que ir a limpiarse y demás después de hacerlo, pero me pareció muy frío que se fuera y le diera prioridad a eso, antes de abrazarnos o quedarnos un rato juntos después de haber intimado, que me sentí más desnuda que nunca.

Esperé a que saliera del baño para entrar yo. Cerré la puerta, me miré al espejo y me vi guapa, tenía la cara sonrosada, ya no quedaba nada del maquillaje que me había puesto en mi casa, estaba despeinada, pero me vi perfecta. Me merecía ser feliz, lo iba a conseguir y Óscar era mi billete para ese tren, era una opción buena y follaba bien, se había preocupado de que me corriera y se había dedicado a mi placer con esmero y sin prisa.

Salí del baño tranquilamente y me metí en la cama otra vez con él.

—Ha estado muy bien, tenía ganas, tía.

—Sí, me ha gustado mucho.

—¿Ha merecido la pena la espera?

—Sí, creo que sí, ir despacio nos ha permitido tener más confianza en la cama.

—Sin duda. Te quería comentar una cosa.

—Dime.

—Sé que antes hemos hablado de que no tenemos nada serio, pero pienso que deberíamos formalizar de alguna forma lo que tenemos. Nos conocemos desde hace más de dos meses y creo que es buen momento de dar algún paso más.

—¿Me estás pidiendo que seamos novios o algo así?

—No sé si eso exactamente, pero al menos tener exclusividad y comprometernos a no quedar con otras personas, ¿qué te parece? No quiero que vengas un día y me digas que estás viendo a otro tío, qué quieres que te diga.

—¿Te pondrías celoso?

—Pues sí, tía, no quiero que otro te toque como lo he hecho yo ahora mismo.

—Me parece bien que no quedemos con otras personas, ya iremos viendo lo demás.

Me abrazó y me dio un beso en la mejilla, que pactaba la fidelidad que tanto valoraba. Sin darme cuenta, así, abrazados, nos quedamos dormidos hasta el día siguiente. No era mi idea pasar allí la noche, normalmente me iba una vez estaba todo hecho, pero estaba cansada de la noche anterior y fue irremediable.

Cuando me desperté, estaba todo a oscuras y Óscar ya no estaba tumbado a mi lado, se le escuchaba en la cocina cacharrear.

Me levanté, fui al baño y me vestí, no tenía nada más que ponerme que la ropa del día anterior, menos mal que había elegido un conjunto cómodo.

Le vi desde el pasillo, la cocina era un auténtico desastre, había intentado hacer tortitas y estaba todo manchado de harina y huevo.

—Mmm… ¿Buenos días?

—Anda, hola, estaba haciendo tortitas.

—¿En el suelo? Hay harina por todas partes.

—Ya, soy malísimo en la cocina, el pollo fue una excepción porque me dio las indicaciones un colega del trabajo.

—Ya te veo, venga, que te ayudo mientras tú recoges un poco.

Entre los dos sacamos adelante el desaguisado que había montado y pudimos comernos dos tortitas cada uno. Tenía sirope de chocolate y nata, así que se arreglaron fácilmente. Preparó dos cafés y nos sentamos en la mesa.

—Muchas gracias por ayudarme, en YouTube parecía todo mucho más fácil.

—No te preocupes, al final hemos trabajado en equipo y no ha salido la cosa mal del todo.

—¿Qué planes tienes hoy?

—Pues es que estoy molida, salí el viernes y pensaba estar vagueando en casa un rato y, en algún momento de lucidez, limpiarla, que esta semana ha sido frenética.

—Son pisos pequeños, se termina pronto de limpiar, es lo bueno.

—¿Y tú qué pensabas hacer?

—Pues lo tenía libre por si acaso querías que hiciéramos algo, ¿no te apetece ir al cine a ver algún estreno?

—¿Así que ya tenías planeado que me quedara a dormir en casa? Chico listo.

—Muy perspicaz, pero mi idea era proponerte ayer, después de despedirnos, quedar para hoy, pero tenías bastantes ganas de ir más lejos.

—Me has tenido en sequía con esto de ir despacio, por poco te mando a la mierda.

—Menos mal que no ha sucedido. –Puso sonrisa angelical. —Bueno, si te parece, quedamos otro día para el cine o para otro plan.

—Si quieres, podemos comer juntos, pero luego me voy a casa, que necesito descansar.

—Vale, me parece bien.

Recogimos el desayuno y decidimos salir a pasear un rato. No sabíamos dónde íbamos a comer, pero, por una vez, me daba igual que no estuviera todo organizado al milímetro, uno de mis propósitos era dejarme fluir y lo estaba… Al menos intentando.

Me sonó el móvil un par de veces, pero no quise atenderlo porque, si fuera importante, seguro que me hubieran llamado, no enviado un mensaje. Óscar me fue hablando de su trabajo, eran cuatro veterinarios en la clínica donde trabajaba, hacían turnos de mañana y tarde rotativos para que siempre hubiera dos veterinarios disponibles. Se llevaban muy bien los cuatro y quedaban a menudo, Óscar y dos de ellos, que ahora eran pareja entre sí, incluso habían estudiado juntos en la universidad. Me propuso presentármelos y, sorprendentemente para mí, me pareció bien, aunque era dar un paso considerable en la relación.

Yo le conté que durante la carrera me había centrado mucho en sacar buenas notas. Necesitaba que me concedieran cada año la beca de estudios para que mis padres estuvieran tranquilos con la residencia. Eso hizo que no fuera a tantas fiestas como el resto y que tuviera un grupo de amigos más reducido. No me importaba

estar en esa situación, sabía que los amigos que tenían estarían ahí para lo bueno y para lo malo y eso era lo único que importaba.

Decidimos ir a comer un *brunch*, ya que el que queríamos probar empezaba a las doce y teníamos hambre, las tortitas estaban buenas, pero con todo lo que había derramado Óscar, habían sabido a poco.

Reconocía para mí misma que lo estaba pasando muy bien y que los fantasmas del pasado no me habían vuelto a visitar. Me encontraba cómoda e, incluso, me dio pena despedirnos cuando terminamos, pero admitía que me notaba muy cansada del fin de semana ajetreado y me apetecía estar sola, sin hacer nada.

Fuimos juntos a la parada de metro más cercano, insistió en acompañarme, pero era tontería porque su casa no estaba de paso. Me dio un beso en la boca y me dijo:

—Lo he pasado genial, tenemos que repetir.

—Sí, yo reconozco que también lo he pasado muy bien, pero la próxima vez cocino yo.

Me cogió de la cintura y me besó, mientras bajaba sus manos por mi culo. Me aparté, le dije adiós con la mano y me perdí entre la gente que entraba y salía del metro.

Tardé poco en llegar a casa, me duché, me puse el pijama y me dejé caer en el sofá. Ahora sí que era mi momento, me apetecía estar con el móvil viendo contenido aleatorio que un algoritmo eligiera por mí, sin necesidad de pensar. Revisé mis *WhatsApp* y tenía dos, empecé por el fácil:

[WhatsApp]

Mimi: ¿Qué tal la cita? ¿Hay fumata blanca o no?

Era Mimi, ella tenía casi más ganas que yo de que volviera a acostarme con Óscar. Le mandé un audio, porque iba a ser más rápido:

"Hola, cotilla, yo bien, gracias por preguntar. Espero que bolita esté bien y tú hayas mejorado de las náuseas, ya me contarás. ¿Qué has hecho hoy? Venga, vale, voy al grano, que solo te interesa el cotilleo. Pues sí, al final hemos follado bien follado, coito placentero, con sexo oral previo estupendo, no me quejo. Había preparado la cena, su casa es antigua y apenas tiene cosas, pero según él es porque tiró todo lo que le recordaba a sus padres, esa parte fue un poco rara porque no supe bien qué decir. Después nos quedamos dormidos en su cama, hemos desayunado, ido a tomar un *brunch* y cada mochuelo a su olivo, ¿dudas, sugerencias?".

Creo que mi resumen era más que fidedigno y Mimi podía estar más que contenta. Le dejé escuchando mi audio mientras me enfrentaba al segundo *WhatsApp* pendiente:

[WhatsApp]

Roi: Mira Laki, la que ha liado.

Había una foto adjunta, donde salía Laki con un montón de papel higiénico en el suelo, todo roto y su hocico lleno de pequeños cachos de papel. No pude evitar sonreír e imaginar a Roi intentando enfadarse con Laki sin éxito, podía enfadarse o discutir con cualquier persona, pero los perros eran su debilidad.

Todavía escocía el anterior mensaje que me había mandado, pero no pude resistirme y le contesté, aunque ya hacía más de cuatro horas que me había escrito:

[WhatsApp]

Lúa: No dirás que no es adorable.

Me contestó enseguida y eso, tengo que reconocerlo, me encantó:

Roi: Tan adorable que he estado por matarle. Me ha tocado el cachorro más juguetón del mundo. ¿Tú tienes alguna mascota? Recuerdo que te encantaban los perros y tus padres nunca quisieron tener uno.

Lúa: Ojalá, pero no es el caso. Trabajo más que el reloj y cuando subo a casa me tocaría llevármelo en el transporte público. Encima en un piso tan pequeño no sé si estaría cómodo, me encantan los perros grandes.

Roi: Anda, anda, excusas, si casi no subes a ver a tus padres.

Lúa: ¿Acaso me monitorizas?

Roi: No, pero has sido parte de mi vida, es normal que me siga preocupando por ti.

No supe que contestar a eso, otra vez me había dejado sin palabras. En el fondo, me gustaba mucho que me dijera cosas bonitas, que demostrara que me seguía guardando cariño, pero aún había muchas respuestas sin contestar. No creo que jamás pudiera perdonarle si no me daba las respuestas que necesitaba y cada vez me daba más cuenta de que necesitaba sentarme a hablar con él tranquilamente. Salir de dudas me permitiría pasar página y dejar el pasado atrás de verdad, perdonarle por lo que rompió y por fin ser feliz, incluso tener algo más serio con Óscar.

Aun así, hasta yo era consciente de que esa conversación tenía que ser en persona y ahora no tenía esa opción, por lo que me conformaría con las conversaciones banales que teníamos por mensaje.

[WhatsApp]

Roi: Bueno y ¿en qué has ocupado el fin de semana?

Lúa: El viernes ya sabes que salí con los del trabajo y el sábado estuve con Óscar, he llegado ahora y estoy tumbada en el sofá lamentándome de que mañana me toca trabajar, ¿tú qué tal?

Roi: Vaya, has tenido un fin de semana muy movido. Yo estuve trabajando, tenía que terminar unas cosas. No he tenido ocasión para más, mi cachorro rebelde me quita todo mi tiempo libre.

Roi: ¿Y qué tal es Óscar? ¿Cómo le conociste?

Lúa: No sé si es buena idea hablar de Óscar contigo.

Roi: Somos amigos, ¿no? Vengo en son de paz. Venga, que llevo todo el fin de semana sin parar, un poco de salseo siempre viene bien.

Lúa: Le conocí en una aplicación de citas, no me juzgues, pero es una buena opción para conocer gente y seleccionar rápido si algo no te cuadra. Es veterinario, vive cerca de mi piso y es majo. Ha tenido una vida difícil porque perdió pronto a sus padres. Además, quiere ir despacio, eso es de valorar, la vida moderna es mucho de aquí te pillo, aquí te mato y no encajo nada con eso.

Le vi escribir y parar, no sé qué pensaría. Prefería ser sincera, podíamos ser amigos y lo que quisiera, pero yo lo que buscaba era tener un entorno amable para que todos disfrutáramos al bebé de Mimi y de Iago en armonía. Para eso, necesitaba tener una conversación seria con él, solventar mis dudas y a otra cosa mariposa. Puede que se arrepintiera de lo que me había hecho, pero había tenido nueve largos años, que se decía pronto, para pedirme perdón. Yo no quería ningún tipo de relación sentimental con él, las segundas partes nunca fueron buenas y lo nuestro no iba a ser una excepción.

Quería que viese que yo tenía una vida aquí, que era completa y que la había rehecho, sin él. Por otro lado, tenía mucho interés en saber más de él, qué había hecho estos años y si había tenido alguna novia a la que no había traicionado. No dejaba de pensar en su casa y en su perro y en lo bien que habría encajado ahí, era un pensamiento que no me quitaba de la cabeza y me molestaba mucho. Me enfadaba mucho conmigo misma, porque quería dejar de lamentarme, lo nuestro no pudo ser porque él tomó sus decisiones sin pensar en mí, actuó de forma egoísta por un calentón y me rompió sin miramientos.

[WhatsApp]

Roi: Pinta bien, se le ve buen chaval.

Roi: Me voy a ir a hacer la cena, que estoy molido. Te invitaría a cenar, porque tengo una zorza que he comprado que está brutal.

Cómo me conocía, me encantaba la zorza, era mi plato gallego favorito, consistía en lomo de cerdo adobado con pimentón, ajo y orégano, en Madrid no había encontrado nada igual y, gastronómicamente, era de las cosas que más echaba de menos de mi tierra. No solo eso, recordaba cómo los domingos solía cocinarla mi madre y, muchos de ellos, incluso me animaba a invitar a Roi a casa y pasábamos el día juntos.

[WhatsApp]

Lúa: Puf, qué envidia, me encantaría.

Roi: Cuando vengas por Navidad, compro y te invito a cenar a casa, si te apetece.

Ya no quedaba nada para Navidad, el frío había llegado para quedarse y ya estábamos a principios de diciembre. En nada volvería a casa de nuevo, me apetecía estar con Mimi y apoyarla de cerca en su nuevo embarazo, sabía lo asustada que estaba, aunque no lo transmitiera así. También quería analizar a Iago, para ver cómo lo estaba pasando, el aborto había sido muy duro para él y se había hecho el fuerte, me parecía que no había sanado lo que había sentido como debería.

[WhatsApp]

Lúa: Iría encantada, por la zorza y por ver a Laki, no te creas.

Roi: Ya, ya, solo soy un complemento que pago la zorza y la vida ostentosa de Laki, tiene gustos caros.

Me encantaba que hablara de Laki como uno más, mi sueño hubiera sido tener un perro en casa, pero mi madre no estuvo por la labor. A mi padre también le daba igual, así que no encontré un aliado cuando era pequeña y nunca conseguí convencerles. Siempre decía que cuando fuera mayor, lo primero que haría al independizarme sería adoptar un perro, pero era algo que no había cumplido. Al vivir en Madrid, ver la vida ajetreada que llevaba y el piso tan pequeño que tenía, no lo vi posible, además, no tenía con

quién dejarle cuando visitara a mis padres y llevarle en transporte público era un lío.

Cuando salía con Roi me gustaba un montón estar con Ben, su perro de entonces. Era un enorme pastor alemán y nos lo llevábamos muchas veces a hacer rutas por el monte, no sé quién de los tres lo pasaba mejor. Me dio mucha pena cuando me enteré de que se había muerto, me hubiera gustado tanto despedirme de él, aunque supongo que no se hubiera ni acordado de mí, después de tanto tiempo sin vernos.

[WhatsApp]

Lúa: Debió de ser muy duro perder a Ben, ¿hace mucho tiempo?

Roi: Sí, fue difícil de superar, hicimos lo posible por él, un montón de tratamientos, pero cogimos la enfermedad muy tarde. Fue hace dos años, tenía ocho años.

Lúa: Sí, encima era muy joven, se fue muy pronto.

Roi: Sí, es de las cosas más duras a las que me he enfrentado en los últimos tiempos, junto con perderte.

Lúa: Roi, ahora que estamos intentando ser amigos, me gustaría que tuviéramos una conversación de este tema, pero no quiero que lo saques todo el rato por mensaje. Me gustaría que fuera en persona y, si la acompañamos de esa maravillosa zorza de la que hablas, mejor.

Roi: Vale, llevas razón, siempre has sido más inteligente emocionalmente que yo.

Lúa: Te sobra el emocionalmente.

Roi: Totalmente de acuerdo. Que descanses, chica inteligente.

Lúa: Buenas noches, esclavo de Laki.

El juego que nos llevábamos era peligroso, pero estaba dispuesta a correr ese riesgo. Quería ver a dónde llegábamos y en qué quedaba nuestra conversación pendiente, además, me sentía bien cuando hablaba con él.

Mientras hablaba con Roi, vi que Mimi me había contestado:

[WhatsApp]

Mimi: Va viento en popa, me alegro. Tengo ganas de conocerle, a ver qué impresión me da en persona, a ver si te lo traes a casa un día.

Lúa: Paso a paso, no corras tanto.

Mimi: Con las ganas que tengo yo de ir de boda, ¡no me quites la ilusión, hombre!

Lúa: Por cierto, he hablado hoy de nuevo con Roi y me ha mandado una foto de una trastada que había hecho Laki.

Mimi: Sé cauta, no vayas a salir mal parada.

Me despedí de Mimi con la promesa de que la llamaría mañana, no me apetecía seguir hablando del tema y continuar dándole vueltas. Me preparé algo de cena rápida, que no era ni por asomo la zorza de Roi y me quedé dormida en el sofá casi sin darme cuenta.

11

AMIGOS DE OTROS, ¿PARA QUÉ LOS QUIERO?

Me desperté sobresaltada a las cinco de la mañana, me sentía desorientada, pero, sobre todo, sentía una presión en el pecho que no entendía. Me dieron ganas de llorar, pero no supe cómo gestionar ese sentimiento y me agobié. Decidí levantarme del sofá, ir al baño, lavarme la cara y meterme en mi cama. Posiblemente había sido una pesadilla, me tumbé e intenté dormir.

A las ocho sonó el despertador, con su maravillosa melodía. Empezaba la semana con ánimo, quería pensar en positivo y olvidarme de la abrupta noche, estábamos ya en diciembre y pronto sería Navidad, mi época favorita del año. Además, el veintiocho de ese mismo mes sería mi cumpleaños, no podía haber nacido en un día diferente a los Santos Inocentes, así de cómica era.

Mi idea era irme a casa el veintitrés por la tarde en algún tren barato que encontrase, todavía no había sacado el billete, así que tenía que espabilar, eran fechas complicadas para viajar y no quería quedarme sin transporte.

Hoy trabajaba desde casa, pero quería hablar con Carmen en algún momento de la mañana para ver qué tal con su nuevo inquilino. La verdad es que me moría de curiosidad, tenía mucha confianza en esa posible relación y me maravillaba que Carmen

pudiera dar el paso con alguien que tanto le gustaba, como me había confesado en la fiesta.

Le agendé una reunión a las once de la mañana, con el título "Revisión importante", seguro que le daba un sobresalto, aunque solíamos ponernos reuniones para cotillear y hablar un poco de todo, mientras lo combinábamos con temas del trabajo. Carmen era una muy buena compañera y me encantaba trabajar codo con codo con ella, nos habíamos hecho muy amigas y era muy agradable tener a una chica cerca, en un sector, desgraciadamente, con tanta presencia masculina.

Estuve toda la mañana lamentándome, mientras sacaba adelante una cosa en el trabajo que tenía atascada desde antes de irme de vacaciones, me había esperado pacientemente, pero ahora la querían para ayer, así que no tenía mucho margen que digamos.

Aun así, tuve tiempo para juntarme con Carmen:

—Bueno, bueno, ¿para cuándo la boda?

—Figueroa es demasiado bueno para mí, no creo que ni debiera intentarlo.

—A ver, no te pongas negativa, tú vales muchísimo más que cualquiera, sea Figueroa o el mismísimo Papa. Cuéntame cómo fue.

—Vino el sábado, le enseñé la casa y firmamos el contrato que había preparado. El chaval no puso ninguna pega y me dijo que me daría cincuenta euros más de lo que pagaba en la otra casa, porque era infinitamente mejor vivir aquí que en el piso de estudiantes. Me dijo que no tenía intención de traer a nadie, porque no quería relaciones en mucho tiempo, para que estuviera tranquila, que iba a ser un compañero de diez.

—Pinta bien, ¿no? Lo mismo puedes tener un acercamiento.

—Ya, no sé, lo veo demasiado perfecto todo, parece una comedia romántica y eso en la vida real no existe.

—Ay, de verdad, qué negativa estás hoy.

—Ya, no lo puedo remediar, pero quiero vivir el día a día y si surge algo, pues genial y sino, pues el dinero me viene de lujo, me paga más de lo que esperaba y parece limpio.

—¿Entonces ya vive contigo?

—El mismo sábado por la tarde trajo sus bártulos y ya durmió aquí, traía solo dos maletas de nada, si fuera yo, hubiera necesitado un mes para mudarme.

—¡Qué rápido todo!

—Sí, da vértigo, ya le tengo ahí en casa.

—¿Y ya te ha cocinado? Fue una de sus promesas como compañero de piso perfecto.

—La verdad es que sí, dice que usa una técnica que se llama *batch cooking*, que consiste en preparar todos los *tuppers* el domingo e ir gastándolos durante la semana. No me convencía mucho, pero me dijo que me animara, que comprásemos la comida en conjunto y preparaba dos raciones. Estuvo liado toda la mañana. Además, a él le gusta ir a la oficina todos los días, así que por las mañanas no anda por aquí. Es bastante cómodo tenerle como inquilino.

—Yo creo que va a ir bien.

—Ojalá. No quiero agobiarme por este tema y darle vueltas. Si surge y fluye, bien, en caso contrario, da igual, ya habrá otros.

—Pero te gusta de verdad.

—Sí, soy así de pringada, estoy coladísima, en fin. ¿Tú qué tal con el veterinario?

Le puse al día de los últimos avances y colgamos al ratito, después de comentar un par de temas del trabajo que teníamos pendiente, para justificar la reunión, prometiéndonos quedar otro día para comentar cómo iba todo.

Pasé el día sin saber nada de Óscar ni tampoco de Roi, desgraciadamente, había echado más de menos mis conversaciones

divertidas con Roi que hablar con Óscar y eso me preocupaba. No podía permitirme pillarme de Roi otra vez, pero es verdad que me generaba una adicción que no podía controlar. Me encantaba charlar con él y saber de su vida, que me mandara fotos de Laki y me dijera que me iba a preparar mi plato favorito, vaya, que era una auténtica idiota y mi comportamiento no tenía ningún sentido.

Por la noche Óscar me llamó para proponerme quedar el jueves, me dijo que si me apetecía conocer a dos de sus amigos que trabajaban con él en la clínica de animales exóticos y me dio un poco de vértigo, pero no quise decirle que no. Sabía que sus amigos eran importantes para él y que, prácticamente, era como presentarme a su familia, así que, me dije, era normal que me sintiera un poco sobrepasada.

Me contó que conocería a Eva y Mateo, los tres se conocían desde la universidad y eran inseparables. Eva y Mateo habían empezado a salir mientras estudiaban y ahora vivían juntos en un piso de alquiler, cerca de Óscar. Me estaba mareando, no sé si era demasiado serio conocerlos y sentí una presión en el pecho muy desagradable. Nunca había tenido miedo al compromiso, no me gustaba seguir los estereotipos de casarse y tener hijos solo porque tocaba, pero me había encantado soñar con ello mientras salía con Roi. Fue mi primer amor y creía, tonta de mí, que sería el único, así que lo viví intensamente. Después, simplemente me había dejado llevar por la inercia y no había encontrado motivos para comprometerme con alguien y llegar a los términos de conocer a amigos y familiares de una pareja.

Ahora resultaba que Óscar quería seguir para delante, lo primero había sido la exclusividad de nuestra relación, que me había parecido bien porque, aunque fuera de moderna, prefería que no nos viéramos con nadie más y nos centráramos en conocernos. Pero ahora dar el paso para incluir a sus amigos en la ecuación, eran palabras mayores. El caso es que acepté, porque si eran personas importantes para él, también lo serían para mí.

No me apeteció contárselo a Mimi, no sé por qué, siempre nos contábamos todo, pero temía que me pudiera juzgar por seguir adelante con Óscar cuando todavía tenía temas sin resolver con Roi. Sin embargo, yo tenía otro punto de vista, lo mío con Roi estaba totalmente finalizado, lo único que tenía que hacer era hablar con él, preguntarle todas mis dudas y obtener las respuestas que no había tenido hacía tantos años, después de eso, podríamos seguir cada uno con su camino y yo propondría a Óscar que fuéramos una pareja convencional. Seguro que mi madre daba palmas con las orejas al ver que su hija por fin sentaba cabeza con un chico ¡y encima veterinario! ¡Y encima con piso propio pagado! Diría, clasista de ella.

Pasé la semana sin pena ni gloria, con un nudo en el estómago debido al encuentro del jueves. Empezaba a pensar que les caería mal y Óscar se daría cuenta de que no merecía la pena, me invadía el síndrome de la impostora.

Mientras, seguía avanzando en mis conversaciones con Roi. Habíamos hablado varias veces, me había contado que estaba creando una obra de diseño para una familia adinerada de la zona, les estaba haciendo las mesillas, el cabecero y las lámparas, le tenían frito, pero creía que seguro que quedarían contentos con el resultado. Me contó que él ya no solía hacer muebles, pero que esta familia se había empeñado y, además, pagaban muy bien, parecían clientes habituales. Le quise preguntar más detalles, pero fue vago en las respuestas, me dijo que me enseñaría todo cuando estuviera por allí. Me tenía muy intrigada, tanto misterio me sorprendía, ¿qué ocultaba? ¿Por qué quería enseñármelo en persona? En fin, no me quedaba otra que esperar.

[WhatsApp]

Roi: Hola, Lúa, ¿qué tal?

Ahí estaba otra vez, había cogido la costumbre de saludarme a la hora de la comida, me había preguntado si me venía bien y ahora comía acompañada de sus conversaciones. Siempre saludaba él,

todavía no me sentía cómoda buscándole o siendo proactiva en nuestras charlas.

Decidí contarle lo que me quitaba el sueño, era jueves y necesitaba desahogarme. No se lo había contado aún a Mimi y me urgía compartirlo con alguien.

[WhatsApp]

Lúa: Pues lo cierto es que estoy estresada. Hoy he quedado con Óscar y me va a presentar a sus mejores amigos, estoy un poco nerviosa porque es mucha presión, además de que no sé qué me voy a poner.

A esta hora siempre escribíamos muy rápido, la conversación era fluida y casi era como mantenerla en persona. Pero esta vez tardó mucho en contestar, me dio tiempo a comerme todo el plato, me extrañó, pero intenté no obsesionarme con el tema, a lo mejor le habían llamado por teléfono o le había surgido algún imprevisto.

Cuando estaba metiendo el plato en el lavavajillas saltó un mensaje. Intenté esperar a terminar de recoger para mirarlo, pero, ya os habréis dado cuenta, la paciencia no es una de mis virtudes:

[WhatsApp]

Roi: Perdóname por tardar, quería darte una buena respuesta. No deberías estresarte, es normal que tengas algo de nerviosismo por conocer a alguien del entorno de Óscar y más si ese chico te importa. Pero no sabes lo carismática y especial que eres, cómo iluminas las habitaciones según pasas a ellas. No creo que tengas problemas en desenvolverte con esos amigos de Óscar.

Roi: Lo de la ropa ya me pierdo un poco, seguro que Mimi te puede ayudar más, que se conoce toda tu ropa de principio a fin. Pero yo te recomendaría que te pongas algo con lo que te sientas cómoda y segura de ti misma. Algo con lo que te sientas guapa, aunque me parece una tontería lo que digo porque estás guapa con todo lo que te pongas.

Se me encogió un poquito el corazón y tuve que tragar saliva. Cuando hablaba y me decía estas cosas, me recordaba al tiempo que estuvimos juntos y lo compenetrados que estábamos, lo bien que me conocía y los buenos consejos que siempre me había dado. Roi era una persona empática que sabía, con facilidad, entenderte y ponerse en el lugar de la otra persona, me seguía costando comprender cómo no había pensado en mí cuando decidió liarse con Susana, pero no quería seguir con ese pensamiento que no paraba de atormentarme.

[WhatsApp]

Lúa: Muchas gracias, eres un buen amigo y, como siempre, das consejos de diez. Intentaré que mi verborrea no salga a relucir y ser una persona normal.

Roi: Tú nunca serás una persona normal, eres tan especial que brillas, hagas lo que hagas

Nuestra conversación estaba tan activa siempre que ya no nos despedíamos, íbamos hablando según transcurría el día.

Después de comer me puse a revisar algunos temas del trabajo que tenía pendientes y pude cerrar sobre las cinco de la tarde. Tenía dos horas para cambiarme de ropa e ir al sitio donde habíamos quedado, que desde mi casa andando eran como quince minutos, así que nada estaba en mi contra.

Me duché y elegí la ropa con esmero, en este caso llevaría unos pantalones de vestir color marrón oscuro con un cinturón dorado. Por la parte de arriba elegí una camiseta blanca que me metí por dentro y un chaleco corto a juego con el pantalón. Me puse unas manoletinas blancas, que combinaban a la perfección con la camiseta. No iba muy formal, tampoco era ropa incómoda y me sentía bien, era un conjunto que había repetido más veces y me veía guapa. Roi siempre acertaba, el muy asqueroso, no sé por qué tenía que ser tan perfecto.

Ya era hora de salir, quedaba como media hora para las siete, iría andando tranquila y llegaría puntual, pero, de repente, me sonó

el móvil, fui a mirar y era Carmen:

—Hola, ¿qué tal?

—Necesito que me ayudes, es urgente.

—¿Qué pasa? Estaba justo a punto de salir.

—La he liado en el trabajo, he hecho un *delete* en producción, estoy super agobiada. —*Delete*, como su propio nombre indicaba, era borrar datos y producción el entorno que usaban nuestros encantadores usuarios. Vaya, que la había liado pero bien.

—Madre mía, Carmen, ¿y eso?

—No sé, estaba distraída, tenía que lanzar una *query* y borrar unos datos que sobraban, pero se me había olvidado poner el *where*, yo qué sé. –La condición *where* servía para condicionar la sentencia, sin eso, borraba todo a lo bruto.

—Vale, espera que escriba a Pablo de Sistemas y que nos recupere una copia de seguridad, me conecto en un minuto. Vete revisando si ha habido alguna consecuencia adicional, tendremos que mandar comunicado a los usuarios de la aplicación si se alarga y se enterarán los jefes. Esperemos que no y podamos salir inmunes. Te aviso ahora.

Le colgué rápidamente y me fui al ordenador, otras veces habíamos metido la pata, no era algo habitual, pero en procesos manuales era una posibilidad por contemplar. Suerte que teníamos las copias de seguridad automatizadas, cada hora se registraba una, así que, si había habido pocas transacciones entre medias, podríamos recuperarla y aquí no había pasado nada.

Escribí a Pablo y le conté la situación, me dijo que en quince minutos podría cargar en producción la copia de seguridad, era bastante reciente respecto al borrado masivo de Carmen, así que podríamos pasar de puntillas sin que ningún jefe se diera cuenta. Lo único, obviamente, llegaría tarde, avisé a Óscar y me dijo que allí me esperaban, que irían tomando algo.

Tardamos casi una hora en dejar el entorno estable y tranquilizar a Carmen, que estaba en un ataque de ansiedad brutal. Ella era muy recta y cuidadosa en su trabajo, le daba mucha rabia el problema que había generado. Pablo era buenísimo en lo suyo y en nada lo tuvo arreglado, con compañeros así era un gustazo trabajar. Dejé a Carmen revisando las posibles transacciones que se hubieran podido borrar y me fui corriendo a la cita.

Llegué con el pelo revuelto y el corazón a mil, casi una hora tarde, menuda carta de presentación. Entré apresurada en la cafetería que habíamos quedado, era un sitio muy bonito que ya conocía, tenían unas tortitas de muerte y el capuchino era maravilloso. Ya al acceder te embriagaba un olor muy agradable a dulce y a calidez, pero yo no tenía tiempo para eso. Localicé rápidamente la mesa en una esquina, vi a Óscar con una pareja, entendía que serían sus amigos. Ella parecía más alta que yo y era muy guapa, tenía una melena preciosa rubia y llevaba puesto un bonito vestido de flores, él era atractivo, con barba muy poblada oscura, al igual que su pelo, y una nariz recta perfecta, llevaba unas gafas de pasta que le daban un toque interesante, tenía pinta de ser bastante alto. La chica rubia fue la primera en darse cuenta de mi presencia y me escrutó con la mirada.

—Hola, disculpad por llegar tarde, ¡ha habido un fuego en el trabajo!

—¿Eres bombera? —Preguntó de malas formas la chica.

—Venga, Eva, tranquila.

—Disculpad, surgió un tema en el trabajo, ya sabéis que con el teletrabajo nunca se termina de desconectar, gajes del oficio. Soy Lúa. —Me acerqué a darle dos besos, pero la chica me tendió la mano sin levantarse del sitio, perfecto, empezábamos bien.

—Yo soy Eva.

El chico se puso de pie, se me acercó y me dio dos besos de forma muy amable:

—Soy Mateo, disculpa también a Eva, no tolera que la gente llegue tarde, ya tienes un punto negativo, ¡jejeje!

—Pues he dado en el clavo para caeros bien entonces. –Mateo se rio y me dijo que no me preocupara.

Óscar se acercó a mí y me dio un beso casto en la boca:

—Ya hemos pedido, ¿te apetece tomar algo? –Me fije en sus platos, parecía que habían pedido unos cafés y unas tortitas, pero ya tenían los platos muy avanzados. No quería estar comiendo yo sola mis fantásticas tortitas mientras ellos me miraban, así que me tuve que conformar con un capuchino.

—Sí, voy a la barra a pedir. –Fui yo sola y le pedí al camarero un capuchino con un poquito de canela por encima, la canela que no faltara nunca.

Llegué de nuevo a la mesa y me senté al lado de Óscar, enfrente de Eva y Mateo.

—Entonces, Lúa, ¿a qué te dedicas? –Suponía que Óscar les había puesto al día, pero me gustaba que hiciéramos como que no y pudiéramos hablar de nuevas.

—Estudié ingeniería en informática, trabajo en una consultoría, aunque la mayoría de los días, a no ser que me necesiten por allí, trabajo desde casa, es cómodo no tener que desplazarse.

—Eso es un lujo, sí. —Afirmó Mateo.

—Vosotros trabajáis con Óscar, ¿verdad?

—Sí, suponía que te había puesto al día Óscar, ¿no es así? —Esta vez fue Eva, esta tía no sé por qué era tan desagradable.

—Sí, me contó que estudiasteis juntos y ahora estabais en una clínica de animales exóticos, ¿no echáis de menos los perritos adorables?

—¡Ja, ja, ja! A veces sí, no te creas, aunque es más interesante el tema de los animales exóticos. —Me explicó Mateo.

Nos interrumpió el camarero, que dejó el capuchino delante de mí, yo le sonreí a modo de agradecimiento.

—¿A ti te gustan los animales? —Volvió a la carga Mateo.

—Sí, de hecho, me encantan, siempre quise tener un perro cuando era pequeña, pero mis padres se negaron. Cuando me independicé era lo primero que quería hacer, pero es complicado con el trabajo, viviendo sola y teniendo un piso tan pequeño, así que de momento no me animo.

—Nosotros tenemos dos gatas en casa y es la mejor decisión que hemos tomado.

—Anda, ¿sí? ¿Cómo se llaman?

—Riga y Tara. —Esta vez contestó Eva, la pasivo-agresiva podemos empezar a llamarla.

—Qué nombres más chulos, yo, si alguna vez tengo un perro, lo adoptaré, así que supongo que vendrá ya con nombre, ¡será sorpresa!

—Qué buena idea, nosotros nos encontramos a las gatas en la calle también, pera eran unos cachorros muy pequeños. Los comienzos fueron duros, no paraban de maullar y teníamos que darles leche con una jeringuilla.

—Buena práctica si alguna vez tenéis hijos, ¡jejeje! —Bromeó Óscar.

Fueron terminando sus maravillosas tortitas, me arrepentía un montón de no pedirlas, pero no me quedaba otra, hubieran tardado en traérmelas y no estaba el horno para bollos, nunca mejor dicho, con mi nueva mejor amiga Eva.

—¿Vas a pasar las Navidades fuera? Me dijo Óscar que eras de Galicia. —Me preguntó Mateo.

—Sí, justo. Cada año vamos cambiando, o vienen mis padres o voy yo para allá. Mi padre se lesionó la pierna y todavía no puede conducir, así que esta vez iré yo para allá. Siempre me cojo

vacaciones e intento estar con ellos hasta después de Reyes, aunque dependo del trabajo. El veintiocho de diciembre es mi cumpleaños, así que mejor aprovechada la visita, imposible.

—¡Anda, pues ya en nada! ¿Cuántos cumples?

—Veintisiete años.

—Eres más joven que Óscar. —De nuevo intervino Eva, hablaba con voz apagada y con desgana, como si no le importara nada mi existencia.

—Sí, aunque la edad no importa, eso es lo que dicen, ¿no?

—Qué va, enana, si nos llevamos solo tres años de nada, te enseñaré todo lo que he aprendido estos años, no te preocupes, tía. —Como Óscar sacara de nuevo su fachada machirula, me levantaba y me iba. Ya le había perdonado nuestra primera cita y las tonterías que dijo, entendía que preso de los nervios se le había ido un poco la boca, pero ya no podíamos volver a eso.

Eva se terminó sus tortitas, había mojado todo el caramelo con el último cacho, solo le había faltado chupar el plato, qué hambre me estaba dando.

—Están de muerte estas tortitas, me encanta este sitio. ¿Tú sigues algún tipo de dieta o algo así?

—No, como ya estabais terminando, solo me he pedido el capuchino.

—¡Vaya tontería! Haber pedido lo que quisieras. —Me comentó Mateo, sin duda, eran como la noche y la mañana, si es verdad que los polos opuestos se atraían, estos estarían juntos hasta sus últimos días.

—Es igual, no te preocupes.

—¿Nos vamos entonces? —Inquirió Eva.

—Sí, venga. —Aceptó Óscar, ni se fijó que tenía el capuchino a medias.

—Voy a pagar, os invito yo. —Dije, para intentar un poco ganármelos, al menos a Eva.

—Buena idea, ya que has llegado tardísimo. —Será estúpida esta chica.

Me levanté con rapidez y se derramó mi taza por toda la mesa, estuvo a punto de manchar a Eva. Se retiró deprisa, como si de ácido se tratara, mientras me mataba con la mirada.

—¿Qué haces? —Me inquirió Eva.

—Disculpa, ha sido un accidente. —Cogí servilletas de forma apresurada para limpiar la mesa lo más rápido posible.

Una vez estuvo todo limpio, me fui a pagar y me acompañó Óscar, ya con el abrigo puesto, se ve que tenía prisa por irse:

—¿Tanto te costaba llegar puntual? ¿Siempre hay algo más importante que yo o qué?

—No te enfades, Óscar, era un tema del trabajo, no podía decir que no.

—Pero si has acabado a las cinco, no digas tonterías.

—Ya, bueno, luego ha surgido algo y lo he tenido que atender. Vamos a ver si enderezamos la situación con Eva, a Mateo se le ve más suave.

—Ya, claro, Mateo es un buenazo, pero no deberías haber llegado tarde, me has dejado en evidencia.

—Ya he pedido perdón, no tiene solución, ¿qué quieres que le haga si me llaman del trabajo? ¿Paso del tema? En serio, no ha sido adrede.

—Ya, bueno, ese trabajo que tienes es una mierda, bien harías en dejarlo.

—Pues ese trabajo me da para pagar mi piso y, ya que estoy, unas tortitas que no me he comido.

—Si no querías invitar, no invites, te has ofrecido tú.

—Vale, no quiero discutir y menos delante de tus amigos, si quieres, lo hablamos después tranquilamente.

Se dio la vuelta y se fue con sus amigos, que salieron del local y me esperaron fuera. Cuando me cobraron, salí con ellos y les pregunté si querían hacer algo más. Mateo me dijo que se les había ocurrido ir a jugar a los bolos, que había un local cerca. Acepté, odiaba jugar a los bolos, pero no quería empeorar las cosas, así que fui con ellos por inercia, se me había instaurado un nudo en el estómago horroroso y solo quería irme a casa, pero me tragué esa sensación y seguí tras ellos al local.

La bolera estaba muy cerca, llegamos enseguida, no había mucha gente jugando y nos atendieron rápido. Nos pusimos los zapatos y empezamos a jugar, notaba el ambiente tenso, en la cafetería solo era por Eva y lo había llevado como podía, pero ahora, que sabía que Óscar estaba enfadado, me sentía muy incómoda.

Echamos la partida, nos reímos un par de veces porque Mateo no paraba de resbalarse y terminaba tirando al carril. Me empecé a relajar y Óscar tuvo un acercamiento para celebrar que había hecho pleno, donde me abrazó y me cogió por los aires.

Eva seguía distante, entendía que pudiera haberse enfadado inicialmente por mi tardanza, pero no creía que fuera para tanto, algo más había de fondo, puede que no le cayera en gracia para su amigo.

Terminamos la partida y los chicos fueron a por unas cervezas, yo me quedé a solas con Eva e intenté entablar conversación, que no se dijera que no le ponía voluntad:

—¿Cansada de los bolos?

—Qué va.

—Oye, siento haber llegado tarde, espero que podamos empezar de cero y llevarnos bien, sobre todo por Óscar, ya que le apreciamos las dos.

—Mira, no me gustas para Óscar, no le pegas nada, eres una estirada y Óscar vale mucho.

—No me conoces. —Estaba alucinando, ¿esta chica de qué iba?

—No necesito conocerte, vas de mosquita muerta, haciéndote la guay pagando la cuenta. En serio, aburres. Además, ¿de qué le vas a apreciar? Si le conoces hace dos días.

—Yo no soy ninguna mosquita muerta, pero nos vendría bien llevarnos bien, porque tenemos en común a Óscar, le conozca de poco o de mucho tiempo.

—Para Óscar solo eres un entretenimiento, cuando se canse, te dejará, como ha hecho con las otras.

—Eso lo iremos viendo, ahora mismo nos estamos conociendo y tendrá que decirlo él, en todo caso.

—Llevas razón, pero no estoy dispuesta a perder a mi amigo por ti. -Soltó Eva sin miramiento.

—No vas a perder a Óscar, aunque esté conmigo, no sé por qué dices eso o qué impresión he podido darte.

—Óscar es mi mejor amigo, desde que te conoce, le vemos mucho menos.

—Bueno, si fueras un poco más amable, podríamos quedar más a menudo los cuatro.

Ni me contestó, me miró con desdén y pasó de mí. Menuda insoportable, sin conocerme y ya me juzgaba, no entendía nada. Óscar ensalzaba siempre a sus amigos y hablaba muy bien de ellos, no sabía por qué la tenía tomada conmigo, no me había dado la oportunidad de darme a conocer y eso me daba mucha rabia.

Llegaron los chicos con la bebida y con unos perritos que habían pedido para irnos cenados, yo lo único que quería era irme a casa y refugiarme en mi sofá, con una bebida caliente y un buen libro, para olvidarme de esta tarde. Estaba muy disgustada y notaba que Óscar se había puesto de lado de su amiga, cuando no tenía

sentido ninguno. Creía que, aunque no hubiera llegado tarde, Eva habría buscado otra excusa para criticarme y, me temía, Óscar iba a terminar estando de acuerdo con ella. Me daba miedo que Eva pudiera intoxicar a Óscar con opiniones negativas sobre mí y él llegara a creérselas, aunque, por otro lado, si así fuera, es que Óscar no merecía la pena. Él se tenía que basar en lo que vivíamos juntos, en cómo nos lo pasábamos cuando nos veíamos y no en lo que pensaran otras personas sobre mí.

Estuve callada mientras hablaban del trabajo y de unos animales intoxicados que habían tenido de pacientes recientemente, perdí el hilo de la conversión o, simplemente desconecté porque no me interesaba. Quizá podrían haber dejado ese tema para otro momento en el que yo no estuviera, ya que no podía intervenir mucho en lo que comentaban, pero nadie tuvo esa deferencia hacia mí.

Cuando terminamos la bebida y la comida, nos despedimos, al día siguiente había que trabajar y no era buena idea quedarse hasta tarde. Óscar se fue con sus amigos, porque vivían todos por la zona, tampoco hacía falta que me acompañara, podía irme yo sola, pero hubiera estado bien que se quedara un rato conmigo para despedirse.

—Ha sido un placer, Lúa. —Dijo Mateo. Eva se quedó en segundo plano.

—Igualmente. —Y le di dos besos. Me quedé un poco pillada porque no sabía cómo reaccionar con Eva, en el saludo me había dado la mano y ahora permanecía detrás de su novio. Esperé a ver cómo reaccionaba, como no parecía tener intención de despedirse, me giré para hablar a Óscar.

—Mañana hablamos. —Fui a darle un beso en la boca, pero me hizo lo que todos conocemos como la temible cobra, vamos, que el asqueroso se echó a un lado y terminé dándole un beso en la mejilla. Pues estábamos apañados.

—Hasta mañana.

Me di la vuelta y me fui andando, ya que estaba a unos veinte minutos de mi casa y me vendría bien el paseo. La tarde había sido muy rara, la amiga de Óscar me inquietaba, no entendía esa animadversión, ¿acaso le gustaba Óscar de encubierto? ¿No era que estaba con Mateo? Esa actitud y esa posesividad solo podía significar algo así o es que sobreprotegía a su amigo y tenía miedo de que yo pudiera hacerle daño. Pues de momento, la única que había resultado dañada era yo, que me iba con un pesar muy grande a casa.

Fui paseando a la vez que reflexionaba todo lo que había vivido, tenía más preguntas que respuestas y no sé si alguna vez sabría qué había pasado en realidad. Necesitaba hablar con alguien y tener otro punto de vista, sin duda.

Hoy Mimi tenía cena con las compañeras de su trabajo, así que no podría atenderme si la llamaba, pero decidí mandarle un audio, me arrepentía de no haberle contado que iba a quedar con los amigos de Óscar y ahora la necesitaba más que nunca.

"Hola, Mimi, ¿qué tal? Pues yo hecha una mierda. Óscar me propuso quedar con sus amigos, con los que trabaja y conoce desde la universidad y ha sido un total desastre. Era una pareja, el chico majo, pero la chica me odia y no ha parado de demostrármelo. Encima la he liado, porque he llegado casi una hora tarde por un tema del trabajo. No sé, Óscar se ha posicionado de parte de su amiga y ha sido todo muy tenso. Me he sentido como una mierda, me ha hablado mal, me ha dicho que mi trabajo era lo peor, yo qué sé. Sé que estás en la cena y no espero que me contestes, disfruta y mañana hablamos tranquilamente".

Llegué a casa, me puse el pijama, me hice un té, cogí unas galletas y me senté en el sofá. Por primera vez desde que Roi volvió a mi vida, necesité imperiosamente escribirle, reconozco que dudé un poco, pero al final me decidí.

[WhatsApp]

Lúa: Pues ha ido fatal, ni la ropa elegida meticulosamente me ha ayudado, menudo fracaso.

Roi: Pero ¿qué ha pasado?

Lúa: Te reenvío el audio que le he mandado a Mimi, que así es más fácil, obvia lo de la cena.

Esperé impaciente, tenía ganas de que me contestase, necesitaba su apoyo, mientras, fui dando sorbitos a mi té y mordisqueé una de las galletas de mantequilla que había cogido, no eran las de la madre de Roi, pero para pasar el trago, me podrían valer.

[WhatsApp]

Roi: Primero, me encanta tu voz, deberías mandarme más veces algún audio, aunque sean para otra persona.

Roi: Segundo, tampoco puedo darte mi percepción de forma justa, porque no soy objetivo. Visto desde fuera, está claro que esa chica está loca si le caes mal, pero no puedes caerle bien a todo el mundo. Creo que su actitud es claramente una meada para marcar territorio, como hacen los perros. Si Óscar no suele presentar a chicas, ella tiene en exclusiva a su mejor amigo y a su novio, sin compartirlo con nadie.

Roi: Siento decirlo, pero lo que más me preocuparía sería la actitud de Óscar. A la chica le puedes caer mal o bien, eso es cosa suya, no tenéis por qué ser amigas. Pero si te has sentido atacada, Óscar tendría que haberse dado cuenta, haberle parado los pies a su amiga y apoyarte, al menos eso haría yo si quisiera algo serio contigo, que es lo que parece que quiere.

Le agradecí internamente a Roi sus mensajes, me ayudaron mucho a reflexionar sobre el tema. Eva podría ser todo lo desagradable que quisiera, tampoco dependía de mí, yo había intentado ser amable y ofrecerle mi mejor versión, si no quería que fuéramos amigas, no pasaba nada, no la necesitaba para nada. Es cierto que podría haber puesto un poco más de su parte, sobre todo

por su amigo, que parecía que quería tener algo serio conmigo, pero ella tendría sus razones. Posiblemente me veía como alguien ocasional y no le apetecía esforzarse por ser simpática, no pasaba nada, lo superaría.

Lo que no estaba dispuesta a pasar por alto era la actitud de Óscar, ¿de qué iba? Yo no había hecho nada grave para que menospreciara mi trabajo y me hablara mal, me tocaría tener una conversación seria con él para ver su punto de vista y escuchar qué tenía que decirme. No quería ponerme en lo peor, pero tenía que reconocer que Óscar empezaba a importarme y había tenido ganas de avanzar en nuestra relación, no quería que se estropeara por este tipo de discusiones.

En fin, todas las parejas discutían, ¿no? Me faltaba experiencia en estos temas, mi relación con Roi había sido idílica, los casi dos años que habíamos pasado juntos habían sido de ensueño, nos reíamos, nos contábamos cosas de nuestras vidas y… En fin, follábamos mucho. La atracción física que sentía por él, no la había sentido después por nadie, pero siempre lo atribuía a que había sido mi primer amor y era la novedad.

Durante el tiempo que duró nuestra relación discutimos un par de veces, pero fueron tales tonterías, que enseguida lo resolvimos. Una vez recuerdo que fue porque llegué tarde, típico en mí, estuvo esperando un buen rato y cuando llegué, me lo echó en cara. Pero enseguida solté una tontería de la que no pudo evitar reírse, me dijo que era única y me abrazó.

Me encantaba la conexión que teníamos, fue impresionante como encajamos a la perfección, sin apenas conocernos, fuimos complementándonos sin darnos cuenta. Cómo eché de menos tenerle en mi vida, ya no era por la relación amorosa que tuvimos, sino por contarle lo que me pasaba. Recuerdo la primera práctica que entregué en la carrera, la hacía con un compañero y nos había costado la vida sacarla adelante, echamos muchísimas horas porque estábamos muy perdidos. Cuando la entregamos, tuvimos que hacer una defensa de cómo la habíamos programado, estaba tan nerviosa

que me sudaban las manos. Al terminar, la profesora nos confirmó que era la mejor práctica de la clase y nos puso un maravilloso diez. Ese día me acordé tanto de él que tuve unas ganas imperiosas de llamarle, me hubiera gustado contarle ilusionada lo que me había pasado, pero igual que el resto de las cosas que me habían pasado desde que llegué a Madrid, se quedaron para mí y él ya las había perdido. Posiblemente, yo también me había perdido muchas de sus vivencias y era algo que también me había dado pena durante estos años, pero que yo no lo había elegido, él, en cambio, sí había tenido esa opción.

Roi sabía perfectamente que yo no perdonaría una infidelidad jamás, lo habíamos hablado en alguna ocasión cuando había salido el tema y conocía mi opinión. Al final tenía el pleno convencimiento de que, si fallabas a tu pareja, era porque no la querías o no valorabas lo que habíais construido, entonces no tenía sentido seguir.

[WhatsApp]

Lúa: Muchas gracias, Roi, no veas lo que me has ayudado. Hablaré con Óscar para aclarar qué le ha pasado, no quiero precipitarme, para uno que vale la pena, ¡ja, ja, ja!

Roi: Claro, habla las cosas y seguro que llegáis a un entendimiento. A lo mejor estaba estresado por la situación o no ha sabido bien cómo actuar.

Lúa: Si te soy sincera, tengo que reconocer que he echado mucho de menos esto.

Roi: ¿El qué?

Lúa: Hablar contigo, siempre has dado muy buenos consejos.

Roi: Yo también te he echado de menos en estos años, no ha habido un solo día que no me haya acordado de ti.

No vayas por ahí, Roi, querido, de verdad. Otra cosa que sabía Roi perfectamente es que no creía en las segundas oportunidades, pensaba que no tenía sentido, bajo ningún concepto, retomar una

relación que ya se había roto. Si se había puesto fin, era por algo y, desgraciadamente, las personas no cambiamos tan fácilmente como para hacer que funcione algo que nunca marchó bien.

Al rato, como vio que no contestaba, volvió a escribir:

[WhatsApp]

Roi: Me alegro de que, al menos, podamos ser amigos.

Al menos, a distancia, sí podíamos ser amigos, si te volvía a oler, amigo mío, no sé qué te haría. Aparté ese pensamiento lascivo de mi mente, reaccioné al mensaje de Roi con un corazón y decidí escribir a Óscar, no podíamos dejar las cosas así:

[WhatsApp]

Lúa: Hola, Óscar, ya estoy en casa, ¿te apetece que hablemos?

Óscar: Sí, deberíamos hablar, ¿te apetece que quedemos mañana para cenar?

Lúa: Vale, ¿te vienes a mi casa?

Óscar: No, mejor en un restaurante. Reservo en un italiano que está bien, ¿te parece?

Lúa: Sí, claro, como quieras.

Óscar: Qué descanses.

Qué seco estaba, pero hasta mañana no podría hacer nada, así que me fui a dormir para intentar no pensar en nada, la mayoría de las preocupaciones ni sucedían, así que intenté no darle demasiadas vueltas.

12

TENEMOS UN PROBLEMA

Me desperté otra vez con gran desidia, cada día me costaba más seguir con mi vida y, encima, se sumaba el enfado de Óscar y los recuerdos de la relación con Roi, que me habían caído como un jarro de agua fría.

Tenía un audio de Mimi: "hola, perdón por no contestar ayer, ya sabes, estaba de cena, lo pasamos genial, me apetecía salir y reírme un rato, olvidarme de los embarazos y esas cosas. Últimamente Iago está muy difícil, no se le puede hablar de nada, siempre está de mal humor, trabaja muchísimo, está cogiendo todas las horas extra que le ofrecen y el resto del día se lo pasa durmiendo. Dice que es para ahorrar de cara al nuevo bebé, pero no sé, está rarísimo, a ver si las Navidades le animan un poco. Respecto a Eva, esa tía es imbécil, ¿de qué va? Y anda que Óscar, a ver si no me va a caer tan bien como parecía. En serio, habla con él, no debería faltarte al respeto de esas formas. En fin, me vas diciendo, ¿vale? Un beso, maja".

Otra preocupación más: Iago. No sé qué le pasaba, pero no estaba gestionando bien la pérdida del primer bebé y el repentino segundo bebé, estaba convencida. En cuanto pudiera, hablaría de este tema con Roi, era su mejor amigo y posiblemente él era quien mejor podría ayudarle.

Le mandé otro audio: "qué bien que salieras, seguro que te vino genial. Lo de Iago no sé, yo creo que necesita tiempo, él siempre ha sido una persona tranquila, de sopesar y masticar todo mucho, es

todo lo contrario a nosotras. Seguramente le está costando gestionar todo lo que habéis vivido estos meses, habla con él y dale tiempo. Y respecto a Óscar, tengo hoy una cena con él, no ha querido venir a mi casa, parece que prefiere un sitio neutro, veremos a ver por dónde sale".

Me puse a trabajar, el día anterior habían salido algunos temas urgentes y tenía que darles salida hoy. Carmen estaba más tranquila, después del micro infarto que casi sufre por borrar gran parte de la base de datos, decía que no volvía a hacer nada crítico a última hora ni de broma. Ya le dije que hasta que corriera prisa, como siempre.

Cuando acabé la jornada laboral, empecé a estar nerviosa. No sabía por qué, pero estaba expectante por dónde saldría Óscar y qué actitud traería, me estaba empezando a inquietar. Tenía claro que no quería discutir, pero tampoco iba a consentir que alguien pasara por encima de mí.

Seguí el consejo de Roi y opté por ponerme algo que me hiciera sentir guapa y atractiva. Elegí una falda vaquera de color negro, que era de tiro alto y que llegaba a medio muslo y una camiseta de manga larga color rosa, que tenía escote en V y unos volantes en los hombros. Lo combiné con unas medias traslúcidas de puntitos y unas botas negras de medio caño, con un tacón de cinco centímetros. En la habitación tenía un espejo de cuerpo entero que utilizaba siempre que estaba vestida, me miré y me vi genial.

Me faltaba el maquillaje, opté por utilizar tonos rosas, acorde con la camiseta. Me puse un pintalabios de larga duración rosa oscuro mate y unas sombras brillantes claritas que me había regalado mi madre en Navidad, un poco de iluminador, colorete y ¡a correr! Estaba lista para lo que fuera.

Me sonó de nuevo el móvil, lo mismo era Mimi, pero no, era un mensaje de Roi:

[WhatsApp]

Roi: ¡Hola! ¿Qué tal? ¿Novedades al frente?

Lúa: Está claro que soy uno de tus entretenimientos, ¿no hay cotilleos en el pueblo?

Roi: ¡Jajaja! Solo me preocupo por ti, no tengo interés de contarlo por aquí, te lo prometo .

Roi: A no ser que en el pub nos quedemos sin temas de conversación, claro, que no me quedará más remedio.

Lúa: Soy la forastera, ya nadie se acuerda de mí, es lo bueno.

Lúa: A lo que voy, he quedado con Óscar para cenar, me inquietó un poco que no quisiera venir a mi casa, dice que prefiere cenar fuera. Lo mismo quiere dejarme y prefiere hacerlo en un sitio neutro, suena raro. A ver, tampoco es que tengamos nada como para que podamos que dejarlo, pero empezaba a ilusionarme con esta posible relación. En fin, me he puesto un conjunto que me sienta de lujo, te mando foto.

Como estaba delante del espejo, fue fácil hacerme una foto. Salí sacando la lengua, con una mano en el móvil y la otra haciendo la "V" de victoria, hasta en la foto, que solía verme fatal siempre, me vi genial. Se la mandé y esperé respuesta.

[WhatsApp]

Roi: Estás brutal, no se te va a resistir. Con esto yo te diría que sí a todo, bueno, posiblemente con cualquier cosa que te pongas.

Noté como el estómago me daba saltos, pero lo atribuí a que a cualquiera le resulta agradable gustar a alguien tan guapo como Roi y más cuando hablábamos de alguien que había decidido liarse con otra chica cuando tenía un compromiso conmigo.

Le puse un emoticono riéndose y él me deseó suerte. Salí de casa con tiempo y llegué diez minutos antes de la hora a la que habíamos quedado, esperé fuera, aunque hacía mucho frío.

Óscar llegó puntual, me saludó con un beso en la mejilla y me preguntó si íbamos pasando. Acepté y pasamos juntos, al menos el saludo no había sido hostil. El restaurante era el típico italiano

elegante, con pequeñas lamparitas en cada mesa y mantel, la luz era tenue, pero agradable, suficiente para ver la comida, el ambiente era romántico.

Nos sentaron en una mesa, uno enfrente de otro y nos dieron a cada uno una carta con el menú. A veces se agradecía tener la carta física entre las manos y poder ir pasando las páginas, sin necesidad de tener que escanear un QR con el móvil, así te evitabas sacar el móvil y mirar las últimas notificaciones, algo a lo que no me podía resistir.

Una vez tuvimos revisada la carta, pedimos al camarero, yo elegí pasta carbonara y él una pizza cuatro quesos, de beber nos animamos con lambrusco.

—¿Qué tal estás? —Me preguntó.

—Pues estoy un poco disgustada por la última conversación que tuvimos, fue una situación tensa y no me esperaba que reaccionaras así y menos que evitaras que te diera un beso, apartándote.

—Perdóname, me bloqueé.

—Bloqueado no significa que me tengas que hablar mal, pensé que estábamos empezando algo bonito y a la mínima me faltas al respeto.

—No sé, me sentí entre la espada y la pared, quería que todo fuera perfecto y veía que se me iba de las manos.

—Ya, pero tienes que entender que no tenemos por qué ser amigos. Yo lo he intentado y Mateo fue muy simpático, pero no creo que pueda tener buena relación con Eva.

—Claro, si no lo intentas, con esa actitud ...

—No es ninguna actitud, tu amiga me dejó bien claro que no tenía interés en conocerme porque lo nuestro duraría dos telediarios. A mí me da igual lo que opine ella, la verdad, no me importará volver a quedar con ellos y ser simpática, como lo que soy con todo

el mundo, pero ya te digo que ella no quiere tener ningún tipo de relación conmigo.

—No digas tonterías, Eva es un poco brusca al principio, pero es una persona extraordinaria.

—No lo dudo, pero conmigo no lo fue y me gustaría que me creyeras.

—Pues me cuesta, porque ya te digo que Eva es verdad que fue dura al principio, porque le sentó mal que llegaras tarde, entiéndelo, fue casi una hora, pero luego no te dijo nada desagradable.

—Te avisé y me dijiste que no pasaba nada, es trabajo, ¿qué quieres que haga?

En ese momento, nos sirvieron el lambrusco, nos dejaron allí la botella apoyada en un bonito soporte para vino para que mantuviera la temperatura.

—Quizá ese trabajo no te merece la pena.

—Ya te dije el otro día que da igual la pena que merezca, en ese trabajo me pagan bien y me permite mantenerme, te agradecería que no lo volvieras a sacar a relucir.

—Vale, vale, tía.

—Podemos quedar más adelante con tus amigos, quizá con más gente, para que sea más distendido e ir teniendo un acercamiento con Eva, ¿te parece bien? Yo quiero llevarme bien con tus amigos, sé que son prácticamente como tu familia.

—Sí, es muy importante que mi novia se lleve bien con mis amigos, son lo único que tengo. —Perdona, ¿había dicho novia? Eso ya eran palabras mayores, pero llegó el camarero e interrumpió mi hilo de pensamiento.

El resto de la cena transcurrió más tranquila, me relajé y la conversación fluyó, al menos fue más agradable que la charla inicial. El problema era el peso que se me había alojado justo en el estómago, que no me permitía respirar con normalidad, quizá era

agobio o miedo al compromiso, incluso temor a que me volvieran a fallar. Óscar era la primera persona que se me planteaba como posible relación después de Roi y, estaba claro, me estaba dando un vértigo considerable.

Terminamos en su casa follando como animales, la energía y el ímpetu de Óscar no permitía opción a las caricias o los preliminares relajados. Me gustaba el sexo fuerte, en eso no tenía problemas, pero me hubiera gustado también alguna demostración de cariño o algún tipo de acercamiento íntimo y, cuando digo íntimo, ya me entendéis, ese íntimo que se te mete por dentro de la piel y que te hace sentir mariposas.

Se puso encima de mí y se movió fuertemente, haciendo chocar nuestros cuerpos mientras el ruido y el olor de nuestros fluidos envolvía su triste habitación. Me agarró una teta con fuerza y eso me provocó muchísimo, a la vez que yo le pellizcaba su culo y él me gritaba lo mucho que le gustaba.

Cuando nos corrimos, y esta vez no tuve que fingir un orgasmo ni tampoco hubo sexo oral, se fue al baño directo a quitarse el preservativo. De nuevo, me noté triste en esa habitación con tan poca decoración, me hubiera apetecido abrazarnos y sentir ese cariño que tanto necesitaba, pero no me dio esa opción.

Utilicé su ausencia en el baño para vestirme, cuando salió, ya estaba lista.

—¿Te vas?

—Sí, mañana he quedado a tomar café con una amiga del trabajo.

—¿No vamos a quedar?

—Podemos salir a cenar si quieres o nos vemos el domingo.

—Venga, vale, el domingo.

Se acercó y me dio un beso apasionado mientras me tocaba el culo de forma intensa. Le abracé sin ganas, mientras me enfadaba

conmigo misma, ¿qué me pasaba? ¿Por qué no podía disfrutar del momento? ¿Qué había mal en Óscar? Una vocecilla en mi cabeza sonó alta y clara: "Que no es Roi". No, no era Roi y eso era de agradecer, al menos había alguna posibilidad de que este no me traicionara.

Me separé y me marché por donde había venido andando, fui al transporte público y cogí los dos trenes de metro que me separaban de la casa de Óscar a la de mía, en media hora, estaba duchándome, intentando lavar esa tristeza que se me había instaurado, esa pena por la pérdida que no había superado, esa sensación de lo que pudo ser y no fue.

A la mañana siguiente, salí a correr con energía, me volví a duchar y me vestí con ropa cómoda. Había quedado con Carmen para tomar café y esperaba que me contara sus avances con Figueroa, estaba impaciente por ver si su vida era más interesante que la mía.

—Buenos días, lianta.

—Ya será menos, Carmen, que seguro que bien te viene.

—A ver, es un compañero de piso de diez, no te voy a decir que no. Preparó toda la comida para la semana el domingo, que era casi el primer día que vivía conmigo, encima estaba todo riquísimo. Además, va todos los días a la oficina, por lo que por las mañanas es como si viviera sola. El otro día, fue a poner la lavadora y me preguntó si me lavaba algo de ropa, aproveché para darle toda la lencería más espectacular que tengo, que es toda porque ya sabes lo que me gusta el encaje y la tendió en el tendedero con una delicadeza que daba gusto verle. Encima puso el lavado delicado, ¡ja, ja, ja!

—Vaya, vaya, aquí hay tomate.

—Quiero que vaya conociéndome en un entorno diferente al laboral y que pueda apreciar si soy interesante para él.

—Suena maduro por tu parte.

—Creo que es lo mejor, pero cuéntame tú, ¿qué tal te va con tu cita vigésima quinta?

—Va avanzando, no somos novios ni nada de eso, pero hemos hablado de no quedar con nadie más y me ha presentado a sus amigos.

—Guau, eso son palabras mayores.

Nos sirvieron el café, también habíamos aprovechado para pedir unos bollitos, había que compensar la carrera mañanera, que no todo era el deporte.

—¿Le vas a llevar en Navidad a tu casa? Como no tiene familia, lo mismo está esperando a que le invites.

—Pues me parece demasiado pronto, espero que no tenga eso en mente, creo que me sentiría un poco incómoda todavía.

—Ya, te entiendo, por cierto, ¿ya tienes billete para ir? Hablaban de que estaba complicada la cosa.

—¿Qué dices? Si queda mucho.

—No te creas que queda tanto, solo dos semanas para Navidad y son fechas complicadas.

—Pues sí, tengo que mirarlo, todavía la lío.

—Espabila, porque el otro día mi vecina me comentó que su hija por poco no coge billete para ir a casa.

—Ya, bueno, pero porque regresa a Madrid, esperemos que yo no tenga problemas, tengo la manía de dejarlo todo para el último día.

—Así te pasa, ¡ja, ja, ja!

Seguimos poniéndonos al día del trabajo y actualizándonos de los nuevos cotilleos que nos habíamos enterado. Tenía muchísima suerte de tener a Carmen como compañera, me había ayudado en los comienzos en la empresa y nos habíamos vuelto inseparables,

tanto que a veces en el equipo nos llamaban Pili y Mili, normal, éramos las únicas chicas y siempre íbamos juntas a todos los lados.

Cuando terminamos, nos despedimos, Carmen había quedado con su hermana pequeña, que se casaba el año que viene con el que ella aseguraba que era el amor de su vida y tenía un montón de temas pendientes:

—¿Te quieres venir? El plan consiste en mirar doscientas flores, que serán todas iguales y estar tres horas discerniendo cuál es la mejor, para elegir otra totalmente diferente que nos saquen en último momento. Y todo para poner unos centros de mesa que nadie va a valorar.

—Suena apasionante.

—Vente, por favor, contigo será, al menos, más entretenido.

—¡Ja, ja, ja! Creo que es un plan muy bonito para vivir entre hermanas.

—Qué cabrona eres.

Nos dimos un abrazo y nos despedimos. Mi plan de sábado por la tarde consistía en estar en casa tranquila y aprovechar para sacar el billete para volver a casa de mis padres por Navidad, como el buen turrón.

Cuando llegué a casa, me preparé la comida y, después de comer, encendí el portátil. Ahí fue cuando me dio el parraque, lo había dejado tanto que no había ni un solo transporte disponible. Busqué trenes, aviones, autobuses y hasta globo aerostático, no quedaba absolutamente nada, la había liado pero bien y solo por no sacarlo con tiempo, lo peor, mi madre me había avisado en repetidas ocasiones. La única opción que me quedaba era buscar en una de esas aplicaciones para compartir coche, pero la última vez que la había utilizado, cuando estaba en la universidad y tenía menos dinero, había sido un drama. Me había tocado con un conductor que no paraba de fumar y encima había tenido que ir sentada en el asiento del medio. El chaval de mi derecha olía fatal y hacía muchos

aspavientos al hablar, así que se espolvoreaba todo su hedor por el pequeño cubículo que era el coche. Fue horroroso y me prometí no volver a utilizar este servicio jamás.

Mandé un audio a Mimi con mucho drama contándoselo, lo mismo a ella se le ocurría una idea grandísima y estupendísima que me evitara fumar pasivamente durante seis horas, sobre todo por el bien de mis pulmones. Me contestó al momento, bendita nomofobia:

[WhatsApp]

Mimi: ¿Por qué no le preguntas a Roi si puedes ir con él? Tiene que ir a Madrid antes de Navidad justo.

Lúa: ¿Qué dices? ¿A qué viene?

Mimi: Eso se lo tendrás que preguntar a él, yo solo te he dado la idea.

Maldita, siempre con sus misterios. Aunque es verdad que no estaba mal tirada, Roi podría ser mi salvación si es verdad que venía a Madrid y volvía cuando yo necesitaba transporte para casa. Lo malo sería todo el camino, eran más de seiscientos kilómetros a solas con él, con una cercanía considerable y, de nuevo, su fiel olor. En este caso sería como mi compañero del transporte compartido, pero justo al revés, ese olor me volvía loca y era peligrosamente adictivo.

Antes de montarme una película, tenía que preguntarle a Roi, pero tampoco quería decirle que Mimi me había venido con el cuento, así que sería sutil, para ver si me ofrecía su coche o no.

[WhatsApp]

Lúa: ¡Hola! ¿Qué tal? Quería darte las gracias por los consejos que me diste el otro día, hablé con Óscar y parece que hemos encauzado la situación.

Roi: ¡Hola! Vaya, sí que soy bueno dando consejos.

Lúa: ¿Arrepentido?

Roi: No sabes cuánto.

¿Sería verdad? Tenía ganas de vernos en persona y ver si esa conexión que había sentido la última vez aún seguía viva, siempre había oído que donde hubo fuego quedaban brasas y, en nuestro caso, había habido mucho fuego, pero confiaba en extinguirlo cual bombera, porque si no iba a tener un problema que no me interesaba.

[WhatsApp]

Lúa: Pues como mi vida es una auténtica telenovela, ahora tengo otro drama al frente y, como se entere mi madre, me mata.

Roi: ¿Y eso? Cuéntame, a ver si encontramos también una solución, que estoy en racha.

Lúa: Nada, soy una lumbreras y te vas a reír. Mi madre ha estado diciéndome días y días que sacara el billete para volver a casa por Navidad, ¿lo has sacado tú? Pues yo tampoco. Y ahora no hay manera de encontrar transporte.

Roi: ¿Cuándo te querías volver? ¿Y no hay antes?

Lúa: No puedo irme antes, aunque teletrabajo por norma general, justo antes de Navidad hacen unos eventos en la oficina para celebrar lo buenos que somos y no puedo faltar. Solo puedo ir del veintitrés en adelante y, parece ser, el veintitrés está muy complicado.

Roi: Yo tengo que ir a Madrid por un tema de trabajo el veintidós y me vuelvo el veintitrés, ¿quieres volverte conmigo?

¡Toma jeroma, pastillas de goma! ¡Vamos ya!

[WhatsApp]

Lúa: Me salvas la vida, literalmente. Me jugaba que me desheredaran mínimo.

Roi: Con lo que te quieren tus padres, que eres su hija favorita, te quejarás.

Lúa: Claro, es lo que tiene ser hija única.

Lúa: Y si no es mucha indiscreción, ¿cómo es que vienes a Madrid por un tema laboral? ¿No hacías mesillas de noche y esas cosas?

Tenía muchas ganas de saber más sobre su vida, qué hacía exactamente y por qué tenía que venir a Madrid. Es verdad que estos días habíamos estado hablando de vez en cuando, pero las conversaciones se basaban en cosas mundanas del día, como qué habíamos comido, a dónde íbamos ese día y algún pormenor en el trabajo. Quería saber mucho más de lo que sabía, qué había hecho estos años, cómo era su lugar de trabajo, por qué podía haber pagado la enorme casa que se había construido y si de verdad me había echado de menos.

[WhatsApp]

Roi: ¡Jajaja! Bueno, te ha calado lo de las mesillas, ¿eh? Puedo hacer muebles, es verdad, pero mi fuerte son las esculturas y figuras decorativas. Tengo unas nuevas creaciones y quiero traerlas yo mismo a Madrid para venderlas.

Lúa: ¿A quién se las vas a vender? ¿Y no puedes enviarlas y ya está? Que no quiero que cambies de idea, ¿eh? Lo digo para las próximas que traigas, que me viene muy bien que bajes a Madrid.

Roi: ¡Jajaja! Me encanta, aprovechas cualquier oportunidad.

Lúa: No evadas responderme, que estás muy esquivo con el tema.

Roi: No es mi intención, de verdad, pero sí que me gustaría enseñarte todo cuando estés en casa. Tengo aquí un taller, muy cerca de la casa nueva, por eso me he venido a vivir a tu pueblo. Lo que hago se lo vendo a gente que puede pagarlo, suele ser gente rica y no puedo enviarlo porque son cosas muy delicadas y no me fío.

¿En casa? Mi casa era esta. ¿Acaso era Miguel Ángel o qué? Estaba, literalmente, alucinando. No esperaba esto, ¿se había vuelto artista? Le empecé a imaginar con una boina y un fular, fumando pipa y leyendo el periódico y me reí yo sola. Cuando terminó de

estudiar decía que no sabía qué haría con su vida y hablaba de meterse a trabajar con Iago, nunca demostró ser una persona artística y eso me sorprendía aún más, estaba claro que apenas le conocía ya. Cuando vi las mesillas y las lámparas en su casa me parecieron preciosas, pero pensé que se dedicaba a algo así como ser carpintero, no que era un artista que vendía sus obras a gente adinerada.

¿Y venía mucho a Madrid? ¿Por qué no me lo había dicho? Cuando le pregunté, su respuesta fue vaga, dijo algo así como que había venido alguna vez, ¿era habitual que viniera?

Ahora tenía muchísimas ganas de indagar y buscar cuáles eran sus obras, qué tipo de esculturas hacía y, sobre todo, a cuánto las vendía. ¿Las firmaría como Roi o tendría una marca? ¿Cuánto hacía que se dedicaba a esto? ¿Cómo le había surgido este trabajo? Estaba convencida de que Mimi sabía todos los detalles y mucho más, pero había obviado contármelo, ya le valía.

[WhatsApp]

Roi: Ya sabía que te ibas a asustar si te lo contaba. Seguro que me estás imaginando con un fular y un cincel.

Me reí por dentro, aunque hubieran pasado los años y, obviamente, habíamos cambiado, seguía manteniendo mi esencia, que él conocía muy bien.

Lúa: Pues te equivocas. Te imaginaba con una boina y con el fular, el cincel no.

No porque no se me hubiera ocurrido, era más bien porque no estaba segura de cómo era un cincel.

[WhatsApp]

Roi: Si te parece, como en nada tendremos un viaje bastante largo en coche, te dejo hacerme todas las preguntas que quieras.

Lúa: No sabes el peligro que tengo con esa carta blanca que me has dado.

Roi: Me encanta el riesgo.

Nos despedimos y también le dije adiós al fin de semana, Roi había conseguido ponerme una sonrisa que no era capaz de quitarme, eso me daba muchísimo vértigo, pero no quería dejar de sentirlo, me había vuelto adicta a este sentimiento.

13

VUELTA A CASA

Las dos semanas hasta Navidad pasaron demasiado rápido. En el trabajo tuvimos un par de eventos para celebrar las fiestas, como todos tendíamos a teletrabajar, la empresa organizaba este tipo de iniciativas para que nos relacionásemos. De vez en cuando no estaba mal, aunque prefería estar tranquila en casa trabajando y no tener que poner buena cara a nadie. Fue divertido ver al personal de la empresa disfrutando del alcohol que se repartía sin parar de beber, sobre todo a los jefes, siempre tan estirados.

En estos días había notado que la relación con Óscar se había enfriado ligeramente. Seguíamos quedando y haciendo cosas juntos, pero no le veía tan entregado como en las primeras semanas, quizá tampoco yo estaba tan ilusionada como en los comienzos. Me daba la sensación de que algo se había alojado entre nosotros desde que quedamos con sus amigos y no nos permitía seguir adelante, estaba siendo difícil conectar de nuevo y eso me preocupaba.

Aun así, habíamos seguido disfrutando juntos en la cama, me gustaba estar con él, pero seguían siendo relaciones sexuales demasiado físicas, echaba de menos esa complicidad, ese lazo emocional que se nos estaba deshaciendo sin darnos cuenta.

Una semana antes de que llegaran las Navidades hablamos de la posibilidad de pasarlas juntos. A mí no me gustaba mucho la idea, para mí las Navidades eran tiempo de pasarlas con mis padres, a los que veía poco y con Iago y Mimi, no quería incluir a nadie más de

momento. Él insinuó que odiaba estas fiestas y que se sentiría solo, pero que desde que murieron sus padres, siempre iba con Eva y Mateo a la casa de los padres de una y de otro, así que estaría acompañado. Estaba segura de que esperaba que le invitara a pasar estas fechas tan especiales con mi familia, pero yo no estaba en ese punto y no me sentía cómoda forzando la situación. Si tuviera que valorarlo, creía que se había sentido bastante decepcionado por no venirse conmigo a Galicia, pero quería ponerme a mí en primer lugar y en esa ecuación, no entraba él.

Con Roi hablaba todos los días, se estaba convirtiendo en costumbre desearnos feliz día por las mañanas y contarnos con todo lujo de detalles qué habíamos hecho durante el día. La vida de Roi era sencilla o, al menos, la parte que a mí me contaba, trabajaba cuando le apetecía o cuando tenía algo acordado con fecha que le pedían a demanda y el resto del tiempo hacía deporte, quedaba con amigos o pasaba tiempo en casa de Iago y Mimi. No me había querido enseñar sus creaciones ni darme más detalles de su trabajo o cómo había llegado a dedicarse a eso y yo no había querido indagar demasiado. Reconozco que había hecho un par de búsquedas en internet sin éxito, en ningún sitio se hablaba de Roi como artista o similar y eso me extrañaba aún más.

No quería desconfiar de él, pero era inevitable, no podía fiarme del todo, aún no me sentía segura en ese aspecto. Unos días antes de que llegara el veintitrés de diciembre, le pregunté si quería quedar el veintidós, ya que, según me había contado, llegaría ese día a Madrid. Me comentó que vendría con el tiempo justo y que estaría liado, que se alojaría en un hotel en el centro y que el veintitrés de diciembre pasaría a buscarme a casa sobre el mediodía. Me sentí un poco decepcionada, me hubiera gustado llevarle a mi cafetería favorita o dar una vuelta por algún sitio menos típico pero bonito de Madrid. No estaba segura de por qué tenía tantas ganas, quizá quería, simplemente, demostrarle que aquí estaba bien, que me había integrado y que no le había necesitado para evolucionar.

Un par de días antes de irme a Galicia estaba preparando tranquilamente las maletas, organizando bien qué me llevaría, ya que el clima era muy diferente a Madrid, cuando recibí una llamada de Óscar. Debo reconocer que lo que sentí fue pesadez y eso me agobiaba a su vez:

—Hola, princesa, ¿qué tal?

—Bien, aquí preparando la maleta.

—Qué pena que te vayas, había pensado que te podía acompañar al tren el jueves, ¿te parece? Así nos despedimos.

—Al final no voy en tren, no conseguí billete. —Reconozco que había evitado este tema, no me apetecía explicarle que iría con Roi a casa.

—¿Entonces cómo vas?

—Pues resulta que un amigo viene a Madrid e iré con él en coche, ¡menuda suerte!

—¿Y qué amigo? No me habías hablado de él. —Noté que se ponía celoso.

—Ya, no había surgido el tema.

—Bueno y ¿quién es ese chaval tan misterioso?

—No es misterioso, le conozco de hace un montón de años, se llama Roi. Salimos hace mucho tiempo durante una temporada, pero nada importante. –No quería que pensara que Roi solo había sido un amigo, pero tampoco quería que lo viera como mi primer amor y como una amenaza, así que opté por el camino de en medio y dije una verdad a medias.

—No sé, tía, no quiero ponerme en plan novio celoso, pero ese chaval no me convence, no termina de gustarme.

—Es la única forma que tengo de ir, así que iré con él.

—¿Y por qué no te quedas aquí y punto? No quiero que te vayas con ese imbécil.

—No le conoces, no deberías insultarle, igual que yo nunca he insultado a tus amigos y, ya te digo, que en ocasiones no me han faltado razones. Voy a irme a mi casa porque echo de menos a mis padres y quiero pasar las Navidades allí, no hay más que hablar.

—Eres muy radical, nunca das opción al debate, te vas con un noviete tuyo por ahí de viaje y ¿te parece normal? Encima no me dices nada, ¿de qué vas?

—Mira, Óscar, últimamente, no sé a dónde va lo nuestro, pero no me está gustando.

—¿Encima me quieres dejar?

—No somos novios, así que no puedo dejarte, pero creo que deberíamos darnos un descanso de vernos y dejar pasar las Navidades, luego ya hablaremos.

—Tía, no me hagas esto y más en estas fechas.

—Lo siento, Óscar, pero desde que quedamos con tus amigos, siento que ya no conectamos igual y este ataque de celos me ha parecido la gota que ha colmado el vaso. Además, no entiendo bien como siempre quieres quedar por encima y decirme lo que tengo que hacer, ¿quién te crees que eres? Yo soy una mujer libre y voy a hacer lo que considere.

—No te pongas en modo feminazi, que cansáis cuando os ponéis en ese rollo.

—No sé qué rollo, solo te estoy explicando que mi única opción para ir a casa con mi familia es irme con Roi y voy a aprovecharla, ya que es mi última oportunidad para estar en Navidad con mis padres.

—Vale, lo que tú digas. —Expresó Óscar con despecho.

—Si te apetece, hablamos después de las fiestas y vemos a dónde nos lleva esto.

—Parece que estamos rompiendo.

—No lo sé, pero ahora mismo es lo que me nace y no puedo decirte otra cosa.

—Adiós, Lúa.

—Hasta pronto, Óscar.

Se me quedó un mal sabor de boca, no había sido una conversación agradable y no me gustaba haberla mantenido por teléfono. Pero, tengo que decir, que lo que más noté fue un alivio inmenso, reconocía que mis ganas de tener una relación y de que algo me saliera bien habían forzado el avance con Óscar y eso había sido muy egoísta por mi parte. Es verdad que nunca le había dado falsas esperanzas y había intentado ser lo más clara posible con él, pero me había estado engañando a mí misma y eso me hacía sentir muy decepcionada conmigo misma. Mi propósito de Año Nuevo tenía que ser quererme más y ser sincera conmigo misma, solo así podría tener una relación estable y con unos cimientos sólidos.

Llegó, por fin, el día V (V de viaje), estaba bastante nerviosa, serían más de seis horas en el coche con Roi, ¿quién me lo iba a decir hace unos meses? Tenía pensadas las preguntas que quería hacerle y la información que deseaba sonsacarle, tenía claro que no sacaría el tema de nuestra relación y su infidelidad, porque él iría conduciendo y no me parecía justo que estuviera en inferioridad de condiciones. Aun así, tenía curiosidad, sobre todo, por su trabajo, qué hacía exactamente, por qué se dedicaba a ello, cuándo había surgido este trabajo y cómo podía ser que le reportara tanto dinero como para pagar el casoplón en donde vivía.

La detective Lúa, o sea, yo misma, mandó un audio a su Watson particular, Mimi sin ir más lejos: "Bueno, bueno, Mimi, con lo fácil que sería contarme todas las dudas que tengo de Roi y andas tan misteriosa. Vale, entiendo que sois también amigos y no tienes derecho a revelarme cosas sobre él y más a su exnovia que, por cierto, traicionó vilmente. Vale, ya dejo el temita. Te actualizo, ya tengo todo preparado, espero que le quepa mi equipaje a Roi en su coche, mañana me paso por tu casa y pasamos el día vagueando.

Por cierto, de Óscar no he sabido nada desde nuestra fatídica conversación, en el fondo agradezco pasar las fiestas tranquila y ya a la vuelta quedaré con él, si quiere. Venga, te aviso cuando llegue a casa de mis padres, un beso".

Me contestó al minuto, seguro que había puesto mi audio acelerado, la muy ansias: "Aaay, qué ganas de tenerte aquí. Te recuerdo que me prometiste que te quedabas hasta después de Reyes, ¿no? ¿Tienes billete de vuelta o vas a esperar a que también te lleve Roi? Mira que no va tanto a Madrid como para hacerte de chófer".

No tenía billete de vuelta, la realidad es que no sabía cuándo volvería a Madrid. Hasta marzo, según la planificación del trabajo, no tenía necesidad de ir presencialmente a la oficina y ya había avisado a mi jefe de que me iría a Galicia por tiempo ilimitado. Lo había estado pensando estas semanas y creo que me vendría bien volver a los orígenes y disfrutar tiempo en familia, estos años de atrás había estado evitando quedarme mucho tiempo seguido, con la excusa de no encontrarme con Roi y no rememorar dramas del pasado. Sin embargo, notaba que, al hablar con Roi, estaba sanando de alguna manera el daño que me hizo y eso me estaba permitiendo seguir adelante. La realidad es que no se lo había contado a nadie y no sabía por qué, quizás porque era de las pocas cosas que había decidido y elaborado yo, sin consultar con nadie, no podía sentirme más orgullosa de mí misma.

El único problema era que no quería vivir todo ese tiempo en casa de mis padres, me angustiaba estar tantos días allí y que me preguntaran constantemente a dónde iba y de dónde venía, sobre todo mi madre, que era una obsesa del control. Por eso había pensado preguntar a mi prima María, se podría decir que se conocía a todo el pueblo y ella quizá me podría ayudar a buscar un sitio donde quedarme las semanas que estuviera allí. Aun así, tenía claro que las Navidades las quería pasar en casa, poner el árbol y comer hasta reventar con mis padres.

Recibí un mensaje de Roi, me decía que ya estaba abajo esperándome, le contesté a su mensaje rápidamente.

[WhatsApp]

Roi: ¿Te apetece subir a ver el piso?

Reaccionó con el emoticono del pulgar para arriba, así que le pasé la dirección exacta y a los dos minutos, sonó el timbre de abajo, sí que era verdad que estaba cerca.

Tardó tres minutos en subir las escaleras y llegar a mi casa, estaba hecha un manojo de nervios, meterle en mi pequeño remanso de paz eran palabras mayores, no sabía qué pensaría de mi mini piso y, estaba claro, cada vez me importaba más su opinión.

Le esperé con la puerta abierta y enseguida le vi, llevaba unos vaqueros negros rotos por la rodilla y una camiseta totalmente negra, además de una chaqueta de imitación de cuero. Para aumentar su atractivo, todavía llevaba puestas unas gafas de sol que le quedaban de muerte, parecía el mismísimo Edward Cullen. Vamos, que estaba para follarle ahí mismo, pero no iba a poder ser. Se acercó a darme dos besos mientras sonreía y su olor se me metió hasta lo más profundo de mi cerebro, en serio, ¿qué colonia usaba y por qué no me daba un frasco para volverme inmune a sus encantos?

Saqué los pensamientos obscenos de mi mente y le devolví la sonrisa. No quería que notara que pensaba así de él, principalmente porque no tenía sentido y porque jamás volveríamos a tener algo más que una bonita amistad.

—Vente, que te enseño el piso, va a ser muy rápido.

Le fui enseñando el salón, la cocina y las habitaciones, fue callado todo el tiempo sin decir una sola palabra, con lo grande que era, ocupaba tanto espacio que incluso rellenaba el silencio, hacía que mi piso pareciera aún más pequeño de lo que era.

—Bueno, ¿qué te parece?

—He estado por contar los pasos hacía la cocina, a ver si de verdad eran seis.

—Qué gracioso, eso lo dije en un momento de embriaguez.

—Ya, claro… El piso me gusta mucho, es muy tú, se nota que te has encargado de la decoración y de elegir todos los detalles. Todo me recuerda a ti, mire a donde mire.

—Esa era la intención, que reflejara mi esencia, por eso me siento tan bien en este piso. —Y sonreí satisfecha.

—¿Nos vamos entonces? Tenemos un buen trecho hasta casa.

Asentí y le indiqué dónde tenía las maletas, las bajamos juntos, había aparcado justo en la puerta de mi portal, menuda suerte porque el sitio era de locos en mi barrio, era una de las razones por las que no tenía coche. Agradecí que no hiciera ningún comentario de la cantidad de cosas que llevaba: dos maletas gigantes y el bolso, sospechoso para el tiempo que, a priori, iba.

El coche que se gastaba el amigo no estaba nada mal, era un 4X4 de marca BMW de color negro que, según mis pocos conocimientos en coches, valía un dinero. Las maletas cupieron perfectamente en el enorme maletero y, por hacer la gracia, me acompañó al asiento del copiloto y me abrió la puerta. Él sabía perfectamente que odiaba esos micromachismos, estaba claro que lo había hecho a propósito, solo para hacer sacarme una sonrisa.

—Anda, deja de hacer el tonto y vámonos ya, señoro.

Me guiñó un ojo y se metió en el coche. El tráfico a esa hora era horrible, por lo que fuimos callados hasta que salimos del centro y conseguimos coger la autopista, tras ello, el camino se hizo más monótono y, si había venido varias veces a Madrid, se lo sabría bien. Por lo tanto, era el momento de comenzar con el cuestionario, ya no te dejaría más tregua, querido:

—¿Y qué tal con la entrega de esas cosas tan delicadas?

—Ha ido bien, parecían contentos.

—¿Qué era?

—Mira, en la guantera tengo el dosier de la pieza.

—¿Haces dosieres y todo? Qué profesional.

Me miró de reojo sonriendo mientras conducía. No pude resistirme y abrí la guantera, dentro había una carpeta preciosa, era de materiales impecables, con parte suave como si fuera terciopelo. En el medio había un logo muy bonito parecido al árbol de la vida, que se entrelazaba con la silueta de un pájaro, parecía un fénix, sobre el dibujo ponía "Alas de fénix", estaba claro que ese era su nombre artístico y que por eso no había encontrado nada por Roi en internet cuando le había buscado.

Abrí despacio la carpeta, dentro había varios folios que describían la obra que había entregado, tenía como título "El abrazo del tiempo". Había una descripción y algún boceto, pero lo que más me llamó la atención fueron las imágenes de la escultura que había hecho Roi. Era una figura abstracta de dos siluetas humanas fundiéndose en un abrazo, los cuerpos estaban envueltos en una preciosa espiral de cristales, solo con ver la foto te transportaba a la calidez del hogar y a la importancia que tenía la familia. Era bella y eso que solo la estaba viendo en foto, no me imaginaba tenerla delante. Me sentí abrumada por lo que me hacía sentir esa imagen.

Seguí leyendo el dosier, donde salían los materiales que se habían utilizado: vidrio fundido y cristales, ponía que para darle pureza a la obra. Al final del todo indicaba el precio: 15.000 euros, me parecía un auténtico dineral, pero lo valía, era una auténtica pasada.

—¿Qué te parece? —Me preguntó Roi, sacándome de mi ensimismamiento.

—No sé qué decir.

—No tiene por qué gustarte, al final son obras pedidas a demanda. El cliente me transmite la idea que tiene, hago varias entrevistas para preguntarle, conocerle y entender lo que busca. No

solo es darle algo y ya está, si no que intento buscar lo que represente su necesidad.

—Es preciosa, desprende un cariño, una delicadeza y una sensibilidad que no te pega, ¡ja, ja, ja! –Me reí nerviosa, estaba abrumada, no esperaba esto. Cuando me había dicho que trabajaba con madera y otros materiales, tenía una idea totalmente diferente.

—¡Ja, ja, ja! Qué graciosa.

—Me tienes que hacer algo a mí, aunque vendiéndola a ese precio, ni de broma me lo puedo permitir.

—A ti te lo hago gratis, no te preocupes.

—Es un honor totalmente, viendo el precio al que las vendes.

—¿Te parece caro?

—Viendo la escultura, pagaría eso y más, si lo tuviera, claro.

No dijo nada y siguió conduciendo como si no hiciera obras de arte. Porque eso es lo que hacía, auténticas obras de artes dignas de estar en un museo.

—¿Y no has pensado en exponer o algo así?

—He hecho algunas exposiciones con opción a compra, pero me gusta más este trabajo, es más personal. Me gusta conocer al cliente y escuchar su historia, aunque desde fuera puedan parecer ricachones que quieren algo personalizado y es un simple capricho, no es nada parecido. La mayoría busca llenar una carencia o un vacío que sienten y creo que, con mi obra, les ayudo de alguna manera.

—Te entiendo.

—Y es divertido crear algo de nuevas con una idea de otra persona. Antes creaba cosas que salían de mí y eso… Terminó doliendo demasiado.

—¿A qué te refieres?

—Al final un trabajo artístico requiere abrirte en canal y hacer un trabajo introspectivo que es duro, reflejando todos tus sentimientos en esa obra. Me sentía… Demasiado expuesto.

—¿Alguna vez hiciste alguna obra pensando en mí?

—Todas.

Me quedé callada, no sabía por qué me había atrevido a hacer esa pregunta, cuando me había repetido toda la semana que ni se me ocurriera sacar el tema de nuestra relación. La respuesta me había impactado, ¿seguía sintiendo algo por mí o solo era postureo? El flirteo ocasional y las frases insinuantes eran una cosa, pero últimamente parecía que siguiera enamorado de mí y eso me descuadraba totalmente. Había pasado demasiado tiempo con un silencio sepulcral, ¿por qué ahora?

Estuvimos callados un rato, mientras tanto, fui mirando tranquila por la ventana. No me sentía incómoda, aunque solían molestarme los silencios y siempre los rellenaba con verborrea innecesaria. En este caso estaba disfrutando de él, viendo el paisaje y sintiéndome en paz. Aún tenía muchas preguntas por hacer, pero habría tiempo y prefería dosificarlas, mucha información de golpe podría saturarme en exceso y yo buscaba una vida algo más sosegada de la que había tenido hasta ahora.

—¿Te apetece que paremos a comer algo? Son las dos y ya hemos hecho unos 250 kilómetros, va quedando menos.

—Sí, vale, yo también tengo hambre.

—Vale, cuando vea un área de descanso, paro.

Al rato encontramos uno y entramos al bar. Pedimos dos pinchos de tortilla y dos refrescos y nos sentamos en la barra.

—Qué rica está esta tortilla.

—Yo creo que es el hambre que tenemos.

—Puede ser, ¡ja, ja, ja! —Me reí.

—¿Te ha sorprendido lo que hemos hablado antes? Has estado callada.

—Estaba disfrutando del paisaje, la tranquilidad, noto que necesitaba parar mi vida ajetreada, he estado muy estresada estos meses.

—La vida en Madrid es frenética, no sé cómo lo aguantas, tantos coches, prisas y gente por todos los lados.

—Te acostumbras supongo.

—¿Y tú querías acostumbrarte?

—No sé si quería, no me quedó otra opción.

—Siempre se tiene otra opción. –Qué seguro estaba él que no le había traicionado nadie.

—No quiero comentar aquí ese tema, ya te dije que me gustaría que habláramos de nuestra separación, pero no aquí y ahora. Estaré todas las Navidades, seguro que tenemos otra ocasión de estar en un sitio más tranquilo. –No me apeteció reconocerle que mi idea era quedarme más tiempo, no estaba segura de compartirlo con nadie todavía, ni siquiera lo sabía Mimi.

—Vale, llevas razón.

—Disfrutemos del viaje como dos amigos.

—Eso es lo que somos, lo tengo claro. —Miró su tortilla con melancolía y se me encogió el corazón, pero tenía que entender que lo nuestro ya fue y lo dejó escapar.

Cuando terminamos de comer, aproveché para ir al baño mientras Roi compraba una botella de agua y retomamos el viaje.

—¿Y cómo llegaste a ser escultor?

—Fue sin darme cuenta. Ya sabes que terminé el instituto, pero no quería seguir estudiando. Estuve muy perdido cuando te fuiste y no sabía qué hacer, pasaba mucho tiempo en el bar e, incluso, bebía más de lo que debía.

—¿Cómo de más?

—A veces no sabía cómo había llegado a casa, otras veces cerraba el bar… En fin, pasaba mucho tiempo allí, no es algo de lo que me sienta orgulloso. Pero Iago me salvó, por eso le debo tanto. Se pasaba todas las tardes conmigo y me prohibía ir al bar, me ayudó a desahogarme y sacar todo fuera. Me apoyó muchísimo.

—Es una persona extraordinaria, no cabe duda.

—Lo es. También mis padres me ayudaron mucho, ya sabes que mi padre siempre ha sido un manitas y yo siempre había pasado de él, nunca me interesé en lo que hacía. Pero Iago fue a hablar con él y le dijo que tenían que buscarme un entretenimiento y fue, precisamente, trabajar la madera. Mi padre en ese momento estaba haciendo unos caballitos tallados en madera para unos niños del barrio y me dijo que le ayudara o me echaba de casa. No me quedó más remedio.

—Vaya, qué drástico.

—En la situación en la que estaba, lo necesitaba. Apenas hablaba con nadie, solo con Iago y poco más, no estaba yendo por buen camino.

—Bueno, ¿y qué pasó después?

—Empecé a trabajar la madera, no paraba de investigar y buscar información sobre otros materiales. Me obsesioné con todo lo relacionado con la escultura, el arte y lo que podía llegar a hacer con las manos. Mi padre me despejó todo el garaje y me preparó unas mesas de trabajo, me compraba todo el material que le pedía, porque yo no tenía dónde caerme muerto.

Nos quedamos callados, vi en su cara cómo recreaba toda la tristeza y el duelo que había vivido. Yo me había pasado años pensando en mí, en el daño que me había hecho y cómo lo había pasado, lamiéndome las heridas y regodeándome en mi sufrimiento. Sin embargo, aunque él había cometido un error, y en eso estábamos de acuerdo los dos, también había tenido que pasar un

duelo con mi ausencia, sin un camino definido, tan perdido. Al menos yo tenía el objetivo de estudiar y sacarme la carrera para que mis padres no tuvieran que pagar de más, pero él se quedó sin nada de la noche a la mañana.

—Debió de ser muy duro.

—Mucho, tu ausencia me sobrepasó, pero bueno, me centré tanto en aprender a trabajar diferentes materiales, que me llenó de alguna manera. Me sentí realizado como nunca y eso consiguió hacerme sentir algo de felicidad. Hice varios cursos, me documenté muchísimo y empecé a fabricar cosas. Al principio solo hacía pequeños muebles, tipo mesillas como las de mi casa, que vendía a una tienda de muebles de la zona. Tuvieron mucho éxito y casi todas las semanas me encargaban muebles.

—Wow, normal, las tuyas eran preciosas.

—Luego vi que no me llenaba hacer muebles y probé con otros materiales y otro tipo de productos, hasta que di con la escultura. Le ofrecí a la tienda de muebles algunas esculturas pequeñas de decoración y se vendieron en el mismo día, la dueña estaba alucinando y de ahí, se fue corriendo la voz. Abrí una web y fue todo rodado, igual que en la vida personal no me ha ido bien, en la parte laboral ha sido todo sencillo.

—¿Por qué dices que en la vida personal no te ha ido bien? Te veo muy integrado en el pueblo, tienes a tus padres, a tu hermana, a un montón de amigos, no te quejarás. En la fiesta de inauguración tenías allí a medio pueblo.

—¡Ja, ja, ja! Sí, vamos, prácticamente. Ya sabes a lo que me refiero.

Preferí no responder, no quería ir por ese tema que insinuaba. Nos había ido mal cuando salíamos juntos, pero había tenido posibilidad de intentarlo con Susana o rehacer su vida con otra persona, teniendo tanto éxito y estando tan bueno, no creo que tuviera problema para encontrar a alguien que le gustara.

—Bueno, ¿y qué tal con Óscar?

—Está todo bien. —No quise decirle la verdad, no quería que pensara que le había dejado porque ahora hablábamos más y darle algún tipo de esperanza, porque lo nuestro era totalmente imposible.

—Me alegro, parece majo.

—Sí, lo es.

—¿No viene por Navidad? Me dijiste que no tenía familia, ¿no?

—Es demasiado pronto, no quiero precipitar las cosas, ahora que parece que puede ser el definitivo. Me gusta y todo funciona bien entre nosotros, lo pasamos bien juntos, también congeniamos a nivel íntimo, no puedo pedir más.

—Me alegro, te lo mereces, más que nadie.

—Ya me tocaba, estos años no he tenido ninguna pareja, ya sabes, he quedado con chicos y demás, pero ninguna relación digna de mención.

—Vaya.

—¿Sorprendido? —Pregunté.

—Sí, me atormentaba pensando que habías encontrado el amor y que formarías una familia cuando estuvieras más asentada en el trabajo. Lo siento, soy así de egoísta, aunque me hubiera alegrado por ti, me hubiera dado rabia por no ser yo. Reconozco que durante estos años le he preguntado de vez en cuando a Mimi, bueno, vale, cada vez que la veía me acordaba de ti y tenía la necesidad imperiosa porque me contara todo sobre ti, pero intentaba ser una persona normal y solo preguntarle alguna vez.

—Yo te guardé en una cajita pequeña e intentaba no abrirla nunca estos años, dolía demasiado. Pero volvemos al tema prohibido.

—Es verdad, vamos a dejarlo, cuéntame cómo es tu trabajo exactamente, quiero saber qué haces con detalle, que no entiendo

nada cuando me hablas tan técnico que si *scripts*, bases de datos y *queries*.

Estuve como una hora hablando, me hizo muchísimas preguntas y le conté todo lo que podía llegar a entender de mi trabajo. Quería que le hablase de todos mis compañeros, de cómo era cada uno, en qué estaban especializados, si mi jefe era simpático… En fin, que casi era como si trabajara allí, menudo examen. Me gustó mucho que me escuchara y se interesara por mi trabajo y mi vida, no siempre se encuentra a alguien que atiende sin pestañear todo lo que le cuentas y más si es un rollazo como lo era mi trabajo.

También estuvimos hablando de sus padres y los míos, que seguían llamándose de vez en cuando y quedando alguna vez a tomar café. Me sorprendió porque mis padres no me lo habían contado, era curioso cómo todos habían respetado que me cerrara en banda con todo lo relacionado con Roi y habían hecho como si él no existiera. Nunca nadie me lo mencionaba, ni él ni a sus padres y eso que hablaba constantemente con mi madre.

Cuando empezamos a salir, Roi se empeñó en que conociera a sus padres muy pronto y yo les presenté a los míos. Un día mi padre le propuso a Roi invitar a sus padres a tomar café e hicieron buenas migas. Cuando salíamos juntos, era normal ver a sus padres en mi casa o al revés o a todos saliendo por ahí. Durante estos años no me paré a pensar si mis padres seguían en contacto con ellos, porque más que los padres de Roi, eran sus amigos.

Me daba vértigo pensar que, en estos años, me había encerrado tanto en mí misma que me había vuelto una persona egoísta, centrada solo en mí. Es verdad que preguntaba a mis padres y demás, pero, en general, me sentí tan dañada cuando me fui a Madrid, que me olvidé de todo lo demás y me encerré en mí misma.

—Es una ventaja que teletrabajes, ¿tienes que ir mucho a la oficina?

—Según la época del año, a veces sí y otras me tiro un mes sin ir.

—Eso está genial, sobre todo la gente que es de fuera y quiere volver a casa. Ya sé que no es tu caso y que te encanta la vida frenética de Madrid.

—Fue mi sueño de joven, volver a vivir cerca de mis padres y establecerme allí, pero ahora mi casa es Madrid, por eso me compré allí un piso.

—Sí, Madrid es infinito, ofrece muchas posibilidades, sobre todo de ocio. —Lo dijo con convencimiento, como aceptando que yo prefiriera Madrid frente al pueblo.

—Al final tengo mi trabajo allí, mi casa, mis compañeros de trabajo, mis amigos de la universidad… —Otra vez no fui sincera, no sé por qué, no quise reconocer que me estaba planteando quedarme más tiempo de lo que decía en el pueblo.

—Yo he ido muchas veces, porque tengo muchos clientes en la capital.

—No tenía ni idea, sinceramente, te imaginaba en el pueblo trabajando con Iago en la fábrica, sin haber salido en tu vida del pueblo. Todavía alucino.

—¡Ja, ja, ja! Vamos que, para ti, me veías como un auténtico paleto.

—No es eso, no sé. —No sabía explicarme, quizá la peor versión del Roi futuro era que fuera alguien que no tenía ambición y que no había salido nunca del pueblo, pensar que el Roi futuro era un fracasado me hacía sentir mejor. Era, una vez más, egoísta, pero entended que le había deseado lo peor durante muchos años.

—¿Te gusta viajar?

—Sí, siempre que puedo, intento viajar. Lo que pasa es que sin pareja es complicado a veces cuadrar con amigos y demás. Pero sí que he viajado varias veces por Europa, sobre todo, ¿tú?

—Sí, he hecho algún viaje también, con pareja es más fácil organizarse, llevas razón.

—¿Y a dónde has ido?

—Por trabajo estuve en Nueva York y en Londres, hice allí unas cuantas exposiciones, fueron bastante bien, se vendieron todas las obras antes de que las exposiciones terminasen, todo un éxito.

—Puf, me encantaría ir a Nueva York, sin duda, es uno de mis sueños que aún no he cumplido, ya sabes que mi película favorita sucede allí.

—Te encantaría.

—¿Y no has vuelto a hacer exposiciones fuera?

—Ni fuera ni dentro de España, de momento no voy a crear nada de cero que salga de mí. Eso, de momento, no lo contemplo como una posibilidad.

—¿Y te reclaman algo? ¿Tienes seguidores o algo así?

—¡Ja, ja, ja! Vaya preguntas más raras haces, Lúa. —Dijo mi nombre con esa voz grave y profunda que puf…—En esta vida debes tener redes sociales si quieres que algo llegue y cale, así que sí, tengo redes sociales con unos cuantos seguidores y mucha gente me insiste para que haga exposiciones y más obras de autor, pero de momento, como te decía, no quiero seguir con eso.

—Vaya, pues sí que vas a ser un artista, ¿eres el típico artista melancólico y romántico que no ve sentido a la vida?

—¡Ja, ja, ja! Deberías dejar de ver películas.

—¿Y cuántos seguidores tienes?

—No sé.

—Venga, seguro que lo sabes, no te hagas el interesante. —Insistí.

—1,2 millones o algo así, no estoy muy pendiente de eso, las redes sociales me aburren.

—¿Qué dices? ¿Eres famoso?

—No suelo publicar nada de mí, solo las obras que hago o cómo las voy fabricando o el proceso. Se ve que llamó la atención y al final es una buena ventana para promocionar mis servicios.

—¿Tienes muchos clientes que te hagan pedidos?

—Tengo lista de espera como de cuatro meses, así que trabajo no me falta, de hecho, no todo lo que me solicitan, lo acepto.

—¡Vaya! Es impresionante, casi incluso me alegro de tu éxito, ahora que somos amigos o algo así.

Se rio ligeramente mientras seguía conduciendo.

—¿Y en qué te basas para aceptar o no un pedido?

—Me tiene que interesar el tema y transmitir algo. Normalmente hago una pequeña entrevista online y valoro si quiero hacerlo o no. Ese mismo día suelo responder al cliente y decirle si seguimos adelante.

Asentí y me quedé mirándole. Apoyé la cabeza en el asiento mientras cerraba los ojos, solo para descansar un poco la vista, entre mi discusión con Óscar y los nervios por viajar con Roi había dormido fatal los últimos días, me sentía agotada.

De repente, alguien me acarició la cara, fue muy agradable, no quería abrir los ojos y que esa sensación tan placentera se fuera.

—Lúa, ya hemos llegado.

—¿Qué?

—Te has dormido.

—¿Qué dices? En todo caso me habré quedado un poco traspuesta.

—No, te has quedado dormida profundamente en el coche. –Me acarició el brazo mientras lo decía.

—Puf, perdóname, soy el peor copiloto del mundo.

—Los he visto mejores.

—¡Oye! –Le di un puñetazo de broma en el brazo–. Te lo había dicho para me dijeras lo contrario, no para que lo corroboraras.

—Reconozco que la charla ha sido muy agradable, lo que pasa es que después te has dormido, encima roncabas un montón, no me ha hecho falta poner música.

—No seas imbécil. —Le di otro puñetazo, seguramente con el brazo que tenía ni se había inmutado.

—Venga, te ayudo con las maletas, ¿cómo traes tanto equipaje? ¿Vienes para un año?

—Nunca se sabe qué se va a necesitar, que el tiempo está muy cambiante.

—Ya veo, te has traído media casa.

—No sabes tú bien cuánta ropa tengo.

—Pues en tu mini casa, ya más ropa no sé si te cabe.

Le miré mal mientras cogíamos las maletas y me ayudaba a llevarlas a casa.

—Muchas gracias, me has salvado la vida, no llego a venir y mi madre me mata.

—Con lo que te quieren, no creo.

—Bueno, voy a ir pasando.

Hubo un momento extraño en el que no supimos bien lo que hacer, se acercó a darme dos besos, pero como estábamos en diferentes peldaños de la escalera, me dio la impresión de que quería darme un abrazo, así que me arrimé demasiado y me desestabilicé, así de patética era.

Roi me cogió al vuelo de la cintura y me abrazó, manteniendo perfectamente el equilibrio, ¿hacía pilates o qué? Aproveché para olerle más de cerca, en serio, era mi droga más adictiva, más que las bebidas carbonatadas. Ante la inminente caída, había puesto mis

brazos sobre sus hombros, me convencí a mí misma que era, simplemente, supervivencia.

En ese momento se escucharon unas llaves abriendo la cerradura de casa de mis padres y me separé al instante. Me fijé en su cara y noté que se le ensombrecía:

—Buenas noches, cariño. —Era mi padre, ya les había informado que vendría con Roi, se habían extrañado, pero no habían comentado nada. Me acerqué a darle un beso y empezó a pasar las maletas a casa, parece que ya tenía superado su accidente. Como siempre traía maletas como si no hubiera un mañana, no se extrañó de verme con tanto equipaje.

Detrás de él apareció mi madre, que enseguida me dio un abrazo:

—¿Qué tal el viaje, chicos? —Se acercó también a dar dos besos a Roi.

—Muy bien, no había nada de tráfico. —Contestó Roi.

—¿Te quieres quedar a cenar?

—No te preocupes, me voy a casa y os dejo para que os pongáis al día, seguro que Lúa estará cansada.

—No hay problema, quédate a cenar, así ya no tienes que manchar en tu casa.

Asintió, le veía diferente, quizá fuera porque la situación era rara y ninguno de los dos nos imaginábamos en ella hace unos meses.

Pasamos, la casa estaba como siempre, no había nada diferente, pero todo lo era, o así lo sentía yo. Roi parecía llenar la casa con su sola presencia y la casa parecía más pequeña de lo normal, había estado muchísimas veces allí cuando estábamos juntos, pero ahora estaba mucho más fuerte que cuando salíamos, no mentía cuando decía que hacía mucho ejercicio.

—Venga, sentaos, que voy a por la cena, he hecho una tortilla de patata.

—¡Qué rica, me encanta tu tortilla de patata, Mari!

—Ya lo sé yo. —Cómo le gustaban a mi madre los halagos, esta mujer…

Nos sentamos a comer y mi madre trajo la tortilla, la mesa ya estaba puesta con un bonito mantel rojo y cuatro platos, estaba claro que daban por hecho que Roi se quedaría a cenar. Mi madre sirvió un trozo de tortilla para cada uno y nos ofreció pan y mientras Roi echó agua en todos los vasos.

—Bueno, chico, ¿y qué tal vas en tu nueva casa? —Preguntó de repente mi padre.

—Bien, estoy contento, es justo como la quería, te agradezco un montón todos los consejos que me diste.

—¿Qué consejos? —Ya me habían comentado algo uno y otro, pero tenía curiosidad por saber qué habían hablado exactamente.

—Ya sabes, los puntos de luz, los materiales, todo eso.

—Vaya, pues sí que habíais hablado.

—Tu padre se venía alguna que otra tarde y echaba un vistazo a la casa, iba viendo el avance de los obreros y me daba alguna recomendación. Fue idea de él hacer un pequeño aparcamiento para los coches y ha sido un acierto, porque por fuera no hay mucho sitio para dejar el coche y hay tanto terreno que merecía la pena.

—Sí, ja, ja, ja, se me ocurrió cuando fui a tu casa un día en coche y no tenía dónde meterlo.

—Con la ubicación de la piscina tuvimos bastantes quebraderos de cabeza también, porque la quería poner en una zona que después hubo que descartarla por el terreno y no sabía si iba a quedar bien en otro sitio. Tu padre y yo estuvimos investigando el tema de las resistencias y cómo mantener la piscina caliente, ya que

donde está no le da tanto sol como donde yo la quería poner inicialmente.

—Y fue un total acierto, hijo, sin duda, porque ahí queda perfecta y tiene unas vistas preciosas de la ría. —¿Ahora mi padre le llamaba hijo? ¿Habíamos viajado al pasado? Yo sabía que mi padre le tuvo muchísimo cariño a Roi cuando salíamos y lo veía como el hijo que nunca tuvo, además, tenían muchas aficiones en común, pero menuda complicidad se gastaban. En vez de cabrearme, me resultó entrañable, me encantó ver que se llevaban bien. Lo que me había hecho Roi había sucedido hacía tiempo y quería dejarlo en el pasado, estaba empezando a curarme y a superarlo y creo que la clave para pasar página era, precisamente, tener esa conversación pendiente con Roi y tenerlo en mi vida.

—Bueno, hija cuéntanos tú qué tal en el trabajo, a ver si te han subido ya el sueldo, que trabajas mucho.

—En el trabajo bien, como siempre. Ya desde hoy estoy de vacaciones hasta el seis de enero, así que tengo todas las Navidades para estar tranquila.

—Y ese chico con el que te estabas viendo, ¿qué tal vas con él?

—Bien, él se queda en Madrid, de momento es pronto para traerle a casa, pasará las fiestas con unos amigos, ya que no tiene familia cerca.

—Vaya, habértelo traído, aunque fuera para Navidad, así le conocíamos.

—Es pronto todavía, solo nos estamos conociendo. —Qué machacona era mi madre, de verdad.

—Hija, es que los jóvenes tenéis una manía de no formalizar nada, os cuesta mucho llamaros novios, siempre que si os estáis conociendo, que si es pronto, que solo sois amigos especiales...

—Ya, somos así, nos cuesta comprometernos y más si en tu primera relación te traicionan en un abrir y cerrar de ojos, es lo que tiene, que te vuelves desconfiada y ya nunca vuelve a ser lo mismo.

–Roi se me quedó mirando muy triste, como si le pesara el alma, pero lo siento, más me pesaban a mí todos estos años.

—Venga, hija, no hables del pasado, que el pasado, pasado está. —Me dijo mi padre.

—El pasado no hay que olvidarlo, para que no vuelva a suceder. –Fui tajante.

—Llevas razón, Lúa. —Reconoció Roi, venga, Roi, lo único que necesitaba era un perdón, pero ya era un avance que me diera la razón, estábamos cada vez más cerca.

—Si ya habéis acabado, voy a por el postre, que he hecho unos flanes de huevo que ya veréis como os encantan y queréis repetir. –Se levantó mi madre y Roi la acompañó para ayudarla a recoger, yo me quedé allí, congelada.

Mi padre se me quedó mirando fijamente y me dijo algo que me sorprendió muchísimo:

—Roi es buen chico, deberías hablar con él, llevas muchos años cerrada en ti misma y te hemos respetado, pero creo que es hora de dar un paso al frente.

—¿A qué te refieres?

—Cuando nos contaste lo que te había hecho Roi, te ayudamos a irte deprisa y corriendo a Madrid, llevas todos estos años cerrada en ti misma, sin comunicarte de verdad con nosotros. Te hemos respetado cuando nos prohibiste hablar de Roi, aunque él ha hecho todo por ti, ha crecido y se ha convertido en alguien solo por ti.

—Las cosas hay que hacerlas por uno mismo, no por alguien y menos si ese alguien no quiere saber nada de ti. No quiero llevar el peso de sus decisiones.

—Él te quiere, solo hay que verlo.

—Ya somos amigos, papá, no puedo darle otra cosa, aunque quisiera, no quiero darle nada más.

—Habla con él.

—Eso haré.

Mi padre asintió y no dijo nada más, mi padre, ese hombre que había sido criado en una sociedad donde los niños eran el último eslabón, con una educación regida por violencia y palos, donde los sentimientos no eran importantes, donde un chico no podía llorar, solo trabajar. Mi padre, ese hombre parco en palabras que nunca decía te quiero, que solo te daba un beso si te acercabas a dárselo, me acababa de dar un consejo y lo recogía como oro en paño. Mi padre hablaba poco, pero cuando decía algo, sus palabras caían como losas sobre la mesa, calaba a la gente con mucha facilidad y leía a las personas con una empatía que su educación no le había enseñado. Sí, sabiendo que Roi me había traicionado, me decía eso, lo tendría muy en cuenta.

Mi madre trajo los flanes, llevaba razón, estaban buenísimos. Mi padre hasta repitió, ¡qué ricos estaban! Después recogimos y Roi se despidió de mis padres dándoles las gracias por la cena.

—Te acompaño a la salida. —Dije sin más, mis padres se quedaron dentro, iban a ver un rato la televisión en el sofá, aunque seguramente se quedarían dormidos en cuanto la encendieran.

Salimos juntos al porche y le acompañé hasta su coche:

—Muchas gracias por dejar que me quedase en tu casa, sé que no es fácil esta situación para ti, Lúa. –De nuevo dijo mi nombre con esa voz ronca que me enamoró de él, maldito Roi, soltaba feromonas a lo loco.

—No pasa nada, somos amigos, ¿no?

—Ya, pero tenemos un pasado y entiendo que te cueste.

—Sí, me trae muchos recuerdos, como cuando venías a mi casa y te quedabas a dormir en la cama nido, donde casi se te salían los pies de lo gigante que eres.

—Y me metía en tu cama cuando oíamos a tu padre roncar, ¡ja, ja, ja!

—Y me metías la mano por debajo del pijama. —Miré al suelo al decirlo, me daba vergüenza recordarlo, después de todo lo que habíamos vivido.

Me miró intensamente y no pude evitar acercarme ligeramente a él, casi podía tocarle sin estirar el brazo.

—Me encantaba dormir contigo y abrazarte toda la noche, bueno, y meter la mano por debajo de tu camiseta también me gustaba. –Notaba como me acaloraba poco a poco.

—A mí también me encantaba, pero ya conoces lo que pasó. Me gustaría que habláramos y aclarásemos todo, necesito pasar página.

Dio un paso atrás y su lejanía me dolió en lo más profundo de mi ser. Necesitaba tenerle cerca y eso me molestaba muchísimo, tenía que reaccionar y alejarme, pero mis pies se habían anclado al suelo como dos enormes árboles milenarios.

—Ven cuando quieras a casa y hablamos tranquilamente. Prometo tener galletas de mantequilla de mi madre para pasar el mal trago. Avísame después de Navidades si te parece, ¿vale?

Asentí y se acercó para darme dos besos, los dio muy lentos, disfrutando del momento, tampoco yo quise acelerar la separación.

—Descansa, cariño. —Me acarició la mejilla despacio, mientras me miraba fijamente.

Me quedé allí clavada como una secuoya milenaria mientras se metía en el coche y se iba por donde habíamos venido, a su maravillosa casa con su encantador perro. A mí solo me quedó darles las buenas noches a mis padres y meterme en la cama. En el armario de mi habitación tenía un par de pijamas que guardaba allí siempre, así que me puse uno de ellos, el más calentito, me lavé los dientes y me acosté. Estaba agotada, así que me dormí enseguida pensando en esa caricia de Roi, que había sido como una corriente cálida y agradable que había recorrido todo mi cuerpo, todavía sentía arder mi cara.

14

TARDE BUENA

Me desperté en mi cama de siempre. Había dormido mejor que nunca, me notaba totalmente descansada. Mimi me escribió para ver si al final quedábamos y le respondí que claro, tenía muchísimas ganas de verla y después, con el trajín de las cenas y comidas familiares, iba a ser imposible coincidir.

Me vestí cómoda, con un chándal de algodón totalmente gris y unas zapatillas de deporte blancas, luego por la noche ya me tocaría ir más elegante. Fui andando a casa de Mimi dando un paseo, hacía fresco, pero el sol brillaba fuerte, me encantaban esos días tan luminosos, me hacían estar de buen humor. En cuanto Mimi me vio por la ventana, salió corriendo a darme un abrazo, todavía estaba en pijama, llevaba un moño malamente hecho.

—¡Hola, Lúa! ¡Feliz Navidad!

—¿Qué tal estás? ¿Cómo va esa criatura?

—Ahí va, estoy de muy poco, estoy deseando saber si es chica o chico y, bueno, me muero de la impaciencia de saber si sigue todo bien, pero lo estoy intentando llevar con filosofía. ¿Pasamos dentro? ¡Hace frío!

—Sí, vamos.

Fuimos dentro y Mimi preparó dos tés roibos sin consultarme, me conocía bien. Sacó unas galletitas de canela y un bol de chucherías.

—Mimi, que luego hay que comer como cerdos.

—Tú tranquila, que luego te vuelves a casa andando y lo quemas todo.

—Qué graciosa.

Nos sentamos en su hogareño salón, en unos sofás que te envolvían, pero Mimi no me iba a dejar estar tranquila disfrutando del té:

—Venga, venga, cuéntamelo todo.

—¿Qué todo?

—No te hagas la tonta, has venido a casa en coche con Roi, de algo habéis hablado, que son muchas horas.

—Me ha contado lo de su trabajo, ya te vale, ¿ahora es escultor? Es que alucino cómo te lo has callado durante tantos años.

—Dijiste que no querías oír hablar sobre él o no volverías al pueblo, ¿lo recuerdas? Qué poca memoria tienes de repente.

—Ya, pero es un buen cotilleo y a eso no digo nunca que no.

—¿Te ha enseñado las obras de arte que hace? Es que alucina, me ha dicho varias veces que me hace lo que queramos gratis, pero no quería que te enteraras y montaras en cólera.

—Mimi, siento todos estos años que os he tenido amenazados con no hablarme de Roi, he visto que mi padre se lleva muy bien con él y, en fin, lo ha tenido que hacer a mis espaldas para que no me enfadara con él.

—No te preocupes, te entiendo bien, lo pasaste fatal, yo vi cómo sufrías y viví cómo me llamabas llorando día tras día. Es un dolor que siempre vivirá contigo, el dolor siempre acompaña, aunque se sepa vivir con él.

—Qué profunda eres y qué verdades como puños dices.

—Pero me gustaría que hablaras con él.

—Todo el mundo me dice eso.

—Por algo será. —Soltó Mimi como si nada.

—Hablaré con él, pero dijimos que durante el trayecto en coche no era el momento. Fuimos hablando de su trabajo, del mío, de nuestras vidas, tenemos pendiente quedar y quiero que me dé todas las explicaciones que no me dio en su momento.

—Que no le dejaste darte. –Mimi nunca daba puntadas sin hilo.

Miré mi té a la vez que lo removía con la cuchara, le había echado azúcar moreno y tardaba en disolverse, aunque estaba muy caliente.

—¿Qué tal Iago?

—Sigue igual, no sé qué hacer con él. Está muy cerrado en sí mismo.

—¿Has hablado con Roi? Al final son amigos y a lo mejor con él se abre más.

—Sí, me ha dicho que hablará con él, pero ya conoces cómo son los tíos.

—A lo mejor le vendría bien ir al psicólogo y hablar sobre todo lo que ha pasado, a veces con un extraño cuesta menos expresar los sentimientos que con alguien de tu familia, ¿no crees?

—Sí, es verdad, ahora ha salido con unos amigos a tomar algo, entre ellos Roi.

—Roi me contó cómo Iago le ayudó muchísimo a salir del pozo que se había metido cuando me fui a Madrid.

—Sí, fue duro para todos, Lúa, yo sabía que te ibas a ir y lo tenía asumido, pero fue tan abrupto, que te eché mucho de menos, no tuvimos tiempo ni para despedirnos.

—Lo siento, Mimi, está claro que la forma de irme no fue la correcta.

—Quizá también es una disculpa que se merece Roi.

—Primero tendrá que disculparse él, ¿no crees? —Pregunté, me molestaba que todos estuvieran de parte de Roi, ¿acaso me faltaba algún capítulo?

—Sí, ambos tenéis cosas que deciros. Es algo vuestro, pero quiero que luego me cuentes todo, ¿vale?

—Eso siempre.

Me abrazó con tanta efusividad que casi vuelca el té. Mimi podía ser muy cariñosa y, sin duda, era parte de su magia.

—¿Y vais a casa de tus tíos a cenar?

—Sí, cenaremos allí, ya sabes que se nos hacen las mil allí. Luego en Navidad comeremos tranquilos en casa. ¿Vosotros vais a casa de los padres de Iago?

—Sí, este año se han animado a venir también mis padres, a ver si no salen discutiendo por la política, ¡ja, ja, ja! —Mimi no solía juntar a su familia con la de Iago, porque eran muy diferentes y tenían ideologías totalmente opuestas.

—¡Vaya! Menuda locura, ¿cómo te metes en ese lío? ¡Ja, ja, ja!

—Desde que perdí al bebé, las dos familias han estado muy volcadas y mi madre ha hablado mucho del tema con la madre de Iago, han estado muy preocupadas, ya sabes. Les diremos que estoy embarazada hoy mismo.

—¿Aun no lo saben?

—Es pronto, ni siquiera estoy de tres meses, sé que tiene latido y, de momento, está todo en orden, pero cuánto más tarde lo sepan, más corta será la espera. Al final me agobia un poco que todo el mundo se ponga feliz al contarlo y se olviden del primer bebé.

—No creo que nadie se olvide de él, seguro que tú y Iago siempre lo tenéis en vuestro recuerdo y en vuestro corazón. No eres dueña de lo que sientan los demás. —Eso mismo me había dicho Roi a mí y qué razón llevaba, qué consejos daba.

—Sí, estoy de acuerdo, ahora la profunda eres tú, pareces Roi hablando, todavía se te pega la tontería que tiene. —Le cogí por encima de la mesa su mano y le di un apretón.

—Este bebé viene a iluminarnos a todo, pero eso no significa que olvidemos al primero, siempre va a estar con nosotras.

Asintió despacio y dio un sorbito a su té. Después empezamos a hablar de lo que nos íbamos a poner, las dos coincidíamos que había que ir elegante, pero teniendo en cuenta que luego tocaba ayudar algo en la cocina y era mejor algo cómodo. Íbamos a optar por pantalón de vestir y alguna blusa bonita, sin duda era la mejor opción.

Me propuso que me quedara a comer y acepté, así que nos pusimos a preparar un caldo para hacer sopa y unos filetes de pollo, era fundamental comer ligero, que la noche venía con curvas. Mientras preparábamos la comida, la puerta de la casa se abrió y entraron Iago y Roi.

—Hola, cariño. –Iago se acercó a darle un beso en la mejilla a Mimi, que andaba liada con el caldo, después me dio dos besos a mí. —Ya he visto que has llegado sana y salva por Navidad, pese a que te ha traído Roi.

Le miré con sorna y luego me fijé en Roi, no esperaba verlo hoy y algo dentro de mí empezó a dar palmas, mientras mi corazón dio saltitos y mi cerebro miraba todo perplejo. Como siempre, estaba muy guapo, llevaba el pelo despeinado, una sudadera azul oscura y unos vaqueros claros, acompañados de unas botas de montaña, en la mano llevaba el abrigo, que se había quitado en cuanto entró por la puerta.

—¿Qué tal, chicas? —Saludó Roi, parecía que habíamos viajado en el tiempo y volvíamos a ser unos adolescentes con los sueños intactos. Se acercó a Mimi para darle un abrazo y luego vino hacía mí, me dio dos besos rápidos y casuales que me supieron a poco.

—Aquí estamos como dos buenas señoras haciendo la comida, ¡vaya horas! —Se quejó Mimi.

—¿Te quedas a comer, Lúa? —Me preguntó Iago.

—Sí, se queda, ya me lo ha confirmado. —La muy lianta, que lo era y mucho, había suprimido, seguro que, sin querer, que Roi venía a comer también.

—Venga, vamos a poner la mesa. —Iago empujó a Roi, mientras este no me quitaba ojo de encima, intentando analizar cómo reaccionaba.

Nos quedamos solas en la cocina, mientras Mimi fingía cocinar, veía que estaba esperando pacientemente mi reacción.

—¿Ahora me haces encerronas? No estamos en una comedia romántica, Mimi, no voy a volver con Roi ni estaremos nunca juntos.

—¿Quién ha dicho eso?

—Tú lo dejas caer intentando hacer que nos veamos.

—Bah, no digas tonterías, no tengo culpa de que Iago le haya invitado a comer, ya sabes, de todas formas, que siempre se ven el día de Nochebuena, si son como hermanos.

—De verdad, ¿eh? Olvídate, podemos ser amigos por el bien de esa criatura que llevas en la tripa, por nada más, ¿de acuerdo? No líes más, por favor, no tengo necesidad de comer con él.

En ese momento entró Roi por la puerta con el abrigo puesto, parecía que estaba dispuesto a irse.

—¿Qué haces con el abrigo puesto? —Preguntó Mimi.

—He pensado que mejor me voy, me ha llamado mi hermana.

—No digas tonterías, siempre comes aquí en Nochebuena y hoy no va a ser diferente, ¿verdad, Lúa?

Yo me quedé perpleja, sabía que Roi siempre había comido este día con ellos, con su amigo de siempre. De hecho, yo siempre lo evitaba cuando pasaba las fiestas en el pueblo, intentando no verle, era algo que daba por hecho. Roi era capaz de saltarse su tradición con sus amigos por mí y eso me resultó adorable, mierda, cada vez

notaba que sentía más cosas por Roi y tenía que controlarlas o me iba a meter en un problema del que no iba a saber salir.

—Venga, Roi, quítate el abrigo, no te vas a librar de poner la mesa, que la comida nos la hemos currado nosotras. –Intenté conciliar yo, de nuevo, me sentía muy culpable.

En ese momento vino Iago y le llevó al salón, donde se les escuchó poner la mesa de una vez. Mimi me empezó a dar la comida que había preparado y me pasó también la bebida, para que la llevara también, mientras ella se lavaba las manos y se quitaba un delantal hortera que se había puesto para no mancharse.

Cuando tuvimos todo preparado, nos sentamos a comer. Era raro, habíamos salido los cuatro muchísimas veces y habíamos sido tan cercanos que parecíamos familia, pero antes de que me fuera a Madrid. Antes de que me marchara, hacíamos muchísimos planes juntos, si mi madre me llamaba y no se lo cogía, pronto se escuchaba el móvil de alguno de los otros tres, porque daba por hecho que estábamos juntos. Iago y Roi estaban más tiempo en nuestro pueblo que en el suyo, siempre nos venían a buscar con cualquier excusa. La verdad es que fueron casi dos años maravillosos, fueron los mejores de mi vida, hasta que se truncó.

Después de tantos años, aquí estábamos de nuevo, como si no hubiera pasado el tiempo, aunque habían pasado tantas cosas, que nos habían cambiado totalmente. La vida adulta nos había arrollado sin piedad y cada uno llevábamos una mochila que nos pesaba en cada decisión que tomábamos.

—En nada tu cumple, Lúa, ¿vas a hacer algo especial? Veintisiete años no se cumplen todos los días.

—Hasta que no cumpla los treinta, nada de fiestas sorpresas, ¡ja, ja, ja!

—Anda, Lúa, algo tendrás que hacer, ¿no? —Preguntó Mimi.

—No sé, ya sabéis que suelo comer con mis padres y poco más.

—Antes te encantaba tu cumpleaños. —Musitó Roi, se le veía cohibido.

—Sí, eso era antes, ya sabes. Ahora me gusta pasar de puntillas por el día.

—Pues me acuerdo cuando cumpliste diecisiete, lo pesada que te pusiste. Nos hiciste ir a hacer todos tus planes favoritos, que si a los recreativos, al cine, a cenar tu hamburguesa favorita… Nos tenías de una punta a otra del pueblo haciendo cosas, ¿os acordáis? —Contó Iago.

—¡Ja, ja, ja! No solo eso, terminamos detrás de la iglesia tirados en el césped, con un montón de mantas porque estábamos congelados, porque querías ver la noche estrellada. —Sonrió Mimi mientras lo decía.

—No estuvo mal, solo nos faltó follar, pero nos enrollamos estupendamente de despedida del cumple, ¡ja, ja, ja! –Iago y Mimi se miraron, enamorados como estaban.

—Me encantó esa noche. —Dijo Mimi a Iago, mirándose fijamente. Iago le acarició la cara mientras se besaban, me encantó verlos tan cariñosos. Habían pasado unos meses muy difíciles y eso les había, en parte, distanciado, se merecían ser felices.

Mientras miraba a mis amigos besándose, pillé a Roi mirándome fijamente:

—Siempre fuiste una romántica. –Le miré cuando me habló y también le sonreí a él, sería el espíritu navideño, pero no me nacía reprocharle nada.

Seguimos comiendo, la comida era perfecta para antes de Nochebuena, ligera y con mucho sabor, Mimi siempre acertaba. Cuando terminamos, recogimos todo y me despedí, quería echarme un rato, ya que en Nochebuena solíamos trasnochar bastante en mi familia, eran incansables:

—Me voy a ir yendo, que paséis feliz Nochebuena y Navidad, nos vemos el veintiséis si quieres, Mimi, ya me vas diciendo según tu

trabajo.

—Vale, te voy diciendo, el veintiséis tengo que trabajar seguro, que este año abren la escuela infantil en Navidades y estoy intentando estudiar una hora al día, salen el año que viene las oposiciones y voy a volver a intentarlo.

—¿Quieres que te acerque a casa? No me importa. —Se ofreció Roi.

—Venga, vale.

Nos fuimos juntos, otra vez volvíamos al coche, a su olor y a su cercanía, pero esta vez sería cuestión de cinco o diez minutos, que es lo que tardábamos en ir a mi casa. Me senté en el asiento del copiloto. Esta vez no hizo bromas, estaba más serio de lo normal.

—¿Qué te pasa?

—Nada, me he puesto nostálgico recordando aquel cumpleaños, es un recuerdo bonito.

—Lo es.

—¿Te apetece que quedemos el día de tu cumpleaños para hacer algo juntos por la mañana? Mimi va a tener que trabajar ese día.

—Bueno.

—¿No estás segura? Si te sientes incómoda, lo entiendo, pero como somos amigos…

—Sí, vale, pero necesito que resolvamos antes nuestro tema pendiente, tenerlo ahí me hace sentir tensa, ¿te parece que aparques en algún sitio y hablamos?

—Vale, voy al aparcamiento de colegio, ahí hoy no habrá nadie.

Condujo hasta allí y empecé a ponerme nerviosa. Llevaba muchos años esperando oír alguna explicación de por qué me traicionó, que me pudiera argumentar de alguna manera por qué rompió lo que teníamos, algo que era perfecto. Necesitaba

respuestas y, posiblemente, las iba a encontrar en breves instantes, me costaba hasta tragar, menos mal que la comida había sido ligera.

Llegamos enseguida, en el fondo todo estaba al lado en el pueblo, y aparcó al final del aparcamiento, aunque no había ni un solo coche.

—Ya hemos llegado. —Anunció, como si no lo supiéramos los dos.

—Ya sabes que soy muy clara y no quiero dar rodeos a este tema.

—No pienso dar ningún rodeo, te lo aseguro.

—Quiero que me dejes hablar a mí antes, si no te importa, si no lo suelto de carrerilla no sé si seré capaz de expresarme con claridad. Primero quiero pedirte perdón, no debí irme de repente, sin despedirme, sin hablar contigo y sin darte la oportunidad de explicarte. Me ha costado mucho llegar a esta conclusión y llevo años sin reconocérmelo a mí misma, pero estuvo mal irme abruptamente. Me arrepiento, porque fue una decisión totalmente impulsiva. Aunque te equivocaras, no hay razón para desaparecer sin avisar.

—Muchas gracias, no sabes lo duro que fue ver que te habías ido.

—Aun así, no entiendo por qué no intentaste ponerte en contacto conmigo.

—Siento por todo lo que pasaste, Lúa y es algo que nunca me perdonaré. Pero al irte, sin decirme nada, sin hablar antes conmigo… Pensé que había sido solo un entretenimiento de tránsito para ti hasta que te fueras a la universidad. Por eso estuve tan hostil cuando nos vimos en casa de Mimi la primera vez.

—Yo te quería, muchísimo.

—Ya, ahora sé que me quisiste mucho, pero te fuiste, no miraste atrás, no sé…

—Pudiste haberme escrito de alguna manera o mandarme un mensaje a través de Mimi.

—Lo siento, Lúa, perdóname, era muy joven y no supe gestionar todo lo que sucedió.

Me quedé callada y muy seria, por fin había conseguido que Roi me pidiera perdón, aunque había sido un poco esquivo en la conversación. Me hubiera gustado que me explicara por qué besó a Susana, pero entendía que le doliera el tema y no quisiera extenderse en exceso, al final, él me había fallado y yo no, al menos no de la misma forma. Extendió su mano y me tocó la pierna, me recorrió una electricidad maravillosa, que me encogió el corazón.

—Mírame. –Me costaba, me traía tantos recuerdos, que no sabía si iba a controlarlos.

Giré la cara y le vi de nuevo, era tan guapo y tenía una mirada tan sincera, que no me entraba en la cabeza cómo me había traicionado y había roto todo lo que teníamos.

Me acerqué lentamente mientras le miraba, su mano seguía en mi pierna, acariciándome lentamente. Puse mi mano en su brazo, estábamos muy cerca, a unos centímetros de besarme, pero no me atrevía, estaba claro que nos atraíamos como imanes opuestos.

—Me encantaría besarte.

—No puedo.

—¿Por Óscar? —¿Óscar? ¿Quién era ese? Mierda, ni me acordaba de Óscar.

—No quiero tener nada contigo.

Igual que decía una mentira como una catedral, reduje el espacio que nos separaba y, mientras mis palabras decían una cosa, mis actos expresaron otra. Agarré su cara con las dos manos y le besé, empezó siendo un beso lento y tranquilo, queríamos recrearnos y disfrutarlo, a la vez, me abrazó con sus enormes brazos, para demostrar que no tenía ganas de que me fuera a

ningún sitio. El beso estaba cargado de emociones reprimidas, de años perdidos y de nostalgia. Nuestros labios, sin duda, iban por su cuenta, recordándonos, reencontrándonos, sintiéndonos como nunca.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero nos reaprendimos, estaba claro que no queríamos separarnos. Sabía, en mi fuero interno, que esto no se podía repetir, que debía protegerme de Roi y que no quería volver a tener una relación con él.

Notaba los labios hinchados, me sentí saturada, a punto de explotar, me aparté ligeramente. Estaba cachonda también, pero no podía ir más allá con él, teníamos que mantenernos en la idea de ser amigos, por el bien de Iago y Mimi, que bastante mal lo habían pasado como para ahora darles más problemas con esto.

—No creo que debamos repetir esto. —Su semblante era serio, mientras se acercaba lentamente y me dio un pico casto que me supo a poco.

—Lo sé. —Aseguró.

—No quiero nada contigo, me traicionaste, te perdono y voy a enfocarme en pasar página, pero solo quiero que seamos amigos por el bien de nuestros amigos en común, creo que es lo mejor. Sabías que no perdonaría nunca una infidelidad, odio las mentiras y los engaños.

—Ya lo he aceptado desde hace mucho tiempo y asumo mi responsabilidad. ¿Te puedo dar un abrazo al menos?

Asentí despacio y se arrimó de nuevo a mí, su cercanía me abrumaba, su envergadura, su olor y cómo todo me envolvía. Me dejé abrazar, disfrutando del momento, saboreando este regalo que me daba, ya que era algo que no sabría cuándo volvería a suceder.

Me separé de él a regañadientes y me puse el cinturón, dando a entender que nos íbamos. Le miré de reojo y vi que tenía el pantalón a punto de estallar. No te preocupes, Roi, yo estaba igual.

También Roi se puso el cinturón y arrancó el coche, para llevarme a casa.

No dijimos nada durante todo el camino, cada uno encerrado en sus pensamientos, también posiblemente intentando bajar el calentón que teníamos. El camino se me hizo tan corto que no me di cuenta de que ya habíamos llegado.

—Ya estamos.

—Ya.

—¿Sigue en pie lo de tu cumple?

—Claro, tampoco tengo a nadie más con quien pasar mi cumpleaños, todo el mundo está trabajando.

—Vaya, es alentador ser la única opción de alguien, soy un completo descarte. —Me reí mientras lo decía. Todavía alucinaba cómo podíamos pasar de besarnos y hablar algo tan intenso a reírnos de una tontería.

—Que pases feliz Navidad, descarte.

—Igualmente, Lúa.

Salí del coche sin mirar atrás, pero en cuanto llegué a casa, no pude contenerme y le escribí un mensaje:

[WhatsApp]

Lúa: Eres mi descarte favorito.

Tardaría en contestarme, porque supongo que iría a su casa a cambiarse de ropa y, después, a la casa de sus padres a pasar las fiestas con ellos.

Yo me centré en prepararme tranquilamente, me duché, me lavé el pelo y me esmeré en peinarme con unas ondas perfectas. Me vestí con la ropa que había acordado con Mimi y me maquillé ligeramente, íbamos a casa de mis tíos, no me iba por ahí de fiesta.

A las ocho ya tenía a mis padres preparados y listos para salir, mi madre con dos bandejas enormes de comida y mi padre

quejándose de que le picaba el pantalón que le había obligado mi madre a ponerse. Vamos, que ya estábamos en plena Nochebuena, solo faltaba algún familiar borracho diciendo tonterías inapropiadas para completar las fiestas.

Fuimos en coche hasta casa de mis tíos, estaba cerca, pero entre las bandejas de comida, mi madre, que se había puesto tacones con los que iba a paso de tortuga y mi padre con los picores, no estábamos para dar un agradable paseo y eso que hacía un tiempo nada propio de la época.

En Nochebuena siempre íbamos a casa de mis tíos, los padres de María y Trini y me encantaba. Aunque los peques de Trini eran un auténtico tormento, me gustaba mucho jugar con ellos, los veía poco debido a que no había ido mucho al pueblo en los últimos años, así que, si coincidíamos, intentaba dedicarles el máximo tiempo posible.

Llamé al timbre y me abrió rápidamente Trini, que me dio un abrazo. Ya estaban todos, Trini y su marido Antón, con los pequeños Marco y Aarón, mis tíos y María. Al fondo vi una chica a la que no conocía, se adelantó María para presentarla:

—Os presento a Isa, es mi novia.

—¡Hola, Isa! Encantada, yo soy Lúa. –Le di dos besos, parecía muy cohibida, pobre. Era muy delgada y un poquito más baja que yo, tenía unos ojos azules espectaculares y pelo muy lacio. Llevaba un vestido burdeos cruzado que se ataba en un lazo en la cadera y unas botas negras, era un encanto, daban ganas de abrazarla, parecía un conejito asustado.

Mis padres también la saludaron, mi padre se sentó en el sofá tranquilamente con mi tío mientras mi madre llevaba las bandejas a la cocina y se ponía al día con mi tía.

En cuando estuvo todo preparado, nos pusimos a zampar, literalmente. En casa de mi tía lo de la comida era una auténtica pasada, se les iba de las manos, pero bueno, sin duda era parte de la tradición. La conversación fluyó y vi a Isa más tranquila, entendía

que era la chica que trabajaba como administrativa de la que me habían hablado la última vez, pero no estaba segura. Después de comer quería aprovechar para hablar con María y preguntarle, ya de paso, el tema de los pisos, para ver si podía alquilar unas semanas uno, aunque no tenía mucha esperanza.

Cuando terminamos, mi tío sacó unos chupitos y unos turrones, a ver si con eso ya explotábamos del todo. Algunos se sentaron en el sofá a charlar, mientras los peques se ponían a bailar con Isa y Trini unos villancicos que había puesto mi padre. Vi el momento perfecto para acercarme a María y hablar con ella:

—Te veo muy bien.

—Al final fui a por todas con Isa, no puedo dejarla escapar yendo despacio y tonterías de esas.

—Guau, te veo muy convencida.

—Lo que estoy es totalmente enamorada de ella.

—¿En serio?

—Sí, es la mujer de mi vida, le voy a pedir esta noche que se venga a vivir conmigo.

—¿Y qué crees que dirá? —Me sorprendía mucho que mi prima fuera tan atrevida, siempre se había mantenido en un segundo plano y le costaba mucho decidirse.

—Dirá que sí, está deseando, no me lo ha propuesto ella porque sabe cómo soy, no por otra cosa.

—Me encanta verte así, tan enamorada.

—Ya me tocaba, han sido unos años jodidos, me ha costado aceptar cómo soy y, está claro que, si yo no me aceptaba, era imposible que los demás lo hicieran.

—Jo, qué bien, estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, pero cuéntame, ¿qué tal tú con el de la web de citas?

—Puf, eso mejor ni hablar, pero tengo algo que pedirte.

—Claro, lo que necesites. —Mi prima era un encanto.

—Lo primero, no quiero que se lo digas a nadie, es… Complicado–. Si alguien sabía guardar un secreto, esa era María.

—Claro, eso no te preocupes, yo soy una tumba.

—Después de Navidades, quiero quedarme unos días aquí, en el pueblo, me permiten teletrabajar hasta marzo y quiero… Reencontrarme. Quizá suena muy bohemio, no sé, pero desde que me fui a Madrid entré en una espiral de actividad muy estresante y noto que necesito parar. La única forma de parar creo que es viniéndome aquí unas semanas.

—Vaya, no sabía nada, ha debido de ser muy estresante. Te entiendo perfectamente, a veces entramos en un ritmo del que es difícil parar. Es muy maduro por tu parte reconocerlo y buscar una solución.

—Y ahora viene cuando te digo lo que necesito, no me veo viviendo con mis padres, para unos días, en Navidades, no está mal, pero si quiero reencontrarme, necesito vivir sola. Los quiero mucho, pero me estresan muchísimo.

—¡Ja, ja, ja! Sé de lo que hablas, yo no volvería con mis padres, ni loca.

—¿Crees que habrá alguien que quiera alquilarme un piso por unas semanas nada más? Sé que lo que pido es imposible, pero nunca se sabe…

—Pues se me ocurre una cosa, ¿por qué no te quedas en el piso de Isa? Esta noche tengo previsto preguntárselo, he preparado un regalo y todo, si dice que sí, su piso quedará libre. Le puedo pedir que siga con el contrato y así vives tú allí, le pagas lo que pague ella al casero y apañado.

—¿En serio? Eso sería una auténtica pasada.

—Primero tiene que aceptar venirse a vivir conmigo.

—Antes estabas muy convenida, ¿ahora vas a dudar, María?

—No, no, cuando algo se sabe, se sabe. —Era la mejor prima del mundo y se merecía que todo le saliera perfecto, ojalá, y así, de rebote, me aprovechaba yo.

Después estuve jugando un buen rato con los hijos de mi prima, eran unos trastos y tenían una energía envidiable. Me encantaban los niños y me lo pasé muy bien con las cosas graciosas que me decían.

Cuando ya los niños empezaron a estar cansados, Trini y Antón decidieron irse y los demás aprovechamos para hacer lo mismo. Prometimos vernos pronto y nos deseamos una feliz Navidad.

Ya estaba metida en la cama cuando me puse con el móvil un rato, tenía un *WhatsApp* de Roi:

[WhatsApp]

Roi: Tú eres mi todo, pero como amiga, ¿eh? Ya me buscaré otra novia.

La madre que le parió, al final iba a conseguir que me pusiera celosa, maldito Roi.

[WhatsApp]

Lúa: Nadie como yo, querido.

Mientras escribía a Roi, recibí otro mensaje, en este caso, de mi prima María:

[WhatsApp]

María: ¡Ha dicho que sí! ¡Ha dicho que sí! Vale que mostraba mucha convicción, pero estaba cagada. No sabía qué pasaría, estaba súper nerviosa. Quiere venirse ya mismo, no queremos esperar.

María: He hablado con ella sobre dejarte el piso y me ha dicho que encantada. Yo creo que también le da cierta tranquilidad, porque si algo sale mal entre nosotras con la convivencia, podría volver a su

piso en marzo o así, cuando te tengas que volver a Madrid, así que todo cuadrado.

Lúa: Si queréis, me acerco pasado mañana a ayudaros con la mudanza o más adelante, lo que prefiráis, yo no tengo prisa.

María: Pues si no tienes nada que hacer, estaría genial que nos pusiéramos con ello, verás que no tiene casi nada y lo hacemos en un día. El piso venía amueblado y no está mal, seguro que estás cómoda.

Lúa: Jo, gracias, me has salvado la vida, me has ayudado mucho y me alegro tanto de que vayas a vivir con Isa, creo que hacéis una pareja ideal.

Me despedí de María y me acosté con una sonrisa en la cara, no pensaba que fuera a encontrar un piso para tan pocas semanas y eso me salvaba de tener que volver a Madrid. Nunca había contemplado la opción de quedarme con mis padres tantos días, porque podríamos salir a malas, así que, si no hubiera encontrado algo para alquilar, me hubiera tenido que volver a Madrid.

15

LA MUDANZA

El día de Navidad fue muy tranquilo, comí con mis padres las sobras que habíamos heredado de Nochebuena y estuvimos viendo películas antiguas tirados en el sofá. Siempre hacíamos eso y nos encantaba.

Esa noche decidí hablar con mis padres y ser sincera sobre el tiempo que iba a quedarme en el pueblo:

—Mañana voy a ir a casa de la novia de María para ayudarle con la mudanza.

—¿Se cambia de casa? —Preguntó mi madre extrañada.

—Se van a vivir juntas.

—¡No me digas! Por fin esta chica encuentra a alguien, pobrecilla, con lo que les ha costado a sus padres aceptar que era lesbiana.

—Pues sí, están muy contentas, pero a lo que voy es que quiero alquilar el piso donde está viviendo Isa, quiero quedarme aquí hasta marzo.

—¿Y eso, hija? ¿Te han despedido? —Mi madre era todo un caso, siempre se ponía en lo peor.

—No, no es eso, hasta marzo mínimo no tengo que ir a la oficina y he pensado pasar aquí unos días, la vida en Madrid es muy

estresante y me noto saturada de tantos estímulos, demasiados planes, sitios virales que conocer, ruido, gente, no sé...

—¿Y por qué no te quedas aquí? Mejor que con tus padres, ¿dónde vas a estar? —Preguntó mi padre.

—Es verdad que aquí estoy genial y os quiero un montón, pero necesito mi intimidad, quiero estar tranquila y sola, espero que lo entendáis.

—Pues no sé, te vas a gastar el dinero en otro piso, teniendo que pagar la hipoteca y pudiéndote quedar aquí, lo veo una tontería. —Espetó mi madre.

—Sí, es verdad que tendré un sobrecoste, pero creo que merece la pena y confío en que me mandes *tuppers* y ahorrarme algo en comida.

—Claro que sí, hija, ya conoces bien que mis *tuppers* nunca te van a faltar, pero me da pena que no te quedes en casa.

—Piensa que, al menos, vamos a estar más cerca una temporada y podremos vernos más a menudo.

Con eso se convenció del todo, en el fondo, seguro que entendían lo que les había explicado.

Al día siguiente me desperté muy contenta, tenía ganas de ayudar a Isa y a María en la mudanza, para que pudieran empezar una vida en conjunto cuanto antes, como tanto estaban deseando. Me puse un chándal cómodo y el único abrigo que había traído, era muy temprano y hacía fresco, y me dispuse a ir a la casa de Isa. El piso estaba a unos diez minutos andando de casa de mis padres, pero fui en coche por si teníamos que transportar cajas a su nueva residencia. Me llevé unas cajas de cartón que tenía mi padre en el trastero por si las necesitaban para meter cosas.

Llamé al timbre de abajo y enseguida me abrieron. Subí rápidamente, el piso no tenía ascensor, igual que mi casa de Madrid, pero en este caso solo era un primero, así que me ahorraba un buen tramo de escaleras. Me esperaban con la puerta abierta:

—Hola, chicas.

—¡Hola, Lúa! ¿Qué tal? —Me dijo Isa.

—¡A tope! Venga, ¿nos ponemos a ello?

El piso era pequeño, pero mono. Estaba reformado, algo que se agradecía, tenía las puertas blancas y tarima de color madera clara, la cocina era pequeña, pero útil, cuadrada, con una pequeña mesa para dos personas. Para llegar a las habitaciones había que atravesar por el salón, que tenía un escritorio debajo de una ventana, dos sofás y una televisión, no necesitaba más. Había dos habitaciones y ambas eran exactamente iguales, cada una con una cama de matrimonio, un armario empotrado y cortinas blancas. Podría estar cómoda en este piso, al menos para el tiempo que lo quería, me valía de sobra.

Isa ya había adelantado mucho trabajo, lo que más tenía eran libros y los había metido en cajas y su ropa la había guardado en dos maletas que trajo con ella, así que la mudanza pintaba bien.

—He hablado con el casero y le he explicado la situación, como es para poco tiempo, hemos pensado que no merece la pena actualizar el contrato. Como casi somos familia –Y sonrío con su carita adorable— no hay problema, al final del mes, me pagas la cuota y listo. Te puedes venir ya hoy mismo a vivir, yo ya te entrego las llaves, pero estos días, obviamente, no hace falta que me los pagues, hasta que cambiemos de mes, ¿vale?

—Jo, vaya, muchísimas gracias, puedo pagarte los días, de verdad, que me siento mal.

—Nada, nada, con que algún día nos invites a Madrid, que nunca he estado, me es suficiente.

—Eso está hecho.

Bajamos todas las cajas y las maletas a mi coche y nos dirigimos al piso de María, que era gigante. Tenía cuatro habitaciones, dos baños y una cocina y salón gigante, además de una bonita terraza donde tomar el sol.

Les ayudé a subir las cajas, vivía en el ático, pero como tenía ascensor, fue fácil subir. Allí sacamos todas las cajas con todas las pertenencias de Isa y las fuimos colocando, la casa era grande y mi prima María tenía pocas cosas, así que nos costó poco tiempo colocar todo. Tenía unos armarios enormes que eran una auténtica fantasía.

Cuando terminamos, María sacó unas cervezas con unas aceitunas y queso y nos tomamos el aperitivo, que ya tocaba.

—Toma. –Me tendió las llaves Isa. –Toda tuya, he estado poco tiempo en ese piso, pero he estado muy cómoda, espero que te ayude a encontrar tu camino.

—Muchas gracias, Isa, me habéis salvado la vida, me ha venido todo rodado, no me esperaba que pudiera salirme bien algo a la primera.

Me encantó pasar tiempo con ellas y ver que tenían tanta complicidad, era genial ver que mi prima por fin había encontrado alguien con la que se sentía cómoda y podía ser ella misma, había estado mucho tiempo reprimida por el qué dirán y se merecía, más que nadie, ser feliz con Isa.

Al rato me despedí, volviéndoles a dar las gracias y me fui a mi nuevo hogar. Una de las razones por las que no se lo había contado a Mimi era porque me quería enfrentar a esto yo sola. Estaba segura de que, si Mimi lo sabía, hubiera querido acompañarme y apoyarme en todo momento. Y agradecía que fuera así, pero me veía empoderada, había tomado la decisión sin que nadie me aconsejase y me sentía, casi por primera vez en mi vida, que estaba haciendo lo que me venía en gana, sin basarme en lo que tocaba hacer. Tuve ganas de llamar a Roi y compartir mis avances con él, pero me aguanté. Desde que había insinuado que buscaría otra novia, no habíamos vuelto a hablar, me hervía la sangre cada vez que pensaba que Roi podría tener pareja y compartir su vida con otra persona. Me enfadaba conmigo misma porque esos sentimientos no tenían ningún sentido. Yo no quería estar con Roi, lo tenía claro, pero

parecía que tampoco quería que nadie estuviera con él y eso era muy egoísta, al final tanto él como yo nos merecíamos ser felices, pero no sería juntos. Mi visión rígida de la situación empezaba, poco a poco, a resquebrajarse, también le había dicho que no iba a besarle y, si hubiéramos estado en su casa, tenía claro que no solo hubiera sido un mero beso lo que hubiéramos hecho.

En ocasiones me imaginaba, sin darme cuenta, besándonos y llegando más lejos, cada vez me llamaba más y me estaba costando refrenar ese instinto tan primitivo. Roi y yo en la cama habíamos sido… Puf, en serio, no tengo un adjetivo suficientemente descriptivo como para elevar lo que había sentido en la cama con Roi. No solo era sexo apasionado, era cariño, cercanía, complicidad… Era todo, hacer el amor con Roi había significado promesas, una vida juntos, un futuro, desnudar el alma y entrelazarnos en lo más profundo de nuestro ser.

De repente, me sonó el móvil y salí de mis pensamientos:

—Hola, estoy justo detrás.

Me di la vuelta y ahí estaba, a lo lejos, el chico que me quitaba el sueño, el chico por quien habría dejado todo, el chico al que más había querido en toda mi vida. Colgué el móvil y me acerqué a él:

—¿Qué tal? —Obviamente, quien lo preguntaba era el perfecto Roi. Llevaba unas gafas de sol que le quedaban de muerte, una chaqueta estilo *bomber* y unos vaqueros ajustados que insinuaban más de la cuenta o, más bien, era mi mente salida y corrompida por su belleza.

—Anda, ¡hola! Pensaba que ya estarías buscando a tu próxima esposa.

—¡Ja, ja, ja! Estoy en ello.

—Qué bien. —No me lo parecía, pero no supe qué contestar.

—¿Qué haces por aquí?

—¿Tú no trabajas?

—Sí, pero tengo horarios raros.

—¿Cómo de raros? —Pregunté para desviar la atención.

—Me gusta trabajar por la noche, muchas veces estoy despierto hasta el amanecer en el taller, también depende de los encargos que tenga.

—¿No era que tenías lista de espera?

—Así es, pero me tomo las cosas con calma, ¿por qué me interrogas? ¿Ahora la que evades eres tú?

—No evado nada.

—¿A dónde vas? Si quieres te acompaño.

—Bueno, vale, vamos andando, es por allí.

Estábamos a solo cinco minutos del piso de Isa, bueno, realmente de mi piso ahora, así que llegamos enseguida. Fuimos callados todo el camino. Se le veía muy intrigado, sobre todo cuando me paré en el portal de repente y saqué las llaves:

—¿A dónde vamos? —Se notaba que tenía mucha curiosidad.

—Tranquilo, es todo legal y no te haré nada que no quieras.

—¡Ja, ja, ja! Qué graciosa.

Accedimos al portal y fui directa a las escaleras, él me seguía atento. Llegamos al primero, donde estaba el piso y abrí con las llaves que llevaba en mi mano.

—He alquilado este piso.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Te vas a venir a vivir al pueblo?

—No exactamente. Necesitaba… No sé, estaba agobiada en Madrid, me sentía saturada, me levantaba todos los días con una presión en el pecho que no sabía controlar. Quizá necesito más a mi familia de lo que pensaba, no lo sé. Hablé con mi jefe en el trabajo y

hasta marzo no tengo que ir a la oficina, así que en Nochebuena hablé con mi prima María, por si sabía de alguien que me pudiera alquilar un piso. Resulta que su novia se ha ido a vivir con ella y me ha prestado este unas semanas, no lo he pensado mucho, lo mismo es una auténtica locura, pero tampoco pierdo nada.

—Tranquila, no tienes que darme explicaciones, seguro que te ayuda a desconectar y te sirve para ordenar tus ideas. Seguro que el cambio es positivo, de una u otra manera.

—Ya, claro, lo que quieres es tenerme cerca. —Le di un golpecito en el hombro en plan colegas y ni se inmutó.

—Eso también. Me encanta poder tenerte por aquí y verte más a menudo, qué voy a decir, soy así de egoísta. No sé si voy a poder concentrarme en el trabajo si te tengo tan cerca.

—Ya, claro. Todavía tengo pendiente que me enseñes tu lugar de trabajo, tengo mucha curiosidad.

—Pensaba enseñártelo el veintiocho, que hemos quedado, ¿recuerdas?

—Me parece bien, con lo cotilla que soy, es un regalo perfecto de cumpleaños.

Sonrió mientras se quitaba el abrigo, solo llevaba una camiseta negra que le ajustaba a la perfección y, otra vez esa mirada intensa que me tenía obnubilada. Creo que mi cerebro, en su presencia, no funcionaba con normalidad, sino no me entraba en la cabeza cómo podía haberle besado, cuando me había prometido a mí misma que jamás me volvería a acercar a Roi. Lo peor es que me estaba planteando volver a besarle, de verdad, algo no funcionaba bien en mi cabeza.

—Estás guapísima hoy.

—Solo llevo un chándal y un moño bastante despeluchado.

—Vale, reconozco que tengo ganas de quitarte ese chándal, pero así también estás muy guapa. —Noté cómo me subía un rubor

incontrolable por las mejillas.

—¿Echamos un vistazo a la casa? No me he fijado mucho antes cuando me la ha enseñado Isa, estaba nerviosa.

—¿Por qué no has venido con Mimi?

—No lo sabe nadie, solo mis padres.

Se quedó callado, me gustó que no me preguntara y que no se aventurara a juzgarme, se agradecía que me respetara. Fuimos a ver las habitaciones:

—Está bien que tenga dos camas, por si quieres invitar a alguien.

—Sí, no está mal.

—No es tu casa, lo sé, es muy impersonal, no habla sobre ti ni se parece.

—Para unas semanas, me valdrá. —Me sonrió con ternura y acercó su mano a mi cara, vi como dudaba, pero después me acarició despacio.

—No hagas eso.

—Lo siento, no puedo evitarlo, eres adictiva.

Me acerqué despacio y él miró fijamente mi boca:

—No estoy saliendo con Óscar, no estoy con nadie.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes de venirme aquí, no quería que pensaras que lo había dejado por ti.

—¿Y por qué lo has dejado?

—No creo que fuéramos a llegar a nada, antepone a sus amigos antes que a mí y… No eres tú. Tengo la manía de compararte con todos los que he intentado tener algo.

Me cogió de la cintura y me atrajo hacia él, dándome un señor beso. Un beso apasionado, desesperado, un beso que quería

decirme tantas cosas que hasta me hablaba, un beso que no podría olvidar nunca. Cambió sus manos a mi cara, mientras me acariciaba, no paraba de besarme ávido. Fue un beso torpe, un beso urgente, un beso que teníamos miedo de que se nos escapara entre nuestras manos, como había pasado con nuestra relación.

No pude contenerme, me aparté, Roi me miraba perplejo y aproveché para quitarle la camiseta. Le acaricié con calma el pecho, estaba totalmente marcado e impresionaba verle, me imponía lo fuerte que estaba. Aproveché para quitarme la sudadera y la camiseta, me quedé en sujetador, mientras él me acariciaba la espalda a la vez que me atraía hacía él y cerraba los ojos, suspirando. Le noté tembloroso y nervioso, como si hubiera estado mucho tiempo esperando este momento.

Yo no dudé, le cogí de la mano y nos metimos en una de las dos habitaciones, agradecía tener dos, porque su olor se quedaría impregnado en ese cuarto y seguro que más tarde querría escapar de él. Seguí besándole con ansia, con muchísima necesidad, porque esto lo había anhelado durante años y me había engañado a mí misma. Cómo había echado de menos tenerle tan cerca.

Se quitó los pantalones y noté cómo su calzoncillo estaba abultado considerablemente, me quitó los pantalones del chándal con manos temblorosas.

—¿Estás bien? —Le pregunté.

—No podría estar mejor, no sabes lo que te he echado de menos. —Y me abrazó con fuerza, como si me fuera a esfumar.

—Esto no cambia nada.

—Lo sé. —Y me besó como si fuera el último beso de nuestras vidas.

Nos tumbamos en la cama y me puse encima de él. Seguimos besándonos como dos locos mientras me frotaba contra él. En otras relaciones sexuales que había tenido el objetivo era llegar al

orgasmo, nos tocábamos y buscábamos el placer entre los dos, con Roi simplemente teníamos necesidad de estar cerca, de estar juntos.

No paraba de tocarme, de acariciarme por todo el cuerpo, recorriendo toda mi espalda, parecía que solo quería recordar todo mi ser antes de que me fuera otra vez.

—Necesito estar dentro de ti, Lúa, no me aguanto más.

Seguí besándole sin hacerle caso, no podía terminar tan pronto, quería estar con él siempre, mierda, me estaba dejando llevar demasiado, esto tenía que ser una única vez, no podía caer de nuevo en esta relación que no llevaba a nada. Las personas no cambiaban y, si alguien me había engañado una vez, lo volvería a hacer por cualquier otra razón.

—¿Tienes preservativos? En esta casa no tengo nada.

—Sí, dame un momento. —Se levantó y fue a buscar su pantalón, de uno de los bolsillos sacó la cartera, donde llevaba uno, que se puso rápidamente, no dudó, el tío. Aproveché para tumbarme en la cama mientras lo hacía.

Se acercó y se puso encima de mí, mientras siguió besándome, fue bajando, dándome besos por el cuello, la tripa, hasta que paró en mi pelvis, aprovechó entonces para quitarme las bragas despacito. Después, cogió una de mis piernas y fue dándome besos desde la ingle hasta el tobillo, creo que con esto era capaz de correrme, tan cachonda estaba.

Me colocó las piernas apoyándome los pies en la colcha a la vez que doblaba mis rodillas, podía hacer lo que quisiera conmigo, que, posiblemente, me dejaría. Le seguía notando nervioso, no entendía por qué, estaba convencida de que había follado con unas cuantas chicas estos años y con lo bueno que estaba y seguro de sí mismo que era, no le pegaba nada estar en ese estado.

—Métemela, necesito tenerte dentro. —Estaba desesperada, anhelaba sentirlo.

Subió a mi altura, me besó y me la fue metiendo muy despacio, lentamente, acoplándose a mí, mientras yo le envolvía con todo mi ser. Noté que algo se recomponía en mi interior, me sentí plena. Fue despacio, sin prisa, con más cariño que pasión, se paraba, me besaba, me abrazaba, me susurraba palabras bonitas al oído y volvíamos a retomar. Me impresionaba que nuestros cuerpos, tras tantos años, aún se reconocieran. Fuimos elevando el ritmo, nuestros cuerpos pedían más y empezó a subirme un hormigueo, me agarré a su espalda, clavándole las uñas, mientras le decía en bajito que me iba a correr.

—Yo también, cariño, yo también.

Nos corrimos prácticamente a la vez y tardamos un rato en reaccionar. No se apartó deprisa de mi lado y se lo agradecí muchísimo internamente. Fue saliendo poco a poco y se tumbó a mi lado, pasó mi brazo por debajo de mi cuello y me acercó a él para abrazarme.

—Ha estado bien. —Dije, por decir algo, me costaba expresarme en este momento, los sentimientos se agolpaban en mi pecho, luchando por salir todos a la vez.

—Puedo hacerlo mejor, podemos intentarlo otra, ¡ja, ja, ja!

—Cualquier excusa es buena.

—Tenía que intentarlo.

—Te he notado nervioso. —No quería callarme nada, no con él, ya me había reprimido demasiado en otras relaciones, no diciendo lo que sentía en cada momento y eso se iba a terminar.

—Lo estaba. Llevo mucho tiempo deseando este momento y daba por hecho que jamás sucedería. Desde que te fuiste, no ha habido ni un solo día que no te haya pensado.

—¿No has estado con otras chicas?

—Lo he intentado estos años, animado por Iago, que me insistía en que saliera y conociera a chicas, pero ninguna eras tú.

Siempre les encontraba alguna pega, cuando el pero más grande que había era, simplemente, que no eras tú.

Se me llenó el corazón y sentí que mi coraza y mi convencimiento titubeaba.

—Te conozco bien y sé que no podemos volver a estar juntos como pareja, pero déjame estar a tu lado, al menos estos meses que vas a estar en el pueblo.

—No sé si es buena idea, no quiero que nos hagamos daño, ya te dije que no podría volver a tener una relación contigo.

—Nos atraemos, ¿no te das cuenta? Es algo inevitable.

No quise desmentirle, porque no tenía el convencimiento y la seguridad para hacerlo, solo le abracé más, como él a mí. No habíamos comido ni siquiera, pero estaba tan descansada y cómoda a su lado, que, sin darme cuenta, me quedé dormida.

16

¿Y SI SOMOS FOLLA-AMIGOS?

Me desperté desorientada, no sabía dónde estaba, pero pronto me vinieron los recuerdos: el piso, Roi, el sexo… Escuché ruido en la cocina, así que me puse las bragas y la camiseta y fui con cautela hacia allí.

Vi a Roi preparando unas ensaladas de pasta y sirviendo unos refrescos en dos vasos, hasta que se percató de que estaba observándole:

—No había gran cosa en la cocina, vas a tener que ir a hacer la compra.

—¿Qué estás preparando?

—Unas ensaladas de pasta, no da para mucho más tu despensa.

—Hombre, no tengo ni mi ropa aquí.

—Bueno, te tienes que poner las pilas si quieres vivir aquí, ¿comemos? ¿No tienes hambre?

—Estoy hambrienta. —Notaba cómo me rugía la tripa.

Nos sentamos en la mesa de la cocina, ideal para una pareja y Roi colocó los platos y los vasos, junto con unos cubiertos. Me tiré a la comida, qué hambre tenía, hasta que Roi habló:

—He estado pensando una cosa.

—Dime.

—Somos amigos y no se nos ha dado mal estas semanas. —¿A dónde quería llegar?— El caso es que también nos gusta estar juntos… De otra manera.

—Me tienes intrigada.

—Sé que no quieres tener una relación conmigo y me lo has dejado claro por activa y por pasiva, lo acepto y lo respeto, aunque ya conoces mi opinión sobre ello.

—Eso es. —Reconocí.

—¿Por qué no somos follamigos?

—¿Cómo? —Estaba alucinando.

—Sí, podemos ser amigos y follar, comprometiéndonos a no tener ningún compromiso, así podríamos intimar sin que tuvieras remordimientos, como me parece que tienes.

—Suena bien, pero en las películas siempre uno, al menos, sale dañado, ¿no has pensado que podrías ser tú?

—Correré el riesgo.

—Si lo hacemos, no quiero que nadie se entere, ni mis padres, ni nuestros amigos, nadie.

—Me parece bien.

Le tendí la mano y se empezó a reír, pero me la estrechó con decisión.

—Esto es un trato, no hay vuelta atrás.

—Cuando llegue marzo y me vuelva a Madrid, esto se terminará igual que empezó, ¿estás de acuerdo?

—Sí, lo acepto.

Nos estábamos metiendo en la boca del lobo nosotros solitos y lo único que podía hacer era dar palmas de alegría. Cuando terminamos de comer, recogimos y nos despedimos, quería ir a casa

a por mis maletas y prefería ir yo sola. Después visitaría a Mimi y le contaría que había nueva vecina en el vecindario.

Nos despedimos en el piso. Prefería que bajara él primero y luego me fuera yo, por si acaso nos veía algún vecino cotilla. Para despedirse, me dio un buen beso que casi pierdo la conciencia, nunca me acostumbraría a las sensaciones que me despertaba.

Mi mudanza fue rápida e indolora, había traído dos maletas y una de ellas ni siquiera la había abierto, así que fue cogerla tal cual estaba en mi cuarto de adolescente y llevármela. La otra maleta sí la tenía vacía y tuve que meter toda la ropa que quería llevarme al piso. Aproveché para dejar algunas cosas un poco más viejas que no me ponía en mi antiguo armario, me gustaba tener allí algo de ropa por lo que pudiera pasar. Mi madre estaba trabajando, así que me libré de su carita de pena, mi padre simplemente me dio un abrazo. Me recordó que fuera a comer cuando quisiera, que lo tuviera por seguro, la comida de mi madre era la mejor del mundo. Tardé muy poco en todo el proceso, algo que agradecí.

Lo siguiente fue visitar a Mimi, ya habría salido de la escuela infantil, por lo que seguramente la pillaría en casa, según el día salía a las tres o a las cuatro de la tarde, así que, después de su jornada laboral, comía tranquilamente en casa. Iago normalmente dormía por las mañanas y solía comer con Mimi, me acordé de que tenía de hablar con Roi sobre él, ahora que nos íbamos a vernos más, quería aprovechar para ver qué opinaba sobre lo raro que estaba.

Llamé a su timbre y enseguida me abrió la puerta:

—¡Hola! ¡No te esperaba!

—Sí, me apetecía verte.

—Hace un rato que llegué de trabajar, vente, que estoy terminando de comer.

Pasamos a la cocina y nos sentamos:

—¿Te apetece comer algo?

—Qué va, acabo de comer hace un ratillo.

—¿Qué tal estás?

—Te tengo que contar algunas cosas.

—¿Te has liado con Roi?

—No, calla. Ya sabes que en Madrid estaba muy agobiada, he pasado unas semanas triste, desde que perdiste el bebé me lamenté mucho de no haber estado a tu lado, me he sentido sola. Hablé con mi jefe y me comentó que hasta marzo no tenía que ir, así que me voy a quedar por aquí hasta que pueda.

—¿En serio? ¿De verdad? Qué bien, Lúa, ¡no sabes lo que te necesito!

—Espera, total, que me ha salido redondo, mi prima María se va a vivir con su novia y me dejan el piso que les sobra. Ya he hablado con mis padres y he llevado mis cosas allí, esta mañana he estado ayudando a la novia de mi prima con la mudanza, así que ya está hecho. —Lo que no le conté es que ya había estrenado el piso con Roi, eso me lo guardaba para mí.

—Jo, qué rápido todo, ¿estás convencida?

—Sí, al final no es un contrato de un año, son solo dos meses y pico, así como un cambio de aires. Me servirá para reorganizar mis ideas, creo que puede venirme bien.

—Pareces Roi cuando hablas. —Qué perspicaz era.

—Es verdad que he hablado de ello con él, pero de casualidad.

—¿Lo sabe antes que yo? Tú te has liado con él.

—A ver, tranquila, que te montas películas. Hoy me lo he encontrado y hemos hablado un rato, me ha preguntado a dónde iba y no he tenido más opción que decírselo.

—¿Y cómo fue la vuelta a casa en su coche en Nochebuena?

—Hablamos, creo que hemos llegado a un entendimiento. Nos pedimos perdón mutuamente.

—¿Y te ha contado algún detalle de por qué se lio Susana o algo así?

—Estuvo muy esquivo con el tema, no sé, parece que no quiere hablar de ello, pero pienso que lo mejor es dejarlo atrás. Me dijo que sentía haberme hecho daño y yo también le pedí perdón por irme sin más, sin dejarle darme explicaciones.

—Suena maduro. —Mimi puso cara rara y se quedó pensativa—. ¿No hablasteis de nada más?

—No, ya te digo, no quiso darme más detalle y tampoco quise insistir, pasó hace años, ya no somos pareja ni lo seremos, creo que hacer leña del árbol caído solo puede hacernos más daño.

—¿Y no sientes atracción por él?

—Claro que sí, ¿tú le has visto? Creo que es imposible no sentir atracción por él, pero acepté hace mucho tiempo que mi vida no está con él.

—¿Habéis follado? Habéis follado.

—Que no, estoy en un momento de introspección y quiero cuidarme.

—Vale, no me lo cuentes si no quieres, te lo veo en el brillo de los ojos, pero no te vuelvas a enamorar o terminaréis mal.

—Yo no podría enamorarme de alguien que me traicionó, eso está más que muerto.

—Lo que tú digas.

Siguió comiendo como si nada, Mimi me conocía bien y era imposible mentirle, agradecí que no insistiera más, porque posiblemente se lo hubiera terminado contando y Roi y yo teníamos un acuerdo que quería cumplir.

Estuvimos hablando de cómo era el piso y de la decoración y quedé con ella para vernos el día de mi cumpleaños por la tarde. Estaría toda la mañana con Roi y por la noche mis padres habían

reservado para cenar en un italiano que nos encantaba para celebrar momentos especiales de la familia.

—¿Cuándo tienes que volver al médico?

—Pues a mediados de enero tengo la ecografía de las doce semanas, donde te dicen si todo está bien. Ya a partir de ahí lo comentaré en el trabajo y a los amigos, ahora mismo solo lo sabéis tú, Roi y nuestros padres.

—¿Qué tal en Navidad? ¿Cómo se tomaron las familias la noticia?

—Están un poco como nosotros, ilusionados y asustados a partes iguales. Pero las abuelas ya están hablando de los modelos que le comprarán, ya sabes.

—¿Y qué tal con Iago?

—Sigue igual, cerrado en sí mismo, trabaja muchas horas, no sé. Nos vemos poquísimo. Llega a casa cuando yo ya me he ido al trabajo y cuando llego, como ahora, le encuentro dormido. Cuando se levanta apenas le da para recoger y volverse a ir. Los fines de semana está en casa, pero poco comunicativo, no sé, a veces sale por ahí con los amigos en vez de proponerme que hagamos algo juntos. Lo estoy perdiendo, Lúa.

—¿Cómo lo vas a estar perdiendo? Iago te adora, acuérdate en Nochebuena cuando os besasteis, cómo te miraba. Lo único que sucede es que tiene que volver a conectar contigo, hablaré con Roi y veremos qué se nos ocurre.

—Te lo agradezco un montón, algo tenemos que hacer. Me va a venir bien que seas tan amiguita de Roi.

En ese momento se escuchó un sonido y vimos como aparecía Iago por el salón, con cara de dormido, el pijama puesto y todo despeinado.

—Hola, chicas. —Se acercó a Mimi y le dio un beso en la mejilla y a mí me dio un apretón en el hombro de forma amigable. Fue a

prepararse algo de comer y yo aproveché para levantarme e irme.

—Bueno, yo me voy a ir yendo, ya le cuentas las novedades a Iago luego.

—¿Ya te has liado con Roi? —Preguntó Iago como si nada, ¿qué le pasaba a todo el mundo? ¿Tan predecibles éramos?

—Sí, pero hacen como que no, así que tenemos que hacer como que no lo sabemos. —Soltó Mimi.

—Yo no he dicho eso, no te montes películas, que mi vida no es uno de esos libros de género romántico que devoras.

No dijo nada y utilicé ese rebufo para hacer bomba de humo, tenía que seguir poniendo a punto mi nuevo piso. Fui al supermercado de Susana, pero tuve la suerte de no encontrármela. Hice una buena compra para tener algo más que pasta en casa, compré de todo un poco y reconozco que eché algún producto que sabía que le gustaba especialmente a Roi. También cogí una caja de preservativos que esperaba usar más pronto que tarde.

Cuando salía por la puerta del supermercado, cargada como una mula, me di de bruces con una auténtica pared y se me cayó una bolsa al suelo, miré para arriba y, ahí estaba otra vez, ¿este chico estaba en todas partes?

—Te veo cargada.

—¿Estás en todas partes?

—El pueblo es pequeño.

—Pues qué casualidad, no me he encontrado con nadie más y contigo, sin embargo, dos veces.

—Suerte la mía. —Me sonrió con sorna.

—Ya que estás, ¿me ayudas con las bolsas? Se me ha ido de las manos lo de comprar. —Dejé las bolsas que aun mantenía en la mano en el suelo y nos agachamos a recoger la que se había desparramado por el suelo. Tenía que pasarme a mí que, justo, mirándonos fijamente, estaban los veinticuatro preservativos que

había comprado, llamadme optimista, pero sí, había comprado la caja grande, viniéndome muy arriba.

Justo fue a coger los preservativos y los metió en la bolsa mientras se reía:

—Te veo preparada.

—Nunca se sabe a quién voy a conocer por ahí.

—Seguro que es eso.

—Bueno, tú y yo tenemos un acuerdo, que no se te olvide. —Dije claramente, a mí no me iba a dar vergüenza hablar abiertamente de nuestros encuentros sexuales, estaba curada en salud, había experimentado de todo en mis maravillosas veinticinco citas.

—Anda, vamos, que te ayudo con las bolsas. —Me dio dos para que yo llevara, que eran las que menos pesaban y él se hizo cargo de todo lo demás, me resultó perfecto, así usábamos sus maravillosos músculos.

Fuimos hasta el portal y subimos juntos las escaleras. No se planteó en ningún momento la posibilidad de despedirnos en el portal. Fuimos colocando la compra como consideramos, ya que nada tenía su sitio establecido. Saqué yo los preservativos cuando estaba guardando parte de la compra en la nevera y los llevé al cajón de la mesilla de la primera habitación. Cuando terminamos, fue a despedirse:

—Me voy a ir yendo.

—Es verdad, ibas al supermercado cuando nos hemos encontrado, ¿no?

—Sí, pero no era nada urgente.

—¿Te apetece una cerveza? Para compensar que me hayas ayudado con la compra. —Puse carita de ángel.

—Claro.

Saqué dos cervezas y unas aceitunas y nos sentamos en el sofá.

—Te quería comentar una cosa.

—¿Ya te has arrepentido de nuestro trato? —Preguntó y me sorprendí mucho de la pregunta.

—¿Acaso tienes miedo de que me arrepienta?

—Sí.

—No me voy a arrepentir, tú tranquilo, que estás muy bueno y lo sabes. —Me miró irónico—. Te quería comentar un tema sobre Iago.

—¿Qué sucede?

—Mimi está preocupada por él, está muy distante, trabaja mucho, dice Mimi que apenas le ve. Cuando Mimi perdió al bebé, noté que Iago se había encerrado en sí mismo, siempre ha sido poco expresivo y muy de sentimientos para dentro, pero su comportamiento fue demasiado exagerado.

—Ya sabes cómo es.

—Me preocupa la situación, pero más me preocupa Mimi. Debería estar tranquila y tener un apoyo, no una carga más.

—Iago no es una carga ni mucho menos.

—Lo sé, los quiero mucho, pero tenemos que ayudarle o se le hará cada vez más grande el problema.

—Hablaré con él.

—Eso quería escuchar.

—Siempre consigues lo que quieres, ¿no? —Y bebió de su botellín de cerveza mirándome lascivamente.

—Lo intento. —Y bebí yo de mi bebida, no me iba a quedar atrás.

Dejó la cerveza en la mesa y me besó sin miramientos, un morreo en toda regla de los que quitan el aliento, me pilló de improviso:

—Esta mañana estaba nervioso, hacía mucho que no te tocaba y no veas las ganas que te tenía, pero ahora vas a ver. —Me cogió en brazos como si no pesara nada y me llevó a la primera habitación, donde habíamos estado esta mañana. Me dejó allí encima como si fuera un muñeco.

Se quitó la camiseta y se puso encima de mí, me fue desnudando lentamente, me quedé en ropa interior, parándose con detenimiento en todas las partes de mi cuerpo, a la vez que me repartía besos por todo el cuerpo. Se paró en el ombligo, mientras me lamía e iba bajando, aprovechó en ese momento para quitarme las bragas, ya, como comprenderéis, estaba fuera de mí.

Empezó a lamerme todo mi ser y me dejé hacer, con Óscar me nacía apartarle, pero con Roi era casa, no tenía necesidad de alejarme. Me miró y después continuó dándome placer, recorriendo con su lengua cálida todos mis pliegues, preciso, directo, sensual.

Le agarré del pelo, él seguía a lo suyo, lamiéndome sin parar. Aprovechó para deleitarse con mi clítoris, a la vez que me metía dos dedos dentro de mí. Estaba a punto de correrme y apenas me había tocado. Con otra mano me metió la mano por debajo del sujetador y me agarró un pecho, no fue delicado y eso terminó de hacerme explotar.

Me salió un jadeo descontrolado y un grito que no pude parar, no solía ser muy expresiva en la cama, era más bien contenida, pero no pude evitarlo.

—Todavía no he acabado contigo.

Estaba agotada. Dudaba que me pudiera correr de nuevo, pero no quería dejarle insatisfecho y, seamos sinceras, tenía muchas ganas de tenerle encima de mí y sentir su peso y su olor sobre mí. Subió por mi pelvis, lamiéndome sin parar y me preguntó dónde tenía los preservativos. Le saqué uno con las pocas fuerzas que

tenía, se lo puso sin miramiento y me la metió fuertemente, estaba tan abierta que entró de golpe con total facilidad.

Me empezó a besar mientras se movía acompasadamente, primero despacio, igual que su beso, después empezó a tener urgencia. No pude evitar gemir y gritar su nombre, algo que le encantó.

—Puf, me voy a correr, Lúa.

Metí la mano entre nosotros y empecé a estimularme de nuevo el clítoris, lo notaba muy hinchado, pero eso no evitó que sintiera placer.

—No cierres los ojos, Lúa, quiero verte cuando me corra.

Eso detonó su orgasmo, yo aceleré los movimientos de mi mano y me corrí justo cuando él estaba terminando. Tenía toda la cara sudada y se me había pegado parte del pelo; me lo apartó despacio mientras me sonreía.

—Vamos mejorando.

—Vamos mejorando. —Reconocí con una sonrisa.

Se giró sobre sí mismo y me volvió a abrazar, como había hecho por la mañana, nos quedamos allí quietos, estaba tan cómoda que podría haberme quedado así hasta el día siguiente. Pero hasta yo era consciente de que no quería ir más allá, el sexo estaba genial y no quería prescindir de ello, pero no podía traspasar la línea y empezar a acercarnos a una relación sentimental.

—Oigo tus pensamientos desde aquí.

—¿A qué te refieres? —Pregunté dudosa.

—Le estás dando vueltas a todo.

Me quedé callada, porque era verdad, a veces dudaba si esto no terminaría conmigo, volviéndome a Madrid en marzo, más triste y descolocada de lo que había venido:

—No le doy vueltas a nada.

—Disfrutemos del momento, ese era el trato, ¿no? ¿Quieres que hablemos de algo?

—No, solo que tenemos que ir mejorando. —No le veía la cara, porque estaba apoyada en su pecho, pero noté cómo sonreía.

—Mañana no podré quedar, tengo cosas que hacer.

—Vale, no tienes que darme explicaciones.

—Estoy empezando un nuevo encargo y quiero avanzarlo, ya que me vas a tener ocupado los próximos días.

—Espero que me lo enseñes el veintiocho cuando nos veamos.

—No sé, no suelo enseñar nada que esté a medias, de hecho, poca gente ha entrado en mi estudio.

—¿En serio?

—No es un sitio que me guste enseñar a la gente, tengo algunas obras a medias, otras terminadas que no quiero compartir… Al final ahí están mis pensamientos y, en algunas, incluso mis sentimientos más profundos.

—Lo entiendo, no levantaré ninguna sábana que me prohíbas, me portaré bien.

—Con lo cotilla que eres, no cuento con ello.

—¡Oye! —Le di un pequeño puñetazo en el hombro, del cual yo creo que ni se inmutó—. Yo no soy nada cotilla.

—Claro, claro, nos conocimos ayer.

—Demuestra que soy cotilla si tan seguro estás de que lo soy.

—Pues… Ahora mismo recuerdo el día que fuimos al supermercado a comprar y te pareció ver a una de tu instituto con no sé quién. Como no te atrevías a entrar de nuevo, me hiciste volver a pasar a comprar una cosa que ni necesitábamos.

—*Touché*.

—Al menos compré unas chocolatinas.

—Qué bien te acuerdas.

—Lo recuerdo porque luego nos las comimos en el mirador de detrás de la iglesia y vimos un atardecer precioso.

—Y acabamos haciendo el amor allí.

—Sí, cuando miraste el reloj, eran las diez de la noche y te empezaste a agobiar porque habías dicho a tus padres que llegarías a la hora de cenar.

—Llegué a casa con el pelo alborotado y mis padres no me dijeron nada, suerte que tuviste que les caías bien.

—Siempre he sido un chico con mucho carisma. —Y nos reímos los dos.

Al rato de estar allí, me dijo que se tenía ir, por un lado, me pareció bien que me diera mi espacio, sería raro que se quedara a cenar o a dormir, pero, por otro, me dio pena que al día siguiente no nos fuéramos a ver.

Mientras se vestía, me aseguró que mañana me escribiría por *WhatsApp* para confirmar la hora:

—¿Nerviosa por tu cumple? Antes no había quién te aguantara.

—Se ve que me he hecho vieja y ya no me hace tanta ilusión.

—Haremos que sea un día especial. —Y me dio un pico, como si fuéramos una pareja que llevaba muchos años juntos y fuera algo que hacíamos todos los días.

—Qué descanses.

—Igual tú, que tendrás que recuperar energía.

—Contigo, no me hace falta.

Y se marchó. Me quedé sola en mi nueva casa, era raro, pero la haría mía y me sentiría cómoda. No dudé en dónde iba a dormir, sería en la primera habitación, olía a nuestro encuentro y al aroma de Roi, era el mejor lugar de la casa.

17

Y LLEGARON LOS VEINTISIETE

El día antes de mi cumpleaños lo pasé colocando la ropa que aún tenía en las maletas en el armario de la habitación. Como no había traído toda la que tenía, me cabía sin problemas en un solo armario. Además, fui a una tienda de decoración y compré algunas cosas para la casa, una manta para el sofá de color marrón, unos cojines a juego y un ambientador de vainilla. También me hice con algunos utensilios de cocina que había echado de menos y una plantita que tenía que recordar regar.

Me sentí feliz colocando las cosas nuevas en el piso. Era emocionante poder hacerlo bien, aunque no fuera a estar mucho tiempo allí. Después fui a comer donde mis padres, hasta que no empezara a trabajar después de Navidades, no tenía mucho más que hacer. Mi madre me dijo que me acercara al mercadillo navideño que habían puesto en la plaza del pueblo a comprar una barra de pan, que estaban buenísimas allí. Me acerqué antes de ir, había un montón de puestos, la mayoría de artesanía o comida caliente, como perritos, bocadillos o cucuruchos de patatas fritas. Al fondo localicé el puesto de panadería y me fijé que quien estaba atendiendo era Amaya, la hermana de Roi. Me apetecía verla, nos habíamos llevado muy bien cuando salía con su hermano, pero también me incomodaba, en fin, no tenía opción.

—Hola, Amaya, ¿te vas a venir a mi pueblo a vender pan?

—¡Ay! ¡Lúa! ¡Qué bien verte! —Salió del mostrador y me dio un abrazo. Era muy guapa y parecida a su hermano, con pestañas largas y pelo oscuro, más alta que yo. Era dos años más pequeña que Roi. El paso del tiempo le había sentado muy bien, se le veía más mayor y con más curvas.

—Yo también me alegro de verte. —Me separé ligeramente de ella, olía parecido a su hermano y me embriagaba.

—Pues me ofrecieron poner este puesto, ya que la panadera de aquí no quería y acepté. Se vende bastante bien todo lo que traemos y nos viene genial, suelo venir por las mañanas y allí se queda el personal que tengo contratado. La verdad es que me va muy bien.

—¡Jo! ¡Me alegro un montón! Me contó tu hermano que te habías quedado con la panadería de tus padres, ¿no?

—Sí, una locura, mira que la odiaba de pequeña y ahora estoy muy contenta. Hemos empezado a vender por internet, sobre todo *cupcakes* y está siendo todo un éxito.

—Qué guay, pues ya me darás la web por si echo en falta las galletas de mantequilla cuando esté en Madrid, son mis favoritas.

—Sí, sí, le diré a Roi que te la pase. Me dijo ayer que te quedas por aquí unas semanas.

—Sí, estaré hasta marzo, me apetecía volver una temporada y cambiar de aires.

—La capital puede ser muy estresante, además, aquí tienes todas las atenciones de mi hermano.

—¡Ja, ja, ja! —Me reí porque no supe qué decir.

—Está todo el día hablando de ti, es un pesado, lo tienes a tus pies, hazme caso. —Me dio un toquecito en el brazo, en plan colega, para enfatizar lo que me decía.

—Bueno, ya sabes bien que no hay nada, estamos intentando volver a ser amigos, por los amigos comunes que tenemos.

—Ya, ya, claro, seguro que sí. Venga, ¿qué te pongo? Invita la casa.

Me dio una barra de pan y una bolsa de galletas de mantequilla que no le pedí, además, me llevé un nuevo abrazo, mientras se despedía llamándome cuñada. Era un amor, pero tenía muchos pájaros en la cabeza.

Llegué a casa de mis padres con el encargo y mi madre me esperaba con comida para un regimiento. Me llevé a casa dos recipientes con las sobras, esta mujer siempre cocinaba para dos o tres personas más, su lema era "mejor que sobre y no que falte". También me dio una magdalena de chocolate que me había comprado, para que el día de mi cumpleaños desayunara algo especial.

Por la noche me llamó mi prima María para ver qué tal estaba en el piso y si ya estaba viviendo aquí. Aproveché para preguntarle sobre su nueva compañera de piso y estaba totalmente encantada, hablaba mil maravillas de Isa, que si le había preparado el café, que si la casa estaba más limpia, que dormían abrazadas y la cama se les quedaba grande… En fin, estaban totalmente enamoradas la una de la otra y no podía más que sentirme feliz por ellas.

Antes de cenar, me di una ducha muy caliente relajante y, mientras disfrutaba del agua ardiendo como me encantaba, me sonó el móvil. Cuando salí, ya con los dedos arrugados, respondí al mensaje de Roi:

[WhatsApp]

Roi: ¿Te parece bien que mañana pase a buscarte a las once?

Luna: ¡Hola! Perdona, estaba duchándome, desnuda, con agua ardiendo recorriendo mi cuerpo y no pude responderte.

Roi: Vale, me la acabas de poner dura como una piedra con una sola frase.

¡Ja, ja, ja! Me encantaba ponerle a cien en un segundo, me lo había puesto en bandeja de plata.

[WhatsApp]

Luna: Te veo a las once entonces, avísame y bajo. Además de a tu estudio, ¿a dónde vamos a ir?

Roi: Mañana lo verás, ansias, pero tampoco te esperes mucho, solo pasaremos el rato.

Nos despedimos hasta el día siguiente, estaba muy nerviosa, no sé si me tendría algo especial preparado o sería simplemente ir a su taller, pero ya solo por quedar con Roi, me daba vueltas el estómago. Me metí en la cama y me dormí con una sonrisa en la boca, desde que estaba allí, descansaba mejor que nunca.

Al día siguiente, me desperté con el sonido del móvil martilleando mis tímpanos:

—¿Sí? —Grité para que se callara.

—Hola, señora, los veintisiete no te han sentado nada bien.

—Hola, Mimi, no son horas.

—Son las ocho, me voy ya al trabajo, solo quería desearte feliz cumpleaños.

—Muchas gracias, pero no hacía falta que me llamaras tan pronto.

—Cuanto antes mejor, no quiero que alguien se me adelante.

—Venga, que se te haga corto el día, luego nos vemos, ¿te parece que quedemos a las cinco en tu cafetería favorita? También vendrá Iago, así te damos nuestro regalo.

—¡No hacía falta que me compraras nada!

—Tráete a Roi también, ¿te parece? Nos tendrás que invitar a todos a merendar.

—Sí, ya me has organizado la tarde, por lo que veo.

—Así no tienes que pensar mucho.

Me despedí, porque todavía llegaba tarde al trabajo y le regañaban. Revisé el móvil y tenía un mensaje de mi padre felicitándome, prometiéndome que luego nos veríamos en la pizzería. También tenía una llamada perdida de mi madre, que se la devolví enseguida, no pensara que me había pasado algo:

—Hola, mamá, ¿me has llamado?

—¡Felicidades, cariño! ¿Qué tal estás?

—Pues todavía dormida, que estoy de vacaciones.

—Bueno, bueno, espabila, luego nos vemos para cenar, que no se te olvide.

—No se me olvida, no te preocupes.

—¿Qué vas a hacer ahora por la mañana?

—He quedado con Roi.

—¿Con Roi?

—Sí, somos amigos, ¿recuerdas?

—Sí, hija, es un chico encantador, sería un buen novio, su casa es de escándalo.

—Solo somos amigos, no te montes películas, que ya casi te pones a organizar la boda.

—Ay, hija, qué ilusión me haría que te casaras, me harías la madre más feliz del mundo.

—¿No estabas trabajando?

—Sí, sí, de hecho, tengo unas cosas que terminar para hoy.

—Vale, pues te dejo tranquila haciendo tus cosas, voy a desayunar.

—Un beso, hija.

Leí algunos mensajes que tenía felicitándome en redes sociales y en *WhatsApp* de compañeros de universidad y trabajo, entre ellos, mi querida Carmen. Cuando ya respondí a todo, no tenía excusa, me

tocaba levantarme. Me preparé un café y me tomé la magdalena de chocolate que me había dado mi madre el día anterior tranquilamente, mientras leía un libro, tenía tiempo de sobra para llegar a tiempo a mi cita con Roi.

Tras hacer la cama, empezó el gran dilema, ¿qué me pongo? No quería desentonar con el plan que hubiera preparado Roi, pero tampoco sabía exactamente a dónde íbamos a ir, así que opté por algo cómodo, me puse unas zapatillas blancas de deporte, unos vaqueros azul oscuro y una sudadera roja de Mickey Mouse. Esperaba que él no fuera muy elegante, pero, en fin, correría el riesgo o que me hubiera dado más detalles de a dónde íbamos, que estaba muy misterioso.

Sin darme cuenta, mientras limpiaba un poco la casa, llegaron las once. Me lavé rápido los dientes y me volví a repasar los labios, había elegido un pintalabios permanente de color marrón claro.

Cogí las llaves y bajé corriendo, solo pasaban cinco minutos de la hora que habíamos quedado, no estaba mal para ser yo, aunque estaba fatal sabiendo que me había despertado a las ocho de la mañana. Vi el coche de Roi en doble fila aparcado, él estaba fuera apoyado y no parecía que fuera muy elegante, llevaba unos vaqueros y una chaqueta de cuero negra, además de unas gafas de sol oscuras.

Me acerqué a él y me dio un abrazo mientras me decía al oído con voz ronca:

—Feliz cumpleaños, Lúa.

No quería apartarme, era el lugar más agradable del mundo, pero no me quedaba otra, o la situación se haría incómoda. Así que me separé lentamente mientras le daba las gracias y le sonreía con timidez.

—Estás muy guapa.

—Será la edad, que me va mejorando, como a los buenos vinos.

—Seguro. —Se acercó a mí y de nuevo me dio un pico como si nada—. Venga, vamos. —Y me abrió la puerta del coche.

El trayecto en coche duró diez minutos a lo sumo, al principio pensaba que iríamos a su casa y casi podría parecerlo. Detrás justo de donde vivía, bajando por una especie de ladera había una pequeña casita, estaba contenida en su terreno, que era bastante extenso.

—¿Aquí es tu taller? —Asintió mientras aparcaba.

—¿Pertenece a tu terreno?

—Sí.

—Vaya, pues sí que tienes espacio aquí, ¿no? Pensaba que tu casa terminaba donde la piscina.

—Que va, esto también es, pero quería algo separado un poco de donde vivo, para diferenciar el trabajo de la vida personal.

—Ya, te entiendo, yo trabajo en casa y me cuesta salir de la rutina.

Bajamos del coche, le notaba serio, pensativo, no sé si estaba empezando a tener dudas de llevarme allí, así que preferí preguntárselo:

—¿Estás seguro de que quieres que entre?

—Sí.

—Te veo con dudas.

—No tengo dudas, pero es un sitio muy personal para mí y es un paso importante que alguien entre aquí. Pero que seas tú cierra el círculo.

—¿Por qué lo dices?

—Empecé con esto por ti y es lo justo que seas tú quien entre aquí por primera vez.

—Me dijiste que había entrado poca gente aquí.

—Cuando dije poca gente me refería a mí solamente, nadie entra aquí.

Me quedé parada, no sé si quería acceder a esa parcela de Roi totalmente desconocida para mí, pero él no dudó, me cogió de la mano y tiró de mí. Sacó unas llaves, abrió la puerta y pasamos a lo que era una especie de local grande, mediría como ciento cincuenta metros cuadrados aproximadamente y tenía ventanales gigantes por ambos lados, aunque no se veía fuera porque todas las ventanas tenían estores. Roi cogió un mando y subió todos los estores, para que entrara la luz natural.

Al final del local había una mesa que parecía de trabajo, con botes y pinturas ordenadas pulcramente, además de accesorios clasificados en diferentes frascos. En la pared tenía un imán donde estaban pegadas algunas herramientas, algunas hasta sabía lo que eran, como martillos, tijeras o alicates, otras cosas no creo que las hubiera visto en mi vida.

A la derecha de la mesa había un sofá de orejas que parecía una mecedora, una mesa, una nevera pequeña de diseño y una estantería con lo que parecían revistas y libros especializados.

Desde la entrada, donde estábamos nosotros, hasta llegar a la mesa, a los lados había algunas esculturas, algunas tapadas con sábanas y otras expuestas, tenían diferentes tamaños. La mayoría medirían entre cincuenta centímetros y un metro a lo sumo, estaban apoyadas en una mesa larga de madera. Fui dando pequeños pasos mientras miraba las que estaban a la vista, me llamaron la atención tres esculturas pequeñas, que me parecieron hermosas, pero también tristes.

La primera era una pareja abrazándose, no tenían piernas, pues sus cuerpos se unían en uno solo. Ella le miraba con admiración, mientras él la abrazaba por la cintura. Parecía de mármol blanco, lo que le aportaba una pulcritud y una intimidad alucinante. Las manos de la pareja estaban entrelazadas fuertemente, no se diferenciaban las caras, pero no dudaba que éramos nosotros.

La segunda estaba tallada en una piedra grisácea, no sabía exactamente qué material era, pero parecía duro y difícil de trabajar. En este caso, la mujer estaba apartada del hombre, como dando un paso atrás, como si se marchara. A la mujer se la veía abatida, rota, con la cabeza gacha y la mirada perdida. El hombre estaba clavado en su sitio, separado unos centímetros de ella, sin moverse, mirándola fijamente, pero sin hacer ademán de ir hacia ella.

La tercera era de bronce oscuro y solo transmitía tristeza y desolación. Era el hombre de nuevo, sentado en una especie de banco, con la cabeza escondida entre sus manos, con la espalda encorvada. La textura de esta escultura era rugosa, lo que parecía transmitir el paso del tiempo.

Estaba ensimismada y ni me acordé de que no estaba sola. No me atreví a decir nada, tenía miedo de que se arrepintiera de dejarme a entrar a su taller, que decía tanto de él que era como un libro abierto.

Fui viendo otras obras que tenía con diferentes materiales, había algunas melancólicas que transmitían pena, pero ninguna como la de bronce oscuro. También había una pareja que envolvía a un bebé, era preciosa, pero estaba claro que no éramos nosotros:

—Es para Iago y Mimi, la hice el mismo día que me dijeron que esperaba un bebé, pero ya sabes, se complicó la cosa. Se la quiero dar cuando esté el embarazo más avanzado. Mira, la he modificado.

Me fijé dónde me estaba señalando y vi que había una estrellita pequeña encima del pecho del bebé:

—Simboliza al bebé que perdieron, espero que les guste.

—Les va a encantar.

—¿Qué piensas?

—Todavía tengo en mente las tres esculturas pequeñitas que están en la otra mesa.

—Ya.

—Son preciosas, si las pusieras a la venta, te forrarías.

—No las voy a vender.

—¿Por qué?

—Es obvio, ¿no te parece?

—Al final representan algo que sucedió hace mucho, hay que pasar página, seremos felices con otras personas.

Siguió caminando hasta un mueble con cajones y sacó una cajita que me tendió:

—Es tu regalo de cumpleaños, espero que te guste.

—¿Lo has hecho tú?

—Ábrelo.

—No hacía falta que me compraras nada.

La cajita tenía un lazo de terciopelo que desenvolví con cuidado, abrí despacio la caja y vi una pulsera preciosa, era de plata y tenía tres pequeños colgantes de cristal, parecían muy delicados. Uno era una media luna, como mi nombre en castellano, otro un pequeño libro, porque era mi afición favorita y el otro era un perrito, que me recordaba a Ben, el perro de Roi que tanto disfrutamos. Era una obra de arte, tenía tantos detalles que parecía imposible que alguien lo hubiera hecho a mano.

—¿Lo has hecho tú? —Asintió—. Wow, es preciosa, no sé si puedo aceptarlo.

—Lo he hecho para ti, no valdría para nadie más.

Cuando la saqué para verla con más detalle, vi un pequeño papel debajo, lo cogí con cuidado y lo leí: "Para que nunca olvides quién eres. Te quiero, Roi.". Le miré intensamente y no supe qué decir, de nuevo me volvía a quedar sin palabras en su presencia, con lo bocachancla que era.

—¿Quieres que te la ponga?

—Sí, por favor.

Me la colocó despacio, acariciándome la muñeca a la vez que la ataba. Me estremecí mientras lo hacía, de todas las sensaciones que transmitía.

Fui viendo su taller y preguntando para qué servía una cosa u otra, me enseñó cómo trabajaba algunos materiales y me fue dando detalles de lo que hacía habitualmente allí. No pude evitar ponerme cachonda, me encantó ver cómo con sus fuertes y enormes manos trabajaba, era erótico y muy sensual.

—¿Qué hay debajo de esa sábana? Solo si quieres enseñármelo, no quiero condicionarte.

—Destápalo, ya que estamos, hace mucho tiempo que no veo esa escultura.

—¿Y sabes cuál es?

—Perfectamente.

Quité la sábana, la escultura medía como medio metro, era una chica con las piernas cruzadas, parecía como si estuviera sentada en una cama, estaba leyendo y tenía un bolígrafo a modo de pinza, que le sujetaba el pelo. Tenía cara concentrada y me trasladó a hace unos años, cuando esa escena se repetía a menudo en casa de Roi. Muchas veces me iba a su casa a estudiar mientras él hacía el tonto, me hacía fotos y me distraía. Terminábamos enrollándonos en su cama, con todos los libros tirados por el suelo.

—¿Por qué la tienes tapada?

—Me traía muchos recuerdos que ya no se repetirán.

—Soy yo.

No dijo nada, porque era obvio. Cogí la sábana y la tapé, quería respetar su decisión de dejarme escondida debajo de esa tela.

—Yo creo que ya podemos irnos, ¿te parece? ¿O quieres ver algo más?

Solo pude acercarme y besarle, me supo a tristeza, a sueños rotos y a pasado, pero igualmente, con ese tono melancólico, me encantó.

—¿Ahora vas a decirme a dónde vamos?

No me contestó, tiró de mi mano de nuevo y salimos del taller, cerró con llave y nos metimos en el coche. No me gustaban mucho las sorpresas, así que estaba expectante, siempre mi imaginación volaba en exceso y me terminaba decepcionando, esperaba que no fuera el caso.

Condujo durante veinte minutos aproximadamente, no hablamos sobre su taller y lo que había visto, pero no podía dejar de pensar en ello. Cuando me había marchado a Madrid, solo había pensado en mí y en el odio que sentía hacia Roi, no me paré a pensar en el duelo que había sentido él. Es verdad que se equivocó e hizo algo que nunca debería haber hecho, pero igualmente se arrepintió y pasó una mala época que no pareció corta precisamente. Según había entrado al taller, me había dado cuenta del proceso doloroso que había vivido y cómo lo había reflejado en su trabajo. Me alegraba de haber podido acceder a esa parte de él, pero también me entristecía profundamente ver por lo que había pasado. No quería olvidarme de mí misma y recordar que para mí también fueron momentos difíciles, pero fue diferente. Cuando empecé la universidad tenía muchas distracciones y preocupaciones, como estudiar, encajar y adaptarme a otra ciudad, lo que permitió que no pensara tanto en mi sanación. Sin embargo, él se había quedado aquí, con los recuerdos, sin ningún objetivo ni nada que hacer. Me produjo mucha tristeza pensar en ese Roi perdido y triste, echándome de menos.

Cuando llegamos, reconocí la zona al momento. Estábamos en el monte, más cerca de su pueblo que del mío, era una ruta que solíamos hacer cuando salíamos juntos e íbamos con Ben, pero esta vez iríamos solos. Me encantaba esta zona, ya que el camino era agradable y fácil, tampoco yo era muy habilidosa y ya sabemos mi relación con el deporte. Lo que más me gustaba era que, al terminar

el camino, se llegaba a un mirador donde se veía todo el mar y nuestro pueblo al fondo, siempre le decía a Roi que eran las mejores vistas del mundo. Cuando me fui a la universidad, me prometí no volver nunca a este sitio, porque me traía demasiados buenos recuerdos que ya jamás se repetirían.

En la zona superior había una parte escondida y Roi una vez, cuando salíamos juntos, preparó una manta con un montón de pétalos y una cesta de picnic, allí perdí mi virginidad. La experiencia fue especial a la vez que incómoda y, aunque ahora ya no me veía haciendo el amor en un sitio tan rupestre, aquella vez fue un auténtico sueño. Cuando llegué a casa ese día, corrí a escribir a Mimi para darle todos los detalles, me acosté con el recuerdo de lo que había vivido y sentido a su lado. Fue de las cosas más bonitas que he vivido y parecía que Roi también lo recordaba así.

Nos bajamos del coche y fuimos andando por el camino, apenas era una ruta de un kilómetro, ya os digo que era sencilla y por eso era mi favorita, así que en poco tiempo llegaríamos. Yo no llevaba nada, él iba con una mochila pequeña que parecía que tenía una cantimplora y poco más, confiaba en que hubiera traído un tentempié, aunque fuera unas chocolatinas de esas que tanto le gustaban, empezaba a tener hambre.

—Pensé que nunca volvería a recorrer este camino.

—¿Por qué? Si siempre decías que era la mejor ruta del mundo.

—Me traía demasiados recuerdos, no lo conocía hasta que me lo enseñaste tú y solo lo había hecho contigo, venir yo sola no tenía sentido.

—Siempre tiene sentido, no necesitas a nadie para hacer lo que te gusta.

Me quedé pensativa mientras asentía, llevaba razón, me había privado de muchas cosas por no tenerle en mi vida y me las había perdido. Cuando llegamos al final del camino, aun me arrepentí más de no haber disfrutado de estas vistas durante los años que había estado sin hablarme con Roi.

—Ya hemos llegado, son las mejores vistas del mundo, lo tienes que reconocer.

—Sí, sin duda. —Me dijo mientras me miraba fijamente.

Nos quedamos allí un rato en silencio, aunque hacía sol, era un día frío y no había nadie.

—Qué hambre tengo, lo mismo tienes alguna chocolatina de esas que te encantan en la mochila.

Me cogió de la mano y me llevó a la zona donde, hacía años, habíamos hecho el amor por primera vez, allí había una manta a cuadros y una cesta de picnic.

—¿Y esto?

—Sabía que tendrías hambre.

La manta era exactamente la misma que usamos aquel día y logró sacarme una sonrisilla traviesa.

—Yo no estoy para follar en el monte, ¿eh? Que ya tengo una edad.

—¡Ja, ja, ja! Menuda señorita, antes no te importaba hacerlo en cualquier sitio.

—Antes no tenía un piso donde invitar a quien quisiera y me tenía que conformar con otras opciones.

—¿Invitas a muchos chicos a tu casa?

—Pues en los últimos años a unos cuantos, que una tiene sus necesidades. —Se rio de mí y me pasó la mano por encima de los hombros.

—Venga, vamos, muerta de hambre.

Nos sentamos en la manta que había preparado y abrió la cesta de picnic, me recordó la escena de *Up* donde Carl y Ellie hacen lo mismo, aunque su historia perduró en el tiempo hasta el final, cosa que no nos pasaría a Roi y a mí.

Roi había pensado en todo, había todo lo que más me gustaba, unas galletas de mantequilla de su madre, unas cervezas y zumo para que eligiera lo que prefiriese, un trozo de empanada, unas patatas fritas de jamón (mis favoritas del mundo entero) y unas magdalenas de chocolate.

—Muchas gracias, es un detallazo, este sitio siempre será especial para mí.

—No dejes de venir, aunque no hablemos.

—Te lo prometo. —Le sonreí, cada vez sentía más por Roi y me preocupaba, pero decidí apartarlo de mi mente y disfrutar del momento, ya tendría tiempo para arrepentirme.

—¿Te gusta lo que he traído entonces?

—Claro, está todo muy rico. Por cierto, luego he quedado con Mimi por la tarde, me ha dicho que te vinieras, ¿te apetece?

—Claro, te tengo todo el día reservado.

—¿No tienes nada urgente que hacer en el trabajo?

—Los tiempos los marco yo, esta noche me iré al taller a trabajar, si me siento inspirado, que seguro que sí.

—¿Qué necesitas para inspirarte?

—Pues últimamente, con estar contigo, me es suficiente. —Miré mi magdalena a medias mientras notaba cómo me sonrojaba.

—Te recuerdo que solo somos follamigos, no te vayas a enamorar.

—¡Ja, ja, ja! —Se rio irónicamente, como si fuera algo imposible.

—¿Cómo has hecho la pulsera?

—La estructura es fácil, voy uniendo los circulitos y encajándolos, luego le pongo un enganche al final, requiere solo un poco de destreza y ya.

—¿Y los abalorios que cuelgan? Son una auténtica pasada.

—Eso es más difícil, nunca había hecho nada así, me costó lo suyo porque son muy pequeños, pero creo que han quedado bonitos.

—¿Solo bonitos? Son una obra de arte, son preciosos. —No sabía cómo expresar lo alucinaba que estaba con mi nueva pulsera —. De verdad, me encanta y es algo único, nunca me habían regalado nada así.

—Me alegro, esa era la idea.

—¿Cuándo la hiciste?

—La semana antes de ir a Madrid se me ocurrió y empecé a trabajar en ella, la terminé ayer, por eso no pude quedar contigo. No tenía claro cómo quería hacerla, hablé con Mimi y me ayudó.

—¿Hablas mucho con Mimi de mí?

—Sí, a veces, siempre te he seguido los pasos de una forma u otra.

—¿A qué te refieres?

—Le preguntaba de vez en cuándo cómo te iba por Madrid, si aprobabas todo, si te gustaba lo que estudiabas, cuándo ibas a hacer las prácticas, esas cosas.

—Vaya.

—¿A ti no te interesó nada de lo que yo hacía?

—No sabía nada de ti hasta la fiesta de inauguración de tu casa.

—¿Nunca tuviste curiosidad? —Le noté un poco decepcionado.

—Sí, pero estabas metido en una cajita de la que tiré la llave. Cada vez que me venías a la mente, te apartaba, no quería saber nada de ti porque me hacía daño.

—¿Y has estado con otros chicos, además de con Óscar?

—He estado con otros chicos, pero nunca ha cuajado, nunca me sentía cómoda. Claro que he tenido relaciones sexuales con otros chicos cuando me ha apetecido, pero, por lo que fuera, eran relaciones que no terminaban de avanzar.

—Ya, te entiendo.

—Tú… ¿Has estado con muchas chicas? —Lo pregunté con temor, no tenía derecho a exigirle nada, pero me moría de celos.

—Parecido, me he acostado con otras chicas estos años, estuve con una chica de mi pueblo saliendo, quedábamos mucho, pero ella quería algo que no podía darle.

—¿El qué?

—Quería una relación estable y no me veía capacitado, me pedía quedar más, conocer a nuestras familias, ver mi taller, no sé… Cosas que no me apetecía hacer con ella.

Me sorprendió mucho que no quisiera enseñarle su taller, aun habiendo tenido algún tipo de relación sentimental con ella y a mí me lo había mostrado a la primera de cambio. Le entendía muy bien, me había pasado lo mismo durante años. Confiaba que estar aquí, pasar página y empezar a sentirme bien conmigo misma me ayudara a tener una relación sana con otra persona que no fuera Roi.

Miró el reloj y dijo:

—Venga, nos tenemos que ir, tenemos reserva en un restaurante.

—¿Un restaurante?

—Sí, tendremos que comer, ¿no? Es en una hora, nos da tiempo de sobra, pero tenemos que irnos ya.

Recogimos la cesta y la manta y fuimos bajando tranquilamente.

—¿A qué restaurante vamos?

—No te esperes nada elegante, que sé que ese rollo no te va, pero te va a gustar, seguro.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Te conozco.

—Me conocías.

—Ya veremos. —Dijo con seguridad.

Cuando llegamos al coche, guardó en el maletero la cesta y la manta y nos metimos dentro. Me encantaba verle conducir, tan concentrado, con el brazo apoyado en la ventanilla mientras agarraba el volante despreocupadamente.

—¿Por qué me miras tan fijamente?

—Estás asquerosamente guapo mientras conduces.

—¿Y eso es malo?

—Debería estar prohibido ser tan guapo y rico como tú.

—Yo no soy rico.

—Lo de guapo no lo desmientes. —Se río y se le iluminó la mirada.

—Cada uno tiene unos gustos, a alguien le pareceré guapo y a otra persona le pareceré feo, la belleza no es relevante.

—Ya, pero tú eres guapo objetivamente y lo sabes. Y también eres rico.

—Me lo he gastado todo en la casa.

—Eso es verdad, si te cansas de ella, me la puedes dar a mí.

—¡Ja, ja, ja! Me ha costado dejarla tal cual está, lo único que puedo hacer es invitarte a dormir allí un día.

—Tendrá que estar acompañado de zorza, me lo prometiste, ¿no?

—Cuenta con ello. —Y me guiñó un ojo.

Al rato llegamos a nuestro destino, aparcó enfrente de una hamburguesería que tenía muy buena pinta, iba a ser verdad que me conocía bien.

Miré rápidamente la carta y me pedí la hamburguesa destacada del menú, estaba contenta, era mi comida favorita y en Madrid una de mis aficiones era probar hamburguesas de diferentes sitios. Este local no lo conocía, pero prometía. Lo acompañamos de patatas fritas y refrescos.

Nos sentamos uno al lado del otro, pegados, como dos viejos amigos, algo que no éramos ni por asomo. Comimos en silencio, la hamburguesa estaba muy rica, me encantó, pena que me pillara lejos de mi casa de Madrid, aunque bien volvería durante las semanas que me quedaban en el piso de Isa. Todavía no había asimilado que viviría aquí hasta marzo, pero pensaba aprovecharlo al máximo.

—¿Te ha gustado?

—Está brutal, menudo sitio, me encanta. Seguro que repito antes de volverme a Madrid.

—¿Cuándo empiezas a trabajar?

—Me cogí vacaciones hasta el seis de enero, así que todavía me quedan unos días libres.

—Ni tan mal entonces.

En ese momento me sonó el móvil, lo llevaba colgado del hombro, con una funda de estas que llevaban cuerda. Lo miré y noté cómo Roi no podía evitar mirar mi pantalla, me sorprendió, era Óscar, ¿qué quería? ¿Felicitarme?

—Cógelo si quieres, por mí no te cortes. —Se levantó para pagar y aprovechó para ir al servicio, le agradecí que me diera espacio para hablar con Óscar tranquilamente.

Después de mirar fijamente la pantalla, pulsé el botón verde:

—¿Sí?

—Hola, nena, ¿qué tal?

—Hola, Óscar, no esperaba que me llamaras.

—Quería felicitarte, ¿pensabas que iba a olvidarme?

—No lo había pensado.

—¿Qué haces? ¿Te han regalado muchas cosas?

—Estoy comiendo una hamburguesa.

—¿Con quién?

—Estoy con un amigo, ¿eso importa?

—¿Es el inútil ese con el que te volviste en coche? ¿Tu exnovio?

—No es ningún inútil y sí, es Roi, ¿qué te pasa?

—No sé, tía, ¿no íbamos a intentarlo a tu vuelta? Yo te estoy esperando.

—Yo no dije eso exactamente, dije que, a mi vuelta, habláramos y viéramos a dónde nos llevaba esto.

—¿Qué dices? Ya me avisó Eva de que no eras trigo limpio.

—¿Ya estás metiendo a Eva en esto?

—Yo no he metido a nadie, solo te he dicho de lo que me avisó Eva sobre ti.

—Bueno, es igual, de verdad, lo mejor es que no volvamos a hablar, siempre acabamos discutiendo.

—De verdad, tía, qué lianta eres.

Le colgué directamente, me llamaba para felicitarme y estábamos de nuevo discutiendo. Óscar había pasado totalmente a un segundo plano para mí y no me interesaba nada, no me apetecía que apareciera de nuevo en mi vida. Es posible que en nuestra anterior conversación había dejado la puerta abierta a un posible futuro encuentro, porque en ese momento no lo tenía nada claro, pero ahora sabía perfectamente que Óscar no era lo que yo quería para mi vida. Después de sentir la intensidad que tenía en la cama

con Roi, estar con Óscar era totalmente anodino, como tomar pan que no le habían echado sal.

Vi a Roi acercarse lentamente, su cara lo decía todo, estaba entre la preocupación y la duda de cómo había ido mi conversación con Óscar:

—¿Vamos? —Le pregunté.

—Sí, me queda un sitio al que llevarte antes de ir con Mimi, le he escrito y le he dicho que quedamos con ella a las seis, ¿te parece bien? Creo que da tiempo de sobra. —Le vi nervioso y se me encogió el corazón, no quería que se sintiera así por el celoso de Óscar.

Me acerqué y le di un abrazo, él me agarró fuerte y le costó soltarme. Noté que mi corazón se saltaba un latido, por todo lo que me hacía sentir Roi, me preocupaba implicarme demasiado en esto, si no era demasiado tarde ya, me estaba metiendo en la boca del lobo sin mirar atrás.

Subimos al coche de nuevo a la última parada de lo que me había preparado Roi, tenía curiosidad, ¿qué sería? Iba callado mientras conducía, se había quedado muy pensativo desde que me había sonado el móvil.

—Óscar es un imbécil, no voy a volver con él.

—No tienes por qué darme explicaciones, Lúa, sé la relación que tenemos.

—Me apetece aclarártelo, no quiero estar con él.

Asintió mientras maniobraba para aparcar. No sabía a dónde íbamos, era una especie de polígono y no tenía claro qué íbamos a hacer aquí. Salió del coche y yo hice lo mismo, fue a mí lado y me pasó el brazo por los hombros. Parecía que su humor de nuevo había mejorado.

—Ahora toca bajar la hamburguesa.

—¿Qué?

Llegamos a una de las naves que ponía *OK Jump*, accedimos y era uno de esos parques de saltos para niños y adultos. Aluciné, nunca había ido a un sitio de esos y no sé si me gustaría, me puse un poco nerviosa porque, se podría decir, era un poco torpe.

Roi no me dio opción, pagó una hora de saltos y me dio unos calcetines antiadherentes para que me los pusiera. Le di las zapatillas, que guardó junto a las suyas en una taquilla. Puso una mano por detrás de mi espalda y me invitó a pasar a la zona de juego, estaba claro que sabía que tenía mis reticencias a estar ahí.

—Venga, vamos a esas camas elásticas, que son las más fáciles.

—¿Vienes mucho?

—A veces, para despejarme, es divertido, he venido con algunos amigos.

Le seguí poco convencida, nos metimos cada uno en una cama elástica y empezamos a saltar, sin más. Fue relajante y liberador, saltaba y cada vez cogía más altura, al principio con miedo y luego con energía. Nos empezamos a reír mientras nos encontrábamos arriba, cuando la estructura nos elevaba.

Cuando nos cansamos, salimos de la zona y me abrazó elevándome por los aires mientras giraba, parecía de película, pero así me sentía. Luego fuimos a unas canastas, donde también el suelo era una cama elástica, el aro estaba más alto de lo normal y tenías que saltar primero y luego lanzar la pelota. Roi era mucho mejor que yo y metía todas.

—Jo, no puedes ser tan bueno en todo.

—Mi práctica me ha costado, ¡ja, ja, ja!

Lo siguiente fue una especie de trampolín que me dio mucho respeto. Había que tirarse y se caía en una piscina de piezas blandas gigantes, parecía seguro. Vi a un par de adultos saltar y me pareció que disfrutaban, así que me animé. Le dije a Roi que me diera la mano y saltamos juntos, ¡me encantó! Después me atreví a tirarme

sola y, por último, también de espaldas, dejándome caer a lo loco, ¡estaba desatada!

Por último, nos quedaba probar unos toboganes gigantes, había que tirarse montado en una especie de círculo con agujero duro. Roi se ofreció a subir los dos donuts y me dejé llevar, con ese brazo, no le costaría mucho y a mí me pesaba horrores.

Primero se tiró él con la elegancia que le caracterizaba, después fui yo y al llegar al final, debió de ser por el peso, el donut dio la vuelta y me pasó por encima, menuda elegancia. Roi se empezó a reír de mí, el muy capullo.

—Oye, no te rías, que es mi cumpleaños.

—Eso no te exime de hacer el ridículo, está claro, ¡ja, ja, ja!

Me ayudó a salir y me volvió a abrazar, aprovechó para darme un beso rápido. Gastamos la hora que Roi había contratado saltando y terminamos sudando como pollos, pero me sentía liberada, me sentía sanada, me sentía mejor que en mucho tiempo.

—¿Te ha gustado? No te veía muy convencida cuando hemos entrado.

—Y no lo estaba, nunca había venido a un sitio así, pero ha sido genial. Lo he pasado muy bien, muchas gracias. —Y me acerqué a él para abrazarle.

En los últimos dos días había recibido tanto afecto por su parte que me sentía llena, notaba un bienestar en mi interior que no reconocía. Cuando me acosté con él no había pensado que sería tan cariñoso y cercano y pensé que se basaría en seguir nuestro instinto y atracción, dándonos placer mutuamente. Estaba claro que me equivoqué y él quería más de lo que aseguraba aceptar, algo que me daba muchísimo vértigo.

Nos quitamos los calcetines antideslizantes y nos calzamos, ya casi teníamos que irnos si queríamos llegar puntuales a nuestro encuentro con Iago y Mimi. Nos montamos una vez más en el coche

y salimos, Roi me puso la mano encima de la pierna, como si fuéramos una pareja al uso.

—¿Qué tal el día?

—Está siendo genial y todo es gracias a ti y todo lo que has organizado.

—Me alegro, han sido muchos cumpleaños que no he podido regalarte nada.

Le miré mientras conducía, me hipnotizaba verle.

—No dejas de mirarme, me estás poniendo nervioso.

—Tú no te pones nervioso.

—Qué poco me conoces entonces.

—O lo gestionas muy bien. —Afirmé.

—Eso puede ser.

—Me gusta mirarte mientras conduces, así tan concentradito.

Soltó una carcajada despreocupada, dejé de mirarle porque estaba claro que ya empezaba a ser algo pervertido.

—Nos ha faltado follar. —Se volvió a reír.

—Todavía queda día si te apetece, es tu cumpleaños, puedes hacer lo que quieras.

—Tenemos que seguir practicando, ¿recuerdas?

—Pues habrá que ponerle remedio.

—No sé si vamos a poder, después de estar con Mimi, he quedado con mis padres para cenar.

—¿Dónde vais?

—Al italiano que está cerca de mi casa, que nos gusta tanto.

—Ah, sí, es un sitio genial, recuerdo que ibas mucho con tus padres.

—Sí, ha reservado mi madre.

—Si quieres, te puedo ir a buscar a casa cuando acabéis y dormimos en la mía.

—No sé si es buena idea dormir, una cosa es follar y otra pasar la noche.

—Es tu cumple, tú eliges, sin remordimientos.

—Lo pensaré y te aviso, según terminemos de cenar, pero tampoco estés esperando mi mensaje.

—No te preocupes.

Cuando llegamos a la cafetería donde habíamos quedado con Iago y Mimi quedaban solo cinco minutos para que fuera la hora. Allí estaban ya esperándonos, Mimi llevaba un vestido *midi* negro y unas botas camperas del mismo color, en el pelo se había hecho un moño despeinado, Iago optó por una camisa a cuadros y unos vaqueros anchos. Cuando nos vieron, se acercaron a felicitarme y a abrazarme.

Enseguida se acercó el camarero y nos tomó nota, pedimos cafés para todos y unas tortitas para compartir, no tenía mucha hambre después del picnic y la hamburguesa, pero era mi cumpleaños e íbamos con todo, saldría rodando.

—¿Y qué tal el cumple? —Me preguntó Mimi.

—Muy bien, hemos hecho un montón de cosas, hasta hemos ido a un sitio de camas elásticas a saltar.

—Vaya, no te imagino allí. —Afirmó Iago con rotundidad.

—Pues se le ha dado muy bien. —Reconoció Roi.

—Tú que me ves con buenos ojos, no mientas, aunque sea mi cumpleaños, anda. —Y nos sonreímos mirándonos.

—Lleváis un cartel en la frente que pone: "hemos follado", pero vosotros veréis. —Soltó Mimi como si tal cosa.

En ese momento, para sobreponernos al silencio incómodo que se había generado, vino el camarero con los cafés y las tortitas, con mucha nata y caramelo, salvó la situación.

Mimi me tendió una cajita, que entendía que era su regalo, alargué la mano para cogerla y me vio la pulsera nueva.

—¿Y esa pulsera tan bonita? A ver, enséñamela. —Me cogió la muñeca como una loca y analizó minuciosamente mi nuevo complemento—. Te ha quedado muy bien, Roi.

—Esa pulsera deja a cualquier regalo a la altura del betún. —Soltó Iago y nos reímos los cuatro, la pulsera era una auténtica obra de arte y llevaba total razón.

Abrí la caja con cuidado y vi que había un colgante muy bonito que tenía una flor cuyos pétalos se entrelazaban. Lo saqué e intenté ponérmelo, pero no atinaba con el cierre:

—Te ayudo. —Me indicó Roi, me apartó el pelo con calma y me estremecí con su contacto, me lo abrochó demasiado rápido y, al momento, anhelé sus manos sobre mi cuerpo.

—Muchas gracias, es precioso, de verdad, me gusta mucho, siempre que lo lleve me acordaré de vosotros.

La merienda fue muy bien, estuvimos hablando de cómo había ido el trabajo, de lo buenas que estaban las tortitas y temas varios distendidos. Observé especialmente a Iago, le noté normal, cómodo, charlando como si nada. Ojalá Roi hablara con él y llegara a comprender que tenía que apoyar a Mimi y expresar lo que sentía, para que pudiéramos ayudarle.

A las ocho o así nos marchamos, Mimi y Iago iban a ir a cenar juntos, Roi se iba a su casa y yo con mis padres, así que cada uno nos fuimos para un lado. Roi me preguntó si me llevaba al italiano, pero preferí ir andando, para despejar la mente un poco, tampoco era mucho camino, estaría como a quince minutos, así que me venía bien.

Cuando llegué, aún no habían aparecido mis padres, pero como tenía reserva, fui sentándome y avisé por *WhatsApp* a mi madre, que era quien más estaba pendiente del móvil. A los cinco minutos aparecieron, me dieron un beso y me desearon feliz cumpleaños.

Mi madre aprovechó para interrogarme mientras cenábamos:

—Me ha dicho Conchi, la vecina, que te ha visto con Roi.

—Jo, cómo vuelan las noticias en el pueblo.

—Entonces, ¿estáis juntos de nuevo o sois amigos o qué relación tenéis?

—Cariño, no atosigues a la niña. —Mi padre siempre estaba de mi lado y se agradecía.

—No estoy atosigando a nadie, es importante que sepamos de su vida, que no nos cuenta nada. Sufrió mucho por Roi y han sido muchos años donde estaba prohibido hasta nombrarle, me sorprende que ahora queden como si nada.

—No sé, mamá, me estoy dejando llevar. Sé que fui muy radical en ese momento y me arrepiento de ello, no debí precipitarme posiblemente, pero ya está hecho. Mimi va a tener un bebé y él es muy amigo de ellos, no quería que se agobiaran por si yo quiero o no ver a Roi.

—¿Y habéis hablado de lo que pasó? —Preguntó mi padre.

—No mucho, me ha pedido perdón y yo a él por irme así de repente y hemos pasado página. Yo no quiero tener una relación sentimental seria con él, no le veo sentido.

—Es un buen chico. —Insistió mi padre.

—Seguro que sí, para otra mujer, seguro que es buen chico, pero no es la persona con la que quiero estar. —Cada vez lo decía con menos convicción y ya lo de imaginarle con otra mujer, directamente me hervía la sangre.

—Vale, hija, solo quiero que no te hagan daño. —Me dio un apretón en la mano mi madre mientras lo decía.

Zanjamos el tema y comimos tranquilamente nuestras pizzas. Después pedimos de postre un calzone relleno de pistacho y chocolate blanco que comimos entre los tres. Al terminar, mis padres me acompañaron a mi nuevo piso, subieron a verlo y se quedaron conformes, sobre todo mi madre, que dio el visto bueno.

Cuando me quedé sola, volví a ponerme los zapatos y me fui directa a casa de Roi, me apetecía mucho pasar la noche con él y no quería engañarme. Quería hacer lo que sintiera sin pensar en las consecuencias, sentir sus cálidas manos sobre mi cuerpo y quedarnos dormidos y abrazados.

Era de noche, pero el camino estaba iluminado, tardé como veinte minutos en llegar desde el piso nuevo, estaba nerviosa porque no le había avisado de que iría. Según me acercaba, vi que tenía toda la casa sin ninguna luz encendida, al principio me extrañó, pero después pensé que podría estar en el taller. Di la vuelta a la valla y accedí por la parte de atrás, había una puertecita y estaba abierta, así que entré y fui directa al taller. Escuché su voz hablando con alguien:

—No sé, ya se lo contaré, no me agobies. —Parecía que hablaba por teléfono—. Ya sabes que la quiero más que a nada en mi vida, haría todo por ella. —De nuevo pausa, estaba escuchando algo que le decían—. Tú también deberías hablar con Mimi, no entiendo por qué no lo haces, no se merece tu actitud. […]. Bueno, vale, venga, hablamos mañana, Iago.

¿De qué hablaban? No estaba segura de haber escuchado bien o de si de verdad estaban hablando de mí o de otra persona, pero si era así, ¿Roi guardaba algún secreto que Iago sabía? Tenía que pillar a Iago solo y hablar con él, para sacarle información. Aun así, escuchar conversaciones ajenas no estaba bien y no quería sacar conclusiones precipitadas, había muchas películas para saber que no era una buena idea.

Dejé pasar un minuto, para que no intuyera que había escuchado su conversación y llamé a la puerta. Escuché unos pasos

y se abrió enseguida. Me recibió Roi con una sonrisa en la cara, tenía el rostro iluminado:

—No confiaba en que ya fueras a llamarme y menos a aparecer por aquí. —Me dio un beso en la mejilla y se echó a un lado para que pasase.

Miré alrededor y estaba diferente a como lo había encontrado esta mañana. Había echado a un lado algunas cosas que tenía en medio y había una mesa que antes no estaba, sobre ella había un esbozo de figura, pero ya se intuía lo que era. Parecía una chica saltando, riéndose, disfrutando, la escultura aportaba felicidad, el material parecía arcilla o algo maleable. Roi tenía las manos manchadas, me recordó a la famosa escena de la película *Ghost*, aunque yo no era Demi Moore ni mucho menos.

Me acerqué a él con muchas ganas, llevaba todo el día pensando en este momento, en tenerle delante a solas, sin nadie. Le besé con fuerza y él respondió igual.

—No veas las ganas que tenía. —Reconocí.

—Te supero seguro.

Nos besamos descontroladamente, tocándonos, como locos. Nuestras lenguas se entrelazaban con urgencia, notaba cómo me latía fuerte el corazón, de lo acelerada que estaba. Me llevó al sofá que tenía al fondo, esta vez le empujé para que se tumbara, quería ponerme encima y tener el control de la situación. Le quité los pantalones de chándal que se había puesto para trabajar y yo también me deshice de los vaqueros, mientras me colocaba encima de Roi. Seguimos besándonos como si el mundo se terminara, solo estábamos él y yo, no existía nada más.

Me empezó a tocar el culo y me puso muy cachonda, a la vez que yo le agarraba de su pelo y me frotaba contra su miembro. Las manos de Roi recorrían mi cuerpo, sin dejarse ninguna parte, con ganas de poder recordarlo, con insistencia.

—Quiero hacértelo de pie. —Me sorprendió esa propuesta, nunca lo había hecho así, pero me llamaba mucho la atención y así comprobábamos si era tan fuerte como parecía.

Se levantó, me cogió en brazos y me llevó a una mesa despejada cerca de su zona de trabajo. Justo era a una altura perfecta, me apoyó parte del culo y me quitó las bragas, también la sudadera y el sujetador, me quedé totalmente desnuda, a su merced, pero no me importaba. Se agachó a la altura de mi pecho y empezó a succionar con rudeza mis pezones, estaba ardiendo de lo caliente que estaba. Después bajó por mi monte de Venus y dio un pequeño mordisco en mi clítoris que me puso a cien, mientras lo chupaba sin parar.

Subió de nuevo y yo noté su ausencia al momento, pero pronto volvió a mis labios, sabía a mí, a nosotros, a nuestra pasión. Le cogí el pene mientras empecé a masturbarle despacio, ahogó un suspiro a la vez que me besaba de nuevo. Subí el ritmo con energía, no paraba de tocarme, besarme, todo.

—Al final vas a conseguir que me corra.

Se apartó, porque parecía que no mentía y sacó un preservativo, que abrió rápidamente y se colocó. Me cogió en volandas con una facilidad impresionante, yo abrí las piernas para recibirle y me la metió muy lentamente. Ajusté mis piernas alrededor de su cuerpo, a la vez que él me cogía de la cintura, empezó a moverme a su antojo, al igual que su cadera y yo solo tuve que encajarme en él, nuestros cuerpos se acoplaban a la perfección, con una sencillez que jamás había vivido.

Éramos uno y no me incomodaba, algo que no dejaba de maravillarme, porque me costaba mucho llegar a esta complicidad con alguien y dudaba de que alguna vez lo hubiera sentido con una persona diferente a Roi. Llegamos a la vez al clímax, como un engranaje suizo, nuestros cuerpos funcionaban juntos a la perfección, nos explotó delante de nosotros, él gimió mientras

susurró mi nombre, yo no tenía ni palabras de cómo exteriorizarlo, pero fue únicamente brutal.

Cuando terminamos, salió de mí despacio y empezó a darme besos en el cuello, sus brazos me envolvían y lo agradecí, porque empezaba a hacer algo de frío después del calor que habíamos vivido hacía unos minutos.

Notó que tenía la piel erizada del frío y cogió una manta extremadamente suave que me envolvió.

—Ahora olerá a mí y no podrás olvidarme.

—Para no olvidarme no me hace falta una manta. –Y me dio un beso en la mejilla mientras me guiñaba el ojo sensualmente. En fin, todo era sensual con Roi.

Me propuso quedarme a dormir en su casa, pero no lo vi adecuado, ¿me apetecía? Pues claro, pero tenía que poner distancia o terminaría dándole un órgano si lo necesitaba. Prometimos vernos en los próximos días y me fui por donde había venido, me insistió en llevarme en coche, pero preferí dar un paseo.

Así terminó mi cumpleaños, diría que había sido uno de los más especiales de mi vida y, posiblemente, no volvería a sentir algo parecido en mucho tiempo.

18

RESACA POST CUMPLEAÑOS

Los días posteriores a mi cumpleaños fueron muy confusos. Opté por no quedar con Roi al día siguiente y parecía que él estaba de acuerdo, porque decidió darme mi espacio y no me escribió. No me importó, sabía que quedaría conmigo si se lo proponía, pero quería ordenar mis ideas y necesitaba despejarme de los encantos de Roi.

Podía ser perfecto y estar con él era mi mejor plan ahora mismo, pero tenía que reconocer que era como una droga, adictivo y, en algún momento, yo volvería a Madrid, a mi trabajo y a mi vida y él no estaría. Él se quedaría aquí con sus esculturas, su preciosa casa, su perro, sus camas elásticas y sus rutas por el monte, con una vida maravillosa que había construido sin mí. Tenía un miedo horroroso de incluirle tanto en mi vida que me pasara por encima su ausencia.

Tras pasar el primer día después de mi cumpleaños sin hablar con Roi, me escribió al día siguiente, quedaban dos días para Nochevieja. Ese día no tenía nada que hacer, Mimi seguía trabajando y hasta por la tarde no quedaríamos, habíamos pensado ir al cine a ver una película.

[WhatsApp]

Roi: ¡Hola! ¿Qué tal la vida con veintisiete?

Lúa: Todo muy parecido, muy tranquilo, al final voy a echar de menos la locura de Madrid.

Roi: Nunca se sabe, esperemos que no.

Lúa: ¿Y qué tal estás tú?

Roi: ¿Te apetece acompañarme mañana al veterinario? Tengo que vacunar a Laki y me podrías ayudar a sujetarle, que no veas cómo se pone de nervioso.

Lúa: Vale, todo sea por Laki, ¿a qué hora tienes la cita?

Roi: A las doce, si quieres luego comemos en mi casa zorza, puedo pasarme a comprar. Te paso ahora la dirección del veterinario, que es uno nuevo que han abierto hace poco.

Como tardé más de lo normal en contestar y encima salía como conectada, me especificó:

[WhatsApp]

Roi: Como amigos, claro.

Lúa: Vale, nos vemos mañana.

No estaba segura de hacer este tipo de planes con Roi, pero al final éramos follamigos, según nos habíamos nombrado y eso incluía la palabra amigos, ¿no? Vale, me estaba engañando yo solita, pero me parecía adorable el perro de Roi y, ya de paso, tenía ganas de pasar más tiempo con el dueño.

Por la tarde me fui con Mimi al cine, nos vendría genial introducirnos en otra historia y olvidarnos de nuestros problemas. Compramos palomitas y refrescos, por todo lo alto, y nos metimos a una película de acción, no queríamos nada de romance, que ya bastante teníamos nosotras con nuestros respectivos.

Cuando salíamos del cine, fuimos a cenar unos perritos calientes a un pequeño local que había al lado:

—¿Te ha gustado la película? —Me preguntó Mimi.

—Sí, estaba entretenida.

—Al menos nos hemos distraído, sí.

—¿Qué tal con Iago?

—Bueno, parece que está un poco más comunicativo. No habla de sus sentimientos ni de nada profundo, pero al menos está más presente.

—Algo es algo, hablé con Roi del tema, no le he vuelto a preguntar.

—Gracias.

—El otro día…

—¿Qué sucedió?

—Escuché una conversación extraña.

—¿Cuándo?

—Pues… Fui al taller de Roi por la noche, para verle.

—¿A verle? ¿Al taller? Nadie entra en su taller.

—Me lo enseñó por la mañana, estuvimos allí un rato, me dio el regalo… Tenía algunas esculturas dedicadas a mí que me estremecieron.

—¿Dedicadas a ti? ¿Cómo sabes que estaban dedicadas a ti? En serio, Lúa, tengo más preguntas que respuestas y esto no puede seguir así, estás muy misteriosa con todo lo relacionado con Roi y la relación que tenéis, así no puedo ayudarte.

—Vale, vale… Te voy a contar todo, pero no puedes decir nada a Iago, ¿vale?

—Prometido. —Y se hizo una cruz en el pecho sonriendo como un angelito, no se lo creía ni ella, pero en fin.

—Obviamente me he acostado con Roi, varias veces. Hemos quedado en ser algo así como follamigos, pero noto cómo vamos implicándonos sentimentalmente y no sé en qué acabará esto. El día de mi cumpleaños me invitó a su taller, me enseñó todo y tenía

algunas esculturas que eran sobre mí, muy explícitas, había una que tenía tapada que era yo mientras leía un libro o estudiaba, algo que hacía a menudo en su cama mientras él hacía otra cosa. Había tres que eran sobrecogedoras, sobre cómo éramos y lo solo que se quedó cuando me fui, impresionaban, transmitían tanto que podía sentir el dolor solo con verlas. El día de mi cumpleaños, al irme con mis padres a cenar, me propuso quedar por la noche, fui a su casa sin avisarle y, como no vi luz, me acerqué al taller, ya sabes que hay una puerta trasera en la finca y estaba abierta.

—Sí, sí, sigue. —Se había echado para delante, apoyando los codos en la mesa y su cara en sus manos, como si le estuviera contando algo de seguridad nacional y ni parpadeaba.

—Le escuché hablando con Iago, le decía algo así como que no le agobiara, que ya me lo contaría, no sé a qué se refería. Luego le dijo a Iago que tenía que hablar contigo, que no te merecía su actitud.

—¿En serio? ¿Y no le preguntaste a qué se refería?

—Esperé detrás de la puerta unos minutos y luego entré, prefiero hacer como si no lo hubiera escuchado, al final una conversación a medias puede sacarse de contexto con facilidad. Pero es verdad que estos días no me lo quito de la cabeza. Pensé en hablar con Iago para que me contara su versión, pero tampoco quiero ponerle entre la espada y la pared.

—Deberías hablar con Roi y preguntarle directamente a él, con lo clara que eres tú, no creo que sea lo mejor andarse con rodeos, hazme caso. Además, veo que te estás implicando demasiado y noto en tu mirada ganas de ir más allá.

—Puede ser, no sé, estoy bien con él, cuando estamos juntos, no necesito nada más. A lo mejor he sido demasiado tajante y podríamos superarlo. Pero no quiero precipitarme ni hacerle falsas ilusiones de algo que ni estoy segura.

—Ya, pero ¿no quieres preguntarle de lo que hablaba? A lo mejor eso lo cambia todo.

—No, prefiero dejarme fluir y vivir el momento. Ir paso a paso y no darle demasiadas vueltas a todo, como suelo hacer. No me ha servido de nada ser tan reflexiva.

—La información es poder, no te olvides.

Nos quedamos pensativas, hasta que volvió a preguntar:

—Creo que a Iago le pasa algo y Roi sabe más de lo que creemos.

—Sí, eso pienso yo también, es raro cómo se expresó, ¿no crees? —Pregunté.

—Malditos hombres. —Soltó Mimi y nos empezamos a reír.

Después de cenar nos fuimos a casa. Notaba que me había quitado un peso de encima, Mimi y yo siempre nos contábamos todo y me sentía más cómoda si sabía que me estaba acostando con Roi, además, podría aconsejarme con la mirada crítica que le caracterizaba.

Llegué a casa, me puse el pijama y me acosté. Tenía un mensaje de Roi que solo decía: "buenas noches". Solo dos palabras que me hacían tanta ilusión que me preocupaba, cada día que pasaba me replanteaba si estábamos en disposición de empezar una relación desde la sinceridad y la confianza. Cada día que pasaba mi no rotundo se tambaleaba un poquito más.

Al día siguiente me levanté y me preparé rápidamente, no quería llegar tarde a la cita con el veterinario y más si me lo había pedido Roi. Llegué puntual y allí estaba esperándome, se acercó a darme dos besos, no dos besos cualesquiera que das a un amigo, los besos de Roi no podían ser así. Se acercó lentamente, me cogió de la cintura y me dio dos besos tranquilamente, parándose justo cuando nuestras mejillas se tocaban.

La verdad es que Laki era muy nervioso y la lio en el veterinario, no paraba quieto, babeada del miedo que tenía y no se quiso subir a la camilla. Tuvimos que ayudarle entre los dos al pobre veterinario, que era un chaval delgaducho que parecía haber salido

hace dos días de la universidad y que tenía más miedo que vergüenza. Cuando salimos de allí, respiramos aliviados, mientras nos quitábamos todos los pelos del abrigo que nos había dejado Laki pegados.

Roi había venido también andando, así que fuimos dando un paseo. Aunque no llovía, estaba muy nublado y hacía un viento muy desagradable, así que tenía ganas de llegar a la hogareña casa de Roi y peinarme un poco, ya que estábamos.

Tardamos como veinte minutos andando, Laki iba haciendo el tonto y nosotros íbamos comentando el ratito que nos había dado en el veterinario. Me contó que el veterinario era primo del chaval que me había atormentado con la pesca el primer día que estuve en su casa, en la fiesta de inauguración.

—Por cierto, ¿te apetece venirte a casa un rato en Nochevieja? Vendrán unos cuantos a mi casa, casi los mismos que en la inauguración.

—¿Sabes si va Iago y Mimi? No me ha contado nada.

—Sí, vienen, no se habrá acordado. Vente, te puedo ir a buscar si lo prefieres, ¿cenas en casa de tus padres?

—Sí, ceno allí, pero puedo ir en el coche de mi padre, seguro que me lo deja, ellos no van a salir.

—Si al final lo van a usar, no me importa acercarme a por ti.

—Pero lo mismo ya tienes gente en tu casa, ¿no?

—Da igual, voy a por ti, que se apañen los demás.

—Te aviso, seguro que puedo ir en el coche de mi padre, no te preocupes, seguro que me paso por tu súper fiesta.

Nos sonreímos, ya estábamos en la puerta de la valla de su casa, que abrió con una llave y fuimos andando por el camino, Roi soltó a Laki para que corriera libre y se fue como un loco a por unas palomas que había por allí.

Entramos a su casa, que observé de nuevo detenidamente, me fascinaba, era una casa perfecta, tenía todo lo que yo hubiera elegido, no le faltaba ni le sobraba nada, pude imaginarme tumbada en el sofá, arropada con una manta, mientras leía y me distraía con el crepitar de la chimenea.

Roi me llamó desde la cocina, porque me había quedado atrás en mi propio ensimismamiento. Ya tenía preparada la sartén, fue haciendo la zorza mientras me preguntaba qué quería de beber. Me dio unos ingredientes para hacer una ensalada rápida de primero y fui poniendo la mesa. Parecíamos una de esas parejas que llevan muchos años y uno terminaba la frase del otro, una pareja como la que formaban Iago y Mimi, pero, me recordaba a mí misma, no éramos esa pareja, aunque una vocecita que venía de mi corazón me susurraba "pero podríamos serlo". Me estaba ilusionando demasiado con esto y no sé si iríamos a buen puerto.

Empezamos a comer, tenía muchísima hambre, solo había desayunado una simple manzana y ya llegaba con las fuerzas limitadas a esta hora. Cuando terminamos de comer, recogimos e hice amago de irme, pero antes de que tuviera ocasión, Roi me propuso ver una película. Volvió a añadir la coletilla "como amigos", como si eso nos diera carta blanca para ser una pareja encubierta.

Acepté, porque me apetecía y porque me merecía ser feliz, me dije a mí misma. Elegimos una película de superhéroes, que era un género que habíamos consumido mucho cuando estábamos juntos, porque nos encantaba a los dos. Mientras yo ponía la película entre las diferentes aplicaciones, él puso la chimenea, trajo dos vasos de agua y me acercó una mantita. Cuando se sentó, cogí la manta y nos arropé a los dos, la casa estaba bien de temperatura, pero lo mismo al estar ahí parada en el sofá me quedaba fría, siempre me gustaba usar una manta para ponérmela por encima y él lo sabía a la perfección.

Según avanzaba la película, mi cuerpo actuó por su cuenta y me fui apoyando en Roi, él vio la oportunidad y pasó un brazo por encima de mis hombros. Su pecho era tan cómodo que me apoyé

ligeramente, así pasamos un rato viendo la película, medio tumbada encima de él y abrazados.

Su mano tenía vida propia y empezó a acariciarme el brazo, hasta que me metió sin dudar la mano por debajo del jersey y la camiseta que llevaba, acariciándome la tripa. Me pareció un gesto tan cariñoso que me encantó, no podía decir lo contrario y estaba harta de engañarme a mí misma.

A partir de ahí, no puedo contar con detalle qué sucedió en la película, porque solo estaba pendiente de las caricias de Roi, que fueron intensificándose, mientras su mano se metía por debajo del sujetador y me tocaba los pezones, haciendo círculos despreocupados.

Tenía una buena vista de su pantalón, vi que lo tenía bastante abultado y me alegré de ser capaz de ponerle cachondo solo con unas caricias distraídas. Cogí el mando y apagué la televisión, lo miré mientras le desabrochaba la cremallera del pantalón y se lo bajaba hasta las rodillas, al igual que los calzoncillos. De ahí emergió su enorme pene saludándome, me acerqué a él y le pegué un lametón con todas mis ganas.

Comencé a chupárselo y a lamérselo sin parar, de arriba abajo, mientras le acariciaba los testículos y él me tocaba las tetas con una mano y con otra me agarraba del pelo, marcando la velocidad. No me cabía bien todo en la boca sin que me diera una arcada, pero estaba tan cachonda que no me importó, empecé a respirar por la nariz acompasadamente para evitarlo y cambiar su pene dentro de mi boca de lado. Reconocía que no era muy dada a hacer felaciones, no era un tema que me fascinara, pero estaba descontrolada y solo pensaba en darle, al menos, la mitad de placer de lo que yo sentía.

Empecé a disfrutar de lograr darle tanto placer, él gemía y me agarraba el pelo, paré un momento para verle la cara y, sin pensarlo, le escupí en su miembro y le volví a dar un lametón con todas mis ganas. Noté cómo se sorprendía y gozaba, quería que viese que ya no era la niña que traicionó y se fue a Madrid.

Al rato me susurró que se iba a correr si continuaba así, se lo agradecí porque quería elegir yo si me tragaba su semen o no. Tampoco era dada a esta práctica, pero en este caso tenía ganas de absorberle en su plenitud, así que fui más enérgica en mis movimientos, hasta que noté cómo su pene palpitaba fuertemente, su cuerpo temblaba del orgasmo y mi boca se llenaba de él.

Le escuché suspirar, aproveché para beber agua, porque, seamos sinceras, el semen sabe fatal, pero no me arrepentía, me había encantado darle placer de esa manera tan intensa. Aprovechó para quitarse el pantalón de las piernas, subirse los calzoncillos y entonces me cogió de la cintura y me tumbó en el sofá completamente. Me dio un beso en la boca y me dijo al oído que ahora me tocaba a mí, Roi no era consciente de las ganas que tenía.

Bajó de nuevo a mi epicentro y empezó a chuparme por los labios exteriores y, ya con eso, me estremecí, me metió un dedo dentro de mí, a la vez que lo giraba con sutileza. Después continuó con mi clítoris, que lo notaba descontrolado, me lamió en círculos y perdí el control, di un gemido que suerte que Roi vivía en pleno monte, sino me hubieran oído todos los vecinos de alrededor. Aprovechó en ese momento para meterme dos dedos en mi vagina, a la vez que seguía chupándome insistentemente y, con la otra mano, buscó mi ano. Me removí incómoda, pero decidí dejarme hacer, era algo que habíamos hablado alguna vez cuando estábamos juntos, pero nunca habíamos probado. Había leído que podía ser muy placentero y tenía ganas de experimentarlo con él. Paró y me miró a modo de pregunta, yo simplemente asentí para que siguiera, porque quería probarlo todo con él.

Fue una sensación alucinante y era un placer que nunca había sentido. La presión de su dedo en mi ano activaba algo por dentro que provocaba un efecto alucinante, empezó a mover las dos manos y la lengua no paraba de lamerme el clítoris, en un minuto tuve el mejor orgasmo de mi vida, grité sin control a la vez que él seguía sin parar. Cuando ya no pude más, le agarré del pelo ligeramente para apartarle, aprovechó para subir a mi altura y besarme el cuello

mientras su olor y el mío embriagaban toda la habitación. Aprovechó para decirme al oído que no había terminado conmigo.

Estaba exhausta, pero él tenía ganas de más, era impresionante lo dura que la tenía, habiéndose corrido hacía apenas diez o quince minutos. Cogió su pantalón, sacó la cartera y se puso un condón, se colocó encima de mí y me besó en la boca, yo instintivamente abrí mis piernas para recibirle, tenía una gran necesidad de que estuviera dentro de mí. Colocó debajo de mi culo un cojín y me agarró las manos para ponerlas estiradas encima de mi cabeza, estaba totalmente a su merced, pero para nada me importó.

Me invistió de una vez, estaba tan mojada que entró en mí sin dudar, moví las caderas mientras él seguía metiéndomela sin parar, fuertemente. Me soltó las manos y me acarició la cara, yo le agarraba de la espalda, a la vez que le clavaba las uñas, me encantaba él, me fascinaba lo que era capaz de hacerme sentir, me tenía loca.

Tardamos un poco más en correrno, pero no nos importó, fuimos cambiando la velocidad, a la vez que nos acariciábamos y Roi me susurraba palabras bonitas:

—Eres la única que me hace sentir esto.

—Tú también, lo llenas todo. —Le reconocí, luego negaría haberlo dicho.

Yo me corrí antes y, al poco él, volvió a hacerlo con los ojos abiertos, mirándome fijamente, diciéndome que era lo más bonito que había visto nunca. Cuando terminamos, se quitó el condón y lo metió en el envase original, se sentó en el sofá y nos envolvió con la manta, estábamos desnudos. Cogió el mando, encendió de nuevo la televisión y dio al botón *play*, como si aquí no hubiera pasado nada.

Me terminé durmiendo, apoyada en él, abrazados y ni me enteré de la película, Roi conseguía acabar conmigo. Cuando me desperté, había oscurecido, estaba tumbada en el sofá, arropada con la manta y seguía desnuda. Se escuchaba, a lo lejos, agua cayendo, supuse que era la ducha. Me tapé con la manta y me fui

hacia el servicio, la puerta estaba abierta así que me sentí libre para acceder. Le vi metido en la ducha, la mampara era transparente, así que se le veía en todo su esplendor, el agua caía por todo su cuerpo, no sé cómo podía estar tan bueno.

Dejé la manta en el suelo y abrí la mampara, no sé cómo se tomaría esa intromisión, pero esperaba que me recibiera con los brazos abiertos. Cuando me vio, solo pudo sonreír, notaba la piel fría de haber estado desnuda en el sofá y el agua caliente cayendo por mi cuerpo fue muy agradable. Abrió los brazos para envolverme, mientras nos quedábamos ahí parados, con el agua caliente recorriendo nuestros cuerpos unidos.

—Puf, ya no sé si voy a poder hacerlo otra vez tan seguido.

—Yo tampoco, voy a terminar con agujetas. —Y nos reímos a la vez—. ¿Somos unos pervertidos?

—No, solo nos gustamos. —Y me acarició la espalda.

No sé cuánto tiempo estuvimos así pero, en un momento dado, Roi se separó, cogió la esponja, echó jabón y me la pasó por todo el cuerpo, con un cariño que decía demasiados sentimientos que no estábamos nombrando, pero que estaban ahí, con nosotros.

Cuando terminó, me enjuagué y apagué el grifo, él salió a por dos toallas, se puso una en la cintura y me pasó otra por encima.

—Otro día tengo que probar la bañera de patas que tienes, es una auténtica fantasía.

—Cuando quieras, podemos poner un montón de jabón para que sea con espuma. Yo nunca la he usado.

—¿Y para qué la pusiste?

—Nunca se sabe cuándo mi follamiga querrá bañarse.

Cada día me confirmaba que había pensado en mí cuando decoró y preparó esta casa y eso me enternecía. En esa época ni nos hablábamos y, aun así, no había dudado en ponerla exactamente a mi gusto. ¿Había tenido siempre la esperanza de

volvernos a encontrar? Eran dudas que no quería sacar a relucir, porque la conversación se pondría demasiado seria.

Decidí no quedarme a dormir, pero sí acepté que me acercara a mi piso, me daba pereza volverme sola andando. Cuando entré sola a mi nuevo piso, una vez Roi se marchó en su coche, se me hizo impersonal y solitario, me gustaba muchísimo más la impresionante casa de Roi y su compañía. Me metí en la cama y me di cuenta de que le echaba muchísimo de menos, ojalá hubiera estado conmigo en ese momento para abrazarle.

19

NOCHEVIEJA

El día siguiente lo pasé con mi madre, fuimos a comprar la cena para Nochevieja, que era ya mismo y aún no teníamos nada. También le estuve ayudando a coser un mantel que estaba haciendo, supuestamente para el ajuar que nunca me daría, porque a estas alturas no me iba a casar nunca. Estaba muy dramática con lo que me traía entre manos con Roi, le caía bien y sabía que era un buen chico, pero pensaba que estaba perdiendo el tiempo con él.

Ese día también hablé con Mimi y me confirmó que iba a ir también a la fiesta que montaba Roi en su casa, así que quedamos en vernos allí, yo me llevaría el coche de mi padre y si después bebía, ya veríamos. Estaba improvisando, algo que no había hecho en mi vida y me resultaba liberador.

Estaba emocionada, tenía la necesidad de estar de fiesta con Mimi y conocidos del pueblo, beber, bailar y despreocuparme. Había sentido mucho en poco tiempo y me notaba saturada, desinhibirme y dejar la mente en blanco sería ideal. Ese día me acosté pensando en las posibles combinaciones de ropa que podría ponerme para dejar sin palabras a Roi.

El día de Nochevieja transcurrió con normalidad, me levanté tarde, cada día parecía más una adolescente, y me fui a comer con Mimi. Ese día Iago no trabajaba y comimos los tres, Mimi me dijo que Roi no podía venir porque estaba preparando su casa para la fiesta y estaba ocupado. Me sentí triste de no verle, para qué nos

vamos a engañar y un poco mal por no haberme ofrecido a ayudarle.

Por la tarde me duché y me alisé el pelo, me hice unas pequeñas hondas después para darle un toque diferente. Me puse una falda de tubo de lentejuelas negras y una camiseta lencera, también negra, además de unas medias translúcidas, con las que, seguro que pasaría frío, pero me daba igual. Lo acompañé de unos zapatos de salón, con un broche en el tobillo, que me resultaban muy cómodos. Cené con mis padres y tomé las uvas con risas, como siempre. Mi padre y yo intentábamos todos los años contar las uvas a la vez que masticábamos deprisa, que previamente mi madre había pelado a conciencia. Mi madre siempre se ponía nerviosa y hacía aspavientos para que nos calláramos. Les abracé fuerte y les deseé feliz año, los quería un montón y era estupendo tenerles tan cerca estos días.

Mi madre después sacó champán para brindar y la típica bandeja de turrones. Mi padre y yo nos tomamos un polvorón de limón cada uno, que era nuestro favorito, mi madre simplemente alucinaba de lo que éramos capaces de meternos entre pecho y espalda.

A las doce y media sentí que era una hora respetable para despedirme de mis padres e irme a casa de Roi, esperaba no llegar la primera, pero tampoco la última, la teoría de siempre, ya sabéis, quería pasar desapercibida. Cogí el coche de mi padre y llegué en apenas diez minutos, aparqué dónde estaban todos los coches, ya había unos siete u ocho, así que perfecto, además, vi el de Iago y Mimi entre ellos, ya tenía dos aliados en la fiesta.

Me había puesto un abrigo rojo de vestir muy bonito que tenía mi madre, era de paño y se ataba a la cintura con un bonito cinturón. Sí, iba muy mona, pero estaba totalmente congelada, menos mal que en casa de Roi se estaría bien de temperatura.

Llamé a la puerta y otra vez me abrió Susana, ya me había olvidado de esta señora, qué pereza.

—Hola, Lúa, feliz año, pasa, pasa. —Como si fuera su casa, qué rabia me daba, pero no tenía derecho a quejarme de su presencia, aunque me dejó un regusto negativo que no supe gestionar.

—Igualmente. —Dije con pereza.

Pasé dentro y dejé el abrigo en el perchero, me fijé que el salón estaba muy cambiado. Roi había apartado los sofás y había puesto en el techo una guirnalda y en la pared unas letras que ponían "FELIZ AÑO". En la entrada había una cámara de fotos instantánea y una mesa con complementos para hacer una foto de recuerdo, era un bonito detalle y me tenía que asegurar de hacerme una foto con Roi. En la isla de la cocina había un montón de canapés, platos, vasos y bebida, se escuchaba música actual y había gente bailando, otros sentados en el sofá hablando. Habría como quince personas, entre ellos Susana, Alberto, el primo de Roi que era idéntico a él y otros tantos que me sonaban de la anterior fiesta, pero no vi a Roi. A los que sí vi fueron a Iago y a Mimi bailando pegados, una especie de reggaetón o música similar, me gustó verlos así, despreocupados. De repente noté de reojo una presencia conocida, me giré y ahí estaba Roi con una bandeja llena de canapés. Llevaba unos pantalones de vestir que seguro que le hacían un culo brutal y una camisa blanca que se había colocado remangada por los codos, con un par de botones superiores desabrochados.

Se me acercó, me cogió de la cintura sujetando la bandeja con la otra mano de una manera sorprendentemente grácil y me dio un beso en la mejilla que guardaba todos nuestros secretos. Me susurró al oído:

—Estás guapísima, te follaría ahora mismo.

—Feliz año, Roi.

—Feliz año, me encanta celebrarlo contigo.

—Está genial la decoración, ya veo que has estado entretenido, entre preparar toda la comida, mover muebles y la decoración…

—Sí, he estado bastante liado toda la mañana, anda que has venido a ayudarme. Eso sí, reconozco que la comida la he encargado, no la he hecho yo.

—Pues, si te soy sincera, me he levantado a las tantas y he ido directa a comer a casa de Mimi, sin pasar por el desayuno.

—Ya te vale, vaya amiga. —Me dio otro beso en la mejilla y se fue a llevar el plato a una mesa que estaba al fondo.

Mimi se percató de mi presencia y vino junto a mí, sonriéndome:

—Ay, qué buena pareja hacéis.

—Cállate.

—Feliz año, cascarrabias, dame un abrazo.

—Feliz año a ti también, señora. Ya he visto el bailecito que te has marcado con Iago, arrimando cebolleta y todo.

—No sea soez, anda, que soy una mujer casada y embarazada. ¿Quieres algo de beber? En esa mesa está todo.

—Sí, vale, voy a coger algo.

—Te acompaño.

Fuimos juntas a por una bebida, yo me preparé un ron con Coca-Cola, un clásico de todos los botellones, y Mimi se cogió un refresco, como no podía beber alcohol por el embarazo, es lo que le tocaba. Me bebí en dos tragos mi vaso de tubo, tenía mucha sed y estaba un poco nerviosa con tanta gente, el alcohol me ayudaría a soltarme seguro.

En ese momento llegaron Iago y Roi, nos preguntaron que si bailábamos y no lo dudamos. Roi y yo empezamos a bailar normal, a una distancia razonable, pero a medida que iba avanzando la canción, nos íbamos acercando, hasta que ya nos tocábamos más de la cuenta, me cogió de la cintura mientras bailaba de forma sensual y yo no me quedaba atrás. Notaba como varios invitados nos

miraban de reojo, entendía que todo el mundo conocía nuestra historia, al menos de forma parcial y chocaba vernos tan cercanos.

—Me da igual. —Se acercó para decírmelo porque la música estaba muy alta.

—¿Qué?

—Que me da igual lo que piense la gente. Sé lo que estás pensando.

No podía mentirle y decirle que no me preocupaba lo que pensaran los demás, al final me había ido del pueblo y muchos de ellos solo me conocerían de oídas y de los chismorreos que hubieran transitado por el pueblo estos días. Me sentía incómoda porque, en el fondo, tenía necesidad de caerles a todos en gracia y más cuando a Roi le tenían tanto afecto.

—Disfruta y no te agobies.

Seguí bailando y empecé a pasarlo bien, como me había pedido Roi, me apetecía vivir el momento y eso iba a hacer, sin darle tantas vueltas a todo como solía. Cuando terminó la segunda canción, me fui a por más bebida, de nuevo cogí otro ron con Coca-Cola bien cargado y también un par de canapés que estaban por allí, para que no me subiera tanto.

Tras ello, pillé a Roi hablando con unos amigos y tiré de él, interrumpiendo la conversación. Le pedí que se hiciera una foto conmigo, que no podía ser que terminara la fiesta sin hacérnosla. Aceptó sin dudar, él se puso una boa morada y yo un sombrero rosa y sonreímos a la cámara, Roi quiso repetirla para que nos quedáramos una cada uno. Una de las cosas que eché de menos cuando lo dejamos fue, precisamente, que no teníamos casi ninguna foto juntos, me hubiera gustado verlas y lamentarme de lo que habíamos perdido. Me prometí que, si seguíamos siendo amigos, nos haríamos más fotos a menudo. Guardé esta a buen recaudo, dentro del bolso bandolera que llevaba colgado.

Volví al salón, que prácticamente era una pista de baile improvisada y estuve bailando con Mimi, saltábamos, reíamos y nos abrazábamos. Llevábamos varias canciones y ya me empezaba a sudar la frente de tanto movimiento, la gente nos seguía mientras animábamos la fiesta y todos empezaron a unirse y divertirse con nosotras. Cuando ya no podía más, me tomé otra copa más, ya no sé ni qué me eché porque me la preparó un chico que estaba por allí y la acepté sin dudar. Después de beberme medio vaso, mi vejiga ya no aguantaba más, notaba que estaba ligeramente mareada y que al día siguiente tendría una resaca considerable, pero me dio exactamente igual.

Al salir del baño, que casi no atinaba ni dónde estaba y eso que hasta me había duchado allí con Roi, me di de bruces con una chica, cuando le miré la cara, era la maravillosa Susana:

—Joder, otra vez tú. —Le dije un poco con lengua de trapo.

—Tía, ¿qué te pasa conmigo?

—¿Qué me pasa? Vale que no tienes la culpa, pero te liaste con mi Roi, ya te vale.

—¿Qué yo me lie con quién? —Esta estaba más borracha que yo y ya era decir mucho.

—Sí, te liaste con Roi, justo antes de irme a Madrid, por eso le dejé.

—¿Qué dices? Yo nunca me he liado con Roi y eso que lo he intentado en varias ocasiones.

—Anda ya, no pasa nada, si ya está olvidado, yo paso del tema. —Me trabé un poco al decirlo, ya no sabía ni expresarme, entre el vino blanco que había tomado en la cena con mis padres, el champán de después y las copas cargadas que llevaba encima, tenía un popurrí que ni me enteraba.

—Lo que tú digas, si quieres, cuando estés menos borracha, lo hablamos.

—Li qui ti diguis. —Me burlé de ella, no estaba siendo muy madura, pero tampoco estaba en mis cabales.

Se dio la vuelta y se marchó, menuda maleducada, la asquerosa. Decidí pasar del tema, fui a por otra copa, tenía la boca seca. Después fui de nuevo a bailar, estuve bailando con Alberto, que se había traído a su chica, también con Carlos, el pesado de la pesca, que evitó hablarme y con algún invitado más que ni sabía su nombre, hasta que vi a Roi, le cogí de la mano y empecé a restregarme con él, mientras le agarraba de la cintura.

—¿Cuánto has bebido?

—Poco.

—¿En serio? Te veo muy borracha.

—Y yo te veo muy buenorro.

—¡Ja, ja, ja! Anda, ven que te llevo al sofá para que te sientes.

—¿Por qué estás tan fuerte? No entiendo cómo tienes esos músculos. Cuando te dejé eras más delgaducho, ahora estás potente, ¿es una venganza?

—Seguro que sí.

—Me encanta tu olor, ¿lo sabías? No debería oler nadie así de bien, resulta adictivo, así no puedo separarme de ti, es injusto, porque yo no quiero estar contigo, me vas a volver a hacer daño y me tendré que ir a Madrid llorando, como la otra vez.

En ese momento vino Mimi a salvarme, hacía mucho que no estaba tan borracha y no me enteraba de absolutamente nada.

—Lúa, has bebido un montón, vente fuera, anda, para que te dé un poco el aire.

Salí con Mimi fuera, esta chica era un encanto, valía un potosí, me cogió del brazo y me acompañó al exterior. En ese momento, no pude aguantarme y vomité sin piedad sobre unas flores preciosas que tenía Roi plantadas, me iba a matar por lo que había hecho,

pero me había sido imposible aguantarme. Entre la comida copiosa, tanta bebida y tanto baile, tenía un mareo que no pude soportarlo.

—Madre mía, Lúa, la que has liado.

—No se lo digas a Roi, que me da vergüenza.

—Pero tendremos que limpiarlo, están todas las flores vomitadas, ¿sabes que tiene un jardinero contratado para que le mantenga todo este jardín? Como se entere el señor ese, que encima es un rancio, nos cortará la cabeza con sus tijeras de podar.

—Jo con Roi, cómo maneja, rico se tenía que hacer el asqueroso después de dejarme.

—No te dejó.

—Lo que sea.

—Nosotros nos vamos a ir en breve, ya son las siete de la mañana y estamos agotados, ya se está yendo todo el mundo.

—Puf.

—Le voy a decir a Roi que te vas a quedar aquí a dormir, ¿vale? Tiene una habitación de invitados, así que no habrá problema.

—No, no, que me da vergüenza, que no quiero ser invitada de nadie.

—No digas tonterías, te quedas aquí, que en tu casa a saber qué locura haces.

Me dejó ahí sentada en una especie de banco que tenía Roi, todo me daba vueltas, así que me recosté sobre al asiento. Escuchaba a Mimi hablar en bajo de mí, pidiendo a alguien que si me podía quedar a dormir allí. ¿Allí dónde? Yo en casa de Roi no pensaba dormir, era una línea que no iba a pasar, quedarse a dormir ya era compromiso, era ser algo más que follamigos. A la vez que mi mente se negaba a hacer lo que me decía Mimi, mis ojos se fueron cerrando y ya no supe que había sido de mí.

A la mañana siguiente me desperté debido a los rayos de sol que bañaban la habitación, colándose entre la persiana entreabierta, no sabía ni dónde estaba, tenía tal dolor de cabeza que estuve un rato sin atreverme a abrir los ojos. Notaba una cama mullida, que me envolvía, con una almohada que se adaptaba a mi columna vertebral a la perfección, unas sábanas suaves y una manta gordita que me tapaba para no pasar frío. Toqué mi cuerpo y vi que tenía las bragas puestas, iba sin sujetador y llevaba una camiseta ancha que no parecía mía. Al menos no me había acostado con nadie si todavía mantenía las bragas, aunque me preocupaba ligeramente lo del sujetador.

Me vinieron imágenes de la fiesta anterior, todas las copas que me tomé, yo bailando con Mimi, riéndome, la foto con Roi… Y lo demás lo tenía tan borroso que parecía que no hubiera sucedido. Llamaron a la puerta despacio, aunque a mí me sonó en la cabeza como una ametralladora:

—Buenos días. –Apareció Roi hablando bajito, por el quicio de la puerta—. ¿Cómo has amanecido el primer día del año?

—Puf, no grites, por favor. —Me sonrió de forma adorable, a la vez que entraba en la habitación como si nada. Traía una bandeja con café, zumo, unas galletas de mantequilla y parecía que una pastilla.

—Te he traído un kit de supervivencia para superar la resaca que tendrás.

—No tengo resaca.

—Debiste de beber un montón, yo andaba pendiente del resto de invitados y te perdí de vista, pero me dijo Mimi que bebiste unas cuantas copas.

—No sé, no me acuerdo de casi nada. —Me quejé mientras me masajeaba la cabeza.

—Anda, tómate esto y verás cómo te encuentras mejor, que entiendo del tema.

Di un sorbo largo al zumo mientras me tragaba la pastilla, después me tomé el café, dando mordisquitos a la galleta de mantequilla, no tenía mucha hambre, notaba todavía el estómago revuelto y era muy desagradable.

—Por cierto, ya te pasaré la factura del jardinero.

—¿Por qué? ¿Hice algo anoche a tu jardín?

—Lo único así destacable es que vomitaste con ganas en las flores de mi jardín, pero ya las he regado, no sé si alguna vez volverán a ser las mismas que fueron, pero confío en que sí.

—Perdóname, de verdad, no suelo beber tanto como lo hacía de joven y está visto que tolero fatal el alcohol.

—No te preocupes, sin duda animaste la fiesta.

—¿Cómo? Puf, qué vergüenza, mi idea era pasar desapercibida.

—Pues creo que sería como el otro extremo más o menos.

—Amplía la información.

—No hiciste nada malo realmente, solo bailabas de forma… Sensual, te subiste encima del sofá y animaste a la gente a, dijiste tal cual, "arrimar cebolleta", fue gracioso. Luego estuviste bailando bastante cerca de Carlos y gritaste que este chico se merecía una mujer que follara tan bien como tú. Creo que Carlos se abochornó bastante.

—Pobre chaval, espero no volver a verle en la vida.

—Es una buena persona, un poco pesado, pero siempre me ha ayudado en lo que he necesitado.

—No lo niego.

—Te dejo tranquila, por si quieres ducharte o lo que sea, en el escritorio tienes ropa para ponerte, la ha traído Mimi hace un rato, estaba preocupada por si te teníamos que llevar a urgencias.

—¿Qué hora es?

—Las dos.

—Puf, no he avisado a mis padres.

—No te preocupes, también lo hizo Mimi, así que todo controlado, quédate todo el tiempo que necesites.

Y se marchó, cerrando la puerta. La habitación donde había dormido tenía baño incluido, así que me metí en la ducha, tenía todo el pelo enmarañado, con lo bonito que me lo había dejado antes de venir a la fiesta. El agua sobre mi piel me sentó de lujo, me lavé bien la cara y el cuerpo. Roi tenía un jabón que olía genial, se notaba que era caro, era un sibarita de mucho cuidado, pero me aproveché de ello sin dudarlo. Al salir, cogí una toalla mullida que estaba reposando en el toallero radiador caliente, me envolví con ella y suspiré de placer.

Mimi me había traído un chándal y ropa interior, así que me puse todo, también unas zapatillas de deporte, menos mal que no tenía que volver a la ropa incómoda que llevaba la noche anterior. Ya peinada, aseada y vestida cómoda, bajé a la planta de abajo, donde estaba Roi cocinando algo que olía genial, pero que no me podría comer, seguía muy revuelta y con mucho malestar.

—¿Qué tal te ha sentado la ducha?

—Ya mejor, pero creo que estoy incubando algo, me encuentro fatal.

—Será de la resaca y de todo lo que bebiste.

—No, no, aparte de eso.

Se acercó a mí y me tocó la frente con la mano, luego me dio un beso en la frente de forma muy amorosa:

—Te noto caliente. Espera, voy a por un termómetro.

Vaya cómo empezaba el año, durmiendo en la casa de Roi, montándola en una fiesta y ahora me había puesto enferma, es lo que tenía ir medio desnuda en pleno diciembre, maldita camiseta lencera. Muy bonita, sí, pero no abrigaba nada.

Me acompañó al sofá, me puso el termómetro debajo de la axila mientras me apretaba el brazo contra él, me dejé hacer porque tenía pocas energías. Cuando pitó el termómetro, vimos que ponía treinta y ocho grados, así que, efectivamente, algo más me pasaba además de la horrible resaca.

—Vente, anda, túmbate en el sofá, que te pongo la televisión.

—Prefiero irme a casa, no me encuentro tan mal. —Me intenté levantar y me tambaleé, vale, estaba un poquito mareada.

—Anda, siéntate, yo te llevaré a casa si quieres estar allí, pero esta casa es más calentita con la chimenea y estarás acompañada.

—Tendrás cosas que hacer, tampoco quiero ser una carga.

—Para eso están los amigos, ¿no? Quédate a pasar la tarde y ya vamos viendo. Yo en un rato le acerco el coche a tu padre por si quiere usarlo.

—Piensas en todo.

No tenía ganas de discutir y estaba muy cómoda allí, así que me acurruqué en el sofá con la manta más suave que había tenido en mis manos y cerré los ojos para reducir el horroroso dolor de cabeza que tenía. Roi se acercó y me quitó las zapatillas, no me había dado cuenta de que aun las tenía y estaba pisando su bonito sofá, menuda invitada estaba hecha.

Pasé una tarde malísima, dormitaba, pero me despertaba con escalofríos, tenía mucho frío y me encontraba muy mal. Notaba cómo Roi se acercaba a mí de vez en cuando y me daba un beso en la frente, pero no era del todo consciente de lo que estaba pasando. Al rato, no sé cuánto tiempo había pasado, Roi me susurró al oído:

—Lúa, toma, otra pastilla, a ver si te baja la fiebre. —Me traía un vaso de agua y una pastilla, que me tomé obediente.

—No me vayas a drogar.

—Hasta enferma dices tonterías.

Me volví a recostar y cerré los ojos, me costaba mantenerlos abiertos, no tenía ni fuerzas para moverme, menuda gripe o yo qué sé qué había cogido. De nuevo, noté la presencia de Roi a mi lado, tocándome el hombro:

—¿Qué tal estás? Son las diez de la noche.

—Jo, perdóname, me voy a casa, no quiero molestarte.

—No molestas, ¿te apetece tomar algo? Llevas sin comer apenas desde ayer.

—No sé si me entra algo, me encuentro fatal.

—Al menos te ha bajado la fiebre.

—¿Cómo lo sabes?

—Te he puesto el termómetro varias veces a lo largo de la tarde.

Le miré con ternura y no dije nada, me intenté sentar para ver si ya no me mareaba y él me ayudó tirando de mí.

—Te traeré un poco de sopa que he hecho, seguro que te asienta el estómago, está calentita. —Asentí sin energías para hablar.

Me quedé allí sin fuerzas para moverme, tenía ganas de levantarme y ayudarle, pero no me veía capaz y tenía miedo de marearme de nuevo, así que me quedé ahí esperando a que viniera con mi maravillosa sopa.

Al rato apareció con ella en una bandeja, también me había puesto un trocito de pan, un vaso de agua y una manzana pelada y partida en gajos, madre mía, me tenía loca, era perfecto. Me puso la bandeja encima de las piernas y me preguntó si quería que pusiera la televisión. Negué con la cabeza y fui comiendo en silencio, mientras él estaba ahí sentado a mi lado. La sopa me estaba sentando muy bien y notaba cómo iba recuperando la energía que había perdido.

—Menudo susto me has dado, no había manera de bajarte la fiebre y delirabas, casi te llevo a urgencias. Has debido de coger frío o yo qué sé. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, ahora me encuentro mejor, muchas gracias por… Cuidarme.

—Qué menos.

—No estoy acostumbrada a que nadie me cuide.

—Pues es una pena, mucha gente te queremos y estamos dispuestos a cuidarte, tus padres me han llamado varias veces para ver qué tal estabas, también Mimi… En fin, te mereces que te cuiden cuando te pasa algo.

—Ya, bueno, en Madrid tengo amigos, pero no nadie tan cercano como puede ser Mimi, Iago o mis padres. Es lo que tiene vivir lejos.

—Nunca has pensado en… ¿Volver aquí? Digo de forma más… Permanente.

—No sé, nunca me lo he planteado, simplemente quería probar estas semanas a ver qué tal me iba. Es verdad que supongo que en el trabajo lo podría plantear y me podrían dejar teletrabajar de forma permanente, pero… Me gusta Madrid.

—Lo dices mucho, ¿te lo crees?

—No te pongas en modo Mimi, tú sueles ser más comprensivo y estoy mala.

—Llevas razón. —Y me dio un beso en la mejilla—. Por fin has recuperado el color en la cara, estabas muy pálida esta mañana.

—No me he dado cuenta, de verdad, no hace falta que me cuides, en cuanto termine esto, me voy a casa.

—Quédate a dormir, ya total, hoy también has dormido aquí y tampoco ha sido tan malo.

—No quiero pasar esa línea más veces. —No le confesé que me asustaba lo fácil que traspasábamos todas las líneas, cada vez parecíamos más una pareja que no éramos.

—No pasemos ninguna línea, solo quédate a dormir, cuando he ido a devolverle el coche a tus padres me han dado un pijama para que te pongas hoy, lo daban por hecho.

—Vale. –En el fondo, no cambiaba nada si me quedaba ahí a dormir.

Como ya había terminado, cogió la bandeja y se marchó a recoger, entre medias me acercó el bolso, donde tenía el móvil, por si quería entretenerme. Vi que tenía un mensaje de Mimi y otro de mi madre preguntándome qué tal estaba, les contesté que iba mejor la cosa para tranquilizarlas, esperaba mañana estar totalmente recuperada.

Me levanté despacio y fui al baño con pijama que me había traído Roi, era el peor pijama del mundo, uno de los que tenía en casa de mis padres por si acaso, estaba roñoso, tenía un par de agujeros y no era nada sexy, vamos, ideal para pasar la noche en casa de mi follamigo. En fin, no tenía otra cosa, así que me lo puse y me conformé. Salí del baño con él y llamé a Roi para indicarle que me iba a la cama, dejó lo que estaba haciendo y me acompañó para subir las escaleras conmigo, se estaba tomando muy en serio eso de cuidarme.

Entró conmigo en la habitación y, no sé si era por la enfermedad o qué, pero me noté tan vulnerable que le pedí que se tumbara conmigo. Él aceptó encantado:

—¿Te importa que me quite los vaqueros? Así estaré más cómodo.

—Vale.

Acepté porque no le iba a hacer tumbarse con los vaqueros, con lo incómodo que era. Se apoyó en el cabecero y me atrajo hacía él, así que así me quedé apoyada en su pecho, recostada, a la vez que

él me abrazaba. Me empezó a masajear la cabeza, distraído, mientras estaba con el móvil.

—Mira, ¿quieres ver los vídeos que grabaron ayer? Me los han pasado algunos amigos que estuvieron por aquí.

—No sé si quiero verlos.

—Seguro que no te arrepientes. —Dijo con una sonrisa picarona, mal pintaba.

Cogí el móvil con mano temerosa, este quería que recayera de la enfermedad para tenerme aquí más tiempo, miedo me daba ver los famosos vídeos. Fui pasando los vídeos a la vez que los observaba con detenimiento, me vi diferente, disfrutando, riendo, muy feliz, bailaba con unos y con otros, gritaba y animaba a todos los invitados. En un momento dado se me veía cogiendo a Carlos, acordaos, el pescador, y bailando con él, mientras él, rojo como un tomate, se reía y me cogía de la cintura. Pensé que me iba a avergonzar de mí misma, pero lo que vi me gustó, me vi feliz, desinhibida, con un atrevimiento que no me caracterizaba.

—Me lo esperaba peor. —Musité.

—Estuviste muy divertida, todos mis amigos me han dicho que si vas a venir a la próxima fiesta que dé.

—Qué gracioso. —Le pellizqué un poco el brazo.

—Auch, que me haces daño. —Y empezó a hacerme cosquillas, sabía que las cosquillas eran mi debilidad, así que me entró una risa que no podía controlar, entretanto, intentaba apartarle cómo podía, pero era imposible.

Yo intenté hacerle cosquillas a él, aunque sabía que era inmune a ellas, así que tenía la batalla ganada, cuando no pude más, grité:

—Me rindo, soy una persona convaleciente.

—¡Ja, ja, ja! Ya, claro, no te lo crees ni tú. —Y me plantó un beso en la boca como si nada.

—Oye, que te lo voy a pegar.

—Pégame lo que quieras, por ti, me arriesgaré. —Y volvió a besarme, esta vez de forma más intensa y apasionada.

—Ayer pensaba empezar el año follando contigo, había elegido la ropa pensando en ti.

—Estabas guapísima, aunque con este pijama asqueroso también lo estás. —Y se rio de mí, aprovechó para volverse a colocar como estaba antes y atraerme hacia él.

—Vaya, pensé que el pijama había pasado desapercibido para ti.

—Hubiera pasado, pero tanto agujero es inevitable obviarlo, parece un colador.

—Qué capullo eres. —Me rodeó en un abrazo a modo de perdón.

No tenía mucho sueño, pero tampoco tenía ganas de follar, esperaba que él no tuviera esas intenciones, porque nuestro acuerdo se basaba en eso precisamente y no quería rechazarle.

—¿Te apetece dormir o quieres que pongamos una película? Llevas todo el día durmiendo y no parece que ahora tengas fiebre.

—Me quedo con la película.

Me propuso ver *Sleepless in Seattle*, era mi película favorita y me conocía bien, le había insistido mucho en verla cuando salíamos juntos y habíamos repetido de nuevo otra vez más durante el tiempo que estuvimos juntos. Siempre me decía que la teníamos que ver una vez al año y prometimos hacerlo, pero, obviamente, no lo cumplimos. Así estuvimos los dos viendo la película, abrazados, riéndonos en las escenas graciosas y comentando lo que iba pasando, parecíamos amigos de toda la vida. Me encantó disfrutar de esa complicidad con alguien diferente a Iago y a Mimi. Sabía que, pasara lo que pasara, nos tendríamos el uno al otro y nos apoyaríamos en cualquier situación difícil que nos surgiera, iba a ser verdad que éramos amigos.

Cuando terminó la película eran más de las doce de la noche e hizo ademán de irse a su habitación, pero le pedí que se quedara en mi cama, aceptó sin dudarlo. Esa noche no hicimos nada o lo hicimos todo, la realidad es que no tuvimos una relación sexual, pero nuestra conexión y vínculo fue mucho más allá. Dormimos toda la noche abrazados, haciendo la cucharita y de vez en cuando, durante la noche, notaba cómo me acariciaba. Después de todo, solo nos faltó decirnos te quiero y jurarnos amor eterno, aunque lo decíamos implícitamente con nuestros actos.

20

SE NOS TAMBALEA EL MUNDO

Fue inevitable irme de casa de Roi, al día siguiente ya estaba totalmente recuperada y ya no tenía excusa para permanecer allí, aunque tenía que reconocer, me hubiera quedado encantada en su reconfortante casa, con sus productos de baño lujosos y sus perfectos cuidados y atenciones. Pensé que pasar tanto tiempo con él se me iba a hacer incómodo, pero nada más lejos de la realidad, estaba a gusto, me fascinaba su compañía, su conversación y su presencia.

Los días posteriores a año nuevo siguieron la misma línea, todavía no tenía que trabajar hasta el día siete de enero, por lo que me dedicaba a mi disfrute única y exclusivamente. Fui a comer con mi madre, quedé con Mimi y, sobre todo, follé mucho con Roi, aunque cada vez se parecía más a hacer el amor. El problema es que no solo pasábamos tiempo en la cama, salíamos a cenar, a hacer alguna ruta con Laki e, incluso, había estado dos veces en su taller mientras trabajaba. Os reconozco que era una de las experiencias más eróticas que había vivido, era impresionante ver cómo trataba los materiales y cómo creaba algo maravilloso de la nada. También habíamos profanado casi cada parte de su taller con nuestros descontrolados encuentros, no todo iba a ser trabajar.

El día de Reyes fui a casa de mis padres a darnos los regalos y después fuimos a comer a un restaurante con algunos familiares. Allí mi madre habló orgullosa de mí, diciendo que como tenía un trabajo

tan flexible, podía quedarme hasta marzo. Me preguntaron si había posibilidad de quedarme de forma permanente, pero fui ambigua contestando, no quería que mi madre supiera que existía esa opción y me presionara con ello.

Por la tarde fui a visitar a Mimi y a Iago, para darles su regalo, pero escuché muchos gritos antes de llamar a la puerta.

—No lo entiendo, Iago, ¿qué mierdas te pasa? ¿Es que estás enfermo?

—De verdad, Mimi, te estoy intentando explicar lo que me pasa.

—¿Te pasa que te alegraste de que perdiera el bebé? ¿Eso es de una persona normal?

—No me alegré, trata de entenderme.

—No tengo que entender nada, no quiero saber nada de ti, das pena.

—Pero Mimi, por favor, por eso no te lo había dicho, sabía que no me entenderías.

—¡Que te vayas! O llamaré a la policía.

—¿A qué policía vas a llamar? ¡Vivo aquí! ¡Pero no te preocupes, que me voy!

Y abrió la puerta con toda la energía que tenía, en cuanto salió, dio un portazo, estaba tan enfadado que ni se percató de que yo estaba allí mirándole como un pasmarote. Se metió en el coche y se fue, ¿qué habría pasado? Llamé con los nudillos a la puerta y dije el nombre de Mimi, al reconocer mi voz, me abrió enseguida. Estaba desencajada y toda la cara llena de lágrimas, lo único que pude hacer fue abrazarla.

Nos sentamos en el sofá y fui a prepararnos un té roibos que tanto le gustaba, al mío le eché canela y a ella un poquito de azúcar. Me temblaban las manos, la relación de Iago y Mimi era mi seguro, mi referencia, mi idea de estabilidad. Eran mi ejemplo para seguir, la

unión que perduraba pese a cualquier problema no podía romperse porque, entonces, no habría esperanza para ninguna otra.

Me senté a su lado y le tendí la taza, estaba preocupada y no podía aparentar lo contrario. Ella no parecía querer decir nada, así que opté por preguntarle:

—¿Qué ha pasado? Os he escuchado gritar.

—No quiero hablar del tema.

—Habla cuando estés preparada, pero seguro que te viene bien contárselo a alguien, Iago ha salido muy alterado.

—Le he insistido para que hablara conmigo, para que me explicara qué le pasa, hemos empezado a discutir porque dice que le presiono demasiado, pero no sé qué quiere, si no dice qué le pasa por la cabeza.

—Ya, te entiendo.

—El caso es que al final se ha cabreado y me ha gritado que lo que le pasa es que se alegró cuando perdí el bebé.

—¿En serio ha dicho eso? ¿Tal cual o lo ha expresado de otra manera? En estas situaciones la forma de decirlo es clave.

—No sé, es verdad que no lo ha dicho tal cual, estoy hecha un lío. Ha dicho que sí, que se había preocupado por mí y lo había pasado mal, pero que sintió alivio cuando supo que no íbamos a tener un bebé. ¿En qué posición me deja eso a mí? Ahora estoy embarazada de nuevo y resulta que él no quiere tener un bebé.

—Estaba cabreado, a lo mejor lo ha dicho sin pensar. También es normal que le cueste más sentir apego por un bebé que no conoce, tú lo tienes dentro y pronto empezarás a sentirlo, a él puede costarle un poquito más, pero no por eso significa que no le querrá, que no os querrá.

—No entiendo nada, es verdad que todo llegó muy pronto, pero siempre habíamos querido ser padres, ¿ahora se arrepiente?

—Eso tendremos que preguntárselo a él, pero estoy convencida de que te quiere más que a nada en este mundo y querrá a ese pequeño bebé cuando nazca, solo necesita verle y tenerle en brazos. —Le toqué la tripa y se la acaricié.

—A lo mejor nos hemos equivocado y no deberíamos haber sido padres, seguir solos, él y yo, como siempre.

—Ahora ya poco se puede hacer, tú estabas muy ilusionada con este pequeñín y es lo único que importa.

—Sí, lo voy a tener, ya sea con él o sola, me es igual.

—Nunca estarás sola. —Y le di un abrazo, confiando en que eso la reconfortara de alguna manera.

Aproveché para llamar a Iago, esperando poder hablar con él para convencerle de que volviera a casa, pero tenía el móvil apagado. Llamé entonces a Roi, él seguro que sabría algo de su amigo, me contestó al segundo tono:

—Hola, ¿qué tal?

—¿Sabes dónde está Iago? —Ni le saludé, no tenía tiempo para eso.

—No, ¿qué ha pasado?

—Ha discutido con Mimi y se ha ido, me gustaría pedirle que volviera a casa y se pudieran sentar a hablar civilizadamente.

—Joder, voy a llamarle.

—Tiene el móvil apagado, así que no creo que puedas hablar con él.

—Creo que sé dónde está, voy a ver si le encuentro.

Me quedé con Mimi en casa, seguimos hablando y no llegamos a ninguna conclusión. Es verdad que Iago había estado muy opaco desde que Mimi perdió al bebé, pero había supuesto que era porque le había costado gestionar la pérdida, no por otra cosa. Esta nueva realidad había aparecido de repente y nos había arrollado sin previo

aviso, pero Iago era de las mejores personas que yo conocía y seguro que llegaba a un entendimiento con Mimi. Lo que tenían que hacer era sentarse a hablar tranquilamente y poner todas las cartas sobre la mesa, para eso necesitaba aquí a Iago inmediatamente, ojalá Roi me solucionara ese punto.

Estuvimos como dos horas esperando noticias de Iago o de Roi, que no había vuelto a llamar ni a escribirme. Intentamos hablar de otros temas, pero era complicado concentrarse. Mimi estaba muy triste y nerviosa y me daba miedo que eso pudiera afectar al bebé, pero no dije nada. Menudo día de Reyes, lo recordaríamos siempre.

Cuando ya eran casi las nueve de la noche, se abrió la puerta de la calle y apareció Iago y Roi, por fin. Mimi ni se inmutó, pero yo me acerqué a ellos:

—Iago, ¿dónde estabas? ¿Por qué te has ido de esas maneras?

—Venga, Lúa, dale un poco de espacio. —Le defendió Roi, estaba claro que no sabía toda la historia.

Iago fue despacio hacía el sofá y se sentó al lado de Mimi:

—¿Podemos hablar?

—No tenemos nada de qué hablar, Iago, ¿tú ves normal irte así? Tenemos una relación seria y vivimos juntos, no puedes irte a la primera de cambio.

—Te importa que hablemos… ¿A solas? De verdad, me gustaría explicarte todo con detalle, antes no me he expresado bien.

—Promete que no vas a elevar la voz, no soporto cuando me gritas, no creo que lo merezca.

—Te lo prometo, pero, por favor, déjame hablar y decir todo lo que tengo que expresar.

Roi me lanzó una mirada y señaló hacia la puerta, me hubiera gustado quedarme con Mimi y apoyarla, pero se merecían tener una conversación ellos dos y aclarar todo.

—Mimi, estaré fuera, por si me necesitas.

Nos salimos a la parte de atrás de su casa, al balancín que le encantaba a Mimi, recordaba que cuando se compraron la casa, apenas tenían dinero, pero ella tenía claro que era de las primeras cosas que iba a comprar. Mimi decía que no tendría sofá o televisión si hacía falta, mientras pudiera tener el balancín y cierto era que lo usaba muchísimo. Allí tenía una manta siempre, así que nos sentamos Roi y yo y nos arropamos.

—¿Dónde estaba Iago?

—Cuando se siente saturado siempre va al mismo sitio, cuando estuve mal, me lo enseñó y lo usé a menudo. Es un claro cerca de mi casa, está entre un montón de árboles enormes y justo entran los rayos de sol, solo se escuchan los pájaros y el viento, sabía que, si había discutido con Mimi, estaría allí.

—¿Sabes qué le pasa?

—Algo me ha contado, pero es con Mimi con quien tiene que hablar.

—Ya, lo entiendo.

—¿Estás enfadada?

—No.

—Lo parece. —Me conocía demasiado bien.

—Pues la verdad es que me ha parecido que te ponías de su parte sin conocer las dos versiones.

—Creo que has hecho exactamente lo mismo tú.

—No es así, pero Mimi está en una posición desfavorecida respecto a Iago, tiene las hormonas revolucionadas y se siente muy vulnerable, ya no solo a nivel mental, sino también físico.

—Llevas razón, los quiero a los dos por igual y no quiero discutir por esto. Estoy preocupado, ellos son la pareja perfecta y me pone nervioso que todo se pueda tambalear.

—Estoy igual. —Me pasó un brazo por los hombros y me dio un apretón que me supo a gloria.

—Seguro que todo se soluciona. ¡Oye! Por cierto, no te he dado tu regalo.

—¿Qué regalo?

—El regalo de Reyes.

—Yo no tengo nada.

—Tú eres suficiente regalo para mí. —Cállate, Roi, que me derrito.

—Me voy a poner roja al final.

—¡Ja, ja, ja!

—Bueno, ¿y qué es el regalo? No sabía que me ibas a dar nada, te hubiera comprado algo.

—Es una tontería, lo tengo en el coche, luego te lo doy, si tenemos ocasión.

Me acerqué para darle un beso y él me respondió con tranquilidad, un beso despacio, para calmar nuestras preocupaciones y nerviosismo. Me transmitió confianza, esperanza y amor, estaba consiguiendo que bajara todas las barreras que había construido durante años con tanto empeño y tesón.

Estuvimos mucho rato allí, escuchábamos a lo lejos las voces de Iago y Mimi hablando, nosotros permanecimos sentados en el balancín, con un ligero movimiento, arropados y abrazados, esperando, como el que espera impaciente en la consulta del médico a que le den los resultados que decidirán su vida. Al rato, Mimi abrió la puerta y nos pidió que pasáramos.

—Chicos, ya hemos terminado y creo que hemos llegado a algún tipo de entendimiento, pasad, por favor.

Pasamos al salón, Iago estaba sentado en el sofá, Roi se sentó a su lado y Mimi en el otro butacón que tenía, yo cogí una silla y la

acerqué a los demás.

—¿Qué os ha pasado? Me habéis asustado, teníais una buena montada.

—Tengo que pediros perdón. —Empezó a hablar Iago—. Desde que Mimi perdió al bebé he estado absorto en mis propios pensamientos y no he estado muy comunicativo, sobre todo con Mimi. Pero la verdad es que tuve sentimientos encontrados cuando Mimi perdió al bebé, durante su embarazo Mimi estaba muy preocupada por todo y me agobié mucho, vi que estaba dejando de ser ella, que solo hablaba del mismo tema y… Todo me sobrepasó. No creo que estuviera bien, pero es algo que no pude contener. —Iago bajó la cabeza y se masajeó la frente, Roi se acercó a él y le puso una mano en el hombro para infundirle fuerza.

—Yo reconozco que durante los primeros meses del primer embarazo estaba un poco obsesionada, leía muchos libros, me preocupaba en exceso, veía cosas donde no las había… Quizá mi cuerpo me estaba avisando de que algo malo iba a pasar, no lo sé, pero pasé unos meses malos.

—Me he estado sintiendo culpable durante ese tiempo porque yo no quería que les pasara algo malo al bebé o a Mimi, pero cuando lo perdimos, sentí, por un lado, alivio, como que todo había terminado. Creo que es instintivo, no sé, yo quiero muchísimo a Mimi y me estoy empezando a ilusionar con el nuevo bebé.

—Es muy valiente por tu parte expresarlo con tanta claridad, Iago. —Reconocí.

—Voy a empezar a ir a terapia, necesito que alguien me ayude a gestionar mis emociones y pueda ser un buen padre y el mejor marido que Mimi se merece.

—Vaya, Iago, es difícil reconocer que necesitas ayuda, es un gran paso. —Me sentía muy orgullosa de él y quería que fuera consciente de ello.

—Os doy las gracias porque los dos sois un apoyo fundamental y me alegro de que, por fin, os llevéis bien y podamos estar todos juntos.

Le sonreí y Roi le dio un abrazo. Estaba abrumada por tantas emociones en un mismo día y necesitaba salir de esa casa, así que, en cuanto pude, les di su regalo de Reyes, para Mimi era un colgante llamador de ángeles, había leído que tenía que llevarse a la altura de la tripa para que lo escuchara el bebé desde la tripa y a Iago un chándal que me había dicho Mimi que necesitaba.

Roi se marchó conmigo y, sin hablar, nos metimos en su coche, di por hecho que me podría acercar a su casa sin problemas.

—Puf, ha sido horrible.

—Ya, estaba muy preocupado. —En ese momento, antes de arrancar, extendió el brazo y cogió una cajita de la parte trasera del coche—. Toma.

Me entregó la cajita, entendía que era el regalo que me había preparado, la abrí con cuidado y vi un joyero de madera precioso, estaba todo tallado con filigranas cuidadas, era muy detallado. Lo abrí y apareció una bailarina que giraba sobre sí misma, también era de madera, pero estaba pintada con color, sonaba una música preciosa, parecía de Vivaldi.

—Es una auténtica pasada.

—Me alegro de que te guste, así podrás guardar la pulsera cuando no la lleves puesta.

—No creo que me la quite nunca. ¿También has hecho tú este joyero?

—Sí.

—¿En serio? No me lo creo.

—Pues sí, hecho con estas manos. —Y me enseñó sus manos fuertes, que me encantaba que me tocaran.

—Jo, deberías dedicarte a hacer joyeritos de estos, se venderían solos.

—No me veo yo haciendo joyeros, además, se tarda demasiado para lo que luego la gente está dispuesta a pagar.

—¿Cuánto has tardado?

—Quizá una tarde entera.

—Ya supongo, es muy detallado, muchas gracias, Roi, es una pasada que me regales algo tan valioso. —Le toqué la cara con la mano y le di un beso.

—No hay que darlas, lo hago encantado. Te llevo a casa, ¿quieres que antes comamos algo?

Asentí, así que me llevó a un bar que estaba cerca de mi casa que llevaba poco tiempo abierto, pedimos unas raciones e intentamos hablar de cosas superfluas, para evadirnos un poco. Cuando terminamos, me acompañó andando a casa y en mi portal, según abría la puerta con la llave, fue a despedirse:

—Mañana trabajas, ¿no?

—Puf, sí, vuelta a la rutina, a ver con qué me encuentro.

—Seguro que va bien.

—¿Te apetece subir?

—¿Quieres que suba?

—No lo sé, no sé si me viene mejor estar tranquila en casa.

—No hace falta que follemos si subo.

—No sé, Roi… Es demasiado íntimo si no follamos…

—Debería ser al revés.

—Tú ya me entiendes. —No sé si me entendía, pero esperaba que sí. Follar en sí simplemente era eso, subir a casa y no hacerlo, equivaldría a dormir juntos abrazados, con una complicidad que no

nos correspondía. Aunque, reconozco que lo que más me apetecía era eso, dormirme entre sus brazos.

—No pasa nada, nos vemos mañana, ¿vale? —Se acercó a darme un beso en la mejilla.

—Sube, anda, no me hagas decirlo dos veces. —Vi cómo se le iluminaba la cara y me encantó poderle hacer tan feliz.

Subimos juntos las escaleras, abrí la puerta y pasamos a mi piso. Tenía que reconocer que me gustaba muchísimo más estar en su casa, pero, trabajando mañana, me venía muchísimo mejor dormir aquí. Pensé que, como siguiéramos así, Roi tendría que dejar algo de ropa en mi casa y yo en la suya, pero, de nuevo, se ponía la cosa demasiado seria para nuestro objetivo.

Fui al baño a lavarme los dientes, ponerme el pijama y hacer pis, cuando salí, estaba en el salón esperándome.

—¿Te parece que me quede en calzoncillos y camiseta? No tengo nada cómodo que ponerme.

—Sí, vale, si quieres… Puedes darme el próximo día un pijama o algo viejo para dejarlo aquí, total, tengo mucho sitio.

—Vale. —Lo dijo como si fuera lo más normal del mundo, como si no le diera miedo que estuviéramos yendo demasiado lejos.

Nos metimos en la cama y nos arropó con el edredón, era una noche fría y se agradecía. No me preguntó, dimos por hecho que volveríamos a dormir abrazados, así que me acerqué a él y me envolvió, haciendo la maravillosa cucharita.

—Me encanta dormir contigo. —Me susurró. Ya había apagado la luz y apenas entraba un poco entre las rendijas de la persiana, que estaba entreabierta.

Tardé un rato en contestar y debió de pensar que ya no iba a decir nada, hasta que comenté:

—A mí también me alucina tenerte cerca. —Y me acercó más a él, noté como tenía un comienzo de erección, pero esta vez no me

apetecía incluir la pieza sexual de nuestro encuentro, así que no di pie a ello.

—Buenas noches, descansa. —Y me dio un beso en la cabeza.

—Buenas noches.

Cerré los ojos y enseguida me dormí, fue de las mejores noches que he dormido, descansé mejor que nunca y todo, sin duda, fue gracias a la compañía.

21

VUELTA A LA RUTINA

Me desperté con un bienestar que no recordaba hacía mucho, además, justo cinco minutos antes de que sonara el despertador. Lo mejor, pude amanecer por mí misma, uno de los placeres de la vida. A mi lado seguía el cuerpo caliente de Roi, que se desperezó al oír mi despertador. Seguía abrazándome, así que me di la vuelta y me puse enfrente de él, enseguida me sonrió y me dio un beso, sin importarle cómo me olía el aliento. Sin duda, lo único que me faltaba para avanzar más en la relación era tirarme un pedo delante de él.

—¿Te apetece uno rápido antes de que empieces a trabajar? Así vuelves a la rutina con buen pie. –Me reí y asentí, me moría por hacerlo con él de nuevo.

Empezó a besarme perseverante, mientras que metía su mano por debajo del pantalón de mi pijama y mis bragas y me buscaba. Me metió dos dedos de golpe y di un respingo, me atraía muchísimo que fuera un poco brusco. Empezó a mover los dedos, sacándolos y metiéndolos sin parar, a la vez con el dedo pulgar me masajeaba el clítoris. Yo le cogí el pene, que lo tenía muy duro y comencé a masturbarle. Cuando ya estábamos a punto, paró, me colocó a cuatro patas y empezó a darme besos en la espalda, no dejaba de masajearme el clítoris.

Yo me coloqué abriendo un poco las piernas para recibirle, sacó un preservativo del cajón; ya se sabía bien dónde estaban. Se lo puso rápidamente y me la metió sin dudar. Me sujetó las caderas y

empezamos a movernos acompasadamente, cada vez más fuerte, como animales, algo que me puso muy cachonda. Entre la masturbación y lo raudo que nos movíamos, nos corrimos en nada, grité de placer como una loca a la vez que él emitía un gruñido gutural desde lo más profundo de su ser. Cada día se nos daba mejor y cada día me gustaba más hacer cosas diferentes en la cama con Roi, era pura adicción y no sabía qué iba a ser de mí cuando volviera a Madrid.

Nos dimos una ducha rápida, después yo me quedé secándome el pelo y él preparando el desayuno, iba a conseguir llegar tarde si no me daba prisa y eso que no tenía muy lejos el trabajo precisamente.

Cuando terminamos de desayunar, me dijo que se iba a su taller a trabajar un poco, llevaba retraso en un par de encargos y no quería seguir dejándolo. Me dio un beso y me animó con el primer día de trabajo, parecíamos una pareja al uso totalmente.

El trabajo me mantuvo entretenida, había algunas tareas pendientes por hacer, pero nada era urgente, así que era un día perfecto, podría ir trabajando sin excesiva presión. En cuanto pude, busqué un hueco en el calendario de Carmen, vi que tenía a las doce, así que le mandé una convocatoria para hablar un rato con ella.

Cuando llegó la hora, me preparé un café y me cogí unas tortitas de arroz con chocolate, para comérmelas en nuestra "reunión importantísima".

—¡Hola, forastera! ¿Cómo te va por Galicia?

—De lujo, he cogido un piso de un familiar durante estas semanas, así que estoy tan a gusto.

—Bueno, bueno, tú te vas a quedar allí.

—Qué va, Carmen, si tengo un piso comprado en Madrid, ya soy madrileña, no tengo escapatoria.

—Me lo dices en unos meses, ya verás.

—No sé, si te soy sincera, se me ha pasado alguna vez por la cabeza.

—¿En serio? Yo te estaba vacilando.

—Aquí está mi familia, mis amigos, se vive tranquilo…

—Vamos, que te lo estás pensando.

—Se podría decir que sí.

—Pues no creo que tuvieras problemas con el jefe, eres una tía de diez en el trabajo y cuando vamos a la oficina es para tonterías. —Carmen llevaba toda la razón, de hecho, ya teníamos algunos compañeros que vivían fuera de la capital.

—No hablemos tanto de mí, ¿qué tal con Figueroa?

—Ay, ay, partido a partido, como dice el Cholo, Lúa, partido a partido.

—¿Quién es el Cholo ahora?

—De verdad, me desespera que no sepas nada de fútbol. A lo que voy, hemos ido dando algún paso adicional, ahora cenamos juntos todos los días y hablamos mucho. También me ha propuesto salir con unos amigos suyos el finde que viene, estamos avanzando, aunque sea a nivel amistad.

—Eso es bueno, aunque tampoco quieras entrar en la *friend zone*.

—¡Ja, ja, ja! Estuvimos unos días sin vernos por las fiestas y me escribió para felicitarme la Navidad, eso es que se acuerda de mí, ¿no?

—Sí, podría ser un indicador, aunque vive contigo, podría ser algo normal que hace con la gente que le cae bien.

Estuvimos veinte minutos diseccionando cada frase que le había escrito por *WhatsApp*, lo que había respondido ella y cuánto tiempo había tardado entre cada mensaje, hasta que ya no pudimos sacar más conclusiones. Figueroa podría estar interesado por ella, pero

también podría simplemente ser majo con su compañera de piso, el tiempo lo diría, no quedaba otra.

Cuando por fin terminé de trabajar, llamé a Mimi para ver qué tal estaba. Me aseguró que estaba más tranquila, que se lo estaba tomando con filosofía y que, por lo menos, Iago le hablaba más. Parece ser que le había prometido reducir las horas extra que hacía en el trabajo porque, era verdad, tampoco necesitaban tanto la parte económica como para perder el poco tiempo que podían estar juntos. Me quedé más tranquila, no necesitaba más sobresaltos en mi vida, ahora que parecía que todo estaba encajando mágicamente.

Según pasaron los días, fui cogiendo una rutina que me hacía sentir cómoda. Me levantaba, desayunaba tranquilamente y me ponía a trabajar, notaba que conseguía concentrarme mejor que en mi piso de Madrid o quizá, simplemente, estaba más centrada. Por las tardes quedaba con Mimi, con mis primas o con Roi, también a veces visitaba a mis padres y pasaba un rato con ellos. Por las noches… En fin, reconozco que desde el día de Reyes había dormido todos los días con Roi, no solo follábamos y ya está, habíamos traspasado todas las barreras sin miramiento, preparábamos juntos la cena, veíamos películas, nos contábamos cómo había ido el día y terminábamos juntos en la cama. Seguíamos con la misma pasión que en el primer encuentro y cada vez era más fan de su olor, su cuerpo y sus besos. Tanto él como yo dábamos por hecho que se quedaba a dormir en mi piso y siempre finalizábamos el día abrazados.

Sin darme casi cuenta, había pasado el mes más frío del año y ya nos encontrábamos a mediados de febrero, intentaba no pensar demasiado en el momento en que me tuviera que volver a Madrid, porque se me ponía un nudo en el estómago que no era capaz de obviar. Hacía ya tiempo que había asimilado que me encantaba estar con Roi, me gustaba todo él, su compañía, su conversación, las bromas que nos hacíamos y las hamburguesas que nos tomábamos. Ya no solo éramos dos personas que nos divertíamos practicando

sexo sin pensar en nada más, éramos una pareja, aunque no lo verbalizáramos. Él tenía ropa en mi casa y yo en la suya, incluso nos aventurábamos a hablar del futuro y mirar más allá del día siguiente, como hacíamos al principio.

Reconozco que me costó aceptar que estaba enamorada de Roi, pero era una realidad como una catedral y me había explotado en la cara un día que estábamos en su piso cocinando. Estaba pelando unas patatas porque me había empeñado en comer patatas fritas, pero fritas de verdad, nada de patatas hechas en una freidora de aire. Las partía despacio y con cuidado, para que quedaran todas con el mismo grosor. Se debió de distraer y, de repente, Roi se cortó con el cuchillo. Fue un corte muy aparatoso, aunque nada grave, pero empezó a sangrar muchísimo. Casi estuvimos a punto de irnos a urgencias, por si necesitaba puntos o algún tipo de vendaje. En ese momento, sentí que haría todo lo posible porque no sufriera y que, incluso, hubiera preferido cortarme yo antes que él, para que no pasara por ello. Fue en ese instante exacto cuando me di cuenta de que estaba embarrada hasta el fondo, completamente atrapada y que la había liado lo más grande.

Nuestra relación había ido evolucionando cada día, eran pequeños avances de los que no me había dado cuenta al principio. Por ejemplo, había días que él tenía trabajo y se levantaba antes que yo, entonces se iba de mi piso sin que yo me hubiera despertado, al principio se iba y ya está, pero pronto empezó a dejarme notas deseándome feliz día y a prepararme el desayuno. Un día me quejé de que se trabajaba fatal solo con el portátil, ya que en casa tenía un monitor adicional y al día siguiente vino con uno que tenía en su casa para que pudiera trabajar más cómoda. Por las noches, solíamos desearnos buenas noches y ya está, pero con el paso de los días me decía que le encantaba, que era genial dormir conmigo o que el mejor lugar era allí, a mi lado. Es verdad que no nos habíamos dicho te quiero ni palabras mayores, pero lo dejábamos implícito con nuestro comportamiento.

Yo esperaba que tuviera el valor de preguntarme qué planes tenía cuando volviera a Madrid o si había cambiado de parecer respecto a nuestra relación, pero me daba la impresión de que quería disfrutar el tiempo conmigo sin replantearse nada más. Por un lado, me parecía bien, pero por otro me incomodaba que no habláramos las cosas, aun así, no quería ser yo quien sacara el tema, porque era quien me había negado a tener algo más que sexo con él.

Había hablado con Mimi de esto y opinaba igual que yo, que parecía que Roi quería aprovechar todo el tiempo que dispusiera conmigo, ya que era algo que pensaba que sería imposible hace unos meses.

Durante estas semanas, había pasado mucho tiempo con Mimi, Iago había empezado con terapia y estaba contento por cómo iba evolucionando, hablaba mil maravillas de su psicólogo y de todo lo que le estaba ayudando. Había ido con Mimi a la ecografía de las doce semanas, que para alegría de todos había ido todo estupendamente, y se había encargado de grabar todo con el móvil, incomodando al ginecólogo y, ya de paso, a Mimi. Aún tenía mucho camino por recorrer, pero aseguraba que notaba que empezaba a sentirse en paz y a conectar poco a poco con la nueva vida que estaba creciendo dentro de su compañera de vida.

Ese día había quedado con Roi después del trabajo para subir de nuevo a nuestro mirador con Laki, hacía un tiempo excepcional, el sol brillaba y hacía buena temperatura, además, se notaba que cada día los días eran un poco más largos, en un mes estaríamos en primavera. Mimi me había animado a sacarle a Roi el tema de mi vuelta a Madrid y estaba decidida a que habláramos en serio sobre nuestro futuro.

Cuando le vi me percaté de que estaba especialmente guapo, se le veía sonriente y el sol le iluminaba el rostro. Llamé su atención con el brazo y me vio, llevaba puesto un pantalón vaquero oscuro, una sudadera de un equipo de fútbol americano y su chaqueta

bomber, lo acompañaba de unas gafas de aviador que le quedaban de escándalo.

Se acercó a mí y me dio un beso en la boca que, os aseguro, no me dejó indiferente y consiguió que algo por dentro se removiera. Me cogió de la mano, en la otra llevaba a Laki:

—¿Vamos? He traído algo de comida para tomar algo arriba, como hace tan buen tiempo.

—Genial, no había pensado en ello.

Fuimos andando, cuando ya entramos en el camino, soltó a Laki, que corrió por allí olisqueándolo todo:

—¿Algún día dejará de ser un cachorro? ¡Ja, ja, ja!

—Al menos espero que empiece a portarse mejor, al final me va a destrozar la casa.

—Tú que le consientes todo.

—A quien le consiento todo es a ti. —Y me agarró para besarme de nuevo.

Estaba algo nerviosa, tenía ganas de decirle que le quería y que quería pasar mi vida con él, pero tenía miedo de sonar demasiado romántica o dramática, así que intentaría suavizar el mensaje. Me moría por reconocerle que me encantaría quedarme aquí a vivir y seguir a su lado, oficializar lo nuestro y, algún día, hasta casarnos. Tampoco quería asustarle, así que lo de la boda ya lo dejaríamos para más adelante. En fin, estaba divagando y me costaba tragar de los nervios.

—Te noto rara, ¿te preocupa algo?

—No, nada, solo tengo ganas de llegar al mirador.

No insistió y se lo agradecí, me conocía muy bien y sabía que, si tenía algo que decir, yo llevaba mis tiempos. Fue hablándome del trabajo que estaba haciendo ahora, que era para una mujer de la zona, que vivía en una mansión en Santiago de Compostela, en este caso le habían pedido algo que representara a su difunto marido.

Creía que la terminaría, posiblemente, en una semana aproximadamente.

—A lo mejor te quieres venir conmigo a entregar el trabajo y nos podemos quedar allí una noche. Puedo cuadrarlo para ir en fin de semana para que lo puedas compatibilizar con tu trabajo, si te apetece.

—Me encantaría, hace mucho que no voy a Santiago y tengo ganas de volver.

—Pues eso está hecho, yo me encargo de organizarlo, incluso podemos irnos el viernes por la tarde y volvernos el domingo, así estamos más tiempo.

—Genial, ¡me gusta mucho el plan! —Y le abracé.

Enseguida llegamos a la parte alta del camino, Laki seguía atento nuestros pasos. Fuimos a la zona donde solíamos sentarnos, Roi extendió una manta y nos sentamos allí, empezó a sacar unos envases que había traído con queso, fuet partido, jamón serrano y unos panecillos, además de unos refrescos.

—Vaya, ¡has pensado en todo!

—Sí, sí, que luego me dices que tienes hambre y no te cuido. —Le sonreí, no creo que nunca pudiera decirle que no me cuidaba, porque era en lo que más empeño ponía.

Abrimos nuestras latas de refresco y fuimos cogiendo comida, Roi le puso un cuenco con agua a Laki.

—Te quería comentar una cosa. —Empecé diciendo.

—Sabía que algo te pasaba.

—Estoy pensando en quedarme más tiempo aquí, en casa.

—¿Cuánto tiempo? —Noté cómo se le iluminaba la mirada.

—Indefinidamente. —Puso cara de sorpresa y, tras ello, de auténtica felicidad.

—¿En serio? ¿Y por qué has decidido eso?

—Roi, me encantaría que fuéramos algo más, no quiero que parezca una declaración, no sé, pero me gusta mucho pasar tiempo contigo y has pasado a formar parte de mi vida.

—Ya sabes que tú también de la mía.

—Déjame terminar. Me gusta dormir contigo, estar en tu estudio mientras trabajas, que hagamos cosas juntos, que quedemos con Iago y Mimi… Me encanta que cuidemos juntos a Laki, que le llevemos al veterinario… He superado todo lo que pasó y quiero empezar una relación contigo, desde la sinceridad, una relación madura que se base en lo que nos queremos, porque sé que estoy enamorada de ti y que te quiero, no concibo mi vida sin ti.

—Lúa, tú lo eres todo para mí, eres la persona más importante de mi vida, sino te he insistido con ello es porque sabía que no querías tener una relación sería conmigo. Pero me harías el hombre más feliz del mundo si quisieras que empezáramos una relación, no sabes lo que tengo que reprimirme para no decirte todos los días lo mucho que te quiero.

Se acercó a mí y me besó, sellando así nuestra relación. El nerviosismo que tenía hacía unos minutos desapareció, dando paso a la pasión que sentía por él, empecé a morrearle y nuestras lenguas se unieron juguetonas, hasta que Laki ladró y pasó entre nosotros, apartándonos. Nos echamos a reír sin parar:

—Yo a este le regalo.

—¡Ja, ja, ja! Si es adorable. —Dije a la vez que abrazaba a Laki y le acariciaba fuerte debajo de las orejas, como le encantaba.

—Antes de que bajemos y contemos lo nuestro a nuestros padres y demás, te quiero comentar algo que me lleva atormentando y que debes saber. —En ese momento me sonó el móvil, era del trabajo y encima era mi jefe, me dio rabia, pero tenía que atenderlo.

Hablé rápidamente con él, solo llamaba para preguntarme por unos procesos que no entendían para que servían y para pedirme

que hiciera una documentación técnica sobre ellos, lo de siempre, que no se enteraba de nada. Una vez terminé de hablar con él, me centré de nuevo en Roi, ¿estaba a punto de decirme algo importante? Espero que no fuera nada que estropeara lo nuestro.

—Perdón, Roi, ¿qué me ibas a decir? Mi jefe necesitaba no sé qué y no se puede esperar a mañana para decírmelo.

—Ah, sí, no era nada importante.

—Bueno, dímelo, para eso estoy.

—Era sobre Iago, que yo sabía qué le pasaba cuando me preguntaste por él la primera vez, pero no me vi en el derecho de contártelo.

—No pasa nada, es normal que le guardes secretos a tu amigo, si Mimi me cuenta algo y no quiere que lo diga, tampoco te lo contaría.

Me quedé con un mal regusto, no sé por qué, pero intuía que no era eso lo que me quería decir. Aun así, ahora era feliz y sabía que podía tener una relación seria con una persona que quería, no iba a boicotearlo por una sensación que no tenía solidez. Otras veces me había pasado, cuando mejor me iban las cosas, buscaba por todos los orificios y rincones en busca de algo negativo, como si no me mereciera esa dicha. Y ahora no lo iba a hacer, era mi momento y Roi y yo nos merecíamos, de una vez, ser felices.

Disfrutamos del resto de la tarde juntos, como era viernes, fuimos a su casa a cenar y ya, fue inevitable, me quedé todo el fin de semana.

Recuerdo ese fin de semana como el mejor de toda mi vida, no salimos de su casa, la mayor parte del tiempo la pasamos en la cama. Haciendo el amor, diciéndonos lo mucho que nos queríamos y hablando de todos los planes que estábamos deseando hacer juntos. Roi había viajado mucho por su trabajo, pero estaba deseando poder, por fin, viajar por el caprichoso hecho de disfrutar y lo quería hacer conmigo. También hablamos de cómo podía plantear a mi jefe

que me quería quedar aquí, mi idea era adornarlo con una historia lacrimógena donde decía que mis padres envejecían cada vez más y estaban a un paso de jubilarse, con su única hija a más de 600 kilómetros de casa. Mi jefe era bastante comprensivo e intuía que tenía posibilidades de lograrlo.

También hablamos de mi piso en Madrid, me daba pena alquilarlo, pero al final tenía que seguir pagando la hipoteca y no me veía vendiéndolo, me había costado mucho trabajo y esfuerzo comprarlo y era algo de lo que me sentía muy orgullosa. La idea era bajar con el coche de Roi a Madrid y traerme todas mis pertenencias, después alquilarlo, posiblemente podría hablar con alguna inmobiliaria para que me lo gestionara, ya que a distancia sería difícil organizar esa parte.

Todo Roi y yo eran planes y sueños, nunca imaginé lo que pasaría en unas horas y cómo se rompería todo en mil pedazos, pero sin duda, un edificio con malos cimientos terminaba siempre desmoronándose.

22

Y TODO SE DESMORONÓ

El lunes me levanté al lado de Roi, feliz y plena, me encantaba tenerle cerca. Echamos un polvo rápido cuando nos levantamos, de los que pasan desapercibidos, de los que no se recuerdan por ser especiales, pero que satisfacen igualmente. Era sexo del que hacen que te levantes con energía. No pensé que sería la última vez que me sentiría así de bien, no creí que sería la última vez que le tendría dentro de mí.

Como estábamos en su casa, me fui apresurada dando un paseo a la mía, ya que allí tenía el ordenador. Mi objetivo en el trabajo era hablar con mi jefe y comentarle la idea de quedarme en Galicia de forma permanente, estaba nerviosa por si me decía que no. Esa opción ya la habíamos planeado y Roi no tenía impedimento de venirse conmigo a Madrid el tiempo que hiciera falta, montarse allí un taller para trabajar o lo que fuera, teníamos claro que ya no nos íbamos a separar bajo ningún concepto.

Llegué a mi casa puntual, pero cuando me conecté, vi que mi jefe no estaba conectado en el *Teams*, la aplicación de mensajería del trabajo. Me extrañé porque siempre estaba en verde, llegaba el primero y se iba el último, era un adicto al trabajo y vivía por y para ello. Por eso escribí a Carmen:

[WhatsApp]

Lúa: Hola, Carmen, ¿qué tal? ¿Dónde está el *boss*?

Carmen: Ha escrito en el chat grupal, que está malo y que hoy no se conecta. Rarísimo que este se ponga malo.

Me tendría que esperar a comentarle mi traslado al pueblo, no había otra. Escribí rápido a Roi, no quería despistarme porque tenía muchas cosas que hacer, pero estaba esperando a que le contara los avances.

[WhatsApp]

Lúa: Nada, mi jefe hoy no trabaja, está malo o no sé qué historias.

Roi: No te preocupes, seguro que mañana o pasado puedes hablar con él. No te agobies.

Trabajé con normalidad y se me pasó el día muy rápido, como tenía tanto lío, no tuve tiempo para aburrirme. Me encantaban esos días en los que había tanto movimiento y cosas que hacer.

Por fin pude cerrar el portátil, había quedado con Mimi a las seis y no quería llegar tarde. Quería aprovechar para contarle las últimas novedades con Roi que tanto me ilusionaban y también habíamos quedado para ver una exposición de fotos que habían instalado hoy mismo en el ayuntamiento. Las instantáneas eran sobre nuestro pueblo y sus habitantes, mucha gente local había aportado fotos antiguas y actuales y se habían seleccionado las más interesantes, se habían encargado de ordenarlas cronológicamente y etiquetarlas con títulos descriptivos y fechas exactas, el trabajo era de considerable. Mimi y yo teníamos mucha curiosidad por saber si salíamos en alguna, esperábamos no salir borrachas o en un estado del que nuestros padres pudieran sentirse avergonzados, aunque había bastante probabilidad de abochornarles, la verdad.

La vi en la puerta esperándome, tenía un brillo precioso en la cara y ya asomaba su tripita, llevaba un moño despeinado y se intuía unos vaqueros y una sudadera debajo del abrigo sin cerrar.

—Hola, ¡qué puntual has llegado!

—Por una vez… No te acostumbres.

Pasamos dentro y el conserje nos indicó dónde habían colocado la exposición. Fuimos viéndola despacio, parándonos en todos los detalles, a la mayoría los conocíamos y era curioso verlos a lo largo de los años. Vimos fotos en blanco y negro de nuestros abuelos trabajando o posando sonrientes, también había fotos de nuestros padres. Era gracioso verlos de jóvenes, despreocupados, con ropa que se llevaba en ese momento, no siendo muy distintos de lo que éramos nosotras.

Fuimos avanzando y llegamos a la parte más actual, ahí ya conocíamos a todos los que aparecían en las fotografías. Mimi y yo salíamos en algunas, en fotos escolares de excursiones y grupales que nos habían hecho en el colegio a lo largo de los años. Nos vimos en una obra de teatro que hicimos en el colegio, disfrazadas de árbol y pez y empezamos a reírnos sin más.

En la última parte ya había fotos de hacía poco tiempo, fui mirándolas en detalle despacio hasta que una me llamó la atención, fue precisamente por la fecha que aparecía: diecisiete de agosto. El año coincidía con el que me fui a la universidad y el día era, exactamente, el día que pillé a Roi enrollándose con Susana, esa fecha no la olvidaría nunca. En la foto aparecían unos cuantos chicos de mi edad en ese momento, entre ellos Roi, con la famosa sudadera del concierto que le regalé, aunque fuera agosto, por las noches refrescaba bastante en Galicia, nada parecido al calor que vivía en verano en Madrid. Roi aparecía con Iago, este le había pasado un brazo por encima para hacerse la foto y salían con el otro brazo estirado saludando y riéndose. Justo en el lado opuesto del grupo estaba Susana, lo que más me sorprendió es que estaba a su lado Alberto, el primo de Roi, con la misma sudadera exactamente que Roi, en la foto se les veía muy cercanos y acaramelados.

Me empecé a alejar poco a poco de la foto con la mano tapándome la boca, horrorizada, mientras negaba con la cabeza. En mi mente comenzaron a aparecer *flashback* recordando momentos que había vivido estos meses. Susana negándome haber estado con Roi, Alberto contándome que había estado saliendo con ella, Roi

distante cuando nos encontramos la primera vez, Roi no queriéndose disculpar por haber estado con Susana, Roi evitando hablar del tema, Roi hablando con Iago por teléfono diciéndole que me lo iba a contar, Roi, Roi, Roi… Todo había estado delante de mí como un puzle al que le faltaba la pieza clave y nadie me la había dado, Roi me había estado engañando todos estos años, pero ¿por qué? Eso tendría que explicármelo, porque esta vez no iba a huir para que se fuera de rositas, esta vez me iba a tener que mirar a los ojos y decirme toda la verdad.

—Lúa…

—¿Lo sabías? ¿Por eso me insististe para que hablara con Roi cuando te conté que le había escuchado hablar por teléfono?

—Lúa, no te precipites, salgamos y hablemos, por favor.

No quería pagarlo con ella, el culpable de todo esto era Roi, pero si Mimi también me había ocultado la verdad, estaba muy decepcionada con ella. Salimos en silencio, no quería montar un numerito en el ayuntamiento y que todo el pueblo hablara de ello durante días. Nos sentamos en un banco fuera, hacía frío, pero daba el sol, así que no se estaba mal, aunque, sinceramente, me daba todo igual. Notaba una presión en el pecho horrorosa, me temblaban las manos y las lágrimas acumuladas en los ojos se me escaparon, recorriendo mis mejillas.

—Lúa, háblame.

—Mimi, ahora estoy casi segura de que Roi no se enrolló con Susana aquel día, he estado engañada durante muchos años y sospecho que todos lo sabíais.

—Lúa, déjame que te lo explique.

—Sí, habla, que ya es hora.

—El día que pasó todo yo no estaba, recuerda que me fui con mis padres al cumpleaños de mi primo, pero Iago y Roi sí salieron de fiesta y fueron al local ese que habían conseguido en nuestro pueblo. Cuando tú me contaste todo muy nerviosa, yo no sabía si

era verdad o no, pero confié en que estabas en lo cierto, de hecho, estuve un tiempo sin hablarme con Roi, incluso me enfadé con Iago por permitir que sucediera. Después Roi vino a hablar conmigo y me suplicó que le escuchara, me contó que él no se había liado con nadie y, después, descubrimos que Susana y Alberto estaban juntos, ya sabes lo que se parecen físicamente. Roi habló con Alberto y recordaron que llevaban la misma sudadera, la famosa sudadera del concierto que tanto se ponía Roi. Ahí atamos cabos y vimos que te habías enfadado por un error.

—Pero ¿por qué no me dijiste nada? He estado toda la vida engañada, somos amigas, Mimi.

—Roi nos aseguró que te lo diría, pero finalmente no lo hizo.

—¿Por qué?

—Algo pasó, me gustaría que lo hablaras con él, por favor.

—Pero…

—Después de todo eso habló con tus padres, con Iago y conmigo, nos hizo prometer que no te diríamos la verdad, nos dijo que eras feliz en Madrid, que lo mejor era dejarlo estar.

—¿Cómo que lo mejor? Los primeros meses en Madrid fueron los peores de mi vida, no encajaba, os echaba a todos de menos y estaba rota por dentro. Me fui sintiéndome traicionada y perdida, no me merecía esto. No merecía que ninguno de vosotros me engañarais.

—Entiende que era Roi quien debía contártelo, Iago le ha estado presionando desde que retomasteis la amistad, yo también le he insistido, pero tenía que ser él, no debías enterarte así.

—Pero podrías habérmelo dicho antes…

—Lúa, te fuiste a Madrid y tenías que empezar de nuevo. Roi nos aseguró que vuestra relación no tenía futuro y menos a distancia, que lo mejor era dejarlo así. Yo fui incluso a hablar con tus padres y opinaban igual, que una relación a distancia no iba a

funcionar y lo ibas a pasar mal a la larga, así que parecía lo mejor cortar por lo sano y seguir adelante. Nos convenció, nos pareció que era lo mejor para ti.

—Decidisteis por mí, como si fuera una niña pequeña, a base de engaños y mentiras.

—Lo siento mucho, Lúa, me he arrepentido durante años, pero he visto cómo te has ido reconstruyendo a ti misma, aprendiendo y creciendo, tú sola en una ciudad enorme. No sabes lo orgullosa que estoy de ti.

—Mimi, hoy he estado a punto de decirle a mi jefe que me quiero venir a vivir aquí de forma permanente, Roi y yo queríamos contar a los cuatro vientos que éramos pareja y que nos queríamos, hemos hecho planes de futuro que ya no sirven de nada.

—Pero, Lúa, no sabes lo que te quiere.

—No se puede construir una relación sobre una mentira, eso nunca funciona, no debí haberme acercado a ese mentiroso.

—Habla con él, por favor.

—Hablaré, claro que hablaré, va a tener que darme todas las explicaciones que no me ha dado durante años, esta vez no voy a huir y dejarle tan pancho, esta vez va a responder a todas mis preguntas.

Me levanté bruscamente y Mimi se asustó:

—¿A dónde vas? ¿Quieres que te acompañe?

—Voy a verle, iré yo sola.

—Lúa, no te enfades conmigo, por favor, no lo soportaría.

—Estoy dolida, Mimi, no te puedo decir otra cosa, me has visto pasarlo mal durante meses, incluso años. No estoy enfadada contigo y te sigo queriendo, pero entiende que necesito un tiempo para procesarlo. Y más te vale que no le avises de que voy.

Me fui sin despedirme, fui a casa de Roi como una loca, tardé menos que nunca, casi corría, tenía el corazón acelerado y la cara llena de lágrimas. Mientras caminaba, no podía controlar los sollozos que salían directos desde mi corazón, que estaba totalmente roto, hecho añicos en mil pedazos. No podía dejar de preguntarme por qué, necesitaba respuestas y Roi me las iba a dar.

El camino a su casa se me hizo eterno y cada vez me encontraba peor, pero intentaba serenarme para tener una conversación lo más tranquila posible. Aún no me lo creía y notaba que, dentro de mí, había una pequeña esperanza en la que Roi me argumentaba todo tan bien que hasta le entendía y podíamos seguir con la relación. Tonta de mí, estaba tan enfadada con él como conmigo misma, por haber sido tan ingenua.

Por fin llegué a su casa, notaba que me faltaba el aliento, no sé si era de lo rápido que había ido o de lo alterada que estaba, pero no le presté atención a ese detalle. Fui directa a su taller, seguro que estaba allí, abrí la pequeña puerta de acceso y di golpes insistentes a la puerta. Me abrió enseguida, estaba tremendamente guapo, despeinado, con una camiseta ancha blanca de tirantes gruesos que dejaba al descubierto sus esculpidos brazos y un pantalón de chándal gris manchado de pintura, tenía todas las manos también manchadas, totalmente blancas.

Cuando me vio, puso cara de espanto, mi expresión lo decía todo e intentó acercarse a abrazarme, pero yo le aparté con la mano:

—¿Qué ha pasado, cariño? ¿Qué te pasa?

—Tú deberías saberlo bien.

Bajó la cabeza y se tocó el pelo con la mano sucia, se había quedado sin palabras. Me hizo pasar al estudio y cerró la puerta. Después, fue a un lavabo que tenía allí a limpiarse las manos y se las fue secando mientras me pedía que me sentara en el sofá donde tantas veces nos habíamos enrollado.

—Roi, no te liaste con Susana. —No fue una pregunta que alguien tuviera que contestar, pero aun así lo reconoció.

—No, no me lie con ella, Lúa.

—Pero, he estado engañada durante años, ¿cómo querías que tuviéramos una relación adulta y seria? Eres un mentiroso, ¿en qué más me has mentido? ¿Acaso no me quieres? ¿He sido un entretenimiento para ti todas estas semanas?

—No, de verdad, Lúa, déjame explicarme al menos, luego respetaré tu decisión y te dejaré en paz si así lo quieres.

—Adelante, estoy expectante, a lo mejor por fin conozco al verdadero Roi. —Suspiró apenado.

—Ya sabes que cuando te fuiste no entendía nada, después me enteré de que pensabas que me había enrollado con Susana, aunque no fue así, como ahora sabes. Hablé con Alberto y me reconoció que él era quien estaba ese día con Susana y nos dimos cuenta de que llevábamos la misma sudadera. Até cabos y me explotó la cabeza. Por un lado, estaba muy enfadado, a la mínima, habías visto a Alberto y habías pensado que era yo. Ni se te pasó por la cabeza pensar que no era yo, ni te acercarte a comprobarlo y no me diste opción a explicarte nada. Tras ello, pasé la fase del enfado y solo podía estar triste y roto, te echaba mucho de menos, le preguntaba a tus padres y a Mimi qué tal te iba, aunque Mimi ni me hablaba. No sabía qué hacer, me habías bloqueado de todos los sitios y la única forma era ir a hablar contigo directamente. Tu padre me insistió en que fuera a verte y te recuperara, me ha ayudado mucho estos años, también Iago me animó a hacerlo.

—¿Viniste?

—Tu padre apareció un día con un billete de tren para Madrid, no me dijo nada, solo me lo dio y se fue. Ese fue el empujón que me faltaba para ir a verte. Cogí el tren y me presenté en tu universidad. Meses antes de irte hablabas tanto de las diferentes universidades a las que podrías ir y habíamos repasado horarios, rutas para llegar, residencias y demás detalles, que me resultó fácil llegar y localizarte.

Te vi a lo lejos, estabas muy guapa, llevabas un bolso colgado, una coleta que te ondeaba y un par de libros en la mano, ibas hablando con un par de chicos, riéndote de algo que te decían. Te vi bien, feliz y pensé que lo mejor era no interferir en tu vida. Yo no era nadie, no tenía dónde caerme muerto ni tenía nada que ofrecerte, ¿qué relación íbamos a tener? Tú en Madrid, con tus nuevas amistades, independizada y con un futuro prometedor por delante, yo a lo único que aspiraba era a trabajar en una fábrica en el pueblo. No saludarte aquel día fue lo más difícil que he hecho en toda la vida, pero consideré que era lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí o lo más cómodo? Eres un auténtico cobarde, yo estuve mal durante meses, echándote de menos, queriéndome volver a casa con mi familia. Estuve sola, viendo como toda mi vida se había desmoronado, sintiendo que la única persona de la que había estado enamorada me había traicionado y no se había molestado ni en mandar un mensaje a través de Mimi. Fue un silencio sepulcral que me dolió en el alma, que todavía aún siento que me duele.

—Pero, Lúa, ahora estamos bien, sabes que te quiero con todo mi ser y disfrutamos mucho juntos, tenemos planes.

—No tenemos nada, todo ha sido una mentira, no quiero saber nada más de ti, Roi. Me has decepcionado, tuviste muchas oportunidades para contármelo y explicármelo. Pero me he tenido que enterar por una exposición en el ayuntamiento, no creo que mereciera esto.

—Lúa, por favor, tenía miedo de perderte, era algo del pasado, tú misma me dijiste que querías dejarlo atrás.

—No podemos construir nada sobre una mentira, Roi, esta relación no tiene ningún sentido.

—Te prometo que he intentado decírtelo en un par de ocasiones, pero luego te veía tan feliz, tan bien conmigo, que me entró miedo. Te he echado mucho de menos durante todo este

tiempo, estaba deseando que vinieras a ver a tus padres, para, al menos, verte de lejos, eres el amor de mi vida, por favor, Lúa.

—No tengo nada más de que hablar contigo, lo siento, Roi, pero esto se ha terminado. En cuanto consiga transporte, me volveré a Madrid, fue un error quedarme más tiempo de la cuenta.

Me cogió de la mano y me miró con una cara de tristeza que me descompuso, pero tenía que ser firme, estaba muy dolida y no me merecía que todos me hubieran engañado, instigados por él. Así que aparté la mano e hice ademán de levantarme.

—Por favor, Lúa, te lo suplico, por favor.

Intenté ser lo más tajante y dura posible, aunque solo me salía acurrucarme a su lado en la cama y llorar sin parar.

—Esto se ha terminado y no quiero volver a verte en la vida, esta vez no huyo, simplemente vuelvo a mi vida.

Esta vez sí me levanté y me marché.

Tras ello, me fui a casa, tenía la necesidad de estar sola y dejar esta etapa de mi vida atrás. Quería volver a Madrid, donde nadie me conocía, podía ir por la calle sin que nadie me saludara y llorar cuando quisiera sin notar ojos mirándome. Me apetecía volver al anonimato que me ofrecía la capital y perderme entre la gente, mi tristeza y yo. Estuve prácticamente toda la noche despierta, Roi y Mimi me llamaron varias veces, pero no les respondí, no tenía ganas de hablar con nadie y menos con ellos, consiguieron que apagara el móvil y me desentendiera. No paraba de darle vueltas a todos los momentos vividos y analizarlos hasta la saciedad. Todos habían sido unos actores de diez y yo parecía el mismísimo Jim Carrey en *El Show de Truman*, era la persona más inocente del mundo y no paraba de lamentarme por ello.

Aun así, decidí ser práctica y preparar todo para mi vuelta a Madrid, ya había perdido demasiado tiempo en este pueblo que solo me había traído desgracias y no quería volver en mucho tiempo. Guardé todas mis cosas e hice las maletas sin darle muchas vueltas

a todo lo que tenía en la cabeza, además, cogí toda la comida que había acumulado y la metí en una bolsa, se la daría a mis padres al día siguiente cuando les visitara. Limpié toda la casa a conciencia y escribí a mi prima un *WhatsApp*:

[WhatsApp]

Lúa: Hola, perdón por las horas, pero me ha surgido un tema en el trabajo y me vuelvo mañana a Madrid. Las llaves de la casa se las dejo a mis padres para que te las acerquen un día. Perdón por avisar tan repentinamente.

Me contestó casi al momento, eran las seis de la mañana, pero era muy madrugadora:

[WhatsApp]

María: Vaya, qué mala suerte, con lo bien que estabas por aquí. Bueno, te devolvemos la mitad del mes que no vas a disfrutar.

Lúa: Ni se te ocurra, eso ya está pagado y así se queda. De verdad, perdóname porque me comprometí a quedarme hasta marzo y he tenido que marcharme unos días antes.

María: Ya ves tú, que todo sea eso. Espero verte pronto por aquí, madrileña. Ten buen viaje de vuelta.

Mi prima era un sol, era de las pocas personas que no me había mentido posiblemente. Ya solo me quedaba buscar un tren, cogí el portátil del trabajo para comprar un billete, ya que no quería encender el móvil. Como no era festivo ni una fecha especial, había mucha disponibilidad, así que enseguida tenía mi billete, saldría a las tres de la tarde y llegaría por la noche, perfecto, en menos de veinticuatro horas estaría en mi verdadera casa, donde esperaba que este nudo y agonía que se me había instaurado en el pecho fuera desapareciendo.

Ya solo me quedaba despedirme de mis padres, se disgustarían mucho, pero estaba muy enfadada con ellos, no deberían haberme mentido y haberle seguido el juego a Roi, no creía que me mereciera esto.

Aparecí en su casa sobre las once con mis dos maletas, la bolsa de la comida y una cara de tristeza que ni yo misma me reconocía. No quería llegar con mucho tiempo a donde mis padres, para que no tuvieran tiempo de convencerme de que me quedara. Me abrió la puerta mi madre, que me miró con espanto:

—¿Qué ha pasado?

Por detrás apareció mi padre que soltó:

—Lo sabe.

En fin, sí, papá, gracias por mentirme, se suponía que me querías, se suponía que éramos una familia, esto no se hacía a una hija. Dejé las maletas en la entrada y le tendí la bolsa de la comida a mi madre, que la dejó diligentemente en la cocina. Me miraban expectantes, entonces hablé:

—Os quería dar las gracias por haberme mentido y engañado durante todos estos años, viendo cómo estaba hundida por algo que ni había sucedido, cómo dejaba atrás al hombre del que estaba enamorada por un error, ¿qué clase de padres hacen eso? Eso ya no tiene solución y puedo llegar a comprender que Roi os vendió la moto y os engañó, como a todos. Está claro que Roi es un cobarde y quiso dejarme siempre, no se atrevió en su momento y vio la oportunidad perfecta cuando pensé que se había liado con Susana.

—Pero hija… —Se lamentó mi padre.

—De verdad, no quiero enfadarme con vosotros, sé que me queréis y tendríais vuestras razones para hacerlo…

—Hija, entiende que nos lo pidió por favor, todos pensamos que era lo mejor para ti, que una relación a distancia no iba a ningún sitio. Tú tenías toda la vida por delante en Madrid, con nuevas amistades, nuevas ilusiones y él seguía estancado aquí, en el pueblo. Si él nos hubiera pedido algo con lo que no estábamos de acuerdo, no lo hubiéramos hecho. —Se excusó mi madre.

—¡No teníais derecho a elegir por mí! —Elevé la voz, por no decir que grité, porque me estaban sacando de quicio entre todos.

—Hija, no te pongas así, no queríamos decidir por ti, solo pensamos que no contándote la verdad era lo mejor para ti.

—¿Lo mejor? ¿Qué sabéis vosotros de qué es lo mejor para mí? ¡No tenéis ni idea! Me pasé noche tras noche llorando, he notado un vacío en mi interior durante años y he tenido relaciones de mierda con chicos en los que no he sido capaz de confiar. Por fin me había animado en confiar de nuevo en Roi y retomar nuestra relación, estaba muy ilusionada y me encuentro con esta sorpresa.

—Hija, el pasado no se puede cambiar, pero tú eres dueña de tu futuro. —Dijo mi padre.

—Mi futuro está en Madrid, lejos de este pueblo, necesito alejarme y dejar todo atrás.

—Lo entendemos, hija, respetamos tu decisión. —Musitó mi madre.

Me dieron pena, al final eran mis padres y siempre me habían ayudado en todo. Podía llegar a entender por qué lo habían hecho, aunque me estaba costando. Me acerqué y les abracé, casi lo necesitaba más yo que ellos. Escuché a mi madre sollozar:

—Mamá, no llores, estaré bien, te lo prometo.

—Pero hija, te estamos perdiendo.

—No me vais a perder, podéis venir a verme siempre que queráis.

—Me había hecho a la idea de que intentarías quedarte a vivir aquí y que podríamos verte más a menudo.

—Quizá más adelante, en algún momento, no sé.

—No dejes de venir a vernos, hija. —Esta vez habló mi padre con pena.

—Vendré, pero necesito tiempo, necesito reencontrarme, volver a ser quien era.

Estuvimos un rato más hablando, mi madre hizo unos cafés y sacó unas pastas y me tranquilicé un poco. Me vino bien estar con ellos y sentirme arropada, eran mis padres y los quería, aunque tenía que aprender a perdonarles por haber contribuido a engañarme. A las doce y media decidí marcharme, mi madre insistió en llevarme a la estación, pero rechacé la propuesta, cogería el autobús e iría por mi cuenta, prefería estar sola.

Cuando salí de casa de mis padres vi un coche que reconocí al momento, de él salió el amor de mi vida, la persona que más daño me había hecho en el mundo, se acercó a mí:

—Déjame que te lleve a la estación, por favor.

—¿Para qué?

—Solo para ayudarte.

Pensé decirle que no, pero, en lo más profundo de mi ser, necesitaba olerme una vez más, así que asentí sin estar del todo convencida. Metió las maletas en su enorme maletero y nos metimos en el coche, al momento saqué mi móvil y me puse a hacer que lo usaba, aunque estaba apagado.

—Tienes el móvil apagado.

—Tú qué sabrás.

—No te vayas, por favor.

—¿Quieres que siga aquí para que puedas mentirme con más facilidad?

—Lúa, por favor, te he explicado lo que sucedió, de verdad, te quiero con toda mi alma, necesito estar contigo, eres la razón por la que me levanto todos los días.

—Deja de decir tonterías, te pones en evidencia.

Me costaba la vida mantenerme fuerte, pero con él de nuevo había construido un muro, más resistente que el anterior y no permitiría que lo traspasara. Ya tendría tiempo de llorar en mi casa tranquilamente, sin que nadie me molestara.

—Por favor, Lúa, no te vayas.

—En serio, han estado bien estas semanas, el rollo de ser follamigos ha sido un bonito entretenimiento, en este pueblo no hay mucha diversión y me ha venido de lujo. —Solté cínicamente, algo que no sentía de verdad, pero estaba hundida, no sabía ni lo que decía.

—Sé que habla tu enfado solamente.

—Pero ¿de verdad pensabas que podríamos tener una relación? Si no mereces la pena, encima eres un mentiroso, mi sitio está en Madrid, en una ciudad en condiciones, no aquí contigo en este pueblucho de mierda. —No me lo creía ni yo lo que estaba diciendo, pero necesitaba hacerle el mismo daño que me había hecho él a mí, quería que me dejara en paz y que no intentara volver otra vez a mi vida.

Le miré de reojo y vi como estaba muy serio, concentrado en la carretera. No dijimos nada en todo el camino y yo me dediqué a mirar por la ventana distraída. Cada vez me encontraba más triste, vulnerable y dolida, no podía creer que todo se hubiera hecho añicos, pero ya no tenía solución.

Cuando llegamos a la estación aparcó el coche y salió conmigo, para ayudarme a sacar las maletas del maletero.

—¿Quieres que te acompañe? ¿A qué hora sale tu tren?

—No hace falta, me las apaño yo sola, como he hecho todos estos años.

Hice además de darme la vuelta e irme, pero me agarró de la muñeca:

—Por favor, al menos dame un abrazo de despedida.

Notaba que yo también lo necesitaba, para zanjar lo nuestro, para que su olor aguantara en mí un poquito más. Me acerqué a él y le di un abrazo, que recibió con muchas ganas, me apretó fuerte, parecía que no quería soltarme. No pude controlar las lágrimas, que

me cayeron descontroladas por las mejillas, se separó de mí y me secó la cara con los dedos pulgares.

—No te vayas, por favor, podemos arreglarlo.

—No quiero arreglarlo, Roi, esto termina aquí.

Cogí mis maletas y me marché, ya no intentó frenarme y yo, simplemente, me monté en el tren de vuelta.

23

MADRID SIEMPRE ESTÁ AHÍ

Siempre me ha encantado Madrid, es una ciudad que acoge a todo el mundo, que está ahí para quien la necesita. Es una ciudad que siente, llena de secretos y lugares especiales, que te recibe con los brazos abiertos. Llegué por la noche confiada en que esa ciudad que había dejado hace un par de meses me recibiese con el cariño que tanta falta me hacía y estuvo a la altura. La noche era fría y una ligera lluvia, de esa que parecía que no mojaba, pero que acababas totalmente calada, me saludó, un día tan feo como la pena que sentía por dentro y, sencillamente, me sentí comprendida.

Cogí un taxi que esperaba paciente en la estación y le di mi dirección de casa, de mi casa, se me hacía raro decirlo, qué pronto me había desarraigado de la vida que había construido a base de trabajo y fortaleza. Había desinstalado la aplicación del *WhatsApp* para evitar hablar con alguien, así que llamé por teléfono a mi madre para avisarle de que había llegado sana y salva.

Cuando abrí la puerta de mi piso me recibió un olor familiar, este sitio había sido mi refugio desde que me pertenecía y lo había hecho mío con todos los elementos que yo había elegido, ahora solo lo veía de lejos, como si fuera la casa de otra persona.

Quise centrarme en hacer cosas fáciles, que no me hicieran pensar en exceso, empecé deshaciendo las maletas, eché a lavar algunas prendas y el resto las fui guardando organizadas en los diferentes cajones. Entre la ropa encontré el joyero que Roi me

había regalado y tuve que tragar saliva, intentando desatascar el nudo que tenía en el estómago. Decidí quitarme la pulsera que me había regalado, meterla dentro del joyero y guardarla en el maletero del armario, como no llegaba bien, tuve que dar un pequeño salto para dejarlo al fondo del todo. Al bajar, me di con el armario un buen golpe y empecé a llorar descontroladamente, no solo por el dolor que sentía en el brazo, sino por lo triste que estaba y por lo sola que me sentía. Le di una patada al armario para desahogarme y solo conseguí hacerme más daño y sentir arrepentimiento.

Asqueada, me tumbé en la cama, con todo por medio, el joyero perdido en el fondo del armario y mi corazón echando de menos la compañía de Roi. Cuando me di cuenta, eran más de las doce de la noche y al día siguiente trabajaba, no podía seguir lamentándome, me daba mucha rabia volver a estar en este estado de tristeza por culpa de alguien que no paraba de engañarme y esto tenía que acabar. Me di un par de días para estar triste y, después, no me pasaría ni una, tenía que recomponerme y recuperar mi vida, tampoco podía ser tan difícil si Roi había estado apenas unos meses en la mía, ¿no?

Recogí rápidamente la ropa y todo lo que había por medio, coloqué el ordenador para el día siguiente en la mesa, me puse el pijama y me acosté. Agradecí estar en mi cama, aunque volví a echar de menos el calor de Roi abrazándome y su maravillosa cama mullida, con su olor embriagador. Como llevaba casi dos días sin apenas dormir, aunque me sentía extremadamente triste, me dormí en cuanto cerré los ojos, lo agradecí, al día siguiente sería otro día y esperaba que mejor que este.

Cuando sonó el despertador, tardé unos segundos en reaccionar. No sé si os ha pasado alguna vez que al levantarte te despiertas con una desidia horrorosa, pero aún tu cerebro no recuerda por qué te encontrabas así, en cambio tu corazón sí, pues precisamente eso es lo que me pasó a mí. Sonó el despertador y noté cómo me dolía el pecho y cómo tenía una tristeza abrumadora,

pero no recordaba ni dónde estaba, tras los primeros segundos, me vino todo cómo un horrible jarro de agua fría.

Me reprendí por seguir pensando en Roi y me puse en pie, me vestí rápidamente y me preparé un café y unas tortitas de arroz, era lo único que quedaba en mi casa comestible. Me lo llevé al ordenador y empecé a trabajar como una loca. No me di opción a descansar, solo me centré en el trabajo, en los problemas que había y que sí estaban en mi mano solucionarlos. Me sentí útil y centrada, de alguna manera el trabajo me reconfortó, sin duda, me venía muy bien estar ocupada.

Alargué lo máximo mi jornada laboral, pero cuando vi que ni mi jefe estaba conectado, me di cuenta de que ya no podía seguir trabajando. No me quedó otra que irme a hacer la compra, necesitaba de todo en casa y estar ocupada me ayudaba a no pensar, aunque era inevitable acordarme de Roi. En el supermercado, vi los cereales que tenía en casa para él y tuve que reprimir un sollozo, me daba rabia estar viviendo este duelo, cuando ni siquiera teníamos una relación al uso.

No tenía nada más que hacer, así que con el helado de vainilla y galleta que me había comprado, me puse a ver un capítulo de alguna serie que había dejado a medias. Era tan cliché toda la situación que me di pena, pero, por otro lado, el helado estaba buenísimo y me lo merecía. Me prometí a mí misma que, a partir de ahora, me iba a obligar a ir a ese gimnasio que se sostenía gracias a personas como yo, que lo pagábamos para no ir.

Al día siguiente volví a trabajar como una loca, para mantenerme ocupada, para no pensar, para olvidar… No sé, para no sentir. Incluso yo era consciente de que estaba tapando el montón de mierda que tenía en mi casa con una manta que no era capaz ni de cubrir la mitad. Todo empezaba a oler y a intentar resurgir por donde fuera. Sí, la metáfora era penosa, pero mi vida también lo era, así que estaba a la altura completamente. La realidad era que, sin darme cuenta, en mi vida había aparecido un agujero y, en vez

de intentar taparlo, estaba enterrándome en él, cada vez era más profundo y cada vez me costaba más salir.

Carmen tenía toda la semana de vacaciones, se había ido a Cuba con unas amigas de la universidad, así que ni siquiera la tenía de aliada para contarle mis penurias, por lo que acrecentaba mi sentimiento de soledad.

Cuando terminé mi jornada de laboral, me sentía enfadada conmigo misma, Roi me había arrebatado todo, había puesto a todo el mundo de su parte para su beneficio y me había engañado. Sentía tanto enfado que sería capaz de romper algo o pegarle, aunque seguramente ni se inmutaría. Decidí volverme a instalar la aplicación *WhatsApp*, él no me iba a privar de hablar con quien yo quisiera, estaba harta de que decidiera por mí y eso se iba a acabar.

Cuando se sincronizaron los mensajes, los fui leyendo despacio. El primero que abrí fue el de Iago que me pedía que, por favor, llamara a Mimi y les dijera si estaba bien. El siguiente fue de mi madre, que me preguntaba qué tal, también tenía otro similar de mi padre. Otro de mi prima, que me preguntaba qué tal estaba por Madrid y si había llegado bien, qué maja era, con todo lo que me había ayudado. Dejé para el final los de Mimi y Roi, el de Mimi decía:

[WhatsApp]

Mimi: Sé que te estás volviendo para Madrid y solo puedo sentirme culpable. Sé que tendría que haber sido sincera contigo, pero no sé, el tiempo fue pasando y, después ya me dio la impresión de que era demasiado tarde para contártelo. No tengo excusa.

Mimi: Solo quiero que pienses en todos esos momentos bonitos que has vivido con Roi, porque eran sinceros y eran de verdad, cómo te ha hecho sentir y el tándem tan alucinante que habéis formado. Me encanta veros juntos y cómo os miráis, eso no deberíais perderlo, es muy difícil conseguirlo.

Mimi: Espero que algún día puedas perdonarme y seamos capaces de retomar nuestra amistad, no sabes la falta que me haces y lo

mucho que te quiero, siempre has estado para mí y nunca me has fallado.

Estuve reflexionando antes de contestar, no quería precipitarme ni decir algo de lo que me arrepintiera:

[WhatsApp]

Lúa: Ya estoy por Madrid, estoy intentando adaptarme de nuevo, han sido muchos cambios en poco tiempo. Estoy muy triste y dolida, me siento traicionada y humillada por todos vosotros, que pensasteis que era buena idea decidir por mí, como si fuera una niña pequeña. Necesito tiempo para ordenar mi vida, te prometo que voy a intentar recuperar la relación que teníamos antes, pero ahora no me veo con fuerza, lo siento.

Lúa: Solo deseo que vaya muy bien el embarazo y la relación con Iago, pero ahora solo necesito distanciarme, entiéndelo, por favor.

Mimi: Te voy a echar mucho de menos, por favor, no dejes de hablarme.

Me di cuenta de que tenía toda la cara mojada, llena de lágrimas otra vez, no solo había perdido lo que tenía con Roi, sino que ya no sentía cerca a Mimi, me costaría recuperar la confianza, pero lo iba a intentar. Mimi había estado en todos los momentos importantes de mi vida y era prácticamente mi familia, era mi persona y ojalá pudiéramos superarlo juntas, pero… Me sentía tan traicionada que me costaba. Quería darme tiempo, iría partido a partido, como decía Carmen.

Me recompuse, construyendo mi coraza de indiferencia cada vez más grande y gruesa, para leer el último mensaje que me faltaba, el que más miedo me daba.

[WhatsApp]

Roi: No sabes el miedo que me daba que te enteraras, no sabes todas las veces que pensé en decírtelo, sin atreverme, al final soy un puto cobarde y no tengo ninguna excusa. Me primó más estar contigo y disfrutarte, que crear una base, juntos, sólida y duradera.

Sin duda me merezco que te hayas ido y que no me contestes, solo necesitabas sinceridad y yo, de nuevo, no supe darte lo que me pedías.

Roi: No pienses que voy a quedarme aquí parado, sin hacer nada, eso no va a suceder. Ya no soy el chaval de dieciocho años que no sabe reaccionar. Voy a luchar por ti, para demostrarte que podemos tener una relación basada en todo lo que nos queremos. No voy a olvidar todo lo que hemos vivido, porque han sido las mejores semanas de mi vida y nos lo merecemos, Lúa, nos merecemos un final feliz.

No sabía qué contestarle, intenté ser lo más fría posible, quería ser distante. No quería tener ningún tipo de relación de amistad con él, aun así, me convenía seguir en contacto con él por si a Mimi le pasaba algo.

[WhatsApp]

Lúa: Roi, gracias por el tiempo que hemos pasado juntos, pero no quiero tener una relación de pareja contigo, ya no. No me interesas y no te quiero, te pido por favor que me dejes tranquila.

La realidad era otra, le quería tanto que hubiera dado todo lo que tenía por él, pero ya nada tenía sentido. Tenía que seguir con mi vida y eso iba a hacer.

Al día siguiente fue igual que los otros dos anteriores, monótonos y aburridos, llevaba tres días que no se los deseaba a nadie, no le veía sentido a nada y la vida se me estaba haciendo cuesta arriba. Cuando estaba a punto de terminar de trabajar, llamaron al telefonillo, era un repartidor, así que le abrí, le esperé con la puerta abierta y recibí la carta que me entregaba, ¿qué sería? Normalmente las cartas me las dejaban en el buzón, pero esta era certificada.

Cuando cerré la puerta, analicé lo que tenía entre manos, era un papel precioso y suave, me recordaba al dosier que había visto en el coche de Roi cuando descubrí a lo que se dedicaba realmente. Un mal presentimiento me recorrió el cuerpo, ¿me mandaba esta

carta él? No tenía remitente, así que la única forma de averiguarlo era abriendo el sobre. Me senté en el sofá y acaricié el papel, era suave y tenía una letra preciosa donde salía mi nombre y mi dirección, en la solapa tenía un lacre muy chulo con una estrella, me dio pena despegarlo.

Dentro del sobre solo había una carta, la abrí con manos temblorosas y se cayó un pequeño papel que cogí con cuidado:

" Querida Lúa,

Ya te dije que no me daría por vencido, eres el amor de mi vida y estoy dispuesto a luchar por ti. Eres la mujer de mi vida y te voy a demostrar que podemos tener un futuro juntos. No voy a dejar de escribirte, no voy a salir de tu vida, a no ser que me lo pidas expresamente, esta vez no me voy a quedar parado con los brazos cruzados, no te voy a perder.

Lo que hoy te mando es el resguardo de la primera vez que nos subimos a una noria, ¿lo recuerdas? Iago y yo estábamos haciendo el tonto en esa feria y os vimos, ya no pudimos separarnos de vosotras, estabais tan guapas que nos deslumbrasteis. Empezamos a hablar y luego Mimi se empeñó en subir a la noria, Iago no quería porque decía que era para niños y al final nos metimos en una sola cabina todos juntos. Estábamos tan pegados que pude hasta oler tu champú de camomila que solías usar. Empezaste a temer por nuestra integridad, malditas atracciones de feria.

Ese día supe que no quería separarme de ti jamás.

Te quiero, siempre.".

No sabía cómo tomarme esto, hacía años que no recibía una carta que no fuera del banco o de la factura de la luz, estaba sorprendida. Pensé que Roi intentaría ponerse en contacto conmigo a través de mensajes o llamadas, pero ¿una carta? ¡Y qué carta! ¿Guardaba más cosas de nuestros encuentros? Me acordaba perfectamente del día que nos conocimos, tenía todos los detalles guardados con mucho cuidado en mi memoria, pero no pensé que él se fuera a acordar con tanta determinación. Además, nuestra

relación no fue tan inmediata como la de Iago y Mimi, fuimos más lentos y nos costó más dar el paso, aunque siempre sentí cierta atracción por él. ¿Por qué tenía guardado el billete de la noria? ¿Ya sintió algo por mí ese día?

Todo eran preguntas alrededor de Roi y me desesperaba, pero también me encantaba que pudiera ser tan romántico. Me volví a reprender por ese pensamiento, Roi no era nadie, se podía meter las cartitas de enamorado por donde quisiera, no me importaba.

Al día siguiente era jueves, quedaban solo dos días de trabajo y sentía mucho vértigo, no sabía qué haría con tanto tiempo libre el fin de semana. Podría haber llamado a mis amigos de la universidad para quedar con ellos, seguro que me ofrecían algún plan interesante, pero no tenía ganas de vestirme con algo que no fuera el pantalón de pijama y fingir que todo estaba bien. Tampoco tenía ganas de contarle mis problemas a nadie y deprimir el ambiente. En fin, era mala compañía.

Reconozco que me pasé el día impaciente por ver si venía alguna otra carta de Roi, pero no llegó nada y me sentí ligeramente decepcionada. No quería nada con él y me mantenía firme en ello, pero, en fin, ya sabéis que la curiosidad mató al gato.

Ese día sentí que me encontraba mejor, por la tarde me fui a dar una vuelta por el barrio y terminé en el sitio de tortitas donde había ido con Óscar. Me pedí un café con canela y las tortitas que nunca me tomé cuando quedé con los amigos de Óscar. Disfruté de uno de los pequeños placeres de la vida que es tomar algo sola, en una cafetería, en silencio, sin tener que hablar con nadie. Me encantaron las tortitas, que embadurné en caramelo, mientras lo combinaba con mi maravilloso café con canela. Sin duda, me alegré en ese momento de estar sola y estar compartiendo tiempo con la persona más importante de mi vida, que era, sin duda, yo misma, me lo merecía, me repetía constantemente. Aproveché para reflexionar y hacer memoria de todo lo que había vivido, desde las veinticinco horrorosas citas a mis encuentros con Roi, del cual no me permitía acordarme en exceso.

Después de las tortitas me fui a dar una vuelta, tanto caramelo lo mismo no era bueno, así que me vendría bien bajarlo, ya que hoy me había saltado el gimnasio de nuevo. Mientras caminaba, vi a lo lejos a una pareja dándose el lote como si no hubiera mañana, medio escondidos en una callejuela, no me pasó desapercibida la pasión con la que se tocaban y me dio incluso envidia que tuvieran esa pasión. Según me iba acercando, me percaté que ese pelo me resultaba familiar y fui andando, fijándome con más detalle. NO PODÍA SER, era el mismísimo Óscar, pero no os vais a creer con quien estaba, sí, sí, su queridísima amiga Eva. ¿Lo habría dejado con Mateo? Me moría de curiosidad, la Lúa del pasado les hubiera dejado tranquilos, pero yo ya no tenía ganas de quedarme con las ganas de algo, eso se había terminado.

Me acerqué, como quien no quiere la cosa y dije en voz alta:

—Anda, Óscar, cuanto tiempo, ¿no? —Al oírme, se apartaron casi al momento, confirmándome que Eva seguía con Mateo. Se me quedaron mirando perplejos.

—Eh, hola, Lúa… —Dijo Óscar asustado.

—¿Qué tal os va? Vengo justo de tomarme las tortitas que no me pude comer aquel día, cuando quedamos, ¿te acuerdas, Eva?

—Eh… Sí, sí, lo recuerdo.

—¿Dónde habéis dejado a Mateo? ¿Trabajando?

—Sí, hoy tiene turno en la clínica. —Contestó Óscar.

—Qué bien, ¿sabe lo vuestro?

—Lúa, de verdad, déjalo estar, lo nuestro ya terminó. —Será imbécil el chico este.

—Ya entiendo por qué te molestaba tanto que estuviera con Óscar, Eva, fuiste tan amable que posiblemente te devuelva el favor teniendo una charla con Mateo.

—Por favor, Lúa. —Volvió a hablar Óscar, Eva estaba callada, escondida un poco detrás de Óscar, como si así fuera a olvidar que

los había visto enrollándose como si tal cosa.

—Deberíais ser más discretos, cualquiera podría haberos hecho fotos, para tener pruebas de vuestro romance.

—No habrás sido capaz… —Me soltó Eva amenazante.

—Bueno, chicos, un placer haberos visto, espero veros pronto y dadle saludos a Mateo de mi parte.

Me di la vuelta y me fui, tan orgullosa yo. Me sentí como Julia Roberts en *Pretty Woman* cuando vuelve a la tienda que no le habían querido atender, sí, soy muy peliculera. Obviamente, no había hecho fotos ni iba a hablar con Mateo, que se apañaran ellos, era su problema y no quería saber nada de ellos. Pero bueno, una pequeña venganza me había sentado muy bien, Eva no me ayudó nada cuando estaba intentando tener algo más serio con Óscar y, mínimo, se merecía que esa noche le hubiera quitado un poquito el sueño.

Llegué a casa y me sentí triunfadora, había sobrevivido un día más a la tristeza y había sido capaz de salir de casa y hacer algo que no fuera ir a comprar comida. Poco a poco, estaba convencida, lo iría consiguiendo. En ese momento, me sonó el móvil, era un mensaje de mi queridísimo Óscar:

[WhatsApp]

Óscar: Por favor, no digas nada a Mateo, de verdad, por el poco aprecio que me tienes.

Lúa: El poco aprecio se lo tienes tú a tu amigo, me parece a mí, que te estás liando con su novia.

Óscar: No tienes ni idea.

Lúa: Pues explícamelo.

No tenía ningún interés en esta persona y menos en su amiga, aunque Mateo me daba pena, había sido muy majo conmigo y no se merecía que le traicionasen. Pero bueno, un buen salseo siempre viene de lujo, con lo aburrida y deprimida que estaba.

[WhatsApp]

Óscar: Cuando les conté a Eva y Mateo lo que había pasado, Eva vino a hablar conmigo y me dijo que llevaba mucho tiempo enamorada de mí, que no se atrevía a decírmelo. Me dijo que se había puesto muy celosa al ver que las cosas avanzaban contigo.

Lúa: No creo que merecería que me tratara como lo hizo.

Óscar: Se lo vamos a decir, de verdad. Lo único que es complicado.

Lúa: Traicionar y mentir a un amigo es lo que tiene, que es complicado.

Estaba yo como para aguantar que alguien me argumentara que era lícito mentir, lo llevas claro, bonito.

[WhatsApp]

Lúa: Díselo esta semana o lo haré yo, no se merece lo que le estáis haciendo, es una buena persona.

Óscar: Te lo prometo, de verdad.

Puse el móvil a cargar y me desentendí, ellos verían, al menos le había empujado a contarle a su amigo la realidad, que era lo que Mateo se merecía.

Me encontré el viernes levantándome con una sensación de satisfacción, la tristeza persistía, pero me sentía orgullosa porque había conseguido superar la primera semana de trabajo en Madrid. Estaba convencida que la semana siguiente iría mejor, ya con Carmen en Madrid y con la posibilidad de quedar con ella y ponernos al día.

Seguí la misma rutina que durante los cuatro días anteriores, me había funcionado trabajar sin descanso y estar centrada en las tareas que iban surgiendo, tenía la suerte de tener un montón de trabajo pendiente y la mayoría corría prisa, como siempre, todo era para ayer.

Mientras estaba trabajando, de nuevo llamaron al telefonillo, era un repartidor que traía un paquete para mí. Me puse nerviosa

porque intuía de quién era y no estaba segura de si quería abrirlo. Recibí el paquete, en este caso no era un sobre, sino una caja pequeñita. Todavía no había terminado de trabajar, así que dejé la caja en la cocina y volví a mi ordenador, pero no podía concentrarme, notaba cómo la caja me gritaba desde la cocina que la abriera. No pude resistirme y, aunque intenté aguantarme un poco más, fui corriendo a abrir la caja, ¿qué contendría? Estaba impaciente por ver qué había.

Cogí un cuchillo y corté el precinto que la cerraba, la abrí con cuidado y vi, de nuevo, una carta con el mismo sobre de alta calidad que la anterior carta y una película en Blu-ray. Cómo no, era *Sleepless in Seattle*, una película que había marcado nuestra relación. Abrí la carta con manos temblorosas, estaba nerviosa y no podía controlarlo:

" Querida Lúa,

Esta es la segunda carta que te escribo y no dejaré de decirte nunca lo mucho que te quiero. Si alguna vez quieres dejar de recibirlas, solo tienes que avisarme, por favor, te prometo que desapareceré, pero tu silencio lo entenderé como que no te importa seguir leyéndome.

Como ves, te he mandado tu película favorita, aún recuerdo el día que me obligaste a verla, te empeñaste tanto que no supe decirte que no. La vimos en mi habitación, tumbados en la cama, abrazados, es un recuerdo precioso. Nunca me habían gustado las comedias románticas, pero esa pasó a ser una de mis pelis favoritas, solo porque también era la tuya.

Cuando la vimos por primera vez, prometimos verla una vez al año, ya que te gustaba tanto. Me dijiste que una peli así había que verla, al menos, con esa frecuencia. Finalmente, no cumplimos nuestra promesa de verla juntos, pero te aseguro que yo la he visto todos estos años, no he faltado ni uno. Hasta me la compré para tenerla a mano, aunque ahora con las plataformas de *streaming* ya no hace falta.

Quería que la tuvieras y que supieras que siempre, durante todos estos años, he pensado en ti. Dejarte marchar fue lo más duro que he hecho en la vida, pero no me arrepiento, porque me siento muy orgulloso de la mujer en la que te has convertido y todo lo que has conseguido.

Te quiero, siempre.”.

Puf, me costó retener las lágrimas, últimamente no paraba de llorar y me enfadaba conmigo misma por estar en este estado. Solo había estado un par de meses con Roi, pero me había calado tanto que le tenía metido hasta lo más profundo de mi ser, se había alojado en mi corazón y era imposible sacarle.

Reconocía que las cartas y los paquetitos no me ayudaban nada a olvidarle, pero, por otro lado, me resistía a dejarle atrás. Había sido tan importante en mi vida que se me encogía el alma cada vez que pensaba que no volvería a besarle, que no sentiría nunca más sus caricias. Le echaba muchísimo de menos y estas cartas eran unas migajas que me ayudaban a tenerle presente, sin necesidad de que estuviera en mi vida. Sí, era enfermizo y no me ayudaba en nada.

Fue difícil seguir trabajando después de abrir el paquete, pero no me quedó otra opción, tenía que terminar unas tareas hoy mismo y en el equipo estaban esperando a que las entregara. Cuando por fin pude cerrar el ordenador, lo hice apesadumbrada, pero no me quedó otra que ponerme la película que me había enviado Roi, acompañada del helado de vainilla y galletas que aún me quedaba, aunque no mucho, lo reconozco.

No sé si habéis visto la película, pero es una comedia romántica al uso de Meg Ryan y Tom Hanks, él es un arquitecto viudo que vive con su hijo y ella una romántica que escucha las penas de él por la radio. No os cuento mucho más, pero incluye una bonita escena en el espectacular mirador del Empire State de Nueva York, en fin, ¿qué más se le puede pedir a una película?

Me senté en el sofá, me arropé con una manta y, con mi helado en mano, vi la película, la había visto tantas veces que casi me sabía los diálogos. Me vino a la mente la última vez que había visto esta película, con Roi, en su casa, hacía apenas unas semanas, no entendía cómo había cambiado todo de la noche a la mañana, no era justo.

Eché a un lado mis pensamientos sobre Roi y, simplemente, disfruté de la película, reí y lloré a partes iguales, porque así eran las comedias románticas, como la vida misma. Cuando terminé la película, me sentí bien, porque siempre me había encantado y no quería que nada ni nadie me la estropeara, aunque era inevitable que Roi y *Sleepless in Seattle* estuvieran ligadas, por mucho tiempo que pasara.

Era ya tarde, pero me obligué a salir a dar un paseo, llevaba todo el día en casa y no podía seguir así, me puse como norma que, al menos, una vez al día tenía que salir a la calle. Y así terminé la primera semana de trabajo alejada de Roi, de vuelta en Madrid.

24

PARA, QUE ME ENAMORO

El fin de semana pasó sin pena ni gloria. Esos días no había correo, así que no tenía, ni siquiera, la ilusión de recibir noticias de Roi. Estuve tentada a escribirle un mensaje en algún momento del fin de semana, pero no me atreví, ¿qué iba a decirle? Yo no quería estar con él y todavía me sentía decepcionada por haberme mentido y haber conseguido que mis padres y mis amigos también me engañaran, seguía pensando que no merecía esto.

Aproveché para limpiar la casa, algo que me daba mucha pereza hacer y también hice cosas sola, que siempre me costaba mucho hacer. Me fui a comer a un restaurante, fui al cine y también de compras al centro comercial. Rellené mi tiempo libre como el que llenaba un vaso de agua, pero me sentí bien conmigo misma.

El domingo por la noche decidí mandar un mensaje a Mimi, me recordaba que, aunque me hubiera sentido traicionada por ella, era mi persona y sabía todo de mí. La necesitaba y no quería perderla, quería esforzarme en retomar nuestra relación.

[WhatsApp]

Lúa: Hola, ¿cómo vas?

Mimi: ¡Hola! ¿Qué tal estás tú? Yo con una tripa que de repente ha hecho ¡pop!, te sorprendería lo que ha crecido en apenas una semana, menuda locura.

Lúa: Ahí sigo, voy poco a poco.

Mimi: Me alegro tanto de que me hayas hablado… Ojalá pudiera ayudarte más. Necesitas tiempo para sentirte mejor, todos estos meses han sido frenéticos.

Lúa: Llevas razón, echo mucho de menos a Roi y echo mucho de menos estar allí.

Mimi: ¿Has hablado con él? Está muy hermético, solo habla con Iago y se pasa todo el tiempo encerrado en el taller.

Lúa: Le dije que me dejara en paz. Me escribió una carta y me mandó un paquete.

Mimi: Admitirás que es un romántico.

Le mandé un audio contándole, con todo lujo de detalle, las cartas que había recibido y lo que me había puesto. No me sentía del todo cómoda contando estas cosas a Mimi, porque ya no sabía de qué parte estaba, pero necesitaba hablar con alguien y ella daba los mejores consejos del mundo.

[WhatsApp]

Mimi: Madre mía, es para que se te caigan las bragas, hay que reconocérselo. ¿Crees que recibirás más paquetes?

Lúa: Tiene pinta, pero quiero tener la mente fría, me ha hecho mucho daño y no soporto que me haya mentido durante tantos años.

Mimi: ¿Y te replantearías volver con él?

Lúa: No sé, estoy hecha un lío.

Me vino muy bien hablar con Mimi, me gustaba tener a alguien a quien contar mis problemas y mis preocupaciones, confiaba en que poco a poco pudiéramos recuperar la relación que habíamos tenido, porque nos lo merecíamos.

Me desperté el lunes con cierto hormigueo en el estómago, tenía algunas razones para estar ilusionada, sobre todo porque Carmen volvía de vacaciones y seguro que me contaba algo interesante de su viaje. Además, no me quedaba otra que admitir

que tenía cierto interés por ver si hoy recibiría algo de Roi, cada día me picaba más la curiosidad. Tenía un dilema considerable, mi cerebro tenía nuevos muros para protegerme de sus encantos, pero mi corazón me gritaba que fuera corriendo a sus brazos.

Sin embargo, el día fue de mal en peor, tuvimos una incidencia gravísima en producción y apenas pude charlar con Carmen, estuvimos enmarronadas todo el día y con una presión y una angustia de nuestro jefe que era para dejarle de hablar. Estuvimos hasta prácticamente las nueve de la noche trabajando, hasta que dejamos todo funcionando, además, nadie llamó a mi puerta, algo que no ayudó a que la tristeza me embargara. Cuando por fin terminé de trabajar, llamé a mi madre, que estuvo cacareando media hora sobre no sé qué vecina con la que había discutido, casi me explotaba la cabeza. En serio, de mal en peor, qué desastre de día. Malcomí las tristes sobras del almuerzo y me fui a dormir, porque no tenía ninguna motivación y ya, ¿para qué iba a estar despierta más tiempo? Antes cambié la alarma del móvil, al día siguiente entraría un poco más tarde, qué bien tenía que compensar todas las horas de más que había echado.

Al día siguiente me desperté sobresaltada, con el sonido del timbre, miré corriendo la pantalla del móvil para asegurarme que no me había dormido y me relajé, eran las ocho y media y hasta las nueve no tenía la alarma. Volvió a sonar el timbre y corrí a abrir, escuché las escaleras y cómo subía el repartidor, así que abrí la puerta para recibirle. Lo que me encontré me impresionó y estuve por rechazar lo que traía, eran como treinta globos de helio de diferentes colores y una carta atada a las cintas de los globos, en la parte de abajo. El repartidor me los tendió para que se los quitara del medio y no pude más que sonreír, pobrecillo.

Me metí en casa como pude y los globos inundaron toda la estancia, a ver qué hacía con tantos. Me lancé a abrir la carta, tenía muchísimas ganas de ver qué ponía, aunque ya intuía por dónde iban los tiros:

" Querida Lúa,

Seguro que me estás odiando por llenar tu piso de globos, ese piso que la cocina está a seis pasos de la entrada, me acuerdo perfectamente.

A lo que voy, no podía dejar de acordarme de este momento que vivimos juntos, era verano y llevábamos poco saliendo, no sabíamos qué hacer y se te ocurrió ir al cine de verano porque proyectaban la película de animación *Up*. Yo no la había visto y te horrorizaste, me dijiste que eso había que solucionarlo, que no podía seguir siendo feliz sin verla, siempre fuiste muy dramática.

Llevamos unas sillas plegables que cogimos de casa de tus padres y allí que nos sentamos, llevé la mochila llena de chocolatinas y golosinas, que dimos buena cuenta de ellas.

Recuerdo que te pasaste llorando los primeros veinte minutos y yo no sabía cómo reaccionar, me diste mucha ternura y me di cuenta de que estaba enamorado de ti, hubiera hecho lo posible para evitar que lloraras y que sufrieras. Te cogí la mano y te acaricié despacio y me sonreíste, después me regalaste un beso que me enamoró aún más.

Fue un momento muy especial para mí, tenía dieciocho años y nunca me había enamorado, no sabía lo que era el amor hasta que tú me lo descubriste. No sabes lo importante que fuiste para mí y lo necesaria que eres ahora.

Espero que no me odies mucho, seguro que tu salón está más divertido con los globos.

Te quiero, siempre.”.

Recuerdo aquel día perfectamente, para mí había sido un día más a su lado, lo había disfrutado, pero no marcó nada en nuestra relación. Era curioso cómo cada persona vive los momentos de una manera y depende de lo que sienta cada uno, cala y traspasaba todas las barreras o no. Ese momento para Roi había sido muy importante y yo había ayudado a que lo fuera y no era ni consciente de ello. La carta y los globos me había llenado por dentro y pensé en escribirle, pero no estaba segura el tono que quería usar con él, ¿de

broma? ¿Cómo si no estuviera enfadada? Ser amigos no nos había funcionado y tampoco ser algo más, ¿qué nos quedaba? ¿Podíamos ser algo o simplemente seríamos un recuerdo del que hablaríamos cuando fuéramos mayores? Me imaginaba contando a mis nietos que tuve un novio una vez que le quise tanto que no me esperaba que me traicionara, que le quise tanto que no pudo ser, explicándoles que querer, a veces, no era suficiente. Noté cómo se me nublaba la vista, de las lágrimas que se agolpaban por salir, me las enjugué, engañándome a mí misma, convenciéndome de que esta vez no había llorado.

Opté por no escribir a Roi, era lo mejor, seguir manteniendo las distancias, quería ver hasta dónde era capaz de llegar, por curiosidad, no por otra cosa, ¿eh? Mentirme a mí misma parecía ser una de mis nuevas aficiones.

El trabajo me regaló un día tranquilo, el cual me merecía, así que en cuanto pude, videollamé a Carmen para cotillear un poco:

—Hola, cubana, ¿qué tal? Menudo moreno tienes.

—¡Ja, ja, ja! La verdad es que me lo he pasado de lujo, en serio, me ha venido estupendamente desconectar una semana entera.

—Aunque menudo recibimiento el de ayer.

—Jo, ya te digo, ¡qué necesidad! Encima nuestro jefe estaba especialmente nervioso, pensé que le daba un infarto o algo.

—Ya, es más dramas, es porque no tiene ni idea, ya te digo yo. —Nos reímos las dos.

—¿Y estás ya por Madrid? ¿No pensabas quedarte más tiempo en casa?

—Puf, Carmen, es que te tengo que contar tanto… Me enteré de que Roi no se había liado con la chica aquella hace años.

—¿Qué dices? Si siempre me decías que te había traicionado…

—Pues me equivoqué, al que vi fue a su primo, que es idéntico a él. Roi vino a buscarme a Madrid y como me vio tan ricamente aquí, según él, pensó que era mejor dejarlo estar, en fin…

—¿Y cómo estás? Menudo palo descubrir que todo lo que creías era mentira. —Que lo dijera así tan directo, como todo lo que decía Carmen, me hundió un poco más.

—Mal, soy una pringada.

—No, el pringado es él, que es un mentiroso, ya de paso.

—Ahora no para de mandarme cartas y regalitos, no sé. —Le conté con todo lujo de detalle lo que me había mandado y Carmen fue cambiando la cara.

—Calla, que me enamoro, en serio, menuda fantasía.

—Jo, Carmen, ¿en qué quedamos? —Anda que me ayudaba.

—Es que es para enamorarse, no sé, es todo tan romántico.

—¿Entonces crees que debería hablar con él o algo así?

—Tampoco es eso, hay que recordar que no solo te mintió, sino que pasaron un montón de años y tuvo opción de decirte la verdad y no lo hizo. Eso es de valorar negativamente.

—Ya…

—Aunque las cartitas y tal es muy romántico, ¿qué crees que te mandará después de esto?

—No sé, pero estoy impaciente. —Sonreímos dando a entender que no sabía ni lo que quería y que Carmen no me podía ayudar.

—¿Y qué tal con tu compañero de casa? ¿Crees que te ha echado de menos?

—Vamos despacio, pero estamos haciendo buenas migas, fui con sus amigos y lo pasamos bien, nos caímos todos bien, me han vuelto a invitar. Como he estado fuera, no he tenido ocasión, pero voy a intentar seguir por esa vía, si encajo en el grupo de sus

amigos, sería ideal. Si quieres, vente el fin de semana con nosotros, seguro que lo pasas bien.

—Pues sí, falta me hace, cuando tengáis plan fijo, me dices y me uno.

—Sí, yo te aviso, tenlo por seguro que este finde tienes planes. Bueno, voy a seguir con el trabajo, que quiero salir hoy pronto.

—Sí, yo también, necesito descansar, ayer se me hizo larguísimo.

Nos despedimos y seguimos trabajando, a las cinco de la tarde me habló nuevamente por *Teams* para decirme que había hablado con nuestro jefe y que cortábamos ya, nada de horas extra hoy. Lo agradecí, aunque tampoco tenía nada mejor que hacer, así que no me quedó otra que irme al gimnasio, me sentó muy bien soltar endorfinas, con la música a tope para no pensar en nada. Llegué tan molida a casa que concilié el sueño al momento.

Al día siguiente me levanté con muchísimas ganas de hablar con Roi, aunque solo fuéramos amigos, le necesitaba en mi vida, quería escuchar su voz, hablar de tonterías y hacernos bromas. Echaba de menos su contacto, sus abrazos, sus caricias… ¿Me echaría realmente él de menos o sus cartas solo eran palabrería?

Mandé una foto a Mimi de mi salón, con todos los globos flotando y me puso un emoticono riéndose.

[WhatsApp]

Mimi: Pena que no tengas un chalecito en mitad de unas obras, para salir volando.

Lúa: Qué graciosa.

Mimi: Roi es especialmente creativo, no dirás que no.

Lúa Eso sí que se lo concedo.

Me puse a trabajar, hoy tenía claro que no llegaría ninguna noticia de Roi, me sentía desilusionada, pero no quería supeditar mi

felicidad a lo que a él se le antojase enviarme, así que intenté seguir con mi vida, como si nada.

Quería concentrarme en las pequeñas cosas que me hacían feliz y darme pequeños placeres, como comer helado después de cenar o ir a merendar yo sola a alguna cafetería. No falté al gimnasio ni el miércoles, ni el jueves, ni el viernes y me sentía muy orgullosa de mí misma.

Carmen me propuso salir de fiesta el sábado y acepté, no porque me apeteciera especialmente, pero tenía que obligarme a salir, reconstruir mi vida y ser feliz sin él.

El sábado por la mañana estaba leyendo tranquilamente en la cocina cuando sonó de nuevo el timbre. Algo se agitó dentro de mí, ya en fin de semana no esperaba recibir nada y tenía muchas ganas de ver qué era esta vez. Esperé con la puerta abierta, como solía ser el ritual, al repartidor, que me entregó una caja, esta vez más grande que la primera que recibí. Cerré la puerta y corrí a abrirla, lo que hubiera dentro estaba envuelto con papel de seda y el cierre se unía con una pegatina. Encima había un sobre con el mismo aspecto que los anteriores, esta vez el lacre era de un sol, era precioso también y me dio mucha pena tener que despegarlo.

" Querida Lúa,

Me acuerdo cuando quería hacerte un regalo, me ponía muy nervioso, qué tonto era, de verdad. No se me ocurría nada que regalarte y no encontraba nada que fuera suficiente bueno para ti. Recuerdo una vez que te enfadaste porque nunca me implicaba en los regalos que te daba y nunca era suficientemente detallista, llevabas toda la razón.

Ahora estoy convencido de que no me pasaría, me aportas tanta luz que todo tú eres inspiración para mí, no me cuesta nada hacerte algo con mis propias manos, aunque sigo pensando que nada es lo suficiente bueno para ti.

Me acuerdo de que ese día me dijiste que al menos podría regalarte algo de ropa y ahí me explotó la cabeza. Nunca me atreví a

comprarte nada de ropa porque no sabía ni tu talla, en fin, la juventud.

Esta vez sí me he atrevido a comprarte algo y espero que te guste mucho, sigue no estando a la altura, pero espero que puedas ponértelo para salir y disfrutar, para vivir, aunque sea sin mí, solo deseo que seas todo lo feliz que te mereces.

Sé que deben de ser días difíciles para ti, volver a Madrid, adaptarte de nuevo… En fin, y todo por mi culpa, eres tan valiente que solo puedo estar orgulloso de ti, pero me da mucha rabia que tus padres o Iago y Mimi no te puedan disfrutar por mis errores. No sabes lo culpable que me siento, sin embargo, solo puedo agradecer haber tenido la suerte de encontrarte y de tenerte en mi vida, aunque fuera tan poco tiempo, ojalá pudiera verte y abrazarte. No sabes lo que echo de menos tu olor y tu presencia.

Te quiero, siempre.”.

Noté cómo el corazón me iba acelerado y cómo estaba emocionada, sin quererlo. Acaricié la carta y después despegué la pegatina del papel de seda despacito, dentro había una *blazer* preciosa, era negra y con hombreras, en la parte frontal tenía pedrería cosida, con pequeños cristales. Era una auténtica pasada, le debía de haber costado un dineral, parecía de diseño y muy exclusiva. Me la puse y me sentaba como un guante, me daba miedo hasta estrenarla, por si se estropeaba, pero tenía claro que ya no era esa chica que vivía con miedo, así que esta noche se iba a venir conmigo, cuando quedara con Carmen.

Cuando tocó prepararme para irme al *pub* en el que había quedado con Carmen, me vestí con unos pantalones negros ajustados, una camiseta también negra y encima me puse la *blazer*, me maquillé con esmero y me hice un selfi en el espejo de mi habitación, sonriendo. Me sentía guapa y hoy lo iba a dar todo.

Llegué un poco tarde, pero no me importaba, porque me sentía totalmente empoderada. Carmen y Figueroa me presentaron al grupo, eran tres chicas y cuatro chicos, todos muy simpáticos.

Después me enteré de que eran tres parejas, había un chico que estaba solo y Figueroa y Carmen, que tampoco tenían pareja. El *pub* era agradable, aunque había una parte con pista de baile con música actual, había otra zona apartada con mesas donde podías hablar y oírte, que era una ventaja. Habían reservado una mesa apartada, estaba muy bien porque era la zona más tranquila del local, así que pudimos hablar sin gritar, mientras nos tomábamos unas copas.

Instintivamente, me puse al lado del chaval que estaba descuadrado, vamos, que no tenía pareja, ya que Carmen y Figueroa no paraban de hablar entre ellos. Las otras parejas estaban hablando de dónde iban a irse de viaje y estaba un poco fuera de ese tema. El chico se llamaba Fernando, aunque todos le llaman Fer, entendible, con ese nombre de señor mayor. Era fisioterapeuta, trabajaba en una clínica de rehabilitación. Era guapo, fuerte, barba recortada perfectamente, alto, aunque no tanto como Roi, sin duda, podría follármelo sin problema con un par de copas de más.

Estuvimos hablando de trabajo, luego de la familia, de dónde éramos y me estuvo preguntando mucho sobre Galicia, parecía que le gustaba mucho la zona. Era muy mono, lo reconozco, me podría haber gustado si no estuviera en la mierda por culpa de Roi.

Cuando íbamos por la tercera copa, Carmen propuso hacernos unas fotos de recuerdo, hizo unas cuantas y Fer me pasó el brazo por encima para ese momento. Me reusé en cuanto lanzaron las fotos, aun no me sentía muy cómoda con el contacto físico, tras Roi. Mi vida empezaba a convertirse en un "antes de Roi" y "después de Roi", como si fuera el mayor punto de inflexión de mi vida.

Carmen corrió a publicarlas en redes sociales y nos etiquetó a todos, insistió en que la compartiéramos también. No estaba segura, pero después pensé que, con suerte, las vería Roi y eso me dio cierto placer, que viera lo que había perdido y lo que disfrutaba sin él. No caí, ni por asomo, en que llevaba su *blazer*, ya no pensaba con claridad con el alcohol.

Después fuimos a la pista a bailar y estuve la mayoría de tiempo con Carmen, Figueroa y Fer, nos reíamos, nos juntábamos y bailábamos en grupo. Me lo pasé genial, el alcohol me ayudó a olvidarme de Roi y a desinhibirme, también me permitió acercarme un poco más a Fer y poder sentirme capaz de estar con otro chico.

En un momento dado, estaba bailando más cerca de lo normal de Fer de lo que debería e intentó darme un beso. Dudé un poco, pero el chico era majo y guapo y yo estaba borracha, no se merecía que le hiciera una cobra, había sido muy atento conmigo, así que me dejé hacer y le besé.

El beso… ¿Me gustó? Se podría decir que sí, pero fue como haber comido solomillo y después un filete de pollo, ¿se podía comer? Sí. ¿Estaba bueno? Sí, pero… Encontraba a todo un gran pero, no era un solomillo, no sé si me entendéis. Con Roi todo era pasión y sentimiento, lo era todo, lo llenaba todo y con Fer fue un beso básico, de cinco raspado. Aun así, se esmeró, me dio un buen morreo, con lengua incluida y hasta incluso noté cómo me cosquilleaba algo por dentro que pensaba muerto, pero seguía sin ser Roi. Me agarró y bajó sus manos a mi cintura, sin tocarme el culo y me gustó que pusiera ese límite, me daba la sensación de que buscaba algo serio, que no quería ir rápido.

Terminamos de besarnos y seguimos bailando como si nada, eso me gustó, no quería ir más allá con nadie y estaba segura de que Carmen se lo había adelantado antes de presentarnos.

Cuando ya me dolía hasta el último dedo del pie, avisé a Fer de que me iba y me acerqué a Carmen y a Figueroa para decirles lo mismo. Hicieron ademán de acompañarme, pero preferí no cortarles el rollo e irme en *Uber*.

—Llámame si quieres que quedemos algún otro día. —Me dijo al oído Fer al darme dos besos, para despedirse—. Me lo he pasado muy bien y podría ser divertido.

—Lo intentaré, no sé… Ya sabes.

—Te entiendo. —Bendita Carmen que le había adelantado mi situación.

Me fui a casa más contenta de lo que salí, con una sonrisa y con esperanza, con alivio, pensando que podría llegar, en algún momento, a ser feliz, a rehacer mi vida, a sentir. Le sonreí al señor del *Uber* y me devolvió la sonrisa, notaba cómo, con los pequeños detalles, mi corazón se iba arreglando, con un montón de costuras y cicatrices, pero latía y cada vez, más fuerte.

A la mañana siguiente me desperté con un ligero dolor de cabeza, pero nada parecido a lo que sentí en Año Nuevo. Mejor, porque no tenía a nadie que me cuidara, así de triste era mi vida y al día siguiente me tocaba volver a trabajar de nuevo, así que ya me valía recuperarme. Estuve holgazaneando toda la mañana en la cama y luego en el sofá, no me apetecía hacer nada, hasta que no me quedó más remedio que abrir la puerta, de nuevo llamaron al telefonillo y, como siempre, esperé al repartidor con la puerta abierta, aunque me encontraba en un estado lamentable, con el pijama y totalmente despeinada.

Esta vez el paquete no venía con la carta de papel especial que me encantaba, solo con un sobrecito escrito con otra letra y una cesta. La cesta contenía un desayuno completo que me alegró el día, tenía una botellita con zumo, otra con café, un sobrecito de canela, unas magdalenas de chocolate con buenísima pinta, unos frutos secos y un tarrito con fruta. Cogí la carta y la abrí apresuradamente:

" Seguro que tienes una buena resaca, así que espero que te siente bien este desayuno y te sientas cuidada. Somos muchos los que pensamos en ti. Por cierto, te quedaba de muerte la chaqueta que te envíe ayer, me encantaría quitártela con mis propias manos. Te quiero, siempre. ".

Se me escapó una sonrisilla que no pude controlar. La parte melancólica y romántica de Roi podía conmigo, pero es que la seductora ya… Me mataba. Me hubiera encantado tenerle aquí y solo

follar con él, sin más implicación, solo disfrutarle, una vez más al menos.

Me entraron muchas dudas sobre qué pensaría al verme con la chaqueta que me había regalado y si realmente creía que le estaba mandando algún tipo de mensaje. Es verdad que yo no había colgado directamente las fotos, sino que había sido Carmen y yo las había compartido tras etiquetarme y ni me había acordado de que llevaba puesta su preciosa chaqueta. Sí, reconozco que había compartido la foto para que viera que podía pasármelo bien sin él, pero no caí en la chaqueta.

Eché a un lado todo el hilo de pensamientos que no me llevaba a nada y me comí el desayuno entero, disfrutando cada momento, saboreándolo lentamente, sintiéndome querida y cuidada. Además de ilusionarme, las cartas de Roi estaban consiguiendo que me sintiera de verdad apreciada, se agradecía notar que alguien estaba ahí para mí y que se preocupaba. Tenía a mis padres que, obviamente, me querían y se preocupaban, pero siempre se agobiaban si me pasaba algo, también tenía a Iago y a Mimi, pero el amor que me transmitía Roi pasaba todas las fronteras.

Aun así, quería seguir recordándome cómo dejó que me fuera a Madrid sin ningún miramiento y no me contó la verdad, haciéndome vivir en una mentira durante años, que había determinado el resto de mi vida. No quería dejarlo pasar y todavía estaba enfadada con él, también con todos los que habían contribuido a mentirme. Estaba intentando pasar página con los demás, pero al final con Roi era más complicado, él había tenido la sartén por el mango en todo momento, moviendo los hilos de nuestra relación como si de una marioneta se tratara.

Pasé tranquila el domingo en mi casa, dándome una ducha de una hora, viendo la televisión y, en definitiva, vagueando. Me lo merecía, estaba agotada de toda la semana y no había estado durmiendo bien precisamente, pero sí trabajando en exceso. La semana que viene volvería a ser tan rutinaria como siempre y tenía que concienciarme de ello. Sin duda, qué equivocada estaba.

La semana comenzó como una más, sin nada relevante que destacar. El trabajo, el gimnasio y la vida me pasó por encima, haciéndome olvidar mi tristeza o, al menos, intenté esconderla debajo de la alfombra.

A última hora del día, cuando ya no esperaba tener noticias de Roi, llegó una nueva carta. En este caso, fui directa a abrirla sin titubear:

" Querida Lúa,

No sabes lo que te pienso, eres mi todo y ahora me encuentro sin rumbo. Hoy tenía claro que quería adjuntarte el billete de tren que me llevó a ti, después de que te fueras a Madrid.

Recuerdo perfectamente ese día, cómo tu padre me lo trajo y, sin decirme nada, se fue. Tu padre es un hombre extraordinario, pero ya sabes que es de pocas palabras. No hizo falta decirme nada, sabía lo que tenía que hacer y a dónde debía ir.

Cuando te vi, se me llenó todo el vacío que se me había creado en el pecho, estabas tan guapa que lo recuerdo con todo lujo de detalles. Mi corazón gritaba que fuera contigo, que te hablara, que te abrazara, que luchara, pero no pude. Sé que para ti fui un cobarde y así me sentí durante años, pero no me vi capaz de romper lo que estabas construyendo. La realidad es que me sentía inferior a ti, mi vida en ese momento no era nada y nada era lo que podía ofrecerte.

Ahora sé que me equivoqué, ahora sé que el amor siempre lo es todo y lo demás poco importa. Quería ser tan bueno para ti que no fui nada.

Aun así, todo lo que pasó, todo lo que decidimos y todo lo que no dijimos nos llevó a ser quiénes somos ahora. Estoy convencido que nuestra relación no termina aquí, sé que esto solo ha sido un capítulo más y nuestro futuro está juntos. Llámame loco, pero no puedo vivir sin ti.

Te quiero, siempre.".

Dentro del sobre, efectivamente, estaba el billete que habría podido cambiar nuestra vida completamente. Me quedé bloqueada, me pareció una carta tan sincera que me arrolló. Pero llevaba razón, éramos quienes éramos por nuestras decisiones del pasado, buenas o malas, nos habían llevado a este punto.

No tuve más fuerzas para seguir pensando en ello, estaba saturada y la cabeza me iba a explotar. Me puse la televisión e intenté evadirme de la realidad, hasta que me quedé dormida.

Al día siguiente no esperaba recibir ninguna carta, así que afronté el día como pude. Durante estos días había vuelto a hablar con Mimi, para ir consiguiendo reforzar la relación, que tan dañada se había visto. Ya sabía que el bebé que esperaba era un niño y estaba muy emocionada, se había comprado un libro de nombres de bebés para elegir uno. Estaba en un momento del embarazo pletórico, con los miedos que arrastraba, pero disfrutando de cada día y agradeciendo todas las mañanas cuando se levantaba que bolita, como lo llamaba ella, siguiera fuerte y sano. Solo hablaba del bebé y me encantaba escucharla, porque notaba que su voz brillaba ilusionada. Así es como tendría que haber sido siempre y no el proceso tan cruel y doloroso por el que tuvo que pasar.

La semana se sucedió estable y muy aburrida, no supe nada de Roi hasta el viernes y estuve impaciente el resto de la semana por ello. Me ponía nerviosa pensar que se había cansado de insistirme y escribirme y había ido a buscar el amor a otro lado, aunque me recordaba constantemente que yo no quería tener ningún tipo de relación con esa persona. En fin, tenía la cabeza hecha un lío.

El viernes llegaba a casa del gimnasio, sudada y despeinada, cuando vi a un repartidor acercarse a mi portal. Como andaba deseosa de recibir algo de Roi, le pregunté si iba a mi piso y me respondió afirmativamente, hacía mucho que no explotaba en mí tanta ilusión. Me entregó una cajita pequeña y se marchó, como si aquello no contuviese mi futuro.

Entré por la puerta de casa y me moría por abrir la pequeña caja, pero quise hacer un ejercicio de autocontrol y demostrarme a mí misma que los envíos de Roi no eran tan importantes. Al final, odiándome por ello, dejé el paquete encima de mi cama y me fui a duchar tranquilamente.

Al salir de la ducha, con el albornoz aun puesto, me sentí orgullosa de mí misma, por eso corrí a abrir el paquete, ya no podía esperar más y, en serio, tenía que dejar de hacer el tonto.

Dentro de la caja había otra, esta era azul y tenía una cinta rosa que formaba un lazo. Al sacarla, vi que dentro había una carta, que la dejé para después. Desanudé el lazo y lo abrí con cuidado, dentro en el centro, descansaba una figura delicadamente tallada, sobre una tela de terciopelo azul oscuro. Era un fénix y era, simplemente, perfecto. Sus alas estaban extendidas hacia el cielo, como si estuviera a punto de emprender el vuelo. Cada pluma parecía una llama congelada en el tiempo, con detalles tan finos que casi se podía sentir el calor de su renacer. Desde el pecho de la figura nacía una ligera grieta teñida de un tenue rojo, como si el fuego aún ardiera en su interior.

Me puse nerviosa, me temblaban las manos, así que dejé la figura con cuidado, eran tan especial que tenía miedo de que se me cayera. No sabía qué haría con ella, pero tenía claro que no quería dejar de verla ningún día de mi vida, me evocaba tanta fortaleza y resiliencia que me sentía empoderada solo con mirarla.

Cogí la carta y la acaricié, volvía a ser igual que las otras que había recibido, con ese papel de tan alta calidad. La abrí temerosa, no sabía qué me encontraría en aquella carta:

" Querida Lúa,

Espero que te haya gustado el último regalo que te mandaré, es un ave fénix, como seguro que habrás adivinado, sí, como el de Dumbledore.

Sin duda tenía que ser un fénix porque es la única esperanza que tengo para que me perdones. El ave fénix representa lo único

que espero que haga nuestra relación: renacer. No pretendo, con esto, borrar lo que te hice y obviar en lo que me equivoqué, pero si soy capaz de prometerte que nuestra relación se basará en la confianza y en la sinceridad, con unos cimientos resistentes para que construyamos nuestro futuro juntos.

Dentro del fénix hay un corazón rojo, fuerte y resistente, que espero que simbolice nuestra relación. No sabes lo que te echo de menos y lo que te pienso, no hago otra cosa.

Lo eres todo, Lúa, lo llenas todo.

Te quiero, siempre.".

Me quedé un rato mirando fijamente la carta, había que reconocer que Roi había jugado bien sus cartas y había conseguido penetrar, lentamente, a través de la fuerte coraza que me había construido para protegerme. Mediante sus notas había logrado un ambiente romántico para darme su mensaje final que, sin duda, era este. No sabía que decir o hacer, así que, directamente, no hice nada.

Quizá me quedé bloqueada, pero me levanté y me puse a preparar la cena, como cualquier otro día. La caja me miraba de soslayo, gritándome que reaccionara, que hiciera algo, pero, no fui capaz. No me veía llamándole ni escribiéndole, quizá si hubiera vivido en mí misma ciudad, habría salido como una loca en bragas, bata y zapatillas de deporte a lo Bridget Jones a buscar a mi Mark Darcy, pero esto no era Londres ni una comedia romántica, así que no pasó nada de eso.

El sábado me desperté descolocada, notaba un vacío en mi interior que no entendía, había recuperado mi vida en Madrid y había construido una rutina que me acompañaba y me daba soluciones a mi soledad. Sabía qué tenía que hacer en cada momento, incluso había besado a un chico en una discoteca, ¿qué me faltaba? ¿Qué me pasaba? Una vocecilla en mi interior me lo dijo claramente: "te falta Roi". Es posible, pero seguía en shock, ¿de verdad quería estar con una persona que organizó a todos los que

me querían para que me mintieran? ¿Por qué le echaba tanto de menos, si tan malo era? "Porque no es malo", no, no era malo. Me vinieron todos los momentos que habíamos compartido juntos, las risas, las confidencias, las noches abrazados, los paseos con Laki… Me eché a llorar desconsoladamente, sollozando, mientras hipaba sin parar, no me merecía esto, yo había hecho lo que se me había pedido, había estudiado algo que tenía salidas, me había comprado un piso con hipoteca, había conseguido un buen trabajo… ¿Por qué, aun así, no podía ser feliz? "Porque la felicidad no es eso", sí, mi corazón sabía mucho más que yo, era una total pringada.

Pasé todo el sábado ausente, ni recuerdo qué hice con exactitud, porque ni me reconocía a mí misma. Mi madre me llamó para ver qué tal estaba y solo le contesté con vagos monosílabos. Estaba totalmente bloqueada y no sabía cómo solucionarlo.

Por la noche decidí intentar analizar qué me pasaba, pensé en las cartas, en el beso con el amigo de Figueroa, en todo el trabajo que había tenido y, de repente, me paré en el fénix y en lo bonito que era. Cogí una vez más la carta que lo acompañaba como una loca y volví a releerla y me paré en la primera línea, donde decía que sería el último regalo que me hacía. Las cartas se habían terminado y eso era lo que me había roto por dentro. La pelota estaba en mi tejado y ya no podía posponerlo más, o cagaba o salía del baño, como bien decían en la película *El soltero*. No tenía más opción.

Estaba agotada mentalmente, así que me acosté, al día siguiente tenía todo el día para decidirme, hablar con quien tuviera que hablar y sacar una conclusión en firme. No podía seguir estando en el limbo, o perdonaba a Roi o pasaba página, pero tenía que avanzar.

Sin embargo, el domingo me esperaba con otra nueva sorpresa con la que no contaba. De nuevo, apareció un repartidor, ¿también un domingo? Estaba alucinando. Traía una carta, sin regalo, pero sí había carta. Esta vez no hice el tonto y casi ni me despedí del pobre repartidor que había tenido que trabajar el domingo, corrí a abrirla como una loca.

" Querida Lúa,

Creo que ya he dicho todo lo que tenía que decirte y ya solo me falta que me des la mano y nos vayamos juntos. Sé que la vida no es tan fácil, pero también sé que lo más difícil es lo que más merece la pena.

Creo que los grandes amores, como el nuestro, perduran para siempre, pero solo se demuestran con grandes actos de amor. En mi caso, quiero volver a tu película favorita, ¿recuerdas el final? ¿Recuerdas el encuentro en el *Empire State* de los protagonistas? Pues eso quiero, eso nos merecemos.

Adjunto a esta carta encontrarás un dosier con todo, estaré mañana esperándote, con la misma ilusión de un chico de dieciocho años que conoció al amor de su vida en una feria.

¿Te vas a atrever?

Te quiero, siempre.".

Dentro de la carta estaba el famoso dosier, lo desplegué y lo leí detenidamente, estaba todo detallado. Un billete para Nueva York para el día siguiente, salía a las diez de la mañana y llegaba a las doce y media de la mañana a destino, también se incluía una entrada para el *Empire State* e información sobre un traslado privado que me esperaría en el aeropuerto JFK. Incluía la autorización ESTA, el permiso para poder viajar a Estados Unidos. Estaba muy sorprendida, no sabía qué hacer, estaba totalmente perdida.

Pensé en hablar con alguien, llamar a Carmen o a Mimi, incluso a mis padres, necesitaba la opinión de otra persona. Después me di cuenta de que era una decisión que tenía que nacer de mí, no podía depender de nadie ni me podía dejar influenciar por lo que pensara alguien que no fuera yo.

Cerré los ojos y suspiré, solo me vinieron imágenes de los momentos vividos con Roi, tanto las últimas semanas con él como nuestra preciosa relación de jóvenes. Algo se me iluminó por dentro y me acordé del fénix, fui a cogerlo y me senté en el sofá, lo agarré

fuerte con mis manos y lo miré fijamente. Fue el punto de inflexión, me levanté tan rápido que tiré un cojín que había en el sofá, tenía que hacer la maleta y llamar a mi jefe, me iba a Nueva York.

25

¿Y SI TE VUELVO A VER?

Llegué al aeropuerto de Adolfo Suárez Madrid-Barajas tres horas antes de la salida de mi vuelo, llevaba una maleta pequeña con un poco de todo, una mochila con lo básico colgada al hombro y el pasaporte en la mano. Mi jefe no me había puesto problemas, había trabajado tanto la semana pasada que me tenía en buena estima, así que me tomé toda la semana de vacaciones, por lo que pudiera pasar.

No tenía que facturar, pero sí pasar por el control de seguridad extra para viajar a Estados Unidos, estaba nerviosa, nunca había volado sola fuera de España y era un vuelo largo. Me alegraba que no tuviera que hacer escalas, porque con lo alterada que estaba, podría haberme equivocado de vuelo incluso.

Cuando por fin me senté en mi asiento del avión, respiré tranquila. La suerte ya estaba echada, no sabría qué le diría cuando lo viera, pero él se merecía que yo estuviera allí, después de todo el esfuerzo que había hecho. Todo había sido un plan perfecto elaborado por Roi, hecho con detalle y cariño, desde las cartas, hasta los regalos, pasando por el billete de avión sorpresa.

El vuelo fue muy agradable, Roi no solo me había regalado el billete de avión, sino que, además, lo había comprado en primera clase. Pude beber y comer todo lo que quise, mientras estaba en el confortable asiento, eso me ayudó a relajarme. Fui viendo dos películas para pasar el rato y se me hizo el vuelo muy corto, en

cuanto me quise dar cuenta, el comandante estaba avisando de que ya habíamos llegado. La temperatura esperada era de cero a cuatro grados, así que había hecho bien en cogerme el abrigo gordo.

Salí de las primeras del avión gracias a estar en los asientos iniciales, tras ello, fui siguiendo las indicaciones y pasé el control de seguridad enseguida. Cada vez estaba más cerca de mi encuentro con Roi y mi corazón me latía tan fuerte y rápido que me iba a explotar en el pecho.

Por fin salí a la parte pública y vi un señor vestido con traje con una tablet donde ponía mi nombre. Suponía que ese señor sería mi transporte privado, así que me acerqué a él y se lo comenté, en mi perfecto inglés, como suponéis, era irónico. Asintió, me cogió la maleta y me hizo una indicación para que le siguiera, llegamos en poco tiempo a su coche, me abrió la puerta trasera y allí me senté a esperar de nuevo.

Entendía que me llevaría al *Empire State*, pero no estaba segura, tenía la entrada en mi mochila, gritándome que la canjeara en cuanto llegara, pero a mí me empezaban a entrar las dudas. Me reprendí porque no quería dudas en esto, tenía que ser la mujer resuelta y decidida que era, aunque hubiera ido hasta allí, quería mantenerme firme con Roi y que llegáramos a un entendimiento, hablando de forma seria y madura. En fin, tonterías, lo que quería era besarle y no separarme nunca de él.

Ensimismada en mis pensamientos, no me di cuenta de que ya habíamos llegado, allí, altísimo, con sus 443,2 metros de alto, en toda su inmensidad, me esperaba el alucinante *Empire State*, un sueño hecho realidad. Me bajé del coche y di las gracias al chófer, él me tendió mis pertenencias y se despidió.

Cuando salí, un frío helado me impactó en la cara, pero solo pude sonreír. Reconozco que me emocioné, había visto en tantas películas este edificio, que ya formaba parte de mi vida. Ahora lo tenía delante de mí y, posiblemente, sería testigo de mi gran historia de amor. Aun así, seguía con dudas de cómo reaccionaría cuando

viera a Roi, ¿me sentiría enfadada? ¿Seguiría teniendo la misma atracción hacia él o la decepción habría catapultado mis sentimientos? Solo sabría la respuesta una vez le viera.

Pensé que todo daba igual, estaba en Nueva York y eso no me lo quitaría nadie. Me pensaba quedar toda la semana y ya buscaría un vuelo de vuelta, eso no importaba, tenía que disfrutar de esta ciudad, había querido venir tantas veces que ya ni me acordaba. La mayoría de las series y películas que me encantaban se desarrollaban en esta ciudad. Os preguntaréis por qué no había venido antes, la única razón era que no había tenido con quién venir y sola, nunca me había atrevido. Ahora me daba cuenta de que el miedo me había paralizado demasiado tiempo.

Saqué mi entrada y la canjeé para acceder, no sabía dónde estaría Roi, pero daba por hecho que estaría en la planta más alta. Pasé el control de seguridad y fui directa a los ascensores que subían a la parte de arriba, mi entrada me permitía subir al último observatorio, el más pequeño, pero el más alto, en la mismísima planta ciento dos. Tenía un nudo en el estómago que me oprimía y me costaba tragar, nunca había estado en un edificio tan alto y menos para encontrarme con mi gran amor.

Esperé la cola que había, estaba claro que en Nueva York siempre había gente, daba igual el momento en el que fueras, hasta que llegó mi turno y subí al ascensor. Me iba a explotar el pecho, notaba cómo me sudaban las manos, así que me agarré fuertemente al asa de mi maleta, para infundirme la valentía que me estaba faltando. Cuando llegué al piso 86, decidí darme una vuelta antes de coger el segundo ascensor, que me llevaría a la planta más alta. Las vistas eran espectaculares. Este mirador era conocido como *Main Deck* y estaba a unos 320 metros sobre el nivel de la calle, me asomé y vi Central Park, Times Square, incluso la Estatua de la Libertad. Decían que, en días despejados como era el que estaba disfrutando, se podían ver hasta seis estados, una auténtica pasada.

Respiré profundo y me dirigí al siguiente ascensor, el que me llevaría a la última planta. Este ascensor se había reformado en 2019

y era impresionante, totalmente transparente, se podía apreciar el interior de la torre y su icónica aguja durante el ascenso de los dieciséis pisos. Se notaba que esta entrada era mucho más cara, porque subían muchas menos personas en este ascensor que en el anterior. Según iba elevándose el ascensor, me agarré la muñeca, me había puesto de nuevo la pulsera que me había regalado Roi y me reconfortaba tocarla.

Cuando las puertas se abrieron, me dirigí a la planta, era más pequeña y estrecha, todas las paredes estaban acristaladas y se podía ver todo Manhattan, la vista no cambiaba mucho respecto al anterior piso, pero se notaba que estaba más alta. Al fondo, mirando a través del cristal, le vi y se me encogió el corazón. Llevaba un traje que se le ajustaba a la perfección, color marino, con corte moderno, unas zapatillas blancas y una rosa en la mano, estaba guapísimo, solo con verle, quitaba totalmente el aliento. En el brazo llevaba un abrigo de paño, seguro que le quedaba espectacular, hacía un frío que calaba hasta los huesos, había hecho buena elección, a decir verdad, él, en su totalidad, era una buena elección.

Me quedé allí parada, bloqueada por su presencia, por dónde estábamos, sintiéndome orgullosa de mí misma por lo valiente que había sido viniendo hasta aquí, yo sola, sin saber qué iba a suceder. Pareció que notó mi presencia, porque se dio la vuelta lentamente, no me extrañaba, estábamos totalmente unidos hacía mucho tiempo, aunque yo no lo había querido ver, éramos el uno del otro para siempre.

Al verme, vi cómo se le iluminaba la cara con una sonrisa que me llenaba el alma, le había echado tanto de menos que no había sido consciente de que había vivido en modo piloto automático. Noté cómo mi corazón palpitaba como loco, él esperó prudente a que yo reaccionara, me conocía bien y agradecía mucho que me diera esos tiempos que tanto necesitaba, que me concediera mi espacio para actuar a mi ritmo.

Fui andando cauta, despacio, sin prisa, teníamos toda la vida por delante y tanto él como yo lo sabíamos. Estaba nerviosa y no

sabía qué hacer con las manos, menos mal que llevaba la maleta y una de ellas la tenía ocupada. Cuando me acerqué a él, me miró esperando a que dijera algo:

—Hemos quedado un poco lejos, ¿no crees? —Se rio, me encantaba ese sonido, pasaría a ser uno de mis favoritos sin duda.

—No estaba seguro de que vinieses.

—Tampoco yo estaba segura.

—No me has contestado a ninguna de las cartas que te he escrito.

—Lo sé. Es que no sabía qué contestar.

—No sabes lo mucho que te he echado de menos, perderte dos veces ha sido lo peor que me ha pasado en la vida. No quiero pasar un día sin verte, sin estar contigo, ya sea siendo amigos o como tú quieras. Por favor, no te vayas de mi vida.

—No lo voy a hacer, te lo prometo. —Sonrió mientras me miraba fijamente a los ojos, no se esperaba mi respuesta.

—Siento haberte hecho creer algo que no fue y que hayas estado tantos años engañada, no fue justo para ti, lo sé.

—Roi, no quiero que me mientas nunca más, aunque creas que es lo mejor para mí, no quiero que nadie decida por mí, ¿lo entiendes?

—Ahora ya lo sé, de verdad, te lo prometo.

—Es precioso todo lo que has hecho, nadie había hecho nada tan bonito por mí, pero algo no puede empezar con un engaño, han sido unos días horribles.

—Eres el amor de mi vida, la persona más importante, quiero compartir mi vida contigo y construir algo juntos que, de verdad, merezca la pena. Estuvo mal lo que hice, entiende que fue un Roi de hace muchos años, tenía dieciocho años, estaba asustado, me bloqueé, no tengo excusa, lo sé. He tenido tiempo de aprender, de

convertirme en la persona que quiero ser y de poderte ofrecer lo que necesites, incluso una estabilidad económica que no tenía antes.

—No lo entiendes, a mí eso me da igual, yo lo único que siempre he querido es a ti.

No pudo resistirse más y se acercó un poco más, me apoyó la mano en la cadera despacio, con miedo. No podía aguantarme más, me moría por besarle, la coraza que con tanto empeño había construido cuando me volví a Madrid ya no existía, estaba expuesta y me quería mostrar así ante él, con mis defectos y mis debilidades.

Recorté el poco espacio que nos separaba y le besé, me cogió de la cintura y me acercó más a él, yo le cogí de la nuca y explotamos. Nos besamos como si no existiera nada más, como si quisiéramos recuperar los días que habíamos estado separados, como si juntos fuéramos capaces de todo. Fue un beso que decía todo lo que nos queríamos, todas las promesas que nos hacíamos y todo el futuro que queríamos compartir juntos, un beso que mostraba todo el alivio que sentíamos al estar, de nuevo, unidos.

No sé cuánto tiempo estuvimos juntos, nuestras bocas se chocaban sin parar, nuestra respiración era entrecortada y nuestras manos exploraban nuestros cuerpos. Posiblemente, nos podrían denunciar por escándalo público si nos veían, así que decidí separarme un poco.

—Al final nos denuncian por escándalo público.

—Pues seguro. —Me acarició la cara despacio, con mucho cariño, después me pasó el dedo índice por la boca y yo se lo lamí lentamente.

—No veas las ganas que tengo de follarte. —Le dije bajito.

—Yo prefiero hacerte el amor. —Me contestó, acercándose mucho a mi oído y me dio un beso en la mejilla. Noté cómo me subía el calor por las mejillas.

—Son alucinantes las vistas.

—Ya te digo. —Me respondió mirándome, me pasó la mano por encima y me abrazó—. No sabes lo mal que lo he pasado, Lúa, han sido días horribles.

—También yo lo he pasado mal, ha sido dura la adaptación a Madrid.

—Me encantaría que empezáramos de cero, una relación, quiero poder llamarte novia sin tener que esconderme. Quiero llevarte a casa de mis padres cuando vaya a comer, cenar todas las noches contigo, que me cuentes todo lo que haces en el trabajo, quiero tenerte en mi vida, quiero todo lo posible contigo.

—Yo también, no he parado de pensar en ti. Me besé con un chico en una discoteca el día que llevaba la chaqueta que me regalaste y no sentí nada, fue todo vacío, eres la vara con la que mido todo aquello que realmente merece la pena. Nunca he sido capaz de tener una relación porque tú lo eres todo, ocupas todo.

Me dio un beso de nuevo, despacio y a mí me revolotearon las mariposas en el estómago como locas.

—Me da igual dónde vivamos, no quiero perder más tiempo, hemos dejado pasar muchos años sin estar juntos y ya no me voy a alejar de ti. Yo me adaptaré a ti y a lo que necesites, trasladaré el taller a donde prefieras vivir, solo quiero estar donde tú estés.

—Quiero que volvamos a casa, Roi, a tu casa, allí es donde necesito estar.

—A nuestra casa. Ahora mismo saco los billetes de vuelta.

—Bueno, ya que estamos…

—Sí, dime.

—Tengo toda la semana de vacaciones.

—¿En serio? ¿Y eso?

—Por lo que pudiera pasar. —Se echó a reír.

—Pues nos quedamos aquí el tiempo que quieras, me encanta Nueva York en marzo y más verla contigo.

EPÍLOGO

Iba como las locas, como siempre, el reloj de nuevo jugaba en mi contra, no había conseguido hacerme amiga de él después de tantos años. Era el cumple de Kai, el hijo de Mimi cumplía un año y no queríamos llegar tarde, pero estaba siendo difícil.

Llevaba un par de semanas sintiéndome muy rara y hoy había visto en mis braguitas una mancha marrón, estaba muy indecisa, pero internet no engañaba con sus respuestas. Roi había querido ir a comprar una prueba de embarazo a la farmacia, pero en el pueblo todo el mundo le conocía como el gran escultor reconocido que era y no me apetecía que se empezara a hablar de ello antes ni de que yo lo supiera. Así que había pedido, sin que Roi lo supiera, una prueba por una farmacia online y me acababa de llegar. Lo miraba fijamente sin saber qué hacer.

Roi estaba en su taller, terminando una cosa, él se preparaba en dos minutos, así que no tenía prisa ninguna. Vivíamos en la casa que había construido cuando no éramos pareja y me encantaba, lo sentía mi hogar desde el primer día en que fuimos a vivir allí. Se había empeñado en cambiar las escrituras y ponerla a nombre de los dos, para que yo sintiera que también era mía y, aunque al principio me negué porque no me parecía justo, insistió tanto que no pude decirle que no.

Después de encontrarnos en el *Empire State*, estuvimos durante una semana maravillosa en la ciudad. Lo pasamos genial, nos hicimos un montón de fotos y nos recorrimos Manhattan de arriba abajo. Era un sitio muy especial que estábamos seguros de que volveríamos. Después de eso, hablé con mi jefe y le conté la

situación, yo quería volver a Galicia, con mi familia, con mis amigos y, sobre todo, con Roi. No puso gran impedimento y me permitían trabajar a distancia de forma permanente, fue un auténtico alivio. No lo dudé ni un momento, alquilé mi piso y me fui a mi hogar.

Al principio dudé en irme a vivir con Roi tan rápido, pero habíamos perdido tanto tiempo que estaba deseando empezar nuestra vida juntos. Así que, aunque estuve un par de días en casa de mis padres, al tercer día llevé todas mis cosas a la casa de Roi, a nuestra casa. Fue una transición muy fácil y sencilla, Roi me lo puso tan fácil que no tuve ningún problema en adaptarme a mi nueva vida. Había espacio por todos los sitios y me dijo que decorara y cambiara lo que quisiera para que fuera feliz allí, en fin, con que estuviera él, ya lo era, no necesitaba nada más.

Al principio me daba miedo aburrirme de estar allí, del ritmo de vida diferente a Madrid, pero fue como volver a casa después de mucho tiempo, encajé a la perfección. Ya había tenido posibilidad de probarlo durante las semanas que había estado en casa de la novia de mi prima, Isa, y sin duda era mi lugar y me sentía parte de allí. Por cierto, mi prima e Isa se casaban el año que viene, ¡me alegraba muchísimo verlas felices!

Con Roi todo había sido alucinante, obviamente, a veces discutíamos, pero nada que no pudiéramos solucionar hablando y, siendo sincera, en la cama. Él había cambiado su rutina de trabajo y solía hacerlo mientras yo estaba en el mío, para que luego pudiéramos disfrutar toda la tarde y la noche juntos. Su carrera como escultor no podía ir mejor, tenía lista de encargos de meses y podía pedir lo que quisiera por las obras, se lo rifaban, era espectacular la repercusión que habían tenido las tres obras sobre mí que me empeñé en que expusiera. Al principio se negó, decía que lo había hecho en un momento íntimo, de sufrimiento y que eran muy personales, pero yo quería que el mundo las viera y ya te digo que las vieran. Habló con un amigo que tenía una galería en Madrid y el resto fue historia, apareció hasta en la televisión, le ofrecieron

muchísimo dinero por ellas, pero lo rechazó. Esas obras eran nuestras y en nuestra casa se tenían que quedar.

Iago y Mimi tuvieron a su pequeño Kai, fue el bebé más bonito del mundo, a todos nos enamoró desde el primer momento. Ahora tenía un añito y estábamos deseando celebrarlo, seguramente no lo recordaría cuando fuera mayor, pero íbamos a hacer un montón de fotos, porque Mimi y yo habíamos preparado una fiesta que se nos había ido de las manos. Iago era el mejor padre que Kai podría tener, la terapia y el apoyo de todos había conseguido que se reconciliara consigo mismo y pudiera dar lo mejor de sí mismo. Estábamos muy orgullosos de él.

La relación de estos dos tuvo sus altibajos, pero notaba que ahora estaban en el mejor momento. Estaban muy complementados y me encantaba ver cómo se miraban, aunque había sido dura la llegada de Kai, se adaptaban como podían.

Carmen y Figueroa… En fin, no sabéis todo lo que les pasó a estos dos, lo que más os puedo decir es que me sentí muy contenta por los dos, pero da para contarlo en un libro, por lo menos y… Llegaría ¡muy tarde!

—Lúa, vamos a llegar tarde. —Lo que os decía.

Escuché a Roi acercarse a la habitación, donde seguía parada con la prueba de embarazo mirándome fijamente, con manos temblorosas. Un día, hacía tres meses, Iago y Mimi estaban agobiados porque Kai dormía muy mal por las noches, así que les dije que nos lo quedaríamos un día entero mientras ellos se iban de cita, estuvieron encantados. Ese día, Roi tenía en brazos a Kai mientras se dormía y le dejó despacio en la cuna de viaje que nos había traído Mimi, me propuso dejar de usar protección en nuestras relaciones sexuales, así, sin más. Me pareció bien, una no se queda embarazada de la noche a la mañana y, si llegaba, teníamos amor para dar y regalar, sin duda, cuidar a Kai todo el día se nos había dado muy bien. Eso no quitaba que ahora tuviera hasta vértigo del respeto que me daba lo que tenía entre manos.

Le vi pasar por la puerta, con Laki detrás de él moviendo el rabo contento, como hacía siempre.

—¿Nos vamos? —Se acercó y miró lo que tenía en mis manos.

—He pedido esta prueba.

Se me quedó mirando fijamente:

—¿Qué te gustaría que saliera?

—No sé. ¿A ti?

—Positivo.

—Ya, a mí también.

—¿Te la quieres hacer ahora o cuando volvamos del cumple?

—Ahora.

Entré al baño y se quedó ahí parado en la habitación:

—Venga, entra, si total, no hay nada que no hayas visto ya. —Se rio, vino hacia mí y me dio uno de sus besos que quitaban el hipo.

Hice pis en el palito, con cuidado de no mancharme y cerré la tapa, lo dejé ahí encima de la encimera del baño, parecía una pistola que nos miraba fijamente, apuntándonos. Había comprado uno de esos que te indicaban claramente si estabas embarazada o no, así que sería fácil saber el resultado, no había que estar viendo qué significaba el número de rayitas que salían. Lo dejé dado de la vuelta, para que fuera más emocionante.

—¿Habrá salido ya el resultado? —Preguntó Roi impaciente.

—Qué impaciente eres.

—No, solo quiero saberlo.

—Venga, dale la vuelta.

—¿No quieres hacerlo tú? —Qué cobarde.

—Venga, voy.

Le di la vuelta con decisión y allí estaba claramente escrito: "Embarazada". Nos quedamos observándolo fijamente hasta que salió de repente "3+" y nos sacó del ensimismamiento. Nos miramos y nos abrazamos con una sonrisa en la cara que no nos pudimos quitar en mucho tiempo.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible sin Álex y el resultado es parte de él. En estos dos meses de escritura intensa, ha estado en todo, desde escucharme cuando quería hablar del libro, que era prácticamente siempre, hasta leer sin parar todo el texto que le iba pasando una y otra vez, aun cuando no había leído novela romántica en su vida. No solo eso, se ha hecho cargo de todo, estos meses no hemos coparentado, ha parentado él solo, con todo lo que ello supone teniendo tres niñas pequeñas.

Gracias también a mis tres niñas, porque son luz, inspiración y constante aprendizaje. También ellas me preguntaban todo el tiempo "cómo llevaba el cuento" y "cuándo lo iba a terminar". Gracias por vuestra paciencia, chicas, sois las mejores hijas del mundo.

Gracias a mis padres, por estar ahí siempre que los necesito y aceptar y respetar el camino que he elegido.

Mención especial a todos mis lectores beta, que se han prestado a leer este libro antes que nadie. Hila y Noe, no solo sois familia, sois los mejores amigos que podría tener. Lucía y Javi, gracias por ser mi familia elegida.

Quiero recordar también a mis sobrinos, Izan y Gael. Izan, gracias por enseñarme lo que es el *hotpot*, me encanta ir a cenar contigo por ahí. Gael, gracias por insistirme tanto en ver la película *Your name*, es una total maravilla y me ha inspirado muchísimo. Sois geniales los dos.

No quiero dejar de acordarme en estos agradecimientos de mi familia y amigos, de una u otra forma, me habéis ayudado a inspirarme y a escribir este libro. Aunque haya sido algo que me he guardado para mí, veros, quedar y vivir experiencias me han servido para mucho y formáis todos parte del resultado.

A ti, lector o lectora, gracias por haber llegado hasta aquí, por haber dedicado tu tiempo, que es tan valioso, a mi trabajo, no sabes la ilusión que me hace.

Pero, sobre todo, quiero agradecerme a mí misma haber tenido la valentía de ponerme a escribir, aun creyendo que no era capaz, dedicando noches y noches sin descanso, a algo que no sabía si tendría sentido. Haber tenido el coraje de decir "¿por qué no?", porque, como dice Lúa, la persona más importante es una misma.

SOBRE LA AUTORA

Verónica Raspeño (1989), más conocida en redes sociales como @tresenmimaleta, es ingeniera en informática, creadora de contenido y escritora.

Inquieta y apasionada de los libros, la lectura siempre ha estado presente en su vida. Su sueño desde pequeña fue escribir un libro, pero, como Lúa, la vida le llevó a una profesión que "tuviera salidas".

Madre de tres hijas, combina su trabajo con su pasión: la escritura. Además de hacer miles de planes en familia que cuenta en sus redes sociales, escribe por las noches cuando todos duermen.

¿Y si te vuelvo a ver? Es su primera novela, una historia sobre el amor, el deseo y las segundas oportunidades.

Puedes seguirla en Instagram / TikTok / Threads @tresenmimaleta o contactar por e-mail tresenmimaleta@gmail.com.

© 2025 Verónica Raspeño

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa de la autora.

Publicado de forma independiente

Primera edición: 2025

Diseño de portada: Verónica Raspeño

Maquetación interior: Verónica Raspeño

Impreso por Amazon KDP